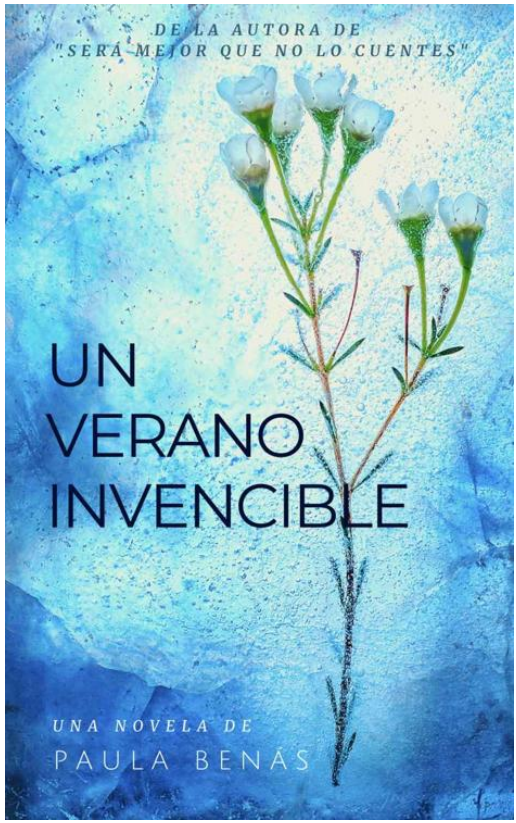
DE LA AUTORA DE "SERÁ MEJOR QUE NO LO CUENTES"
UN VERANO INVENCIBLE
UNA NOVELA DE
PAULA BENÁS



Un verano invencible

una novela de Paula Benás

SÍGUEME EN:
INSTAGRAM: benaspaula
X (Twitter): @BenasPaula

© Paula Benás
1ª edición, 2024
Cubierta: foto de Zoltan Tasi (www.unsplash.com)
Diseño: © Paula Benás

A mi tío Julio

Todos los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

«En el clamor en que vivimos, el amor es imposible y la justicia no basta.
(…)
Había que guardar intactas dentro de uno mismo una frescura y una fuente de alegría; amar el día que escapa a la injusticia y volver al combate con esa luz conquistada.
Volvía a encontrar allí la antigua belleza, un cielo joven, y ponderaba mi suerte,
comprendiendo por fin que en los peores años de nuestra locura
el recuerdo de este cielo no me había abandonado nunca (…)

En mitad del invierno aprendía por fin que había en mí **un verano invencible**».

ALBERT CAMUS. *El verano.*

Dos monjas

Jueves, 2 de junio de 2016

Olvido Montalbán no tiene la culpa de que haya muerto tanta gente a su alrededor. Aunque en días como hoy, le resulta difícil no cuestionar sus decisiones.

Olvido no cree en Dios, ni en el karma, ni en ninguna de esas gilipolleces. Pero cuando se ve enfundada en un hábito de novicia, cubierta de sangre, sosteniendo a un recién nacido en una mano y una pistola humeante en la otra, digamos que su escala de convicciones se reajusta. Como mínimo, se abre a la remota posibilidad de que alguna fuerza más allá de la playa de La Concha haya podido intervenir para sacarla con vida del tiroteo en el que se ha visto envuelta tan solo unos minutos antes.

La agente de la Ertzaintza Ainhoa Gorbea, por el contrario, tiene mucha fe. Una fe ciega en disfrutar de una guardia tranquila, como suelen ser las de los jueves por la noche, donde en su comisaría no se escucha ni el vuelo de una mosca. Si acaso, el zumbido de la máquina de café haciéndole coros al fluorescente del techo, que ronronea y parpadea con el único fin de romper un poco la monotonía. Por desgracia, los planes de Ainhoa de aligerar la noche con un maratón de Netflix saltan por los aires (junto al vaso de café) cuando aquellas dos monjas agonizantes, como recién salidas de una película de Tarantino, irrumpen inesperadamente en la comisaría de Ondarreta.

Olvido sabe que, a pesar de la profunda puñalada

que le ha atravesado el costado —y que duele como una condenada—, no sería prudente abalanzarse sobre la agente para suplicar ayuda, ni hacer movimientos bruscos. Por eso, con la cautela y parsimonia de un oso perezoso, hace verdaderos malabarismos para no dejar caer al bebé —que berrea desconsolado recostado contra su pecho—, y se inclina despacio hacia el suelo. Muy lentamente, deposita sobre las baldosas de gres el arma que sujeta con la mano derecha. Marca muy bien cada movimiento, no quiere que la agente tema ser víctima de un ataque. Con la misma templanza, se incorpora y utiliza la mano que ha quedado libre para presionar sobre la herida. Casi puede contemplar su reflejo en los ojos de la joven policía. Repasa mentalmente su aspecto y comprende que la visión debe ser dantesca. Su hábito blanco está empapado de sangre. Utiliza el pie derecho para dar una patada a la pistola, que rueda por el suelo en dirección a la agente Gorbea, quien lucha aún por descodificar la escena que está teniendo lugar frente a sus ojos. Solo entonces Ainhoa repara en la otra mujer, que se deja caer sin fuerzas sobre una de las sillas de plástico de la sala de espera. Sus ropas también están manchadas de sangre de cintura para abajo.

Olvido avanza hacia la agente de policía dando pasos muy pequeños. Cuando llega a su altura, le tiende al bebé. Ainhoa reacciona extendiendo los brazos justo a tiempo de evitar que la criatura se precipite contra el suelo.

—Lo he matado… —susurra, con un hilo de voz. —En el convento de… He matado a un hombre —concluye, un segundo antes de perder el conocimiento.

PARTE 1

9 MESES ANTES

Viernes, 4 de septiembre de 2015
08.00h

En las oficinas de la BDCV se respira un ambiente de euforia poco habitual. La Brigada de Desaparecidos y Crímenes Violentos es tan popular como poco estimada entre el resto de miembros del cuerpo de la Policía Nacional por dos motivos: el primero, porque sus miembros han sido elegidos entre la élite, la *crème* de la *crème*, lo mejor de cada casa. Y ya se sabe las envidias que eso despierta. El segundo, porque la BDCV se encarga de resolver los casos que el resto de departamentos no es capaz de cerrar. Es decir, que la BDCV ponga el broche de oro a una investigación encallada es el equivalente a decir: *Aquí tenéis, pardillos, todas las evidencias que se os han pasado por alto, todos los cabos que no habéis sido capaces de atar. ¿No os da vergüenza que tengamos que venir nosotros a sacaros las castañas del fuego?*

Y eso, quieras que no, siempre escuece un poco.

Pero hoy no habría un policía en todo Madrid que no les saludara con una reverencia. Cuando la inspectora Montalbán abre la puerta del piso donde se ubican las oficinas de la brigada, en la calle del Pez, una lluvia de confeti y serpentinas cae sobre ella, seguida por el inevitable baño de champán. Improvisa su mejor sonrisa, como si estar empapada de aquel líquido pegajoso fuera lo más divertido que le puede ocurrir a un ser humano. Por dentro, calcula las horas que le quedan para volver a casa

y cambiarse de ropa. Si por ella fuera, se habría quedado todo el día tirada en el sofá, devorando alguna serie nórdica de crímenes a bajo cero. Eso cuadra más con su idea de la diversión.

—¡Jefa! —exclama Morata, ex miembro de la UDYCO. Es el policía más veterano de la brigada. Su experiencia en la Brigada Central de Estupefacientes y su amplio conocimiento de los entresijos del Crimen Organizado han sido cruciales en la localización del secuestrador—. ¡Hoy vamos a quemar Madrid!

Morata suple su falta de corpulencia con una labia capaz de convencer a un esquimal de comprarle una bolsa de hielos para el cubata. Su aspecto, extremadamente pulcro y a la moda —su pasta se deja en la barbería— y sus camisas de estampados imposibles, le suelen costar algún que otro comentario homófobo por parte de los policías más rancios. Pero en días como hoy, se dedica a cerrar bocas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno Lucas, tómatelo con calma ¿eh?, que son las ocho de la mañana.

—¿Lucas? Sí que vienes contenta hoy, inspectora. ¡Es la primera vez que te oigo llamarme por mi nombre de pila!

—Un día es un día Morata, no te acostumbres —responde Montalbán, guiñándole un ojo.

Lucas ríe con ganas y se dirige hacia la máquina de café, donde Susana Varela, la forense del equipo —Morata y ella son uña y carne— lucha por extraer algo de cafeína de un aparato destartalado. Ambos se enfrascan en una animada conversación entre risas y abrazos.

—Vaya, parece que ya tienes otro favorito, inspectora… Primero Navarro y ahora Morata. No vas a dar abasto.

Olvido decide ignorar el comentario de Rafa Garrido, que acaba de entrar en la sala. Está tan acostumbrada a las

salidas de tono del especialista en explosivos que ya ni se molesta en responder. Tal vez un par de años atrás la imponente presencia de su compañero —con sus casi dos metros de percha, pelo rapado como un marine, los brazos tatuados hasta el cuello y unos músculos que parece que van a reventarle la ropa de estilo militar de la que no se desprende— hubiera hecho que la inspectora se lo pensara dos veces antes de enfrentarse a él. Pero desde que la inspectora se inició en las brutales bondades del Krav Maga —lleva un par de meses entrenándose en este sistema de combate cuerpo a cuerpo— ha comenzado a verle como lo que es: un policía arrogante con problemas de autocontrol al que conviene tener a raya.

Aunque Montalbán hace caso omiso de las palabras de su colega, la paciencia de Susana Varela se desvanece cuando le descubre simulando un muy reconocible gesto de felación a espaldas de su jefa.

—Garrido, si sientes la imperiosa necesidad de expresarte como un cromañón, te pido por favor que lo hagas cuando yo no esté delante —le suelta, acercándose a él unos centímetros más de los que podría considerarse *amistoso*.

Ambos se sostienen la mirada durante unos segundos.

—Gilipollas —susurra ella finalmente, mientras se gira y le da la espalda.

La inspectora Montalbán observa la escena a una distancia prudencial. Susana y ella son las únicas mujeres del equipo. Metro sesenta y cinco de pura fibra acompañan a la mente más ágil con la que ha tenido la suerte de trabajar a lo largo de su carrera. Como atestigua un tatuaje sobre su hombro izquierdo, su único Dios es Black Sabbath. Su vestimenta, de riguroso negro de la cabeza a los pies, contrasta con una media melena azul eléctrico, a juego con unos ojos marinos que hacen que Olvido se

cuestione todos los días por unos minutos su propia heterosexualidad.

—¿Sabes qué, Varela? Con las tías como tú siempre tengo dudas… ¿Te molesta porque eres una princesita o una feminazi?

Olvido pone los ojos en blanco. *¿Por qué Garrido tiene que ser siempre tan cafre?*

Morata se dispone a intervenir, pero no le da tiempo a abrir la boca.

—¿Y si te pego una hostia y salimos de dudas? —responde la forense, con el puño derecho a medio camino entre su cuerpo y el ojo del artificiero.

—Venga Susana, ni caso —media por fin la inspectora, que tiene que interponer su cuerpo entre los dos para evitar que lleguen a mayores—. Y tú, Rafa, relájate un poco ¿vale? Aunque solo sea un día… Hoy celebramos un éxito de todos, de *toda* la brigada, ¿entendido? Hoy aquí no hay egos ni rencillas. Lo importante es que hemos encontrado al niño sano y salvo. Y lo hemos logrado juntos. ¡Es un día importante, joder!

Garrido está insoportable porque sabe que, en el fondo, lo de que ha sido un éxito de todo el equipo es una mentira como un piano. Desde hace casi un año, su participación en la BDCV pende de un hilo muy fino. Es bueno en lo suyo —el mejor—, pero su carácter le ha valido ya tantas amonestaciones que en los últimos meses se ha visto relegado a funciones administrativas y apenas sí ha participado en la operación de más alto nivel que la brigada ha logrado culminar hasta la fecha.

—Tienes razón —admite Varela, acercándose a Garrido en tono conciliador—. Es un éxito de todos. Por cierto, Rafa ¿me haces unas fotocopias? No sé qué habría sido de nosotros sin tu destreza con la impresora…

El subinspector Víctor Navarro hace su aparición en la oficina justo a tiempo de evitar que sus compañeros se

enroquen en una nueva batalla dialéctica.

—¿Ya estamos como siempre? ¡Hoy no quiero saber nada de vosotros, cretinos, hoy me voy a pasar el día bebiendo cerveza y bailando hasta que se me desencajen los huesos!

Navarro pulsa una tecla en su teléfono móvil y los acordes inconfundibles de «We are the Champions» resuenan en toda la oficina. Olvido respira aliviada ante la llegada de su mano derecha. Si alguien ha jugado un papel clave en la resolución del caso, ha sido él. Llegó a la brigada directamente de la B.C.I.T., y a día de hoy se podría decir que es el mayor experto en ciberdelitos (y el hacker más potente) de la Policía Nacional. Para rizar el rizo, está casado con su mejor amiga. El día que Olvido les presentó, los ojos pardos de Víctor Navarro recorrieron la piel mulata y la melena rizada de Marga Lezea, y la inspectora comprendió que, por muy cursi que a ella le resultara la idea, los destinos de los tres habían quedado irremediablemente ligados para siempre.

Los miembros de la brigada (salvo Garrido, que refunfuña un monólogo ininteligible en una esquina) intercambian abrazos, palmadas y felicitaciones entre ellos hasta que una voz masculina —grave, severamente familiar— se impone de repente a la algarabía reinante.

—Buenos días, señores. ¿Dónde está la heroína del día?

La irrupción imprevista del comisario Herrera sobresalta a todos excepto a la inspectora, que mantiene su proverbial sangre fría ante cualquier acontecimiento fuera de lo habitual.

—Buenos días, comisario. No era necesario que se acercara hasta aquí…

Herrera es el director general de operaciones y número tres de la Policía Nacional. Un pez gordo, gordo

(en todos los sentidos) dentro del cuerpo. Todo sonrisas, pasea su corpulencia por la amplia sala común mientras echa un vistazo satisfecho a su alrededor. Su fama de rácano le precede, y se hace patente una vez más en el traje marrón setentero con coderas que viste, sin asomo alguno de pudor. *Coderas*. Para Olvido, verle aparecer y pensar en un sofá de escay color caca de bebé es todo uno.

—Es un auténtico orgullo y un placer poder estrecharles a todos la mano. Seis meses sin una sola pista del niño… Es casi un milagro que haya aparecido con vida. Han hecho un trabajo magnífico. Quería venir a felicitarles personalmente.

—Es todo un detalle, señor —responde Olvido, que estrecha la mano que le tiende.

La BDCV se había reestructurado por completo tres años antes. Inicialmente, la unidad estaba formada por cinco hombres, cuatro de ellos al borde de la jubilación. Uno de ellos, el más joven, era Herrera. Cuando ascendió a comisario, le confió a Montalbán la dirección de la BDCV. El nombre de la inspectora había saltado a la palestra y llamado la atención de las altas esferas dentro de la Policía Nacional cuando, con tan solo veintiséis años, logró infiltrarse en una organización criminal que controlaba, a través de la *deep web,* el tráfico de obras de arte robadas en Europa. Entre las habilidades informáticas de Navarro y su absoluto desprecio por el peligro, el tándem había logrado desarticular una red que condujo a numerosas detenciones. De igual manera, la operación arrojó importantes pistas que ayudaron a resolver una cadena de robos y crímenes que tenían en jaque a la INTERPOL desde hacía años. Además —aunque Herrera nunca lo formulara de manera explícita—, el comisario valoró que, de cara a la galería, daría buena imagen que la elegida fuera una mujer tan joven y preparada, aunque no olvidó dejarle

bien claro que siempre estaría observándola con lupa. Montalbán tuvo libertad para elegir a su mano derecha, el subinspector Navarro. Herrera valoraba que hubieran estudiado juntos en la Academia de Policía y sabía que trabajaban bien juntos, así que no puso objeciones a su incorporación. El resto del equipo fue impuesto «desde arriba». En cuanto a Garrido, por lo que se rumorea en el cuerpo hay indicios velados de que el comisario y él tienen *un pasado*. Nadie sabe a ciencia cierta qué favores se deben el uno al otro, pero en el ambiente flota la intuición de que a Herrera le interesa tenerle controlado. Eso no quita para que «el pistolero», como se le conoce en todo el cuerpo de Policía, sea un miembro de pleno derecho de la brigada. Probablemente no habrían encontrado en todo el país a nadie con su perfil y experiencia en armas y explosivos.

—Enhorabuena, Garrido —le felicita Herrera. Rafa, incómodo, susurra un mustio «gracias» mientras le estrecha la mano y sobrelleva abochornado unas palmaditas en la espalda, en un vano esfuerzo por no hacer más evidente aún su escasa participación en la operación.

Susana Varela compensa su físico menudo con un apretón de manos que hace que el comisario se plantee si deberían hacerle una radiografía.

—Excelente trabajo, Varela. Estoy muy orgulloso.

—Muchas gracias, comisario.

Lucas Morata se aproxima a su superior cubierto de serpentinas y luciendo su sempiterna sonrisa. Olvido ha llegado a la conclusión de que debe ser algo propio de su ADN, que se trata de una de esas personas que han sido dotados por las alturas de un nivel de endorfinas superior a la del resto de los mortales, porque lo cierto es que el tipo irradia energía y entusiasmo en cada cosa que hace. Para él, formar parte de BDCV es un motivo de profundo

orgullo. Todos los miembros del equipo —excepto, por supuesto, Garrido— le adoran.

—Enhorabuena, agente Morata.

—¡Gracias, señor!

Por último, Herrera felicita efusivamente al segundo de a bordo, el subinspector Navarro.

—Mi más sincera admiración y agradecimiento, subinspector.

—Se lo agradezco, señor. Es nuestro trabajo. Ojalá logremos muchos más éxitos tan importantes como este.

Mientras el comisario se relaja charlando con el grupo, Olvido repasa mentalmente la tensión y las presiones que han tenido que soportar durante los últimos meses y se reafirma en que, a pesar de las inevitables discrepancias que surgen en cualquier equipo, forman una brigada de élite. Quería a los mejores, y son los mejores.

—Inspectora, otra de las razones por las que he venido es para comentarle que he convocado una rueda de prensa este mediodía con el niño, los padres… —anuncia el comisario—. Ya sabe usted la atención mediática que ha despertado el caso, nos viene muy bien este chute de popularidad. Me gustaría que estuviera usted allí para explicar a los periodistas los detalles de la investigación.

Olvido medita unos segundos. Si llega.

—No. Lo siento.

Herrera abre los ojos de par en par, incrédulo.

—Perdón, ¿cómo dice? —pregunta, confuso.

Codazos y risitas nerviosas recorren la oficina. *Ya la va a liar*, musita Navarro.

—Con todos los respetos, comisario, declino su invitación. Como sabe, el trabajo que hacemos aquí es muy delicado, y revelar en todos los medios de comunicación del país la identidad de cualquiera de los miembros de la brigada pondría en serio peligro la labor que realizamos. Así que, respondiendo a su pregunta, la

respuesta es «no». Ni yo, ni ningún miembro del equipo, acudiremos a la rueda de prensa. Estoy segura de que lo comprende.

—Inspectora, me pone usted en un brete. Verá, ¡todo el mundo quiere conocerla! Anoche mismo me llamó el alcalde. Quieren concederle las llaves de la ciudad, habrá un acto institucional… ¡Es un gran reconocimiento, un honor! ¿Acaso no es eso lo que todo el mundo anhela? —insiste el comisario.

Montalbán lanza un suspiro despectivo y niega con la cabeza. Se pregunta si el reconocimiento sería igual de pomposo si el niño al que rescataron hubiera sido hijo de un fontanero, de un maestro, o de un dentista, en lugar de un afamado constructor, dueño de varios medios de comunicación y un club de fútbol. Para ella, desde luego, el esfuerzo y la dedicación habrían sido los mismos. Así que no necesita la atención mediática. Más bien —reflexiona— se pueden meter la atención mediática por donde les quepa.

—Yo las únicas llaves que necesito son las de mi casa. No estoy aquí por las medallas, usted lo sabe.

Los miembros de la brigada reprimen una carcajada y contemplan divertidos los esfuerzos inútiles de Herrera por convencerla. Ellos ya saben por experiencia lo que su superior está a punto de descubrir a las bravas.

Cuando Olvido dice que no, es que no.

Una caja de donuts

Viernes, 4 de septiembre de 2015
10.30h

—Qué ovarios tienes, Olvido —dice Navarro, en cuanto Herrera desaparece por la puerta.

—¿Qué va a hacer, despedirme?

Víctor sonríe. Es imposible rebatir la contundencia de los razonamientos de su jefa. Montalbán es dura, a menudo tozuda e inflexible. Hay días en los que al subinspector le gustaría estrangularla con sus propias manos, pero en estos momentos no puede evitar envidiar el aplomo y la seguridad con las que defiende sus convicciones.

—Chicos —anuncia la inspectora—, hoy nos lo tomamos con calma. Os invito a desayunar, ¿qué os apetece?

—Somos polis, jefa —responde Varela—. Trae donuts.

La inspectora sale de las oficinas, que ocupan un discreto piso dúplex en un edificio antiguo donde todo son pequeños despachos. Del exterior de la puerta cuelga un cartel con un logo cutre que simula anunciar una consultora informática. Como dice Morata: «Información: poca y confusa». Baja por la calle del Pez hasta la Corredera Baja de San Pablo. Cuando llega al final de la calle, gira a la izquierda por la calle de la Luna y baja por Concepción Arenal hasta la Gran Vía. Saca dinero de un cajero automático a pie de calle y entra en una cafetería de franquicia que ofrece un mostrador repleto de donuts de todos los colores del arco iris. Compra una caja de diez,

variados, dos por cabeza. En el camino de vuelta se detiene un momento frente al Teatro Lara; hay una nueva obra de teatro en cartel con uno de sus actores preferidos. Consulta el horario y los precios. Seguro que a Marga le apetecerá una tarde de chicas antes de dar a luz. Saca el móvil del bolso y hace una foto del afiche para que no se le olvide. Es entonces cuando siente el violento empujón contra la pared, y el frío del metal afilado en su garganta.

—Dame el bolso o te rajo —susurra una voz temblorosa a su espalda.

Con más hastío que miedo, Montalbán valora la situación. *El chaval no tiene fuerzas ni para quitarme los donuts,* concluye. Aun así, intenta razonar con él.

—Lo siento, no llevo dinero.

—No mientas, te he visto sacar del cajero.

De acuerdo, se acabó la conversación. La paciencia no es el fuerte de la inspectora. Recuerda sus lecciones de Krav Maga y realiza un movimiento brusco para zafarse de su agresor: un codazo en las costillas y, cuando doble el cuerpo, giro y golpe con el antebrazo para partirle la nariz. El muchacho encaja el primer impacto y se retuerce, pero se reincorpora con una rapidez inesperada y alza la mano antes de que a Olvido, que se ha confiado, le dé tiempo a girar el cuerpo del todo. Torpe y nervioso —le urge ya meterse su dosis de lo que sea—, el ladrón le lacera la piel del brazo con la navaja y sale corriendo con el bolso como botín. Olvido se palpa la herida. No es más que un arañazo superficial. Deja caer la caja de donuts y se lanza tras él a la carrera. *¿Pero será posible, el yonqui?* En su huida, el chico extrae la cartera del bolso —barato, de las rebajas de hace cinco años—, y lo arroja al suelo. Montalbán no tarda ni un minuto en darle alcance e inmovilizarle contra el cierre metálico de un restaurante. La inspectora realiza una rápida inspección ocular —nadie a la izquierda, nadie a la derecha, nadie en las ventanas— y desenfunda la HK

reglamentaria que lleva oculta bajo la chaqueta. Sin pensarlo dos veces, se la pone al chico en la frente. *Joder, pero si no es más que un adolescente.*

—Mira niñato, no he tenido que disparar mi arma en todos los años que llevo de servicio pero te aseguro que, o me devuelves ahora mismo la cartera, o hago gotelé en la pared con tus sesos.

El joven no sabe si esa mujer está demasiado loca o demasiado cuerda, pero tiene la impresión de que no bromea. Arroja la billetera a la calzada, lejos de él y aprovecha el instante en que la policía se agacha a recogerla para salir corriendo y perderse en el entresijo de callejas de Malasaña.

A Olvido no le preocupa haberle perdido de vista, aunque bien le habría gustado llevárselo esposado a la comisaría de Leganitos. Tan solo siente una punzada de remordimiento por haberle puesto la pistola en la cara. *Mierda, no debería haberlo hecho.* La guarda rápidamente en la funda que oculta bajo su chaqueta y reza internamente para que nadie haya tenido la genial idea de grabar la secuencia desde alguno de los pisos más altos y le dé por subirlo a internet. Ha sido una imprudencia, pero es que la mera idea de no recuperar su cartera le ha hecho perder la cabeza.

La aferra con fuerza entre sus manos, aún temblorosas, y se apresura a comprobar que su posesión más importante en la vida continúa allí. Del departamento oculto bajo la solapa donde guarda el DNI, extrae una polaroid antigua y deja escapar un hondo suspiro de alivio. Siente cómo todos los músculos de su cuerpo van mutando poco a poco de estado pétreo a algo más parecido a la musculatura humana. No es que no haya hecho ninguna copia de esa instantánea (tiene copias de seguridad por todas partes, digitalizada en su ordenador,

en iCloud, impresa en alta definición en la caja fuerte de su casa, y hasta una copia extra en una vieja caja de galletas que guarda en la despensa). Pero la que lleva siempre consigo es la original, y eso tiene para Olvido un valor incalculable. La observa con atención, recorriendo cada detalle de la imagen como si no la hubiera visto nunca. Con el dedo índice acaricia el nombre que hay escrito con rotulador en la parte inferior de la foto. El nombre que aparece en sus mejores sueños y en sus peores pesadillas. Junto a él, una fecha prácticamente borrada por el tiempo, pero que ella es incapaz de olvidar.

Aliviada, vuelve a guardarla en su lugar. Si algún día esa foto se extravía, o se deteriora… Si alguien se la roba, si no es capaz de protegerla incluso con su vida… Ese día, Olvido lo tiene claro, se tirará de cabeza desde el Viaducto.

El erizo

8 AÑOS ANTES

Viernes, 5 de octubre de 2007

La primera vez que lo sintió —y la única, hasta el momento, que había sido incapaz de controlarlo—, surgió tan de repente que le dejó sin habla, literalmente clavado al borde del abismo. Por entonces contaba ocho años de edad, y estaba de excursión con el colegio en los Picos de Europa. Era la primera vez que viajaba con sus compañeros y pasaba tantos días fuera de casa; cada paso del camino suponía una promesa de aventuras en bosques encantados, con la posibilidad de avistar lagos inmensos, duendes y quién sabe qué otros seres mitológicos.

Eric aún recuerda vívidamente hasta el más mínimo detalle de aquella mañana. Caminaba junto a dos amigos por un sendero empinado —la montaña arbolada a un lado, un espectacular acantilado al otro—, cuando se detuvo maravillado al descubrir un pequeño erizo que, camuflado entre los tonos ocres del sendero de tierra, paseaba despreocupado junto al lindero del camino. El animal parecía sacado de un cuento: pequeño y perfecto, pacífico como un muñeco de peluche. Eric se agachó y, con sumo cuidado, lo tomó entre sus manos y lo elevó a la altura de sus ojos para contemplarlo con detenimiento. Le pareció el animal más delicado que había observado jamás. Sus púas, peligrosas y afiladas, no eran sino un manto protector que recubría su diminuto cuerpo y le resguardaba de cualquier amenaza exterior.

Eric envidió el abrigo del erizo. Daría cualquier cosa por poseer un armazón como el suyo, capaz de frenar los

golpes de su padre cada vez que regresaba a casa borracho. Pensó en su madre. Aquella misma mañana reposaba tendida en la cama, recuperándose de la última paliza. Por suerte, la noche de la última bronca Eric durmió en casa de su abuela y no le tocó nada en el brutal reparto. Al volver a su hogar y descubrir el estado en el que se encontraba su madre el alivio se mezcló con un amargo sentimiento de culpa. *Si hubiera estado aquí* —pensó—, *quizás ella no se habría llevado todos los golpes*.

Debió pasar mucho tiempo contemplando al erizo, porque cuando recobró el sentido de la realidad sus amigos habían continuado la marcha y se habían perdido de vista tras el recodo ascendente del camino. El frondoso bosque que cubría la ladera le impedía ver al grupo y Eric, temeroso de haberse quedado demasiado rezagado, se apresuró a depositar de nuevo al erizo en el suelo, en el borde del sendero, junto a las espectaculares vistas del valle y los dos pequeños lagos que descansaban al fondo del barranco pedregoso. Se tranquilizó un poco al ver que Jaime —un niño delgaducho y algo tendente a meterse en líos— se acercaba a la carrera, colina arriba. Portaba un palo en una mano, por lo que Eric dedujo que, al igual que él, debía haberse entretenido unos cuantos metros atrás y luchaba ahora por recortar la distancia que le separaba del grupo. Al llegar a su altura, Jaime se detuvo un instante a tomar aliento. Apoyó ambas manos en sus rodillas e inclinó el tronco hacia delante para recuperar el resuello. Eric dirigió una última mirada al erizo, que desfilaba confiado junto al borde el acantilado, y se despidió de él con una prudente caricia.

—Que disfrutes del paseo —le susurró.

Solo entonces Jaime reparó en el animalillo y se acercó a contemplarlo, curioso. Con cierta brusquedad, comenzó a «peinar» las púas del puercoespín con el palo

que traía en la mano.

—Déjale en paz —ordenó Eric, enfadado. El mero hecho de que Jaime lo tocara le había puesto en alerta. Temía que acabara haciéndole daño con sus juegos.

—¿Qué pasa? No es más que un bicho —replicó Jaime, adoptando la postura de un golfista junto al animal. A continuación, esbozó una sonrisa gamberra e hizo oscilar el palo levemente adelante y atrás, como hacen los profesionales.

Eric le clavó la mirada, aterrorizado ante la simple idea de lo que estaba a punto de suceder.

—¡Te lo advierto, Jaime! —gritó.

No tuvo tiempo de reaccionar; el niño golpeó con todas sus fuerzas al erizo, que salió despedido violentamente rumbo al vacío.

—¡A volaaaaar! —exclamó. Sin parar de reír, se aproximó al borde del barranco y se inclinó hacia delante para observar en detalle la caída del animal.

Las carcajadas del niño retumbaban en los oídos de Eric, empañándolo todo. Aquel muchacho acababa de destruir la única cosa bella y auténtica, el único destello de felicidad incorrupta de la que Eric había disfrutado en mucho tiempo. Se cubrió las orejas con las manos para ahogar las risas del maldito mocoso. Fue entonces cuando brotó por primera vez. Aquella ira incontrolada. Tan fuerte, tan liberadora e intensa, que no pudo resistirse a ella. Se dejó inundar por aquel impulso desaforado, cogió carrerilla, y se aproximó a Jaime por la espalda. Antes de que a su compañero le diera tiempo siquiera a sentirle, le empujó con ambas manos, con toda la fuerza de la que fue capaz. Cada centímetro de su cuerpo se coordinó para concentrar toda aquella rabia en sus brazos, que no temblaron mientras propulsaban al chico hacia delante como si fuera un avioncito de papel. Eric se sorprendió ante la potencia con la que el niño se precipitó hacia el

fondo del barranco. Se asomó con cautela y aún pudo observar, entre paralizado e impertérrito, los últimos segundos de la brutal caída. Finalmente, se perdió de vista en la distancia. Apenas se distinguía un puntito en la lejanía. No se dejó arrastrar por el pánico. Eric inspiró profundamente por la nariz y expiró el aire por la boca para expulsar la tensión del momento, y la calma volvió a su cuerpo casi de inmediato. Sin mirar atrás, recogió del suelo el palo detonante de la tragedia y reemprendió la marcha hasta incorporarse de nuevo al grupo.

Nadie reparó en la ausencia de Jaime hasta un par de horas después. Tardaron dos días en localizar el cuerpo. Cuando le preguntaron, Eric se limitó a contestar, como el resto de sus compañeros, que no podía precisar en qué momento el niño se había separado del grupo.

Paradise

Madrugada del sábado, 5 de septiembre de 2015
02.15h

Olvido se escapa discretamente del bar donde continúa la celebración etílica de la brigada y se pierde con su moto en las entrañas de Madrid. Llevan desde por la mañana enlazando los donuts (recuperó la caja intacta) con las cañas, las cañas con los cubatas y los cubatas con los ojitos, pero logra escabullirse justo a tiempo de librarse del karaoke de la calle Huertas. *Una tiene sus límites.* Atraviesa la ciudad disfrutando del aire cálido de esa noche de final de verano y se detiene frente a la puerta del *Paradise*, un local muy discreto sin ningún cartel a la vista; tan solo un timbre y una mirilla en una puerta negra de hierro, lo suficientemente alejado de su barrio como para que nadie la reconozca. El portero la saluda con un gesto taciturno y aburrido.

— ¿Una?

Olvido asiente con la cabeza y le tiende un billete de veinte. No es necesario el intercambio de palabras. El *Paradise* no es uno de esos garitos donde la gente suela pagar con tarjeta, ni donde te exijan presentar un documento de identidad. Probablemente el local infrinja unas trescientas leyes, pero Olvido no es policía cuando se deja caer por allí. Por ella, como si el tráfico central de farlopa de la capital pasa por la barra del club. No está de servicio, luego no es de su incumbencia. Recoge la toalla raída y las chanclas desechables que le tiende una chica joven (*es nueva*, advierte Montalbán), y se dirige a los vestuarios (mixtos). Una vez dentro se desnuda, se recoge el pelo en un moño alto y guarda sus pertenencias en una

de las taquillas. Introduce un euro en la ranura y se lleva la llave, que cuelga a continuación de su muñeca con una especie de pulsera elástica. Las pulseras tienen un código: la verde (la que elige la mayoría), indica que la persona que la lleva está disponible, abierta al contacto físico, y que pueden tocarla o intentar un acercamiento, aunque siempre rige un código no escrito de no hacerlo de manera insistente o, por supuesto, violenta. Si la persona portadora de la pulsera no desea relacionarse con esa o esas otras personas en concreto, basta con retirar suavemente la mano o hacer un leve gesto de negación con la cabeza. La amarilla (la que lleva ella), indica que está disponible y abierta a un encuentro, pero que no desea ser tocada, sino que será ella la que inicie la interacción cuándo y con quién considere oportuno. Por último, la pulsera roja está reservada a aquellas personas que no desean, en principio, tocar ni que les toquen. Pueden ser maridos o esposas que simplemente desean observar cómo sus parejas disfrutan de otros cuerpos, o individuos que se excitan observando a otras personas anónimas mientras mantienen encuentros sexuales de cualquier tipo.

La fauna que se mueve por el local es de lo más variopinta, y en una noche de viernes como esa, está a tope de parejas buscando intercambios, de hombres solos a la espera de ser invitados a participar en un trío o cualquier otra actividad disponible y, las menos, algunas mujeres solas que, como Olvido, se toman su tiempo para otear el panorama y seleccionar cuidadosamente con quién o con quiénes les apetece compartirse esa noche. Olvido agradece el ambiente *chill out* que ofrece el local, que la música no esté especialmente alta, y que las luces tenues intenten simular algo parecido a un *spa*. Lo último que necesita cuando visita el *Paradise* es una sobrecarga sensorial, y hoy ya ha tentado mucho a la suerte con tanta

celebración y tantos bares.

La parte central del recinto está presidida por una piscina y un jacuzzi de dimensiones considerables, en el que varias parejas disfrutan de las burbujas y charlan animadamente, mientras un par de hombres solitarios merodean de grupo en grupo, buscando algo de suerte. Alrededor de la zona de agua se disponen una serie de barras, donde varios grupos de personas con más o menos ropa interior apuran sus consumiciones, charlan, bailan, o se acarician y se besan discretamente, puesto que en esta zona del establecimiento aún no están permitidas las relaciones sexuales completas. Largos sofás de cuero blanco, grandes palmeras y hamacas colgantes se reparten por todo el local, cuya ambientación intenta emular —con mayor pena que gloria— una discoteca ibicenca. Después de un par de vueltas y un *gintonic*, Olvido se sumerge al fin en la piscina, completamente desnuda. El roce del agua con su sexo le produce una excitación inmediata, aunque está decidida a prolongar el placer de esta escapada furtiva lo máximo posible. No es algo que pueda permitirse hacer a menudo, pero hoy es uno de esos días en los que, como diría Sabina, el alma necesita más que nunca un cuerpo que acariciar. Se suelta el pelo y deja que su larga melena pelirroja se empape y cuelgue lacia y radiante por debajo de sus hombros, marcando una frontera prometedora justo por encima de sus pezones rosados.

Cuando abandona el local y se sube de nuevo en su moto, los primeros rayos del sol ya despuntan en el horizonte. Olvido sonríe y se pone el casco, repasando mentalmente las sensaciones de la noche. Tuvo que rechazar a un par de hombres antes de echarle el ojo a su verdadero objetivo: una pareja algo más joven que ella, a los que no obstante se les notaba que estaban lejos de ser novatos. La conexión entre los tres fue instantánea. Fue la otra mujer la que se

acercó despacio a Olvido, cubriendo a nado el espacio que las separaba. Llevaban ya tanto tiempo jugando con las miradas, que no fue necesario intercambiar ni una sola palabra. La joven extendió su mano lentamente y acarició el brazo de Olvido, que se dejó hacer sin rechistar. Un segundo más tarde, fue ella misma la que, incapaz de resistir el deseo, aproximó suavemente sus labios a los de la chica, dándole el espacio y el tiempo necesario para que ella la frenara, en el caso de que no fuera eso lo que deseara. No la detuvo. La inspectora saboreó sus labios, dulces, cálidos, infinitamente más delicados que los de cualquier hombre. Era la primera vez que experimentaba con una mujer, y la perspectiva le resultó vibrantemente excitante. Extendió su mano para acariciarle el pecho, a lo que la joven reaccionó con un gemido de placer. Al cabo de un par de minutos, el hombre se acercó también, y las mujeres le abrieron hueco entre ellas.

—¿Vamos? —preguntó.

Las dos mujeres asintieron y salieron con él de la piscina, para perderse en el laberinto de salas interiores del local, donde los únicos límites que se contemplaban eran el respeto y la imaginación.

La maldita cena

Sábado, 5 de septiembre de 2015
21.00h

Mientras se prueba frente al espejo una falda larga plisada que aún no ha tenido la oportunidad de estrenar, la inspectora Montalbán se pregunta si todavía estará a tiempo de anular la cena. Ha sido una semana intensa, le invade una pereza absoluta. Además, apenas ha dormido tras la noche de celebración y posterior visita al *Paradise*. Lo que más le apetece es seguir con lo que estado haciendo toda la tarde del sábado: tumbarse en el sofá en pijama, con una lata de coca cola en una mano y una bolsa de patatas en la otra. Viendo un maratón de *The Killing* (la versión danesa, claro). Y alternando todo esto con un cuenco de helado (porque es digestivo) y una copa de vino (porque es bueno para la circulación). Se sienta en el borde de la cama, agarra el móvil y ya está a punto de empezar a teclear una excusa, pero finalmente piensa en Marga y se siente culpable. Se recuerda a sí misma que su mejor amiga está a punto de ser madre, y que probablemente transcurran meses hasta que puedan volver a tener una cena tranquila. *¿Por qué cada vez me cuesta más socializar?,* se lamenta. Lo coge con ganas, pero luego siempre regresa a casa exhausta.

Pero hoy no hay excusa posible. Es Marga. Y a ella y a Víctor les hace ilusión organizar estas reuniones de vez en cuando *porque no son seres huraños que preferirían limitar el contacto humano al mínimo posible.* Así que guarda el móvil en el bolso, suspira y se calza las sandalias antes de echarse una última ojeada en el espejo.

No tarda ni cinco minutos en llegar. Sus amigos

viven en el mismo barrio, en la misma calle. Mientras que Olvido ocupa un pequeño apartamento en un bloque de pisos (en el bajo, odia las alturas), Marga y su marido residen en una pequeña colonia de chalés situada al final de la Ribera del Manzanares. Nadie diría que aquel oasis urbano se encuentra a tiro de piedra de la Plaza de España, la Gran Vía y el Palacio Real, y a escasos cien metros de la Casa de Campo.

Los primeros días de septiembre aún les regalan noches suaves en las que todavía resulta agradable cenar en el jardín, y según avanza la velada Olvido se alegra de no haber cancelado la reunión. *Una tiene que vivir con sus incoherencias.*

—Gracias por la cena Víctor, estaba todo riquísimo —dice Olvido cuando éste le sirve un café. Es una de las cosas que más envidia de la vida en pareja. Alguien que sepa cómo te gusta el café, y cuándo te apetece uno.

—De nada, jefa.

Marga escruta el rostro de Olvido.

—Bueno, ¿entonces?

—Lo siento Marga, pero no puedo. Ya sabes lo que opino de la Iglesia. No me pidas que sea la madrina, no puedo participar en una ceremonia en la que no creo.

—Pero ¿qué más te da fingir un ratito? A ti no te supone nada, pero para nosotros es importante.

—Marga, sabes que te quiero más que a nada en el mundo, y te juro que si os pasa algo cuidaré de esa niña como si fuera mía. Pero no me pidas que haga el teatrito delante de un cura. Tendrás que conformarte con mi palabra.

Tras la negativa de Olvido el ambiente se queda algo tenso, como un nubarrón amenazante en una noche de acampada.

—Bueno chicos, yo estoy reventada. Si no os importa, voy a subir a acostarme —se excusa Marga,

resignada.

—Claro, descansa.

Olvido se despide de ella con un abrazo, al que Marga corresponde con cierta desgana.

Cuando desaparece en el interior de la casa, Víctor y Olvido se levantan de la mesa y se recuestan en sendas tumbonas. Sopla una brisa cálida, y el cielo está plagado de estrellas.

—¿Crees que se ha enfadado?

Víctor hace un gesto despreocupado con la mano y comienza a liar un cigarrillo de marihuana.

— Tranquila. Se le pasará. ¿A medias?

Olvido asiente con la cabeza. Se van pasando el canuto mientras charlan.

— Estoy muy satisfecho de cómo ha salido todo. Te juro que no las tenía todas conmigo, es un milagro que el chaval siguiera con vida.

Olvido repasa el rostro de su compañero con un atisbo de ternura, que Víctor aprovecha para inclinarse hacia ella y besarla. La inspectora corresponde al beso, pero al rato le aleja de sí, incómoda.

—¿Qué pasa? —susurra Víctor.

La inspectora clava su mirada en el suelo, angustiada.

—No podemos seguir con esto.

Víctor frunce levemente el ceño.

—No estamos haciendo daño a nadie.

—Ah, ¿no?

Olvido le mira fijamente, como si pudiera ver a través de él, como si fuera de cristal. Él le sostiene la mirada, y durante unos segundos nadie dice nada.

—Es mi mejor amiga. Y estáis a punto de ser padres. Creo que hay razones más que suficientes para dejar las cosas como están, antes de que se nos vaya todavía más de

las manos —expone, en un tono que intenta ser conciliador—. Tampoco han sido tantas veces, así que vamos a dejarlo en lo que ha sido, un error. Un lío sin importancia.

Sabe que camina sobre una fina capa de hielo, que nunca debió permitir que aquello comenzara. Igual que sabe que no le va a resultar fácil gestionar la ruptura.

—¿Un error? ¿Eso es lo que ha sido para ti? —protesta Víctor.

El gesto en el rostro de la inspectora se torna impasible. Tiene que mantenerse firme, poner fin a aquella historia antes de que alguien salga herido.

—Pues yo no quiero, Olvido. No puedo, lo siento. No puedo renunciar a ti.

Otro incómodo silencio les atraviesa. Olvido aspira el humo del canuto.

—Te quiero —declara él.

—No digas tonterías, Víctor.

—Y tú también me quieres. Estoy seguro.

Olvido emite un hondo suspiro.

—La quiero más a ella que a ti. Eso no lo olvides nunca. Marga es tu mujer, pero por encima de todo es mi mejor amiga. Esto no tenía que haber comenzado jamás. No quiero que la cosa vaya a más, Víctor. Marga no se merece esta traición, ni por tu parte ni por la mía.

—No digas que no sientes algo por mí. No me lo creo… No te lo crees ni tú. Desde el primer día que coincidimos en la academia saltaron chispas entre nosotros.

—Una cosa son las chispas, y otra muy distinta el amor —dice la inspectora, cada vez más seria—. Claro que siento algo por ti. Somos algo más que amigos y mucho más que compañeros. Pero de ahí al amor hay un salto muy grande. ¿Es que no te das cuenta del daño que podemos hacerle?

—¡Claro que sí! Sabes que la quiero con locura. Pero también te quiero a ti. Y no me veo capaz de renunciar a ninguna de las dos. Os quiero a ambas, no creo que sea tan difícil de entender. Contigo tengo tanto en común… La brigada, la adrenalina… Con ella tengo otras cosas. La ternura, nuestro hogar, el cariño. Y la enana que está en camino, claro.

—Pues quédate con eso, Víctor. Porque yo no puedo ofrecerte nada más que un polvo de vez en cuando. No estoy buscando una relación, y desde luego no contigo.

—¿Prefieres entonces ir a revolcarte con otros al *Paradise*? ¿Es eso lo que quieres?

Olvido da un respingo al escuchar el nombre del local liberal en boca de su compañero. No lo ha visto venir.

—¿Me has estado siguiendo? —pregunta, incrédula.

Víctor no responde.

Olvido se pone en pie y coge su bolso dolida, enfadada, dispuesta a abandonar la casa. Si necesitaba un motivo para ponerle fin a ese sinsentido, ahora ya lo tiene.

—Que sea la última vez que te inmiscuyes de semejante manera en mi vida privada.

—Lo siento, pero aquí no eres mi jefa. No puedes darme órdenes. Aquí no somos Navarro y Montalbán. Somos Víctor y Olvido.

—Lo que has hecho ha sido traspasar una línea roja. ¡La línea roja está TAN lejos, que ya ni se ve desde donde estás!

—Es que no lo entiendo, Olvido. ¿Cómo puedes…? ¿De verdad prefieres follarte a cualquier desconocido, antes que hacer el amor conmigo? ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos?

—¡Navarro! —. Olvido se da cuenta de que ha elevado excesivamente el tono de voz y vuelve la cabeza hacia el piso de arriba, temiendo que Marga pueda oírlos.

—Cuida de tu mujer y procura que no le falte de nada, ¿me estás escuchando? —ordena, casi en un susurro —. Si le haces daño, si alguna vez le cuentas algo sobre nosotros, estás fuera de la brigada. Ahora mismo te hablo como tu jefa. Todo esto, tanto si te gusta como si no, termina aquí y ahora. Cíñete a la informática, que es lo tuyo, y deja los seguimientos para los profesionales, porque como tenga la más mínima sospecha de que me espías, me acosas o me persigues, te expones a una demanda de tres pares de cojones. Espero haber hablado claro.

15 AÑOS ANTES

Miércoles, 21 de junio de 2000

El hombre arranca el coche a toda velocidad.

La mujer sostiene al bebé en sus brazos, tratando todavía de recuperar el aliento. La envuelve bien en la mantita rosa y nota cómo su pulso se va serenando conforme aumenta la distancia entre ellos y el caserío.

—¿Sabe qué, hermana? He oído que muchas personas darían una buena cantidad de dinero por los órganos de un recién nacido.

La mujer se vuelve hacia el conductor, espantada.

—¿Estás loco? ¡No somos animales!

—Perdone, hermana. Solo era un comentario.

—No quiero volver a escuchar semejante barbaridad. ¡Nosotros no asesinamos seres humanos!

Un silencio tenso se adueña del vehículo durante todo el tiempo que dura el trayecto hasta San Sebastián.

—Nosotros cumplimos la voluntad de Dios —murmura la monja cuando el coche se detiene, al tiempo que se santigua y besa la cruz plateada que cuelga sobre su pecho.

El impulso

Lunes, 7 de septiembre de 2015
08.00h

No es la primera vez que Eric siente «eso». Pero hace ya mucho, demasiado tiempo, que intenta retener —a base de un autocontrol y una fuerza de voluntad de hierro— «el impulso», como lo ha bautizado. 2.894 días, para ser exactos. O lo que es lo mismo, ocho años. Ocho años menos un mes desde el día en que arrojó al vacío al pequeño Jaime Aguilar. Un aniversario macabro, pero aniversario, al fin y al cabo. La fecha no es importante, pero es casi perfecta.

Esta mañana Eric se encamina, como cada día, en dirección al instituto La Ribera, donde estudia primero de Bachillerato. El curso escolar ha comenzado hace tan solo unos días y los alumnos aún conservan esa energía risueña propia del verano. Eric acaba de cumplir los dieciséis. Al contrario que sus amigos, se ha pasado casi todas las vacaciones encerrado en su habitación. Apenas ha salido de la casa donde vive con sus padres, a excepción de las noches más duras, en las que no le ha quedado más remedio que saltar por la ventana y vagar por las calles de Madrid hasta la salida del sol. Pero hoy, al fin, tras dos meses de cuidadosa planificación, su tedioso paseo hasta el centro escolar está impregnado de un ardiente propósito. Con cada paso que da, el corazón se le acelera introduciendo un compás de tres o cuatro latidos por segundo, cada vez más veloz. *Po-pom, po-pom, po-pom*.
En la entrada principal, varios grupos de adolescentes remolonean antes de decidirse a entrar en el edificio. Eric

espera pacientemente a que suene el zumbido que anuncia el comienzo de las clases. Al fin, escucha el timbrazo. Los más rezagados corren hacia las aulas. Eric aguarda aún cinco minutos más. Después, entra en el instituto y cierra tras de sí la puerta doble principal. Saca de su mochila una cadena y un candado y amarra la puerta por dentro. A continuación, extrae de su mochila una pistola y retira el seguro justo en el momento en que Arturo, el bedel, sale de la conserjería.

—Buenos días, Eric, vas a llegar tar…

Eric le devuelve el saludo volándole la cara de un disparo.

Una sonrisa perturbada se dibuja en su rostro. Ha llegado el día.
Su día. Por fin.

15 AÑOS ANTES

Miércoles, 21 de junio de 2000

La edad no ha hecho mella en el rostro de porcelana de Leire Larralde. Sigue teniendo la piel de una adolescente, nadie le echaría los treinta y siete años que acaba de cumplir. En cambio, su marido, Julen Mendiburu, a pesar de no superar la cuarentena es uno de esos hombres grises, apagados, cuya piel recuerda levemente a la ceniza de un cigarro que se consume en la comisura de los labios.

Al cruzar el umbral de la clínica de La Luz, la recepcionista sonríe ante la abultadísima barriga de Leire.

—¡Creo que ya está aquí! —anuncia entusiasmada, acariciándose el vientre con delicadeza.

—¿Tiene las contracciones muy seguidas?

—Cada cinco minutos, más o menos. Hemos esperado toda la mañana en casa para asegurarnos, tal y como nos indicó el doctor Echagüe. He roto aguas justo antes de salir.

—Perfecto, pues tomen asiento unos segundos, en seguida la subimos a su habitación. ¡Y usted anímese, hombre! Que parece que vaya a asistir a un funeral, en lugar de a un parto…

La mujer y Leire intercambian una sonrisa de complicidad. Julen, en cambio, se remueve incómodo en el asiento de la sala de espera mientras deja en el suelo, a su lado, una pequeña maleta.

—Se van a dar cuenta —susurra, malhumorado y nervioso.

—¡Shh! —ordena Leire, irritada—. ¡Haz el favor!,

¿eh? Tú haz lo que nos han dicho y todo irá bien. ¡No lo vayas a fastidiar ahora!

La llegada del doctor Echagüe interrumpe la conversación del matrimonio, que se pone en pie al unísono al verle llegar. Viene solo, empujando una silla de ruedas. Sin intercambiar ni un saludo, le indica a Leire con un gesto de cabeza que se siente en ella.

—Ya está todo listo —masculla escuetamente, mientras los tres se alejan por un largo pasillo.

Después de un largo recorrido —la pareja intuye que el doctor les ha conducido hasta la parte menos transitada del hospital— Echagüe abre una puerta y les invita a entrar. En apariencia, se trata de una habitación común de la maternidad, como cualquier otra.

—Les dejo aquí unos instantes, para que se acomoden. Señora Larralde, por favor, póngase usted el camisón que le he dejado preparado sobre la cama y échese.

—¿Puedo…? —pregunta Leire, señalándose la barriga.

—Sí, sí. Métalo en esa bolsa de ahí y ciérrela. Ahora mismo vendré a por ello.

El médico deja sola a la pareja, que obedece diligentemente sus instrucciones. Julen Mendiburu ayuda a su esposa a desabotonar la parte de atrás del vestido premamá y lo cuelga pulcramente en el armario de la habitación. A continuación, desabrocha el arnés de color visón que, oculto bajo la ropa, hace las veces de una barriga propia de los nueve meses de embarazo.

—No lo voy a echar nada de menos —asegura Leire, tendiendo el falso vientre a su marido. Acaricia con alivio su estrecha cintura y procede a ponerse el camisón de tela azul, que luce el logo de la clínica bordado en el pecho.

Diez minutos después, la puerta de la habitación se

abre de nuevo. Esta vez, el doctor Echagüe viene acompañado por una mujer que sostiene un bebé en sus brazos. Leire se cubre el rostro con las manos, tratando de contener un grito de felicidad. Julen, en cambio, da rienda suelta a sus emociones por primera vez, conmovido ante la llegada de la hermana Dulce. Ha escuchado grandes elogios sobre ella, tanto por su trabajo en la clínica como por su labor al frente del convento. Julen es un hombre muy religioso. Aquella mujer, según le habían contado, ha dedicado su vida a encontrar familias adecuadas a todos y cada uno de los recién nacidos que, a lo largo de los años, habían sido abandonados por sus madres en el torno del convento de las Hermanas Auxiliadoras del Sagrado Corazón. Según la versión de las monjas: «mujeres solteras, abandonadas, descarriadas…» Con el tiempo, la hermana Dulce (diminutivo del mucho más largo «Dulce Nombre de María»), había pasado de ser la más joven novicia de la comunidad a ostentar su actual cargo de madre superiora. Su experiencia atendiendo partos en las misiones de su congregación en el Congo le ha granjeado una excelente reputación como matrona, a pesar de no poseer ningún tipo de formación oficial. «Yo solo me pongo en manos de Dios», solía decir cada vez que ayudaba a traer un niño al mundo. La hermana Dulce vive en el convento, con el resto de las monjas, pero pasa gran parte de su tiempo en la clínica de La Luz, una maternidad católica privada que goza de un enorme prestigio en la ciudad. La mayor parte de la plantilla, así como el jefe de Pediatría —el doctor Andoni Echagüe—, está compuesta por personal médico cualificado y laico, pero una pequeña fracción de las trabajadoras de la maternidad son monjas voluntarias de la congregación, cuyo convento se encuentra ubicado en un antiguo edificio señorial que linda con la clínica.

—Qué niña tan bonita… ¿Qué le pasa en la oreja? —pregunta Leire, un tanto disgustada, cuando la hermana

Dulce deposita al bebé en sus brazos.

El médico se acerca a examinarla.

—No es nada, mujer. Es muy frecuente, simplemente tiene el lóbulo partido. No es más que un pequeño defecto estético.

—Discúlpela, doctor —se excusa Julen—. Desde lo de nuestro hijo, cualquier cosa nos preocupa.

—Lo comprendo, señor Mendiburu. No se apuren, he examinado a la niña: está sana como un roble. Lo que sucedió con su pequeño Ander fue una tragedia, pero estoy convencido de que el Señor ha querido compensar su pérdida con esta niña. No se obsesionen, todo irá bien. Son ustedes un matrimonio maravilloso. ¡Esta pequeña tiene mucha suerte de tenerles!

La pareja se toma de la mano y dedica al doctor una sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, yo debo irme ya. Les dejo con la hermana Dulce, que les explicará todo. Para cualquier consulta, ya saben dónde me tienen. Recuerden que es preferible que sea yo quien me encargue de los temas de salud de la niña. Por precaución… ya saben.

—Claro, claro, por supuesto —responde Leire—. Muchas gracias por todo, doctor.

El médico abandona la sala, no sin antes llevarse consigo la bolsa donde la pareja ha ocultado el falso vientre de embarazada.

—Muy bien —dice la monja—. Recuerden lo que hemos acordado durante estos meses. Diremos que la niña nació aquí a fecha de hoy, miércoles 21 de junio de 2000. El doctor Echagüe y yo misma la asistimos en el parto. Aquí tienen el certificado de nacimiento y el informe del parto emitidos por la clínica —les explica, al tiempo que tiende a Julen un par de papeles con el membrete de la maternidad.

—¿Es todo? ¿Necesitamos alguna documentación

más, aparte de esto?

—Nada. Más adelante iré a visitarles personalmente y les llevaré la cartilla de vacunación y alguna cosilla más. ¿Han traído ustedes…?

Julen asiente y se apresura a abrir la pequeña maleta que ha traído consigo. Extrae un sobre marrón, abultado, que tiende a la monja.

—Tres mil euros, lo que acordamos.

—Esto es la tercera parte de lo que… —apunta la religiosa, frunciendo el ceño.

—Sí, sí, por supuesto… No disponemos de más ahorros por el momento, pero iremos pagando las cuotas mensuales hasta finiquitar el pago, le doy mi palabra —asegura Julen, algo nervioso.

La hermana Dulce hace sus cálculos mentales.

—De acuerdo. Perdonen, tienen razón, habíamos acordado fraccionar el donativo… Otras parejas hacen sus contribuciones a nuestra comunidad del mismo modo. En ese caso, yo misma pasaré por su domicilio todos los meses para la recaudación. Si les parece bien, fijamos ya una fecha. Como hoy es día veintiuno, pues así lo dejamos.

—Perfecto, el veintiuno de cada mes —asiente Leire.

La monja saca de su bolso un elegante diario con tapas negras de cuero y hace una anotación. Después, tras santiguarse, besa la cruz de plata que cuelga de su cuello y la introduce dentro de la blusa. En lugar de hábito, algunas de las hermanas de la comunidad visten una sencilla falda gris de tela, una blusa blanca y jersey o chaqueta de punto también gris. Suelen llevar también una toca gris en la cabeza, aunque esta pieza no es obligatoria y suelen prescindir de ella a su discreción, especialmente durante los meses de verano.

—Por curiosidad, hermana… ¿qué sabe de la madre biológica? —pregunta Leire, jugando con los deditos de la niña.

—Ay, una pena, hija mía. Una adolescente, figúrate. Quince años, creo que tiene. Gracias a Dios ha tenido el buen criterio de sacrificarse por el bien de la pequeña… Me consta que saber que será criada por una buena familia católica es un gran consuelo para ella.

A continuación —y dando el tema por zanjado—, la monja adopta una postura de recogimiento y junta las manos para orar. Julen y Leire cierran los ojos e inclinan levemente la cabeza para acompañarla.

—Señor, bendice a esta niña y a su nueva familia. Te rogamos que guíes sus pasos y la libres de todo mal. Hazla siempre digna de ti y de tu amor, y guía a sus padres para que ayuden a crecer en ella la semilla de la fe. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor.

—Amén —responde el matrimonio, al unísono.

Lunes, 7 de septiembre de 2015
08.05h

Olvido agradece que sea lunes por la mañana. Necesita regresar a la rutina y, sobre todo, sacudirse cuanto antes de encima el recuerdo de la maldita cena del sábado. Aún no se ha sentado a la mesa de su despacho cuando la pantalla del móvil se ilumina y le devuelve el nombre de Marga. La inspectora respira hondo e intenta que su voz suene lo más relajada posible, mientras reza por lo bajo para que entre su mejor amiga y ella no esté a punto de desencadenarse la Tercera Guerra Mundial.

—Hola. ¿Qué tal, cómo estás?

Apenas queda un mes para que dé a luz, y Olvido le ha prometido estar atenta al teléfono, por si no consigue localizar a Víctor para llevarla al hospital cuando se ponga de parto.

—Tranquila, aún no hay contracciones —bromea Marga al otro lado de la línea—. Me voy a trabajar, pero antes… quería asegurarme de que todo está bien entre nosotras. Siento haberme puesto tan pesada con lo del bautizo. Tengo las hormonas un poco… ya sabes…

La risa de Marga tranquiliza a Olvido, que siente cómo se le relaja la mandíbula y esboza una sonrisa.

—Gracias por entenderlo. Oye, pero ¿cómo qué te vas a trabajar? ¿Es que no has pedido aún la baja?

—La semana que viene, lo juro. Quiero dejarlo todo organizado para la sustituta.

—¿Necesitas algo? ¿Me acerco luego y te llevo algo de compra?

—No, tranquila. Víctor se encarga. Por cierto, te

avisó de que tiene dentista, ¿verdad?

—Sí, estoy al tanto. Garrido tampoco ha llegado aún, me parece que esta mañana estamos con servicios mínimos.

—Te dejo, que ya voy tarde.

—De acuerdo. ¡No trabajes mucho!

Olvido cuelga el teléfono aliviada, y enciende el ordenador.

Ya hace más de una hora que habló con Marga, pero a Olvido se le ha pasado en un suspiro. Lleva sumida en un bucle mental desde entonces, dándole vueltas a la cena del sábado. Aún está intentando digerir lo que pasó con Víctor. No entiende cómo ha podido dejarse llevar así con él, cómo ha podido traicionar a su mejor amiga, en qué momento perdió su archiconocido autocontrol.

Menea la cabeza contrariada, como tratando de sacudir los pensamientos intrusivos, y se pone a trabajar. No lleva ni cinco minutos redactando un informe cuando vuelve a sonar el móvil. De nuevo, se trata de una llamada entrante de Marga. *Qué raro,* piensa.

—Hola de nuevo, ¿qué pasa?

Pero en lugar de la voz de su amiga, el otro lado de la línea le devuelve una mezcla indescriptible de jadeos y ruidos extraños. Un segundo más tarde se oye gritar a una chica, a lo lejos, después a un hombre, y a continuación más ruidos incoherentes. Olvido está a punto de preguntar algo cuando el eco inconfundible de un disparo se cuela, nítido, como un bramido, a través del auricular. Un escalofrío le nace en la nuca y desciende por su espalda, como un témpano de hielo recorriéndole la columna vertebral. Se pone en pie de un salto.

—¡Marga! Marga, ¿dónde estás?

El llanto al otro lado del teléfono hace que a Olvido se le suba el corazón a la garganta.

—Están disparando, en el instituto —susurra Marga en un tono casi inaudible.

—Escóndete donde puedas, ¡ya vamos para allá!

Lunes, 7 de septiembre de 2015
09.15h

La inspectora sale a la carrera de su despacho, pasa junto a Morata y grita, sin esperar respuesta:

—¡Un tiroteo en el instituto La Ribera!

Su compañero salta de la silla como impulsado por un muelle.

—¿No trabaja allí la mujer de…?

—¡Pide refuerzos! —le ordena Olvido mientras baja por las escaleras como una exhalación.

—¡Espera! ¡No nos corresponde a nosotros, aguarda a que se organicen las unidades!

El grito de Morata desde el descansillo no halla respuesta alguna porque Olvido ya está en la calle. Arranca su moto y sale disparada hacia el instituto. Lo conoce, está en su barrio, al comienzo de Madrid Río. Baja por Gran Vía saltándose todos los semáforos y da un giro a la izquierda de noventa grados al llegar a Plaza de España. Esquiva por unos centímetros a un par de turistas japoneses que cruzan el paso de cebra bajo el túnel de la Cuesta de San Vicente y pasa rozando al autobús de la línea 75, que le devuelve un largo bocinazo seguido de un contundente improperio por parte del conductor. Desciende la calle a la velocidad del rayo y en menos de un minuto alcanza la estación de Príncipe Pío. Cruza la Glorieta de San Vicente y se sube con la moto a la acera. El instituto está situado en la orilla opuesta del Manzanares, así que desciende por la rampa que conduce a Madrid Río, cruza el Puente del Rey y atraviesa la explanada peatonal hasta plantarse en la entrada a la Casa

de Campo. El instituto La Ribera linda con el Palacete de los Vargas, y ofrece un desafortunado contraste frente al edificio renacentista. La ubicación elegida por el ayuntamiento no fue del agrado de los vecinos del barrio, pero las concentraciones de protesta no lograron frenar la construcción del centro escolar.

Lo que contempla en la entrada ya es desolador. Un grupo de cuatro o cinco adolescentes se descuelga por una ventana del primer piso, de cuyo interior emana el sonido de una batería de disparos y gritos desgarradores. Por suerte no hay demasiada altura y aterrizan con agilidad en el suelo, ayudándose unos a otros a escapar. En su huida desesperada sobrepasan a Olvido sin reparar siquiera en su presencia. Están en *shock*. La inspectora advierte que una de las chicas sangra profusamente por el brazo. Sin duda, una herida de bala. Alguien le ha hecho un torniquete con un cinturón. Dos chicos la llevan en volandas, sujetándola por los costados. Mientras corren, sus miradas se pierden en el infinito, más allá del horror... Una ambulancia anuncia su inminente llegada a lo lejos, con el rugido de las sirenas a máxima potencia y un chirriar de ruedas que hace temer por la integridad física de los paramédicos. Sin pensarlo dos veces, Olvido se adentra en el centro sin esperar la llegada de sus compañeros. Intenta acceder por la puerta principal, pero está atrancada por dentro, así que no le queda más remedio que trepar por una de las ventanas del piso bajo. Cuando alcanza el vestíbulo, a punto está de desplomarse por la impresión. El cuerpo un hombre yace en el suelo, boca arriba. Una pequeña etiqueta cosida en el pecho revela su nombre: «Arturo». Por el mono gris de trabajo Olvido deduce que se trata de un celador, posiblemente el conserje del instituto. El asesino debió sorprenderle nada más acceder al instituto. Una bala le ha atravesado el ojo derecho. Un enorme

charco de sangre circunda ya su silueta y va extendiéndose por el suelo.

La inspectora Montalbán desenfunda su pistola y comprueba por qué no ha podido abrir la puerta. Se separa un par de metros y revienta de un disparo el candado y la cadena que la mantienen cerrada. A continuación, abre las puertas del instituto de par en par.

Otro grupo de alumnos aterrorizados sale de una de las aulas cercanas buscando la salida, totalmente desorientados. Al ver el arma en la mano de Olvido emiten un grito horrorizado y se tiran al suelo, suplicando por sus vidas.

—¡Soy policía! Rápido, ¡salid! —les ordena la inspectora, indicando con la mano libre el camino que deben seguir.

Los alumnos obedecen, aturdidos. Casi todos llevan la ropa y el rostro manchados de sangre; a Olvido le resulta imposible determinar en tan breve espacio de tiempo si ésta corresponde a heridas propias o de otros estudiantes con los que se han cruzado, tropezado, o cuyas heridas les han salpicado durante el ataque.

El rugido de una ráfaga de disparos procedente del fondo del pasillo principal interrumpe el hilo de los pensamientos de Olvido y la pone de nuevo en marcha. Avanza despacio, apoyando la espalda en una de las paredes, siguiendo el eco de las detonaciones. Varios grupos pequeños de alumnos y profesores se aventuran a escapar según van sintiendo que el tirador se aleja del aula, armario o parapeto donde se encuentran escondidos. La inspectora Montalbán les va señalando la dirección a seguir para abandonar el edificio, ya que todos parecen haber perdido por completo el sentido de la orientación. En todas y cada una de las personas que se cruza se puede leer la misma expresión de incredulidad. Olvido

comprende que acaban de ser testigos de unas imágenes que no lograrán borrar de su memoria mientras vivan.

En su avance, la inspectora va realizando una rápida inspección ocular de las aulas que va dejando atrás, a ambos lados del pasillo. La visión es cada vez más pavorosa. El relato del horror se extiende por las clases y salas comunes en forma de cuerpos acribillados a balazos, tendidos en posturas imposibles sobre el suelo, los pupitres, las sillas… La adrenalina generada por el terror se dispara por las venas de Olvido, y por unos instantes se le nublan el oído y la vista. Pierde temporalmente el equilibrio y se tambalea, a punto de caer al suelo. Tiene que detenerse un segundo. Necesita apoyarse sobre unas taquillas y respirar hondo para intentar ralentizar el ritmo cardíaco —*un infarto de miocardio no debe ser muy distinto a esto*…— y recobrar los sentidos. Una nueva tanda de disparos la espabila con el impacto de una bofetada. Toma aire y dirige sus pasos hacia el salón de actos, de donde parecen proceder las detonaciones y los gritos. Se detiene frente al acceso principal del pequeño auditorio. La puerta está semiabierta; el interior, totalmente a oscuras. Asoma la cabeza con un movimiento rápido para evaluar su interior, y retrocede de inmediato para ponerse de nuevo a cubierto. Gracias al halo de luz que se ha filtrado al abrir la puerta ha creído distinguir la silueta de varios alumnos camuflados entre las butacas. También ha percibido un par de cuerpos inmóviles tendidos a lo largo del pasillo central. *Ojalá estén fingiendo,* reza para sus adentros, pero no tiene forma de estar segura. Por unos segundos todo permanece en silencio. Solo se escucha a lo lejos la llegada apresurada de los primeros coches patrulla, que se apuestan en la explanada frente a la entrada principal del instituto. Segundos más tarde, los refuerzos bloquean la salida trasera del centro. La inspectora decide aprovechar ese momento de calma para colarse en el salón de actos.

Una vez dentro, entorna la puerta tras de sí, permitiendo que penetre apenas un haz de luz procedente del exterior de la sala. Su intención es que el auditorio permanezca en la semioscuridad. Reza porque Marga haya recordado sus consejos en casos así: refugiarse en un aula o habitación, cerrar la puerta, bloquearla, apagar las luces y mantenerse lejos de las ventanas, parapetándose tras muebles, estanterías o lo que tengan a mano. El pequeño teatro es un buen lugar para esconderse durante un ataque, ya que ofrece la posibilidad de resguardarse mínimamente de los disparos reptando bajo las butacas, cortando la luz e impidiendo que el agresor tenga una visión clara de la posición de las víctimas.

Tras cerciorarse de que no se escuchan disparos cercanos, se aventura a avanzar por el pasillo central, siempre alerta, con los brazos estirados y la pistola frente a ella. Agudiza la vista y repara en un grupo de adultos —profesores y personal del instituto— agazapados entre las primeras filas, al lado derecho del escenario. Entre ellos distingue la melena rizada de Marga, que sobresale levemente por encima de los asientos.

—¡Marga, soy yo! —grita, ignorando por completo las más mínimas leyes de la prudencia— ¡Policía! Que nadie se mueva, ya ha pasado lo peor.

Varios profesores y estudiantes, envalentonados por la presencia de la inspectora, se apresuran a evacuar el salón de actos por los pasillos laterales, agazapados y cubriéndose la cabeza con los brazos.

—¡Permaneced a cubierto! —ordena Olvido, asustada. Pero casi todo el que no está muerto o herido ha abandonado ya el auditorio.

El cuerpo de Marga, más voluminoso y torpe que el del resto debido a su avanzado estado de gestación, permanece inmóvil entre las primeras filas de la derecha, obedeciendo las órdenes de su amiga.

Entonces, todo sucede visto y no visto. Olvido se encuentra aún a mitad del pasillo central cuando atisba por el rabillo del ojo un movimiento brusco a su izquierda, justo en la mitad opuesta del teatro. En un acto reflejo, se gira hacia allí. En décimas de su segundo, su mente y su cuerpo tienen que coordinarse y tomar una decisión. Olvido percibe el brillo de un objeto metálico en la mano de aquella figura, cuyo contorno apenas se dibuja en la penumbra de la sala. Su mente duda un segundo. Su dedo índice, no. Aprieta el gatillo dos veces seguidas. La primera impacta en el pecho. La segunda en el cuello. El grito desgarrado de Marga deja a la inspectora clavada en el sitio:

—¡Olvido, nooo!

La figura se desploma tras la fila de asientos y Olvido corre hacia ella. De repente, la sangre se le agolpa en las sienes, golpeándolas con fuerza y paralizando casi por completo el riego sanguíneo del cerebro. Las piernas se le doblan como dos hebras de lana y cae al suelo frente al cuerpo que acaba de derribar. Se trata de Sofía Torres, una alumna de Marga a la que conoce bien. Su familia vive en el portal de al lado; se saludan y se cruza con ellos prácticamente todos los días. La muchacha aún aferra firmemente en su mano derecha el objeto brillante que Olvido ha confundido con un arma: un teléfono móvil con carcasa plateada que la chica no ha querido dejar atrás en su huida.

Casi en el mismo instante, la voz de Víctor se eleva a través de la sala.

—¡Policía! ¡El instituto está rodeado!

Los acontecimientos se suceden a la velocidad de la luz. Como respuesta a la llegada de los refuerzos policiales, una ráfaga de disparos procedente del anfiteatro, a unos cuatro o cinco metros sobre el patio de butacas, siega el aire sembrando el terror de nuevo. Marga

no puede reprimir un grito de pánico. Olvido se incorpora sin pensarlo, dispuesta a abatir al tirador. Una de las balas le pasa silbando junto a la mejilla, rozándole la piel. Como comprobará más tarde, tan solo un centímetro de desviación habría sido suficiente para atravesarle el rostro y, a juzgar por la trayectoria de la bala, alojarse en la parte inferior del cerebro, acabando con su vida. Por fortuna, lo único que siente es una intensa quemazón en el carrillo. Instintivamente, se toca el pómulo con la mano. Comprueba que sangra profusamente. Es una herida aparatosa, pero no mortal.

—¡Sal de ahí con las manos en alto! —ordena—. ¡No tienes ninguna oportunidad de escapar, pero aún puedes salir de aquí con vida!

El salón de actos queda sumido por un interminable minuto en un silencio sobrecogedor. Víctor permanece alerta junto a la puerta, cubriendo la salida. Desde donde está puede distinguir con claridad a su compañera y a su esposa, pero teme que una irrupción a destiempo provoque un desenlace fatal. Jamás ha tenido tanto miedo en su vida. Susana Varela, Lucas Morata y un regimiento de policías llegados de las comisarías más cercanas aguardan tras el subinspector Navarro la orden de entrar. Olvido, agazapada aún junto al cuerpo de Sofía, alterna su atención entre la barandilla del anfiteatro y el rostro de Marga, que permanece inmóvil al otro lado del pasillo, echa un ovillo sobre su vientre, tratando de proteger a toda costa la vida del bebé. Un disparo en el piso superior rompe la tensa calma con un estruendo atronador. La mirada de la inspectora se cruza con la de su amiga, como leyéndose el pensamiento. *Se ha suicidado*, deducen. El pánico y la duda hacen que nadie se atreva a mover un músculo durante más de diez minutos. Transcurrido ese intervalo, Marga, incapaz de soportar por más tiempo la tensión y los calambres en las piernas, comienza a

incorporarse despacio sobre la fila de asientos. La penumbra de la sala le impide estar segura de si se produce o no algún movimiento en el anfiteatro. En un acto de fe, eleva la cabeza muy lentamente por encima de los respaldos de las butacas, sin desviar la atención del piso superior. El único sonido que rompe el mutismo es el de las sirenas de las ambulancias, aullando en la distancia. A través del resquicio de luz que entra por la puerta principal, Marga vislumbra al nutrido grupo de agentes que aguardan parapetados detrás de su marido. Sintiéndose más segura, se dispone a ponerse en pie con las manos en alto. Tan solo tarda un par de segundos en asomar por completo la cabeza y el pecho. El fogonazo del primer disparo la ciega. No tiene tiempo de sentir ningún dolor cuando dos balas impactan en su cuerpo y le hacen caer de espaldas sobre el hueco entre las filas de asientos. La reacción de Olvido es instantánea. Impulsada por la rabia se alza de un salto, apunta al tirador —que presenta un blanco perfecto erguido sobre la barandilla del piso superior— y dispara tres veces. Un tiroteo cruzado la convierte a su vez en una diana de feria. Esta vez no tiene tanta suerte como la anterior: un proyectil le atraviesa el pecho y otro el antebrazo. Un aullido de dolor resuena en todo el auditorio. Dos de las balas disparadas por Olvido fallan. La tercera, sin embargo, acierta sobre la silueta a contraluz del francotirador, que se tambalea por unos segundos sobre la baranda y después cae como un muñeco de paja sobre el patio de butacas. Tras la tumultuosa entrada del subinspector Navarro y el resto de agentes, la inspectora Montalbán se permite al fin el lujo de perder el conocimiento junto al cuerpo sin vida de la joven Sofía.

15 AÑOS ANTES

Martes, 5 de septiembre de 2000

—¡Leire! ¡Qué alegría, cuánto tiempo sin vernos! ¿Pero ya has dado a luz…? No sabía… ¡estás estupenda!

Idoia, una antigua amiga de Leire que se remonta a sus años de colegio, la abraza efusivamente al cruzarse con ella por el paseo de La Concha.

—Fíjate que yo creí que no podías tener más hijos después de…

—Uy, no, ya ves… —la interrumpe Leire—. ¡Aquí está la prueba! —exclama, señalando al interior del cochecito.

—Desde luego, es una niña preciosa.

—Y es buenísima, además —continúa, henchida de orgullo—. Come bien, duerme bien… ¡Casi no nos necesita para nada! Dentro de poco la tengo de pintxos con la cuadrilla por la Parte Vieja.

Las dos mujeres ríen con ganas. La niña duerme plácidamente en el cochecito, arropada por una mantita ligera en la que se puede leer el nombre «Nerea» bordado con mimo en el centro.

—Me alegro mucho de que os animarais a tener otro hijo después de lo de Ander.

—Al principio nos costó, pero mira, fue una buena decisión. En fin, ya sabes… La vida sigue, qué remedio. Esta niña nos ha traído mucha alegría, la verdad. Es una bendición de Dios.

—Pues nada, os dejo que sigáis con el paseo. ¡Aprovechad hoy, que hace un día de cine!

—Sí, ya dan lluvia para mañana, aunque nosotras salimos casi todos los días, ¡un paraguas y listas!

—Agur bonita, me alegro de haberte visto.

—Igualmente Idoia, da recuerdos a Mikel. Agur.

Al llegar al final de La Concha, Leire decide cruzar el túnel que une el paseo con la playa de Ondarreta y dirige sus pasos hacia el Antiguo. Pasa por delante de la parroquia que linda con el frontón y continúa unos metros por la calle Matía. Se detiene frente al escaparate de una mercería que le llama la atención por la colorida disposición de un arco iris de ovillos de lana, bobinas de hilo y manualidades de *patchwork* y ganchillo. Sobre el ventanal, escrito con tinta dorada y caligrafía antigua, se lee: «El costurero de Miren». La campanilla que cuelga sobre la puerta repiquetea cuando Leire entra en el establecimiento. Una clienta se apresura a ayudarla a salvar el escalón con el carrito.

—*Eskerrik asko* —le agradece Leire.

Una mujer alta, delgada, con grandes bolsas bajo los ojos, le muestra un rollo de tela a una de las clientas mientras, visiblemente alterada, habla con alguien por teléfono. Va y viene de un extremo a otro del mostrador, recorriendo el espacio a grandes zancadas y gesticulando con la mano libre. En su recorrido va sacando de pequeños cajoncillos situados en la pared diversos artículos (un botón, una cremallera, una bobina de hilo) y se los va mostrando a la clienta, que asiente o niega con la cabeza.

—¡Te estoy diciendo que se ha escapado! ¡Que no sé dónde está! —grita la dependienta.

El interlocutor al otro lado de la línea parece tratar de tranquilizarla, con poco éxito.

—Pero ¿cómo quieres que me calme? ¡Es mi hija! No lo entiendes… No entiendes nada, tú no sabes lo que es…

Tras una larga pausa en la que parece escuchar

atentamente a quien quiera que sea con quien esté hablando, Miren cuelga el teléfono bruscamente, sin despedirse. Sin mediar palabra, desaparece en la trastienda. Segundos después, una joven ayudante sale de la parte de atrás y la sustituye tras el mostrador.

—¿Quién va ahora?

La mujer que ha ayudado a Leire niega con la cabeza.

—Yo estoy esperando para hablar con Miren sobre lo del curso de *patchwork*. Puedes atenderla a ella primero —dice, señalando a Leire.

—Muchas gracias. Mira, quería tejerle un jersey finito a la niña, blanco, de lana merina… Si me puedes aconsejar cuántos ovillos necesito… Es que siempre calculo fatal.

—Por supuesto, ¿es para ella? —pregunta la muchacha, asomándose por encima del mostrador.

—Sí, pero dame para un bebé de unos seis meses.

—Vale, en seguida se lo traigo. ¿Desea algo más, agujas, botones…?

—No, tengo de todo, muchas gracias.

La mujer que está esperando se acerca a ver a la niña.

—Qué cosita… ¿Qué tiempo tiene? —pregunta.

—Dos meses y medio.

La mujer observa a la criatura y medita algo en silencio, como valorando si decirlo o no en voz alta.

—Le veo la cara un poco amarillita, ¿no? —comenta, al fin.

—¿Usted cree? —pregunta Leire. Baja la capota para observar mejor el rostro de la niña. El orgullo de madre da entonces paso a una ligera inquietud—. El caso es que a mí también me lo ha parecido antes, al salir de casa, pero por no pecar de hipocondríaca he pensado que igual si le daba un poco el sol…

—Mmm… bueno, no sé, no me haga mucho caso… pero igual no estaría de más que la viera su pediatra… para quedarse tranquila. Yo es que sí que le veo un color un poco… no sé…

Leire paga su compra y sale de la mercería a toda velocidad. Se dispone a regresar a su casa, en la Plaza de Gipuzkoa, con un paso algo más acelerado que a la ida.

—No te preocupes, mi vida. Mamá te llevará esta tarde a ver al doctor Echagüe. No pasa nada Nerea, cariño. Todo va a estar bien… Mamá siempre cuidará de ti.

Errores

Lunes, 7 de septiembre de 2015
21.30h

Olvido despierta, aturdida, en una cama del Hospital Clínico San Carlos. Lo primero que ve, entre brumas, es el rostro de Víctor entrando en su campo de visión. Durante unos breves y gloriosos instantes no sabe dónde está, ni qué día es. Pero lamentablemente esa sensación dura tan solo unas décimas de segundo, el mínimo imprescindible para que las imágenes del tiroteo la golpeen con la fuerza y el estruendo de un martillo mecánico.

—¿Marga? —es la primera palabra que pronuncia. Trata de incorporarse, pero los cables que transportan un líquido blanquecino desde un gotero hasta las vías incrustadas en su antebrazo le impiden saltar de la cama. El dolor punzante en el pulmón izquierdo tampoco facilita mucho las cosas. Tiene el torso y el brazo izquierdo vendados. Ha visto muchas heridas por arma de fuego a lo largo de su vida, por lo que sabe de inmediato que las balas deben haber entrado y salido limpiamente. Si algún órgano vital se hubiese visto afectado estaría sedada e intubada, y sin duda no sería capaz de hablar o moverse como lo está haciendo.

—Shh… —sisea Víctor—. Marga está bien, no te preocupes.

—¿Y el bebé?

La voz de la inspectora manifiesta una angustia que Víctor no había atisbado nunca antes en su dura compañera. Él mismo se siente igual de abatido. Lleva todo el día vagando de la habitación de Marga a la de Olvido, hablando con médicos, policías y familiares de los

muertos y heridos, incapaz de asimilar todo lo visto y lo vivido en las últimas horas. ¿Quién hubiera podido imaginar aquella misma mañana, un lunes cualquiera de una semana cualquiera, que la jornada fuera a transcurrir de semejante manera? Le da pánico pensar en el momento de irse a dormir, si es que logra encontrar un instante de paz en las horas venideras. Se cuestiona si será capaz de cerrar los ojos tras la masacre; no sabe qué imágenes poblarán sus sueños si lo hace. Dos surcos oscuros enmarcan sus ojos, cuyo brillo habitual se ha apagado por el horror y la tensión de las últimas horas, pero necesitaba estar al lado de Olvido cuando despertase. Es fundamental que nadie la interrogue antes de que él tenga la oportunidad de charlar con su compañera.

—Todo está bien, Marga, el bebé… Y tú también. No tienes que preocuparte por nada, te lo prometo.

El subinspector lee el alivio en los ojos de Olvido. Deja transcurrir unos segundos y añade:

—No obstante, hay algo de lo que tenemos que hablar antes de que aparezca el comisario Herrera… Tendrás que hacer una declaración sobre lo acontecido en el instituto. Es importante.

—¿Qué es, Víctor? ¿Qué ocurre? —pregunta la inspectora, alarmada.

—Se trata de Sofía Torres.

Los ojos de Olvido se vacían de pronto. Hasta que Víctor lo menciona, el recuerdo de Sofía no había aflorado en su memoria. Sofía. La joven había tratado de escapar, o de moverse —no sabría precisarlo—, y ella la había confundido con el asesino que estaba sembrando el pánico en la escuela. La inspectora se cubre el rostro con las manos y se sumerge en los detalles. Un objeto brillante en la mano de una silueta difusa. Y ella había disparado sin dudar.

—¿Está muerta?

Víctor asiente levemente, cabizbajo. Olvido rompe a llorar.

—Por Dios, Víctor… ¿La he matado? ¡He matado a una niña!

Las palabras le arañan la garganta, atragantadas por el dolor y la culpa.

—Escúchame —exclama Víctor bruscamente, separando las manos de Olvido de su rostro—. ¡Mírame! —ordena, casi gritando.

El llanto de Olvido se interrumpe casi de inmediato, sobresaltada por el tono de su compañero. Su mera apariencia física —todo músculo, cultivado en mil horas de gimnasio— ya impone bastante; pero es que, además, en las raras veces que eleva el tono de voz, el subinspector puede lograr que el matón más arrogante se eche a temblar.

—¿Qué pasa, Víctor? ¿Por qué te pones así? Es la verdad ¡disparé sobre ella! —repite, sollozando de nuevo.

—Escúchame bien, esto es muy importante: Tú no la mataste, ¿de acuerdo?

—¡Claro que sí! Tú no lo viste, Víctor… Alguien se movió entre la fila de asientos, cerca de Marga. Sostenía un objeto brillante en las manos… ¡Era un teléfono móvil, por Dios santo! Ni siquiera tenía forma de arma…

—¡Sí que lo vi! Estaba allí, en la puerta, tratando de bloquear la salida, ¿recuerdas? Lo vi todo —afirma el policía.

Olvido clava sus ojos en él, con el rostro convertido en una interrogación. Víctor hace una pausa. Está a punto de derrumbarse. Mira a su alrededor y susurra, en un intento de asegurarse de que la conversación no llegue a oídos ajenos. Aproxima su rostro al de la inspectora hasta encontrarse a apenas unos centímetros de ella.

—De acuerdo, lo sé. Sé que disparaste tú. Pero nadie más lo vio, Olvido ¿Comprendes lo que quiero decir? Ya

no quedaba nadie más allí. Solo Marga, tú y yo. Los chicos aguardaban detrás de la puerta. No vieron nada.

La inspectora escruta el rostro de su compañero, sin entender a dónde quiere ir a parar.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos averiguado ya la identidad del asesino —revela Navarro.

A continuación, le tiende una carpeta de cartón. Al abrirla, la inspectora encuentra en su interior una ficha escolar. La foto de un adolescente le devuelve una mirada taciturna desde la esquina superior derecha del informe. Aquel rostro le resulta vagamente familiar, pero no logra ubicarlo de inmediato.

—Lee el nombre.

La inspectora lo pronuncia en voz alta: «Eric Garrido». Al reconocer el apellido se cubre la boca con la mano, ahogando un grito.

—Por favor… dime que no es el hijo de Rafa.

Víctor asiente con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

Olvido repasa la ficha de nuevo, desolada.

«El pistolero», susurra entre dientes.

Ese es el mote que le han puesto en la brigada por su afición a las armas.

El pistolero

2 AÑOS ANTES

Viernes, 15 de marzo de 2013

Rafael Garrido es, por derecho propio, uno de los agentes más conocidos del cuerpo de policía de Madrid. Un tipo bronco, por decirlo suavemente. Al principio de su carrera estuvo destinado en una comisaría del barrio de San Blas. Cuenta la leyenda que hasta los delincuentes más curtidos se desvanecían como el humo al verle llegar; nadie quería meterse en problemas con él. Su afición a los explosivos y las armas de fuego le llevó a especializarse, y en poco tiempo se convirtió en un gran experto en balística. El mejor. Durante la época más dura del terrorismo participó en numerosas operaciones; identificó y ayudó a desactivar artefactos explosivos haciendo gala de unos nervios de acero, y contribuyó a localizar y clasificar varios arsenales de la banda terrorista durante los años en que se presentó voluntario para trabajar en Euskadi. Cuando ETA se desintegró, Garrido regresó a Madrid con su familia y, tras un breve paso por los GEOS, el comisario Herrera le adjudicó un puesto de honor en la recién reformada BDCV. A pesar de ser su ojito derecho, los arranques violentos de Garrido y sus actitudes racistas, machistas y homófobas le han costado un buen número de sanciones y enfrentamientos con el resto del equipo y con el propio comisario. La inspectora Montalbán le ha apercibido públicamente en varias ocasiones por presentarse en la oficina en evidente estado de embriaguez. Finalmente, Herrera, harto de las quejas y de su falta de autocontrol, le había dado un ultimátum un par de meses atrás. Una

última oportunidad. O se sometía «voluntariamente» a unas sesiones de terapia —y obtenía un informe favorable de su terapeuta—, o no le dejaría otra opción que expulsarle del cuerpo de la Policía Nacional. Olvido había cuestionado la efectividad de la decisión de su jefe, pero este se mostró tajante:

—No quiero a Asuntos Internos merodeando por aquí, ¿entendido? Así que vamos a poner todos de nuestra parte para que el tema de Rafa no salga de la brigada. Es un buen agente, se merece una oportunidad. Es una orden.

Aunque a regañadientes, a la inspectora no le quedó más remedio que tragar. Para no enrarecer más el ambiente entre los compañeros, el comisario había decidido sacarle temporalmente de la calle, relegándole a tareas burocráticas (papeleo, informes y demás). Garrido consideró aquella medida peor que una humillación pública en la Plaza Mayor, pero no tuvo más remedio que acatar las órdenes de su superior. Desde entonces, asiste con regularidad a su grupo de terapia y a las sesiones individuales, y parece estar algo más relajado.

No obstante, Víctor sabe que el demonio que habita en el interior de ese hombre no está, ni de lejos, apaciguado. No se ha tragado ni por un momento la espectacular transformación que Rafa parece haber experimentado en tan poco tiempo, para alegría de algunos y escepticismo de casi todos.

La desconfianza de Víctor hacia Garrido viene de lejos, desde que descubrió con sus propios ojos qué clase de persona era en realidad aquel hombre que tenía por compañero. En estos momentos, sentado junto a la cama de hospital de su jefa, se tortura a sí mismo preguntándose por qué demonios no dio parte aquel mismo día del sádico cabrón que era Rafa Garrido. Tal vez por no incendiar aún más la opinión de los compañeros de la brigada en su

momento decidió no compartir con nadie, ni siquiera con Olvido, el episodio que presenció casi por azar.

Aquel día, un par de años atrás, Víctor había terminado su turno a las ocho de la tarde y, como cada viernes, bajó caminando por la calle Leganitos y se reunió con algunos antiguos compañeros en el bar de costumbre. Después de unas cervezas, se marchó a casa. Eran las diez y media. Lo recuerda bien porque consultó su reloj y se alegró de no haberse liado más de la cuenta. Quería aprovechar el sábado: levantarse pronto para salir a correr por la Casa de Campo, ir a comer a casa de su hermano y, por la noche, relajarse frente al televisor viendo el clásico. Iba repasando mentalmente los planes para el fin de semana cuando, al llegar a la altura de la ermita de San Antonio de la Florida, le llamó la atención la figura de una mujer que avanzaba por la acera, apoyada en el hombro de un muchacho. Por la forma de moverse supo al instante que estaba herida. Obedeciendo a un instinto natural, corrió hacia ellos con la intención de socorrerlos. No tardó ni un minuto en llegar a su altura e identificar a Elvira Vázquez y Eric Garrido, la esposa y el hijo de Rafa.

El barrio de la Bombilla se había hecho bastante popular en los últimos años. Está bien comunicado y queda cerca de las comisarías del centro, por lo que muchos compañeros se habían instalado en él. Aunque no se podía decir que fueran amigos, Víctor conocía a la familia de Garrido, se los cruzaba a menudo por el barrio. El ojo derecho de Elvira estaba amoratado e hinchado, y tenía el labio inferior partido. Víctor reparó también en que se agarraba con fuerza la parte inferior del tórax. Respiraba con dificultad. La mujer tenía una o varias costillas rotas. Con la mano libre trataba de detener una hemorragia nasal con ayuda de un paño de cocina. Eric ejercía como muleta para ayudar a su madre a desplazarse,

pero su mirada estaba ausente, a un millón de kilómetros de allí. Susurraba en voz baja, como una letanía: «No volverá a hacerte daño, mamá, te lo prometo. No volverá a hacerte daño…». El subinspector no necesitó intercambiar ni una sola palabra con ellos; sabía de sobra lo que había ocurrido. Detuvo un taxi y ayudó a madre e hijo a acomodarse en el asiento trasero. Luego le tendió al conductor un billete de veinte euros y le pidió que los llevara a la sala de urgencias del Clínico, que se encontraba a apenas diez minutos de distancia. El mismo hospital donde ahora numerosos compañeros y profesores de Eric se debaten entre la vida y la muerte.

El policía no los acompañó. En su mente solo había espacio para la rabia. Los barrios del centro de Madrid son como pequeños pueblos. Todos saben dónde viven todos. Los Garrido residían en un chalé similar al suyo, en la misma colonia junto al Manzanares, tan solo unas calles más allá. Apenas tardó un par de minutos en plantarse allí. No le sorprendió encontrar la puerta de entrada entornada. Era evidente que Eric había logrado sacar de allí a su madre a la carrera, y cuando uno teme por su vida no hay demasiado tiempo para detenerse en nimiedades como cerrar la puerta con llave. Irrumpió en la casa hecho un basilisco. Tal como imaginaba, Rafa Garrido —*ese deshecho de ser humano*—, yacía semiinconsciente en el sofá del salón, iluminado únicamente por los destellos brillantes que arrojaba el televisor. Por toda la casa se apreciaban los restos de la batalla campal que había tenido lugar en ella. Muebles volcados, lámparas caídas y objetos rotos sembraban el suelo del salón, el pasillo y, probablemente, el resto de estancias de la casa, que Víctor no llegó a visitar. Se abalanzó sobre Rafa y le zarandeó con violencia, sin conseguir espabilarle. Desquiciado, tiró con fuerza de uno de sus brazos y logró que se precipitara contra el suelo y despertara abruptamente de la

borrachera o lo que fuera que se hubiera metido en el cuerpo. En contra de lo que Víctor habría esperado, el artificiero no opuso resistencia. Muy al contrario: se acurrucó en un rincón hecho un ovillo y rompió a llorar ocultando su rostro entre las piernas, con los brazos sobre la cabeza como si aguardase una lluvia de granizo.

—Soy un pedazo de mierda, Víctor… un pedazo de mierda… —balbuceó sin atreverse a levantar la vista y confrontar a su compañero que, desconcertado, permanecía paralizado en el quicio de la puerta.

—Ya lo creo que sí —contestó el subinspector, pasados unos segundos—. Da gracias de que no te mate aquí mismo, hijo de puta… —dijo, haciendo un esfuerzo titánico por no patearle como a un saco de estiércol. Reprimiendo sus instintos más primarios, calibró las posibles consecuencias de sus actos. Aquel hijo de perra no parecía dispuesto a defenderse o a iniciar una pelea. Podía matarlo, si no medía sus fuerzas. Así que más le valía no comenzar algo que no sabía cómo podía finalizar.

Un sonido inesperado interrumpió la conversación. Víctor tardó unos segundos más de lo habitual en identificarlo, no porque no lo reconociera sino porque, sencillamente, aquel sonido *no debería estar allí*. El llanto de un bebé se elevó sobre aquel caos, procedente de un punto impreciso de la casa. Víctor se asomó al pasillo y se quedó pasmado al descubrir la presencia de una joven que trataba de calmar a la criatura que mecía en sus brazos. Se preguntó quién sería aquella muchacha. Era casi una niña. Se acercó a ellos para constatar que se encontraban de una pieza.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

La joven negó tímidamente con la cabeza.

—Estamos bien. Solo está asustado.

—¿Qué haces aquí? ¿Eres familia de…?

La chica no contestó. Se limitó a agachar la cabeza y

se metió en una de las habitaciones con el bebé, cerrando la puerta por toda respuesta.

Víctor no se quedó tranquilo. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Oye, no sé si me hace gracia que te quedes aquí. Garrido no está en buen estado.

—Estamos bien —repitió la muchacha, sin abrir la puerta—. Me marcharé en breve, no te preocupes.

Navarro regresó al salón.

—¿Quién es esa chica?

—Está… pasando aquí unos días —consiguió articular el policía, con la lengua de trapo.

A Víctor no le convenció la explicación, pero le tranquilizó comprobar que el bebé dejaba de llorar y la casa recuperaba cierto sosiego.

—Me voy al hospital, a comprobar cómo está tu familia. Te aconsejo que no te acerques por allí. Pienso presionar a Elvira tanto como pueda para que te denuncie y pida una orden de alojamiento.

—Ella nunca lo hará… —musitó Rafa, con lengua de trapo. Víctor no sabría decir si estaba del todo consciente.

—Probablemente no logre convencerla, porque me consta que te tiene un miedo mortal… pero te juro que como me entere de que le vuelves a poner la mano encima, me encargaré personalmente de ir repartiendo tus pedazos por todos los contenedores de basura de aquí a Gibraltar.

Lunes, 7 de septiembre de 2015
21.45h

Olvido está confusa y asustada.

—Escúchame bien —continúa Víctor—. Cuando venga el comisario quiero que estemos de acuerdo en la versión que daremos. Y la versión es esta: Eric Garrido disparó y mató a Sofía Torres. ¡Piénsalo bien Olvido, por Dios! ¿Vas a cargar tú con su muerte? ¡No tenías intención de matarla! Salvaste un montón de vidas cuando se vio forzado a replegarse en el salón de actos y, lo mejor de todo: Eric disparó con el arma reglamentaria de su padre. Una HK USP Compact de nueve milímetros, una pistola igual que la tuya. Balística no podrá alegar que hubo alguien más implicado en la muerte de Sofía. ¿Te vas a comer quince años de cárcel por un error, cuando es obvio que la chica hubiera caído abatida igualmente? ¡Fue imprudente, se levantó! Eric la habría matado sin dudarlo y lo sabes, igual que os disparó a Marga y a ti.

—Necesito ver a Marga. Ella también estaba allí… Yo… Necesito hablar con ella.

—Estoy aquí.

A Olvido se le detiene el corazón en el pecho al escuchar la voz de su amiga. Marga va sentada en una silla de ruedas, que empuja con soltura un enfermero. Su rostro esboza una media sonrisa. No es la de siempre, más bien un amago, una sombra de lo que suele ser, y Olvido lo sabe. Aun así, tarda unos segundos en procesar la información. Contra todo pronóstico, su mejor amiga está frente a ella sana y salva y, lo más importante de todo: acuna a un bebé entre sus brazos. El enfermero la deja

junto a la cama de Olvido.

—Vuelvo dentro de un rato —dice antes de salir, guiñando un ojo cómplice. Víctor se rompe y se echa a llorar cuando Marga le pone el bebé en los brazos. Entre tanto caos, apenas ha conseguido asimilar su recién estrenada paternidad.

Marga luce un aparatoso vendaje en el hombro, que le rodea el brazo por debajo de la axila. Aparte de eso, no muestra ninguna otra herida visible.

—Con unas semanas de adelanto, te presento a Sara —dice Marga.

Las dos mujeres se abrazan como pueden, con la torpeza y la limitación de los cables, apósitos y vías que las recubren. Ríen y lloran, todo al tiempo. Víctor, que lucha sin éxito por recomponerse, da finalmente rienda suelta a sus emociones, a medio camino entre la euforia y la desesperación.

—Sara… —repite Olvido, que aún no termina de creerse el milagro que respira ante sus ojos—. Es preciosa, Marga. ¿Está bien? ¿Y tú? Estaba convencida de que…

—Perdí mucha sangre y los médicos prefirieron hacer una cesárea de urgencia. Pero las heridas de bala no han sido tan graves, está todo controlado.

Olvido suspira. El alivio que siente no se puede describir con palabras. Es como si un elefante hubiera levantado una de las patas que le oprimían el pecho. Aunque aún queden tres.

—Y tú también has tenido mucha suerte —añade Marga—, pero tienes que prometerme que vas a tomártelo con calma las próximas semanas. Una de las balas te atravesó el pulmón, y eso tiene que curar bien. La doctora ha dicho que la otra herida, la del brazo, tardará poco en sanar.

—¿Quieres cogerla? —pregunta Víctor.

La inspectora asiente con la cabeza y se acomoda en

la cama para sostenerla entre sus brazos. Olvido contempla embelesada el pequeño milagro, cuya manita derecha ha aferrado con fuerza su dedo índice.

Tras una breve pausa, el rostro de Marga se torna en una mueca preocupada.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo que no me hayáis contado? —pregunta Olvido, que vuelve con un escalofrío al estado de alerta.

Marga sacude la cabeza e intercambia una mirada con su marido.

—¿Habéis hablado ya? Me refiero a lo de…

Olvido cierra los ojos en un gesto de dolor y asiente, incapaz de pronunciar palabra.

—Ya sé que lo que te pedimos es difícil, especialmente para ti, que no sabes mentir. Eres la persona más noble que conozco, y sé que lo de Sofía es un error que no te vas a perdonar jamás… Pero coincido plenamente con Víctor. Lo hemos hablado antes de que despertaras y… él tiene razón. ¡No quiero que vayas a prisión! No es justo, no va a cambiar nada y no le va a devolver la vida a la niña —alega Marga, de cuyo rostro ha desaparecido cualquier conato de sonrisa.

Olvido aprieta su mano con fuerza, alternando la mirada entre su amiga y su compañero. No sabe qué le duele más, si la confianza ciega que Marga demuestra tener en ella —*no sabes mentir*, dice. *Eres la persona más noble que conozco*…—, o los remordimientos al constatar la persona miserable en la que se ha convertido. Ha traicionado a su mejor amiga acostándose con su marido, ha cometido el peor de los errores y una adolescente ha perdido la vida por su culpa… Y, a pesar de todo, Marga está ahí, suplicándole que le permita ayudarla a librarse de la cárcel.

—¡Estoy aterrorizada! —continúa, sin darle tiempo a reflexionar—. No sé cómo voy a superar lo que ha pasado

si tú no estás. La mera idea de verte cumplir condena me pone los pelos de punta.

—Pero Marga, yo…

—Por favor, Olvido, te lo ruego. Hazlo por mí. Por Víctor. No eres mi amiga, ¡eres mi hermana! Solo os tengo a vosotros y a la niña. Víctor y yo somos los únicos testigos, y estamos más que dispuestos a protegerte. Para todos, eres una heroína. Tú abatiste a Eric, pusiste fin a la matanza poniendo tu vida en peligro, ¡ni te lo pensaste antes de subirte a esa moto y entrar en el instituto! No puedes tirarte los próximos diez o veinte años de tu vida encerrada en una celda por un error que, además, no cambia en nada las cosas… No eres un peligro para la sociedad, Olvido. Eres más útil estando de servicio que estando presa. La tragedia no la provocaste tú, sino Eric Garrido.

—Estoy completamente de acuerdo —reitera Víctor, nervioso—. El comisario Herrera está a punto de llegar. Debemos ponernos de acuerdo *ya*.

Olvido acuna en sus brazos a la recién nacida. Acaricia sus piececitos, aspira el olor que emana de su coronilla, y algo muy íntimo se le rompe por dentro. Un millón de emociones pugnan por abrirse paso a través de su pecho. Envuelta en un mar de lágrimas y contradicción, siente que casi no puede respirar. Cierra los ojos, intenta aislarse del ruido, de las luces de la habitación, de los pasos que van y vienen apurados por los pasillos del hospital y deja fluir la rabia y el dolor contenidos. Se mece con la niña suavemente, adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que remite un poco la ansiedad.

—De acuerdo —dice al fin, cuando logra serenarse —. Eso es lo que diremos. Eric Garrido mató a Sofía Torres. Y no voy a descansar hasta que me asegure de que ese monstruo paga por todo el dolor que ha causado.

En el pediatra

15 AÑOS ANTES

Viernes, 29 de septiembre de 2000

El doctor Echagüe abre al fin la puerta de su consulta, tras lo que a Leire le parece una eternidad. Aún se demora unos minutos más en despedir a una mujer que, a pesar de no estar acompañada por ninguna criatura, lleva casi una hora con él. Cuando sale, Leire se da cuenta de que ha estado llorando. Tarda un par de segundos en reconocer aquel rostro, que le resulta familiar.

—Venga Miren, no llores más… Verás como todo se arregla. Siento no poder hacer nada. Tienes que ser fuerte, no queda otra —la consuela el doctor mientras la acompaña hasta la puerta de la sala de espera.

De inmediato, Leire reconoce a la dueña de la mercería que ha descubierto unas semanas atrás en el Antiguo. *¿Cómo se llamaba? Ah, sí, «El costurero de Miren». Una tienda muy agradable,* recuerda.

Tras asegurarse de que Miren abandona la consulta, el doctor vuelve sobre sus pasos. Da un pequeño respingo al ver a Leire Larralde sentada en la salita. Es evidente que no ha reparado en su presencia hasta entonces. Se recompone, disimulando apenas su fatiga, y le pide a su secretaria que no acepte más pacientes en lo que resta de tarde. Después le indica a Leire con un movimiento rápido de la mano que puede pasar.

—Vamos a ver Leire, ¿qué ocurre hoy…? Es la quinta vez que vienes desde que… desde que nació la niña.

El médico se muestra inquieto. Mantiene la mirada fija en la puerta cerrada de la consulta, temeroso de que

Miren regrese de improviso. Hoy la ha encontrado más alterada de lo habitual, si es que eso es posible. Leire ignora por completo el comportamiento del hombre y vuelca su torrente de preocupaciones como suele hacer siempre, nerviosa y atropelladamente, sin reparar en el ligero desasosiego del médico.

—Lo sé, doctor, pero es que no estoy tranquila, qué quiere que le diga… ¡Nerea no está bien! Por la noche le sube la fiebre, vomita los biberones… ¡Estoy muy preocupada! —le explica. Echagüe teme que la mujer sufra un ataque de ansiedad en plena consulta, lo que ya supondría un total de dos ataques seguidos por parte de dos mujeres distintas, y eso es más de lo que se ve capaz de gestionar en una sola tarde. En un esfuerzo sobrehumano por mostrarse empático y cercano bordea la mesa, se sienta junto a ella en la silla libre y la rodea con el brazo.

—Leire, sé que tras la muerte de Ander no es fácil, pero te aseguro que a Nerea no le pasa nada. De todas formas, por si te quedas más tranquila, voy a encargar que le hagan otra analítica, ¿de acuerdo? Y ahora la examinaré y volveré a tomarle la temperatura.

—Gracias, doctor. Siento parecer pesada, pero prefiero pecar de precavida que de descuidada. Julen también piensa que exagero… ¡Nadie entiende lo que estoy sufriendo!

—Venga, mujer, serénate… —añade Echagüe, abrazándola de nuevo—. Ya verás cómo todo va a ir bien. Y, de paso, te voy a recetar unos orfidales. Te vendrán bien.

Leire sale de la consulta una hora después, tras arrancarle al pediatra la promesa de realizarle una exhaustiva batería de pruebas a la niña: un electro, una analítica completa e incluso un TAC. A pesar de que Nerea no revela ninguna muestra de enfermedad, sí que registra

un peso algo inferior a la media y, con tal de dejarla tranquila, Echagüe decide ceder a las súplicas de la madre.

A pocos metros del portal de su casa, en plena plaza de Gipuzkoa, Leire se cruza con un grupo de tres mujeres de su edad, amigas desde la infancia y miembros de su cuadrilla.

—¡Leire! Justo íbamos a darte un toque, a ver si te apetecía venir con nosotras a merendar. ¿Te apuntas?

Al verlas, Leire se derrumba y se echa a llorar. Las amigas cierran el círculo en torno a ella, preocupadas.

—Ay, perdonad… —se excusa–. Es que estoy tan angustiada con Nerea…

—¿Qué le pasa, está malita?

—No lo sé. El médico no da con lo que le ocurre… Es como revivir lo de Ander, chicas… Nadie me hace caso, y yo tengo los nervios destrozados.

El llanto y el desasosiego de Leire van creciendo en intensidad.

—Ay, pobrecita, ¡qué angustia! Anda, ven con nosotras, así te desahogas un poco —sugiere una de ellas.

—¡Claro! —añade otra—. Lo que tú necesitas ahora es cariño y muchos mimos, ¡vamos a estar a tu lado para todo lo que necesites!

—Gracias, chicas, no sabéis cómo os lo agradezco. Julen no me está apoyando nada, me siento tan sola… Está bien, me apunto a la merienda, pero solo un ratito. Me vendría muy bien poder desahogarme con alguien que me entienda.

Un par de horas después Leire regresa a su casa, algo más reconfortada tras compartir sus preocupaciones. Sus amigas son encantadoras, pero a veces siente que la esquivan. No cuentan con ella como antes. Desearía que estuvieran más pendientes de ella y de la niña, que la

llamaran más a menudo, aunque presiente que a nadie le agrada pasar tiempo escuchando problemas médicos. Tras la muerte de Ander, su primer y único hijo biológico, Leire había sufrido una depresión severa y su salud se había deteriorado considerablemente. Julen y ella decidieron que querían tener más hijos, pero los intentos se habían traducido en cuatro abortos. Aunque físicamente no deberían tener problemas para concebir, lo cierto es que todos los embarazos se malograron y, finalmente, Leire tuvo que someterse a una histerectomía. Tras extirparle el útero se esfumaron sus posibilidades de concebir, aunque, por una mezcla de vergüenza y orgullo, Julen le había prohibido a Leire que le contara a nadie el tema de la operación. Ambos habían soñado siempre con una familia numerosa. Desesperados, decidieron consultar con una pareja de amigos que había adoptado un recién nacido a través de la mediación de las Hermanas Auxiliadoras del Sagrado Corazón. Estos les pusieron en contacto con la hermana Dulce, la superiora del convento, y así es como, finalmente, la pequeña Nerea llegó a sus vidas. A los ojos de familiares y conocidos simularon el embarazo de principio a fin, coincidiendo con el de una joven que —según les habían asegurado— estaba decidida a dar a su bebé en adopción nada más nacer. Nunca hicieron preguntas acerca de la madre adolescente. Están convencidos de que la pequeña tendrá con ellos una vida infinitamente mejor de la que podría proporcionarle aquella desafortunada muchacha.

Al entrar en casa, le sorprende encontrar encendida la luz del salón. ¿Se ha entretenido demasiado? Consulta su reloj de pulsera y siente un sobresalto al comprobar que son ya las ocho y media de la tarde. Se le ha pasado el tiempo volando. Ni siquiera se ha dado cuenta de que hace ya rato que ha anochecido. Julen está en el salón, leyendo. A Leire

se le acelera el corazón. Sabe que no le gusta nada que vuelva de la calle tan tarde, es muy estricto con los horarios de Nerea.

—¿Dónde estabas? —se escucha a lo lejos.

Leire saca a Nerea del cochecito y la coge en brazos. La pequeña, que estaba adormecida, comienza a llorar.

—¿No te das cuenta de la hora que es? ¡Hace horas que la niña tenía que estar bañada! ¿Le has dado el biberón de las seis?

Leire agacha la cabeza y niega, avergonzada.

—He ido a ver al doctor Echagüe, Julen. Estoy muy preocupada. La niña no está cogiendo peso.

—Otra vez al médico… Pero ¡cómo va a coger peso, si te olvidas de darle de comer!

—¡No me grites Julen, eso no es cierto! ¡La niña no está enferma porque me haya saltado un biberón, no me eches la culpa a mí de todo! Por una vez me gustaría que me abrazaras, que me apoyaras y estuvieras a mi lado… ¿Es mucho pedir? A veces siento que ya no te importo…

El sonido del timbre interrumpe la discusión de la pareja. Leire se lleva una mano a la cabeza.

—¡La hermana Dulce! Se me había olvidado completamente.

—No te preocupes, tengo el sobre preparado. Dile que pase, ¡y vete a darle de comer a la niña, por Dios, que está muerta de hambre! Leire abre la puerta, apurada. La hermana Dulce la saluda con dos tibios besos y acaricia la mejilla de Nerea, que no para de llorar.

—Pobrecita, ¿es su hora de cenar…?

—Sí, y creo que también necesita que la cambie. Si me disculpa, hermana… Julen la está esperando en el salón. Enseguida les llevo algo de picar.

—Muchas gracias, querida. No tengas prisa. La niña es lo primero —responde.

Con toda parsimonia, la monja se encamina hacia el

comedor para cobrar el plazo mensual por la compraventa del bebé, con la naturalidad de quien visita a un familiar para tomar un café y charlar del tiempo.

El vídeo

Martes, 8 de septiembre de 2015
07.15h

La inspectora Montalbán no ha pegado ojo en toda la noche. Por la ventana entreabierta de su habitación se cuela el ruido amortiguado de los periodistas de una docena de medios de comunicación, nacionales e internacionales, que se agolpan frente a la puerta del hospital tratando de recabar toda la información posible sobre la matanza que ha conmovido al país. Sabe que no debería, pero lleva horas pegada al televisor, llorando, horrorizada por la magnitud de la masacre. Por el momento ya hay confirmadas treinta y dos víctimas mortales y alrededor de cincuenta heridos, entre alumnos y personal del centro, pero Olvido asume que en las próximas horas, por desgracia, se contabilizarán más bajas. Se las ha apañado para retrasar el informe que debe entregar a Herrera, y que todavía no sabe cómo va a ser capaz de redactar sin romperse a cada palabra que escriba.

Llaman tímidamente a la puerta de la habitación.

—Adelante —autoriza la inspectora.

Lucas Morata y Susana Varela asoman la cabeza y, en silencio, rodean la cama de su jefa cada uno por un lado y se funden en un abrazo con ella. Permanecen así largo rato, enlazados, permitiendo que las emociones les desborden, hasta que Víctor Navarro hace su aparición, con la bebé dormida en sus brazos.

—Esta niña es un auténtico milagro —suspira Susana, secándose las lágrimas.

—¿Se sabe algo de Garrido? —pregunta la inspectora.

Morata, Varela y Navarro intercambian una mirada nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguna novedad?

Víctor está a punto de abrir la boca cuando el comisario Herrera irrumpe en la habitación y, sin mediar palabra, coge el mando a distancia del pequeño monitor de televisión y sube el volumen, mandando callar a los presentes. El rostro que aparece en la pantalla logra que a todos los presentes se les haga un nudo en el estómago.

«Buenos días. Si estáis viendo este vídeo, probablemente ya sabréis quién soy y qué es lo que he hecho. Significará que he cumplido mi objetivo con éxito y no han logrado detenerme, así que confío en que toda España esté viendo estas imágenes…»

—¿Cuándo? Pero ¿cómo? —titubea Olvido, con los ojos como platos.

—El chico debió programar el envío del vídeo —conjetura el comisario—. Lo están poniendo en todos los canales. Morata, contacta con los medios, averigua cómo lo han recibido. Lucas asiente y abandona la habitación a la velocidad del rayo, marcando ya un número en su teléfono móvil.

«A estas horas, no sé si estaré vivo o muerto. Sinceramente, me da igual. Yo ya no importo. Solo importa lo que voy a hacer, y el porqué. Mi nombre es Eric Garrido. Estudio en el instituto La Ribera de Madrid, y desde donde alcanza mi memoria he sido golpeado, insultado y humillado por mi padre. Su nombre es Rafael Garrido. Es un agente de policía de la BDCV».

Olvido ahoga un grito. Tiene que taparse la boca con las dos manos para no dejarlo salir. El resto de los

presentes no se atreven ni a parpadear. La tensión que se palpa en el ambiente cae sobre ellos con el peso de una manta mojada.

«Mi padre no sólo me ha maltratado desde el día que nací, sino que desde que tengo uso de razón ha violado y golpeado sistemáticamente a mi madre, Elvira Vázquez. Muchos de vosotros lo sabíais. Vecinos, policías, profesores del instituto, compañeros… Y nunca, nadie, se ofreció a ayudarnos. Sé que mi padre está metido en un montón de actividades ilegales. Sospecho que muchos de sus compañeros sois conscientes de ello. Me imagino por qué le encubrís… No tengo pruebas de nada, pero espero que esta llamada de atención consiga que alguien se decida por fin a investigarle. Sé que todo el mundo le tiene un miedo atroz. No os culpo. Yo también. Y ya no puedo más».

En ese momento del vídeo Eric se agacha, dejando parte de su rostro momentáneamente fuera de plano. Aparentemente, está recogiendo un objeto del suelo. Cuando se incorpora, muestra en su mano derecha una HK USP Compact de nueve milímetros, el arma reglamentaria de la Policía Nacional.

«Esta es el arma reglamentaria de mi padre. Ahora mismo son las once de la noche del domingo 6 de septiembre, y él está borracho e inconsciente en el sofá del salón. Desde muy pequeño me he acostumbrado a ver esta pistola en cualquier rincón de la casa: sobre la mesa de la cocina, en el sofá, sobre mi cama. Con ella, mi padre nos ha amenazado a mi madre y a mí en numerosas ocasiones. Me la ha puesto en la sien, en la boca, bajo la barbilla… Yo nunca he sabido si dispararía o no. Es muy jodido, os lo aseguro. No tiene ni puta gracia que te hagan eso, ni que se lo hagan a tu madre. Aparte de la HK, como podéis

comprobar, mi padre es un gran coleccionista de armas».

Eric vuelve a agacharse de nuevo. Al incorporarse, muestra a la cámara el contenido de una bolsa de deportes repleta de armas automáticas y munición de diferentes calibres. Tras depositarla de nuevo en el suelo, continúa con su mensaje:

«Mañana, lo primero que haré al levantarme será matar a mi madre. No quiero que sufra, así que lo haré rápido, antes de que despierte, de un tiro en la cabeza». —Eric deja escapar entonces un suspiro tan hondo que hiela la sangre—. «Eso va a ser lo más duro».

La voz del adolescente se trunca de dolor. Durante casi un minuto de angustioso silencio no logra emitir sonido alguno.

«Pero es necesario» —continúa cuando se recompone —. «Antes, habré atontado a mis padres mientras duermen, con un gas anestésico. No se imaginan lo fácil que es conseguir ese tipo de mierdas en internet. Los yonquis lo usan a menudo para dormir y pasar el mono. Aunque yo se lo he comprado directamente a Nico, el camello de mi padre. Los polis del barrio sabéis quién es… Eeh… bueno, me estoy desviando del tema… Siguiendo con mi plan: dispararé a mi madre y dejaré a mi padre amordazado y bien atado a la cama. Cómo me gustaría ver su rostro cuando despierte… aunque confío en que los efectos del gas duren al menos un par de horas. Entonces cogeré mi mochila y un par de bolsas repletas de armas y munición, y me dirigiré al instituto, como todos los días. Una vez allí, dispararé indiscriminadamente a todo el que se cruce en mi camino. Iré a por los profesores que no hicieron nada, a por los compañeros que se rieron de mí

por mis moratones, por mi ropa sucia, por mis cambios de humor… E iré también a por los policías que vengáis a detenerme, por no haber hecho nada tampoco. Probablemente os estaréis preguntando: "¿Y qué esperas lograr con esto, Eric? ¿Qué sentido tiene?" Pues bien, os lo diré:»

El joven hace una pausa, creando un silencio dramático tan efectista como efectivo.

«Esto destrozará a mi padre para siempre. Por eso debo acabar primero con la vida de mi madre. No quiero que ella viva para ver lo que voy a hacer. Y, al mismo tiempo, me aseguraré de que él ya no vuelva a hacerle daño nunca más. Se lo he prometido, y esta es la única manera de cumplir mi promesa. Voy a hacer algo que mi padre no podrá perdonarse jamás. Como es un cobarde, no le veo capaz de suicidarse y quitarse de en medio. Quién sabe… Pero no, no lo creo. De cualquier modo, voy a asegurarme de que nunca olvide este día. Ni él ni nadie. Tus vecinos, tus compañeros de la policía… Da igual que no lo hayas hecho tú, Rafa. Nunca dejarán de señalarte. Vayas donde vayas, toda España sabrá que eres el padre del autor de la matanza del instituto La Ribera. Nunca te lo perdonarán. Morirás con ello sobre tu conciencia».

—Puto Garrido de los coj… —farfulla el comisario Herrera, que abandona la sala sin esperar a que termine el mensaje.

Los miembros de la brigada no pueden despegar los ojos del televisor.

Eric acerca la cara todo lo que puede al objetivo de la cámara antes de finalizar la grabación. Su rostro es una mezcla de esperanza y determinación:

«Si no salgo con vida de esta, "papá"… te estaré esperando en el infierno».

Timba de póker

2 AÑOS ANTES

Sábado, 9 de febrero de 2013

Víctor aún no sabe por qué ha aceptado, pero claro, cualquiera le dice que no al comisario. Además, no quiere enemistarse con Garrido. Solo lleva un par de semanas en la brigada. Y no es más que una partida de póker. Pero le jode. No se siente cómodo en ese ambiente. Cuando llega al piso de la calle del Pez —es sábado, son las diez de la noche—, se siente casi como un ladrón que entra a hurtadillas en una casa, al saberla vacía. *¿Qué opinaría Olvido si se enterara de que Rafa Garrido ha decidido organizar estas timbas quincenales en las oficinas de la BDCV?* Por supuesto, es solo para hombres. También le escama que no hayan invitado a Morata. Le escama, porque sabe la verdadera razón. No le han incluido porque es gay. Y Dios les libre a ellos de relacionarse con maricones… Garrido no lo ha dicho explícitamente, pero no ha hecho ninguna falta. Víctor se quita la chaqueta, se sirve un vaso de whisky y se sienta a la mesa, donde ya están apostados Rafa, el comisario Herrera y otros dos hombres más que no conoce. Verdaderamente, no es su ambiente.

—¡Navarro, ya era hora! —exclama «el pistolero» al verle llegar.

Borracho como una cuba y aún no es ni medianoche, piensa Víctor. *Genial.*

—Buenas noches a todos.

Herrera le presenta a los otros dos jugadores, también policías, más o menos de su quinta. Suárez y

Barneda, se llaman, ya están retirados; «grandes leyendas del cuerpo», según él. Víctor calcula que al comisario le deben quedar pocos años para la jubilación. Al cabo de un par de manos, también tiene claro que a aquellos hombres no les gusta perder. Se tendrá que dejar desplumar sin que se note. Le están friendo a historias que comienzan con «en mis tiempos». *Los buenos tiempos de la dictadura*. Garrido las escucha embelesado, alaba sus hazañas, su lenguaje, las barbaridades que cuentan… Hacen bromas de dudoso gusto que Víctor se ve obligado a reír, sin ganas. Ya se imaginaba que la noche iba a ser así, pero… Joder. No ve la hora de marcharse.

—El próximo fin de semana me subo a San Sebastián —comenta Herrera mientras enciende un puro—. ¡No os podéis imaginar cómo ha cambiado aquello! Nada que ver con lo de antes… Desde que se acabó el rollo de los etarras allí se vive como Dios. Tengo un buen amigo que me ha metido en una sociedad, me tratan de lujo cada vez que voy, que si chuletones, que si botellas de sidra, que si txacolí… ¡Os tenéis que apuntar a una escapadilla! Solo para tíos, ya sabéis…

Todos los presentes lanzan una sonora carcajada. Víctor ríe entre dientes y consulta su reloj, incómodo. *¿A qué hora será prudente retirarse?* Solo lleva un par de horas allí y ya empieza a temer no poder seguir riéndole las gracias al comisario y su cuadrilla.

—No es tan fácil que te admitan en esas sociedades, no os creáis… Si no fuera por los «pequeños favorcillos…».

—Hoy por ti, mañana por mí, ¿verdad, comisario? —celebra Garrido levantando el cubata. Herrero, que está sentado a su lado, brinda con él.

Víctor juguetea con sus cartas entre las manos. No está lo suficientemente borracho, y se nota.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Te ha ordenado la parienta que vuelvas pronto, o qué?

—No, no, nada de eso… —Víctor trata de quitarle importancia al comentario de Herrera—. Estoy un poco cansado, perdonadme.

—¿No te habremos jodido algún plan con la inspectora, eh, Navarro…? ¿Te hemos fastidiado el polvo? Porque no me dirás que Montalbán y tú no…

Garrido acompaña el comentario con un gesto obsceno bastante explícito. Víctor tiene que hacer un verdadero esfuerzo por no saltar sobre la mesa y partirle la cara de un puñetazo.

—Te lo advierto, Rafa, no te pases ni un pelo —responde el subinspector, sin levantar la mirada de sus cartas.

—Venga, venga, haya paz —interviene el comisario —. No te piques, Navarro, ¡coño!

Herrera lleva unas cuantas copas de más y ha ido perdiendo poco a poco la distancia que suele mantener con sus subordinados.

—No pasa nada, comisario.

—Aunque Garrido tiene razón… ¡La Montalbán tiene un buen revolcón!

El resto de jugadores aplauden y estallan de nuevo en una carcajada estentórea.

—Si no fuera por lo estirada que es, ya me la habría tirado… —alardea Garrido—. ¡Navarro, joder, que estamos de coña! Que ya sabemos que es amiga de tu mujer, hombre, pero qué quieres, ¿está *pa'* follársela, sí o no? ¡Y ella lo sabe!

—¡Tu mujer también está bien buena, Garrido! —suelta uno de los policías mayores.

—Psché… qué quieres que te diga… De todo se cansa uno.

Víctor no aguanta más, pero sabe que levantarse de la mesa le supondría muchas tiranteces con su compañero en el futuro. *Menuda pandilla de cretinos. Primera y última*

partida. Ya pondrá alguna excusa si le vuelven a invitar.

—Pero me aguanta mucho, eso hay que reconocérselo. El crío, Eric, es el que me tiene un poco hasta los cojones. La adolescencia, ya sabéis… Ahora, que a este le saco yo la tontería a hostias si hace falta. Está gilipollas perdido, siempre metido en su habitación, no habla, parece un *zombie*. A ver si acaba de una vez el instituto y se va de casa a tomar por culo. Me da a mí que me ha salido maricón…

—¿Y qué si te ha salido maricón? —estalla Víctor, dando un golpe seco sobre la mesa. Lo ha intentado, pero ya no puede contenerse más. El comisario y sus compañeros de partida se sobresaltan y observan la escena en silencio.

—¿Mi hijo? Mira, si me rechista, me toca los huevos o me sale maricón le reviento la cabeza con una piedra. Ya sabe él que, conmigo, tonterías las justas. ¡Mano dura, Navarro! ¡Mano dura es lo que hay que tener a esas edades!

—¡A ver si nos ha salido un blando, aquí el subinspector! —bromea el comisario, en un tibio intento por rebajar la tensión.

Todos, menos Víctor, ríen tímidamente la salida de Herrera.

Y, aunque le revuelve el estómago admitirlo, en ese mismo momento comprende que, si sabe lo que le conviene, no debe perderse ni una sola de esas malditas partidas de póker.

Nochebuena

Jueves, 24 de diciembre de 2015
20.00h

Ni Olvido, ni Víctor, ni Marga tienen malditas las ganas de celebrar la Nochebuena, pero ya hace casi tres meses de la masacre en el instituto y han convenido en que deben hacer un esfuerzo por recuperar poco a poco la normalidad. Se suponía que las primeras navidades con Sara no deberían ser así. *Nada* debería ser así.

A las ocho de la tarde, la inspectora Montalbán sale de su casa y se dirige al chalé de sus amigos. Ha comprado el pastel ruso que tanto le gusta a Marga. Lleva también algo de vino, paté y un par de caprichos más que ha tardado casi dos horas en elegir en el Rincón del Gourmet. Todo le parece un sinsentido: la gente colapsando la Gran Vía, los villancicos, los escaparates de las tiendas… Le resulta tan ajeno como una foto de Marte. Víctor ha dicho que no tiene ganas de cocinar, y Marga y ella nunca se han caracterizado por su habilidad con los fogones, así que será una cena sencilla, de picoteo. De todas formas, no ha logrado recuperar aún el apetito.

La tarde es desapacible. Nada más poner un pie en la calle, un viento helado se cuela por la solapa de su abrigo y le destempla todo el cuerpo. Al mismo tiempo, agradece el aire frío en el rostro, que la ayuda a sacudirse de encima la sensación de letargo. Camina apresurada por la acera, pero al cabo de unos minutos se da cuenta de que en realidad no tiene ninguna prisa por llegar y aminora la marcha. Se siente extrañamente incómoda. Desde que salió del hospital, apenas ha ido un par de veces a visitar a

Marga. Aunque se llaman por teléfono prácticamente a diario, a menudo no saben qué decirse. *¿Cómo estás? Jodida, ¿y tú? Bueno, vamos tirando…* Todo resulta aún demasiado doloroso. Marga no ha vuelto al instituto, y ella no se ha reincorporado todavía a la brigada. La obligan a esperar el alta médica, aunque ya está prácticamente recuperada. Se está volviendo loca en casa, pero no le queda otra que aguantar. Camina sumida en sus pensamientos, cuando una especie de sexto sentido la fuerza a levantar la vista y mirar al horizonte. A unos veinte metros de distancia distingue la silueta de una pareja que camina en sentido contrario, aproximándose lentamente hacia ella. Su andar es pesado, como si arrastraran los pies, o como si les costara levantarlos del asfalto. Van cogidos de la mano. Sus ojos, clavados en el suelo, no se encuentran con los de la inspectora en ningún momento. No intercambian ni una sola palabra entre ellos. Tan solo se deslizan sobre la acera, sin rumbo aparente. Cuando logra identificarles al fin, el corazón le da un vuelco. Son los padres de Sofía Torres. Olvido siente un nudo en el estómago, quiere desaparecer. Lleva temiendo ese encuentro desde que salió del hospital. Sabía que sería inevitable, pero hoy le ha pillado con la guardia baja.

No ha pasado ni una sola noche desde aquel maldito siete de septiembre en que no se despierte en mitad de la noche empapada en sudor, sumida en la misma pesadilla. Revive las imágenes en sueños todas las noches. Sueños vívidos, plagados de olores, colores, sensaciones reales. Las gotas de sudor resbalando por su nuca. El corazón al galope. Y luego, el horror. Sofía, que levanta una mano. El objeto metálico. Y ella, disparando sin dudar, una, dos veces, hasta abatirla. Piensa a todas horas en su familia, que vive en su misma calle. Ese año no celebrarán la cena de Nochebuena, ni recibirán juntos el año nuevo, ni soplarán las velas en el decimoséptimo cumpleaños de su

hija. La inspectora no ha reunido aún el valor para ir a visitarles, y el miedo a cruzarse con ellos ha sido uno de los motivos más fuertes para que apenas salga de casa. ¿Qué demonios podría decirles?

Está al borde de un ataque de ansiedad. No tiene fuerzas para enfrentarse a ellos, hoy no, así que agacha la cabeza y cruza a la acera de enfrente, junto a la orilla del río. Desde allí comprueba por el rabillo de ojo que la pareja no la ha visto. *Por qué poco…* Necesita sentarse, se le está nublando la vista. El pulso se le ha disparado y le cuesta respirar. Casi como si de un milagro se tratara, la voz de Víctor surge de repente tras ella. Está paseando a la pequeña Sara en su cochecito.

—Buenas tardes, Montalbán —saluda. Su voz es suave, como una caricia.

—Acabo de ver a los Torres. Todavía estoy temblando —espeta Olvido, extendiendo una mano oscilante frente a ella. El rostro de Víctor se vuelve de piedra.

—¿Habéis hablado?

Olvido niega con la cabeza.

—Me ha entrado el pánico.

—Yo llevo semanas intentando armarme de valor para ir a visitarles, pero nunca encuentro el momento. No te castigues. Nada de esto es fácil.

Olvido siente que el ataque de ansiedad, lejos de remitir, aún está a medio camino de alcanzar su punto álgido. No es ni mucho menos la primera vez, reconoce los síntomas al instante. Náuseas, palpitaciones descontroladas, dificultad para respirar. Las piernas la traicionan y se derrumba en los brazos de Víctor, que la sostiene por la cintura y la ayuda a sentarse en un banco de madera junto al río. Olvido deja fluir la adrenalina y comienza a balancearse adelante y atrás, adelante y atrás, con los brazos rodeando su cintura, cada vez más rápido.

Víctor ya la ha visto así en alguna ocasión, pero siempre le impresiona. No obstante, sabe lo que tiene que hacer: dejarla a su aire, el tiempo que haga falta, hasta que se regule. El sol se está poniendo y el cielo ha adquirido una tonalidad rojiza que se refleja en el río. Al fondo, el Palacio Real y la Catedral de la Almudena se recortan sobre el horizonte. Las vistas son preciosas. A pesar del frío, el atardecer resultaría insultantemente hermoso si no estuviera teñido de tanta amargura. En circunstancias normales, en una tarde como esa el barrio estaría bullendo de actividad, de personas que corren hacia sus casas con las últimas compras navideñas, que llegan del centro en autobús cargados con bolsas de regalos y de familiares que vienen a pasar la noche en casa de los abuelos, de los tíos, de los padres… Pero esta Nochebuena el barrio está desolado. El balance final de la masacre fue de treinta y cuatro muertos y cincuenta y cinco heridos. En casi todos los bloques del barrio han perdido a alguien. Los vecinos continúan sobrecogidos por la tragedia, y este año no hay árboles de Navidad en las ventanas, ni lucecitas en los balcones. Solo crespones negros y altares con velas improvisados en los portales.

Poco a poco, Olvido va recuperando la serenidad.

Es dolorosamente consciente de que la realidad, su realidad, podría ser hoy muy distinta. Si algo le hubiese ocurrido a Marga… Trata de imaginar cómo habría sido ese 24 de diciembre sin ella. Sin su bebé. O al revés. Si ella misma hubiera muerto aquella mañana. A veces piensa que *ojalá*. O Víctor… La pesada melancolía que se ha instalado en el alma de Olvido es difícil de disimular. La culpa del superviviente la atormenta día y noche. Y, por supuesto, está la eterna tortura tras la muerte de Sofía Torres.

Olvido se calma lentamente. El balanceo cesa. Sus manos, tras lo que parece una eternidad, dejan al fin de

temblar.

—¿Mejor?

La inspectora eleva la vista del suelo, por primera vez en todo ese tiempo. Sus otrora grandes ojos verdes, ahora pequeños y apagados, devuelven una tristeza infinita. Como si un tren le hubiera pasado por encima sin matarla, pero dejándole a otro la tarea de volver a unir los pedazos.

—No sé si voy a poder superarlo, Víctor. Hace ya más de tres meses y cada día es peor. Siento que no avanzo.

—¿Has ido ya a ver a la psicóloga?

Olvido niega con la cabeza.

—Ni siquiera puedo hablar de ello en voz alta. No soy capaz.

—Sí que puedes. A mí me ha hecho mucho bien. Y también a Marga. Tienes que intentarlo. Olvido, escúchame: caer en picado, revivir el dolor, no significa que no avancemos. Avanzar no siempre implica movimiento. Enfrentarnos a la herida, permitirnos mirarla a la cara, llorar, también es avanzar. Forma parte del proceso de curación.

El proceso de curación.

—Hay heridas que nunca se cierran —musita Olvido, más para ella que para su amigo.

—¿Has pensado en tomarte un descanso, volver a casa? —pregunta Víctor, como leyéndole el pensamiento —. No sé lo que te pasó allí, pero tal vez puedas aprovechar estos meses de baja para poner en orden lo que sea de lo que siempre estás huyendo.

La mirada de Olvido se clava en su amigo, fría, fatigada.

—¿Dos sesiones de terapia y ya eres psicólogo?

—Marga y yo estamos preocupados. Necesitas un ancla, un lugar al que volver. No es normal que…

—¿Qué? ¿Que nunca haya contado lo que me hicieron? ¿Ahora te puede el morbo, Víctor?

El policía baja la mirada. Teme haberse excedido de nuevo, sabe de sobra lo celosa que es Olvido de su intimidad.

—No es asunto de nadie lo que me ocurrió. *Marga* es mi ancla. Desde siempre, desde que la conocí. Y yo. *Yo* soy mi ancla. No necesito que ni tú ni ninguna terapeuta escarbéis en mi pasado intentando arreglarme la cabeza. Marga ha respetado siempre mi silencio, ¿por qué no puedes dejarme en paz de una vez? ¿Por qué no os vais todos a la mierda y me dejáis en paz de una puta vez…?

El súbito bramido del móvil de Olvido interrumpe bruscamente la discusión y despierta a Sara, que dormía plácidamente en su cochecito. La niña se ha asustado y ha roto a llorar. Víctor la saca con mimo del capazo y se aleja unos metros para consolar a su bebé y dejar a su amiga un poco de intimidad mientras atiende la llamada.

Olvido está a punto de no contestar. La pantalla le devuelve un sospechoso «número desconocido», pero, siendo la fecha que es, duda de que se trate de una compañía telefónica dando la tabarra con sus ofertas.

—Montalbán —responde, guiada por la costumbre.

Una voz femenina pregrabada reproduce un mensaje:

—¿Desea aceptar una llamada desde el centro penitenciario Madrid Oeste? El nombre del interno es —aquí la grabación se interrumpe y otra voz, esta vez masculina, pronuncia el nombre enfatizando exageradamente cada sílaba— «E-RIC-GA-RRI-DO».

La llamada

Jueves, 24 de diciembre de 2015
20.30h

Olvido no consigue parpadear siquiera.

—Si la respuesta es «sí», diga «sí» o pulse uno. Si no desea aceptar la comunicación, diga «no», o cuelgue —continúa explicando la grabación, sin otorgarle a su interlocutora un mínimo tiempo de reacción.

—Sí —titubea Olvido. No sabe por qué lo ha dicho. No hay tiempo de analizarlo. Tiene una llamada de la persona que le ha destrozado la vida, que ha sembrado la muerte en todo el barrio. ¿Cómo hablar con él? Pero por otro lado… ¿cómo no hacerlo?

Olvido lanza una mirada aterrada en dirección a su compañero que, ajeno a todo, recorre la acera arriba y abajo tratando de apaciguar el llanto de su hija. Un clic metálico al otro lado de la línea le acelera de nuevo el pulso, como un disparo directo al corazón.

—Buenas tardes, inspectora. Soy Eric Garrido. Ante todo, felices fiestas.

Olvido no es capaz de emitir ningún sonido. Cualquier intento de comunicación se ha quedado bloqueado en la parte del cerebro que normalmente se encarga de tales menesteres.

—¿Está usted ahí?

Una vez más intenta decir algo, pero sin éxito.

—Bueno, en cualquier caso, no me alargaré —continua Eric—. No me dejan mucho tiempo para llamadas, ¿sabe? La vida social aquí dentro deja mucho que desear…

El tono desenfadado y socarrón del adolescente

revuelve el estómago de la inspectora hasta tal punto que tiene que llevarse la mano libre a la boca y centrar las pocas fuerzas que le quedan en reprimir el impulso de vomitar. Víctor la observa desde lejos y Olvido logra leer en sus labios la pregunta «¿va todo bien?». La inspectora niega con la cabeza. *No. Por supuesto que no. Nada en este puto planeta va bien.* El policía se apresura en recortar la distancia entre ellos y se sienta de nuevo a su lado. La niña ha dejado de llorar y descansa tranquila en brazos de su padre, apoyada en su pecho. Olvido pone el altavoz, y ambos escuchan lo que Eric tiene que decir:

—Mi abogado acaba de comunicarme que ya hay fecha para el juicio. Dentro de un mes. Se ve que quieren quitarse el caso de en medio lo antes posible, supongo que para que la prensa deje de dar el coñazo con el tema a todas horas. Por lo visto no da muy buena imagen de la ciudad, ni de la policía, ni es lo ideal en estas fechas tan señaladas. Es alucinante la hipocresía de la gente. En fin. La llamo porque me gustaría tener una charla con usted antes del juicio. Lo antes posible, en realidad. Creo que le importará lo que tengo que decirle.

—No tengo nada que hablar contigo, Eric —replica la inspectora, cuando logra recuperar la voz.

—Usted verá. Pero yo creo que le interesa escucharme. En cualquier caso, es su decisión. Ya sabe dónde encontrarme. No quiero hacerlo por teléfono.

Sin más, la comunicación se corta.

Olvido se queda un rato inmóvil, con el teléfono en la mano, mirando la pantalla en negro.

—¿Qué cojones querrá de mí? —pregunta, incrédula.

Navarro reflexiona.

—Tal vez quiera verte cara a cara. Al fin y al cabo, fuiste tú quien le abatió. Para confrontarte, para pavonearse… o quizás para darte las gracias por detenerle. Quién sabe.

—¿Crees que debo ir?

—¡Sin duda! Y yo te acompañaré. Me muero de ganas por tener enfrente a ese cabrón.

—Pues yo no tengo absolutamente nada que decirle —resopla la inspectora.

—Creo que enfrentarte a él antes del juicio puede ser bueno para ti, Olvido. Habla con él, sácate el dolor del pecho.

—No estoy preparada para mirarle a los ojos.

—Eres policía, Olvido. Tu trabajo no consiste en hacer arreglos florales, precisamente. Tienes que ir y confrontarle, como a cualquier otro delincuente con el que has tratado en el pasado. Hasta ahora no hemos logrado hacerle declarar sobre su padre, tenemos que sacarle toda la información que podamos sobre Rafa, averiguar lo que sabe. Sigue en paradero desconocido, y creo que ahí hay un hilo muy gordo del que tirar.

—¿Y qué coño importa él ya? Por mí como si está en Las Bahamas. El daño está hecho, lo único que nos queda es esperar al juicio y rezar porque al chico le caiga la pena máxima.

—¡No es solo por Eric! Rafa Garrido no es trigo limpio, lo sabemos todos. Hay que aprovechar lo que su hijo pueda contarnos para usarlo contra él. Hace tiempo que debí…

Olvido le interrumpe:

—Tú sabes cosas del «pistolero», ¿verdad? Los tíos os contáis vuestras hazañas de machos alfa para jactaros y fanfarronear, lo he visto mil veces…

Olvido escudriña el rostro de su compañero. Su profunda mirada trata de indagar en los recovecos del alma su amigo. Siente que algo se le escapa.

—No sé nada, Olvido, créeme. Solo estoy frustrado porque le dejaran en libertad después de hacerle, ¿qué?, ¿cuatro preguntas? Me encantaría encontrarle y tener una

charla con él cara a cara, de policía a policía, porque es obvio que está de mierda hasta el cuello. Y no me refiero al tema de los malos tratos, de la colección de armas… Eric lo deja entrever en su vídeo, ¿recuerdas? El chaval puede tener pruebas, tenemos que lograr que colabore.

—¿Por qué haces todo esto, Víctor? —pregunta la inspectora, hastiada—. Ya no hablo de Eric, ni de Rafa, hay otra cosa que me tortura… ¿Por qué quieres que los Garrido paguen por todo pero, sin embargo, me encubres con lo de Sofía Torres? ¿Es que tu elevadísimo compromiso policial solo funciona para con ellos? Yo estoy al límite, no imaginas las ganas que tengo de quitarme esta losa de encima y confesar lo que hice.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso tú no harías lo mismo por mí? —ataja el policía.

—¿Sinceramente? No lo sé. Eres mi mano derecha, mi compañero, pero no sé si pondría en peligro mi carrera, mi integridad, por encubrirte. ¿No te das cuenta, Víctor? Lo que estoy haciendo está mal. ¡Está mal! He mentido para salvar el pellejo, y esta mentira me está devorando por dentro. ¿Sabes por qué no puedo ir a terapia? Pues porque no puedo sentarme enfrente de una psicóloga y ocultarle lo de Sofía. ¡Pero tampoco puedo contárselo, porque ella tendría la obligación de denunciarlo! Yo estoy mintiendo para eludir la cárcel porque ahora mismo no me veo capaz de soportarlo, porque soy una cobarde, porque tengo miedo de salir de allí y haberlo perdido todo, pero tú… tú también estás mintiendo y, francamente Víctor, no logro entenderlo. ¡Lo que haces también es delito! ¿Por qué te arriesgas así? ¿Y si me derrumbo y lo confieso todo? ¡Si me da por confesar la verdad te arrastraría conmigo, caeríamos los dos! ¿Por qué no me denuncias y acabas con mi sufrimiento de una vez? ¿Es que no sientes remordimientos?

Víctor se levanta del banco de madera y mete con cuidado a la niña en el cochecito. Sin mediar palabra, comienza a caminar lentamente hacia su casa. Olvido, desconcertada, recoge sus bolsas con las compras para la cena y le alcanza. Caminan uno al lado del otro en silencio un buen trecho, hasta que la inspectora toca suavemente el brazo de su compañero y le obliga a detenerse y contestar a su pregunta. Su mirada está aún perdida en la lejanía, sumido en sus pensamientos.

—¿De verdad no has comprendido todavía por qué lo hago? —responde, al fin—. ¿De verdad no lo sabes, o es que no quieres verlo?

Con los ojos húmedos, Víctor clava sus pupilas en las de Olvido.

—Uno no elige de quién se enamora. Créeme, los sentimientos no se desvanecen porque el amor no sea correspondido. Se ama lo que se ama —declara, con una amarga sonrisa en los labios—. Ya te lo dije, justo antes de la masacre. Lo sé desde que te conocí, en la academia. No me entiendas mal, esto no es un chantaje emocional… No te estoy pidiendo nada. Quiero a Marga, y adoro a mi hija. Pero a ti también. Solo quiero que entiendas de una vez por todas que haré cualquier cosa por protegerte. Cualquier cosa, ¿comprendes?

Olvido le mira con ternura y asiente con la cabeza. De alguna manera, siempre lo ha sabido.
Una única lágrima se desliza por su mejilla, mientras acaricia con ternura el rostro de su amigo.

— No voy a permitir que se arruinen más vidas — concluye Víctor—. Y mucho menos la tuya. No, si puedo evitarlo.

El internado

15 AÑOS ANTES

Lunes, 4 de septiembre de 2000

El coche se detiene frente a un vetusto edificio de dos plantas, que preside una pequeña colina al extremo izquierdo de la playa de San Juan de Luz. Apenas treinta kilómetros separan la pintoresca localidad francesa de San Sebastián. Al bajarse del coche, Olvido inspira profundamente el aroma del mar y siente una oleada de paz tan intensa que tiene que cerrar los ojos para saborearla mejor. Escapar al fin del cautiverio de los últimos meses supone un alivio inenarrable para la mente y para los sentidos.

Sabe muy bien, no obstante, que la decisión de enviarla a aquel internado católico obedece a otra forma nada sutil de castigo. Hace semanas que Olvido no ha vuelto a pronunciar una sola palabra. Apenas come, ni siquiera es capaz de mirar a su madre a la cara, que no ha podido soportarlo más. Así que dicho y hecho. *Esta niña necesita disciplina y estudio*. Y ella necesita volver a su casa, a su negocio, a la vida «normal», si es que logra recuperarla…

Olvido ignora cómo se las habrá ingeniado su madre para gestionarlo todo en tan poco tiempo: la matrícula, el uniforme escolar, la documentación… Lo que le ha quedado bien claro es que ha decidido cumplir al fin la amenaza que tantas veces había enarbolado en el pasado contra ella: «¡O te portas bien, o te juro que te mando interna!».

Así que allí están las dos, al fin, inmóviles frente al

formidable edificio que sirve tanto de centro escolar como de residencia a las monjas y alumnas. Por lo que le ha explicado su madre por el camino, en un último y patético intento de establecer una conversación con ella, la mayor parte de las chicas son huérfanas, o cuentan tan solo con algún familiar lejano que no puede hacerse cargo de ellas durante el curso. Esas pocas afortunadas abandonan el colegio durante los meses de verano. Las que no tienen familia asisten a campamentos organizados por la red de escuelas de la congregación, repartidos por toda Europa. El resto de las vacaciones y fines de semana lo pasan en el colegio, disfrutando de breves salidas —supervisadas— al pueblo.

—Vendré a verte siempre que pueda —le promete—. Y si no, vendrás tú en Navidad y vacaciones, ¿de acuerdo?

En contra de lo que cabía esperar, Olvido no protesta, ni entona súplica alguna en el último momento. Muy al contrario, examina admirada el enorme caserón que se alza ante ella con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Los alrededores del edificio son particularmente bellos. Una pradera verde inundada de margaritas se extiende a su izquierda, y se percibe un ligero desnivel al lado derecho. De él parte un camino serpenteante que conduce a una discreta cala, junto al extremo de la playa más alejado del pueblo. Es la primera vez que Olvido sonríe en mucho tiempo, y su madre no sabe cómo interpretar aquel inesperado cambio de humor.

La joven, vestida de uniforme, saca del maletero del coche una mochila, que se cuelga a la espalda, y después una pequeña maleta con ruedas. A continuación, sigue a su madre hasta la imponente puerta de hierro que da acceso al jardín frontal del colegio. Se percata de que está cerrada con una gruesa cadena metálica que rodea los barrotes, firmemente asegurada con un gran candado. Tras llamar al

timbre, vislumbran a lo lejos a una monja vestida con hábito negro y toca blanca que se asoma a la puerta principal del edificio. Las saluda con la mano desde la distancia y se encamina hacia ellas, deslizándose sin prisa sobre el camino de gravilla que traza el recorrido hasta el acceso principal.

—Buenas tardes, hermana Prudencia —saluda la mujer, con una sonrisa nerviosa.

—Buenas tardes, querida —responde la monja cortésmente, mientras desenreda la pesada cadena y procede a abrir el portón—. Y bienvenida, jovencita.

—Muchas gracias, hermana —contesta Olvido con dulzura, dejando a su madre perpleja una vez más.

Una vez dentro del colegio, la monja conduce directamente a madre e hija al despacho de la madre superiora, directora del centro escolar.

—Buenas tardes, pasad, pasad.

La religiosa las recibe con dos efusivos besos y las invita a sentarse en sendas sillas, al otro lado de su escritorio.

—Buenas tardes, hermana Piedad —responde la mujer, con la actitud apocada de una niña pequeña. Olvido nunca había visto a su madre comportarse de un modo tan sumiso. *¿Y cómo es que llama a las monjas por su nombre? ¿Tanta confianza tiene con ellas?*

—Bueno señorita, supongo que ya sabrás que tu madre estudió con nosotras durante los últimos años de su formación académica…

Equilicuá, piensa Olvido. No le parece extraño el hecho en sí, aunque no comprende por qué no se lo ha contado antes. Quizás es algo más de lo que se avergüenza. ¿Tal vez ella también acabó dando con sus huesos en el internado a consecuencia de un castigo?

—Pues no, no sabía nada, hermana —responde con

aire despreocupado, como si el hecho de poseer o no dicha información careciera de la menor importancia—. Lo cierto es que mi madre tiende a ocultarme algunas cosas, pero no se lo tengo en cuenta… Dice que es por mi bien.

La monja clava la mirada en la mujer con una expresión que lo dice todo.

—Como le conté, hermana, mi hija anda bastante rebelde últimamente.

—Es cierto que no lo sabía —insiste Olvido, sin perder la compostura. Disfruta imaginando la tortura interior de su madre en esos momentos, sabiendo que no será capaz de montar un numerito ante la monja—. Yo nunca miento.

Olvido exhibe la mejor de sus sonrisas, y ni una sola vez aparta la mirada de la madre superiora. Evita intencionadamente establecer contacto visual con su madre, incluso cuando se despiden, minutos más tarde, en la puerta del colegio.

—En fin… —resuelve la monja después de charlar un rato, decidida a no inmiscuirse en la tensa relación entre madre e hija—. Te doy la bienvenida al centro. Este es un colegio religioso, como sabes, y bastante estricto en cuanto a las normas internas y a los estudios. Estoy segura de que, si te comportas como esperamos de todas vosotras, no tardarás en adaptarte a la vida aquí. Si quieres, te acompaño ahora a tu habitación para que te instales y conozcas a tu compañera de cuarto. ¿Queréis despediros ahora? Creo que será lo mejor. Olvido asiente, toda sonrisas, y las tres abandonan el despacho.

A pesar de la tensión de la despedida y de las lágrimas incontenibles de su madre, Olvido logra mantenerse absolutamente hierática. No retira el rostro cuando esta la besa en la mejilla, pero no le devuelve el beso ni el abrazo. Cuando la mujer se aleja por el camino de gravilla, de

vuelta a su coche, se vuelve una última vez para despedir a su hija con la mano. Por toda respuesta, Olvido se gira, le da la espalda, y se mete en el colegio cerrando la puerta tras de sí.

En prisión

Martes, 29 de diciembre de 2015
11.35h

Olvido y Víctor pasan los controles pertinentes antes de acceder con el coche patrulla al aparcamiento de la prisión, ubicado dentro las instalaciones donde Eric Garrido permanecerá hasta ser juzgado. Llueve a mares, y los parabrisas del coche apenas sí logran evacuar una tercera parte del agua que cae sobre ellos. La cárcel Madrid Oeste es una de las pocas prisiones de máxima seguridad del país, y la que peor fama tiene, con diferencia. El centro penitenciario se traduce como sinónimo de brutalidad, incompetencia y corrupción, según todos los rumores.

—¿Te puedes creer que nunca había puesto un pie aquí? —comenta Olvido.

—Pues yo he estado demasiadas veces. Mi amigo Marcos es funcionario de prisiones, trabaja aquí.

—¿Y es tan brutal como dicen?

—Peor. Su mala fama es bien merecida. Nadie quiere este destino, aquí está lo mejor de cada casa: peleas entre reclusos a todas horas, conatos de motín día sí, día no… Y eso por no hablar de la negligencia del resto de funcionarios. Marcos es duro. No pide el traslado porque piensa que, si se marcha, la cárcel habrá podido con él, pero no puede fiarse ni de sus compañeros; aquí todo el mundo está corrompido o amenazado. Un pastel, vaya.

A pesar de no haber cumplido la mayoría de edad, el juez no dudó en encerrar allí a Eric Garrido, dada la magnitud de sus acciones. Debido al peligro que supondría la convivencia con los otros internos, se le ha confinado en

una celda individual, incomunicado del resto de convictos. Por la especial resonancia y brutalidad del caso —y la tremenda presión mediática— el proceso judicial se ha acelerado al máximo, y tanto España como el resto del mundo permanecen atentos a cualquier noticia. Un numeroso grupo de periodistas se parapeta frente a la puerta principal del presidio, aguantando estoicamente la lluvia torrencial.

—¿Qué hacen estos aquí? —pregunta Olvido.

—Ya sabes cómo son. Se habrán enterado de que veníamos.

La prensa lleva meses intentando en vano arrancar alguna declaración o conseguir alguna instantánea de los policías estrella del tiroteo del instituto La Ribera, aunque, por el momento, han conseguido evitar que se filtren datos personales o cualquier imagen suya. Se rumoreaba que el alcalde tenía prevista una ceremonia en la que los miembros de la BDCV recibirían un reconocimiento por parte de la ciudad de Madrid, incluso el presidente del gobierno había solicitado su presencia en la Moncloa, pero ellos no han querido ni oír hablar del tema y se han negado en redondo a participar del circo mediático. Los rostros de la familia Garrido, por el contrario, circulan libremente por redes sociales y medios de comunicación, y no hay periodista que no fuera capaz de cualquier cosa con tal de lograr una entrevista exclusiva con alguno de sus compañeros. A pesar de las suculentas ofertas económicas que han recibido, especialmente de los medios más amarillistas, todo el entorno familiar y personal de Garrido se ha mantenido firme en su silencio.

La llegada al penal de Montalbán y Navarro levanta un revuelo de cámaras, micrófonos y empujones, aun sin saber la identidad de los policías. Antes de salir del coche, ambos cubren su rostro con gafas de sol y una amplia capucha y se dirigen hacia la puerta principal de acceso.

Algunos funcionarios de la prisión —entre los que se encuentra Marcos Gutiérrez, el amigo de Víctor— salen a su encuentro y les ayudan a atravesar con seguridad el angosto pasillo de reporteros, cámaras y fotógrafos. Una vez dentro, Marcos les tiende un par de toallas para secarse, y saluda a su colega con un efusivo abrazo.

—Cualquier día de estos, a la mierda el anonimato —masculla Olvido, agobiada.

—Marcos, te presento a la inspectora Montalbán.

—Es un placer conocerte. Eres una heroína, dime qué puedo hacer por ti y estaré encantado de ayudarte —dice el funcionario, con genuina emoción.

—Gracias —responde Olvido tímidamente, estrechándole la mano.

—Os acompaño al registro de entrada, ya sabéis cómo va esto. Dejad aquí todo, la placa, el arma…

Los dos policías obedecen. Rellenan el papel que les tiende el funcionario sentado al otro lado del cristal antibalas y le entregan sus objetos personales, que este introduce en sendas bolsas de plástico. Cuando se giran para encaminarse hacia la sala de visitas casi chocan con el hombre que, procedente de allí, se dispone a recoger sus pertenencias. Olvido y Víctor se detienen en seco. Dos pares de ojos helados se clavan en él. Marcos siente un escalofrío y se reprocha a sí mismo haber sido tan torpe. No entiende cómo no ha caído antes. Con solo diez minutos de separación, este encuentro podría haberse evitado.

—Hola, Garrido —saluda al fin Olvido, rompiendo el silencio.

—Inspectora… ¿Qué tal estás? De tus heridas, quiero decir…

—Mejor. Gracias —responde con frialdad.

La tensión entre ellos es más densa que una cortina de plomo.

—No puedo creer que no estés entre rejas, como tu hijo —masculla Víctor, entre dientes.

No han vuelto a verse desde el día antes del tiroteo, en las oficinas de BDCV. Antes. Cuando nada hacía presagiar aún la tragedia. Hace un millón de años. Morata, Varela y él han mantenido charlas interminables sobre cómo debió ser aquella mañana para Garrido. Imaginan sobrecogidos el momento en que se despertó en su cama, atado y amordazado, y descubrió a su mujer, Elvira, tendida a su lado con un disparo en la cabeza. ¿Qué habría pasado por su mente en aquellos momentos? ¿Y cómo habrían sido las horas siguientes, hasta que la policía irrumpió por la fuerza en su domicilio? Tan solo se sabe que lo encontraron en estado de *shock*, balbuceando sonidos ininteligibles, y que los agentes se lo llevaron esposado al hospital para averiguar si había sufrido algún tipo de daño físico.

—Víctor, yo…

Navarro no le deja terminar la frase. Lanza el puño hacia atrás y solo los reflejos de Marcos y Olvido, que logran retenerle en el último segundo, impiden que este impacte sobre el rostro de Garrido.

—No quiero volver a verte en mi puta vida, ¿entendido? Porque te juro que, si te cruzas conmigo por el barrio, si nos encontramos por casualidad en un bar dentro de veinte años o me entero de dónde vives, te voy a dar tal paliza que no te va a reconocer ni tu madre.

—¡Víctor, déjalo! —grita Olvido. Entre Marcos y ella apenas son capaces de retener a su compañero.

Garrido no se ha movido del sitio. Como si estuviera deseando sentir el impacto del puño de Víctor sobre su rostro. Tan solo continúa ahí parado. Esperando su castigo. Ido.

—Bueno, voy a… —musita Rafa, que rodea incómodo a la pareja y se dirige al mostrador de entrada.

Olvido tienen la impresión de que el hombre se desplaza por la estancia medio en trance, como si nada ni nadie pudiera tocarle, como si no fuera consciente del mundo que le rodea. El expolicía viste de calle y luce un aspecto descuidado y demacrado. Su aliento apesta a alcohol, a pesar de no ser aún mediodía. Es un hombre roto. Tras la detención y la publicación de los vídeos de Eric, Rafa fue suspendido de empleo y sueldo y se abrió una investigación contra él por posibles delitos de malos tratos, lesiones, amenazas, posesión ilegal de armas de fuego y un largo etcétera. Sin embargo, el juez no consideró que hubiera riesgo de fuga y le concedió la libertad condicional en espera de juicio. Ha perdido su trabajo, a su mujer y a su hijo. Ya no le queda nada. Tras recoger sus pertenencias, dirige sus pasos mecánicamente hacia la puerta y atraviesa el grupo de reporteros sin detenerse. Los *flashes* caen sobre él como la lluvia, sin apenas rozarle. Una vez le han perdido de vista, Navarro y Montalbán se relajan un poco.

Pasado un tiempo prudencial, Marcos les indica el camino hacia la sala de visitas. Tras atravesar un par de sólidas puertas de metal que el funcionario va abriendo con su tarjeta de acceso, Olvido se atreve a preguntar:

—¿Viene mucho a verle? No ha pasado por su domicilio desde la masacre, pensábamos que no estaba en la ciudad.

—Todos los días. Al principio el chaval se negaba a salir, y él se quedaba sentado allí toda la hora, detrás del cristal, por si cambiaba de opinión. Después de un par de semanas, el chico se presentó.

—¿Y qué hacen? ¿Hablan? ¿Se gritan?

—Él llora. El padre. Todo el tiempo. Y le habla. Le pregunta cosas, no sé… El hijo no dice ni una palabra. Le mira fijamente, con una expresión que da escalofríos. Se

sienta en la silla con las piernas abiertas y un brazo colgando tras el respaldo. Como si estuviera en casa, con sus colegas. Es como un animal. No parece asustado. Aquí todo el mundo está acojonado cuando llega, desde el primer día. Luego se curten, se vuelven bestias. Pero no tan jóvenes, ni tan pronto. Igual es el aislamiento, que le da sensación de seguridad. Pero os juro que no había visto un ser humano así en mi vida. Es como si no tuviera alma.

—En fin, vamos a ver qué quiere… —dice Víctor, que ya está bastante nervioso tras el encuentro con su excompañero.

Marcos los acompaña por un angosto pasillo que termina en un locutorio. Este está compuesto por una fila de diez cabinas. La hora «oficial» de visitas ha terminado, por lo que la sala está completamente vacía.

El funcionario les indica que pueden ocupar la primera cabina.

—Esperad aquí. Le traerán enseguida.

Cinco minutos después, Eric Garrido hace su aparición al otro lado del cristal antibalas. Viste un uniforme de presidiario color verde caqui y exhibe una sonrisa socarrona.

Han venido.

Olvido y Víctor agarran los auriculares que cuelgan a ambos lados del cubículo. Eric se demora unos instantes en tomar el suyo, que finalmente pega a su oído. Olvido se da cuenta al instante de su juego. Dilata el tiempo, se hace desear. Quiere estar «al mando», sentir que es él quien tiene la sartén por el mango.

—Buenos días, agentes.

—Hola, Eric —dice Olvido, tratando de obviar las más mínimas normas de cortesía—. Entenderás que no es plato de gusto para nosotros estar hoy aquí, así que vamos directamente al grano… ¿Por qué querías verme?

—Vaya… Así que es cierto lo que dicen de usted en

la tele, ¿no? Es una tía dura de verdad.

—Eric, te lo advierto, no estamos para gilipolleces —interviene Víctor, que llegados a este punto se muestra mucho menos paciente que Olvido. Permanece sentado en el borde de la silla, con la mano libre apretada en un puño. Está tan tenso que Olvido comienza a contagiarse de su desasosiego.

—Oh, el subinspector Víctor Navarro. No esperaba su presencia hoy aquí. Discúlpeme, no tuve ocasión de darle las gracias aquel día en que nos llevó a mi madre y a mí al hospital.

Olvido mira a Víctor con cara de puzle. *¿Cuándo ha ocurrido eso…?* Víctor le hace un gesto con la mano que significa *ya te lo contaré luego*, y la inspectora tiene que conformarse con eso por el momento.

—¿Sabe qué, Navarro? Aquella noche no necesitábamos su puta ayuda. Para llevar a mi madre al hospital me bastaba y me sobraba yo solo. Reconozco que cuando le vi salir corriendo hacia nuestra casa albergué una pequeña esperanza. Pero, como era de esperar, usted no hizo nada. Lo que yo habría necesitado… Lo que *mi madre* hubiese necesitado, es que alguien le hubiera echado un par de huevos y se hubiera enfrentado de verdad a mi padre. Que le hubiera denunciado. Que hubiese obligado a los Servicios Sociales a sacarnos de aquel infierno. ¿Es que acaso no sabía usted que mi madre *jamás* le abandonaría? ¿Es que no saben ustedes nada sobre violencia doméstica? ¿O es que entre compañeros se protegen? Sí. Más bien es eso, ¿verdad?

Las palabras de Eric golpean a los policías con la brutalidad de una bola de demolición.

—Y yo, como se pueden imaginar, no podía huir de aquella casa dejando sola a mi madre —continúa el adolescente, sin esperar respuesta—. Así que ya ven. Aquí estamos. Ya han visto el vídeo. Lo cierto es que…

—¿Por qué estamos aquí, Eric? —le interrumpe Olvido. No ha recorrido todo el trayecto hasta Madrid Oeste en aquel día de perros para escuchar el monólogo de un asesino—. ¿Qué quieres de mí?

—No se ponga nerviosa, inspectora… —responde Eric, con una irritante parsimonia—. Porque usted no tiene ningún motivo para preocuparse, ¿verdad? A ver… ¿Qué puede querer este asesino despiadado de la heroína nacional? Déjeme pensar… En realidad, no gran cosa. Solo quiero que charlemos un rato. Y se estará usted preguntando… ¿de qué podríamos charlar? Pues permítame que saque un tema que podría ser de su interés: Sofía Torres.

La inspectora Montalbán palidece y Navarro, en un gesto protector, la toma de la mano para tranquilizarla. Tenían bastante claro antes de su visita que cabía la posibilidad de que el asunto de Sofía saliera en la conversación. Ahora hay que encontrar la forma de lidiar con ello.

—¿Sofía Torres? —pregunta Víctor, haciéndose el tonto.

—Sí, subinspector. La preciosa, amable y muy estudiosa Sofía Torres. ¿Saben qué? Yo la conocía bien. De hecho, nos sentábamos juntos en varias asignaturas, como laboratorio de química. Era super inteligente y muy, muy dulce. Me caía genial. Fíjense si le tenía aprecio, que era de las pocas personas a las que tenía claro que no iba a matar aquel día.

Olvido se incorpora de un salto de su silla. Aquello le ha puesto el pulso a mil por hora. Víctor tira de su brazo hacia abajo y, pasados unos segundos, logra que vuelva a sentarse.

—Sólo quiere provocarte, Olvido. No le des el gusto.

—¿Qué quieres de mí, Eric? Déjate de historias y dilo de una maldita vez.

—Soy consciente de que no estoy en condiciones de exigir nada, pero supongo que ya saben que aquí, en Madrid Oeste, la vida es… ¿cómo describirlo? Peor que el infierno. Soy consciente de que hasta el juicio me mantendrán entre algodones, claro. Sería un escándalo que las cámaras de televisión captaran a un adolescente magullado, que pudiera despertar la más mínima compasión de algún miembro del jurado… Eso es obvio, pero… ¿qué será de mí después? No soy imbécil. Cuando me condenen, me echarán a los leones y tirarán la llave. Me matarán en cuanto ponga un pie en el patio de la cárcel. Aquí hay familiares de las víctimas. Un tío, un vecino, un primo… Alguien vendrá a por mí y me rebanará el cuello antes de que termine el recreo. Así que, respondiendo a su pregunta, inspectora, lo que quiero es que me garanticen protección. Ahora, y después.

—Claro —interrumpe Víctor—. ¿Algo más? ¿Una tele de 50 pulgadas? ¿Un jacuzzi para tu celda?

—No me malinterprete, subinspector. Por supuesto, esto no es a cambio de nada. Y, francamente, estoy comenzando a hartarme de este jueguecito del gato y el ratón, así que seré muy claro. Yo estaba allí, en el anfiteatro. Y, como les he dicho antes, lo crean o no, Sofía no era un objetivo prioritario. Cuando entré en el salón de actos apenas me quedaba munición, y solo buscaba una manera de escapar. Le confieso que había pensado tomar a Sofía como rehén para huir, pero en fin… no hubo tiempo. ¿Verdad, inspectora? Así que, resumiendo: protección a cambio de mi silencio. Beneficios penitenciarios, como que no me pongan a limpiar váteres, y esas cosas. Que la eternidad que voy a pasar aquí encerrado sea lo más placentera posible. Y, por supuesto, que los guardias velen porque no me toquen ni un pelo de la cabeza. Si me lo garantizan, no abriré la boca. Invéntense lo que quieran, sé que pueden conseguirme privilegios aquí dentro. Si el

día antes del juicio no he sabido nada de ustedes, subiré a ese estrado y cargaré con todas las muertes excepto con una. Es lo justo, ¿no? Daré todos los detalles, dónde estaba yo, desde dónde disparó usted, todo. Mi abogado exigirá un informe exhaustivo de balística. Retrasaremos el caso, se pondrá en tela de juicio su intachable actuación —quizás la de todo su equipo— y, como mínimo, su credibilidad quedará tocada. Prepárese para un auténtico acoso, por no hablar de con qué cara va a mirar usted a la familia de Sofía. ¿Ha ido ya a visitarles…?

Olvido no puede resistir la tensión por más tiempo y se rompe. La rabia da paso a un ataque de ansiedad y tiene que abandonar el locutorio de manera precipitada.

Eric finaliza su discurso ante un Víctor rojo de ira.

—Aplíquese y ayúdeme, subinspector. Porque si me abandonan aquí a mi suerte, hasta es posible que compartamos celda en el futuro. Usted ya sabe de lo que hablo, ¿verdad?

El adolescente esboza una media sonrisa, cuelga el teléfono y se marcha, sintiendo satisfecho la mirada iracunda de Víctor Navarro sobre su nuca mientras se aleja.

15 AÑOS ANTES

Lunes, 4 de septiembre de 2000

La madre superiora se detiene frente a la última puerta de un largo pasillo y la golpea suavemente con los nudillos. Una chica sonriente, con el pelo corto y alborotado, abre la puerta al instante.

—Buenas tardes, Marga.

—Buenas tardes, madre Piedad.

—Te presento a tu nueva compañera de cuarto: Olvido Montalbán. Olvido, ella es Marga Lezea.

Las dos chicas se sonríen e intercambian los dos besos de cortesía. Olvido avanza unos pasos, dispuesta a entrar en la habitación, pero la monja la agarra del brazo con firmeza y la atrae hacia sí justo cuando está a punto de cruzar el umbral de la puerta. Marga, que presiente que se viene una situación incómoda, da un paso atrás y se interna de nuevo en la habitación, saliendo del campo de visión de la directora.

—Montalbán —espeta la monja en tono autoritario —. No te creas ni por un momento que me has engañado con tu actuación de niña modosita. Ya nos ha contado tu madre lo que… bueno, el *disgusto* que le has dado este año. Aquí no vamos a tolerar las impertinencias de una mocosa que no es capaz de tener las piernas cerradas, ¿entendido? Aquí te vamos a enderezar. ¿No te da vergüenza cómo te has comportado hoy con tu madre? ¿Es que no has visto que se ha marchado destrozada?

Olvido sostiene la mirada de la monja, desafiante.

—¿Vergüenza? Verá, hermana… ¿Cómo le diría…?

En la lista de cosas que me importan una mierda, esa ni siquiera computa.

Dicho esto, se sacude el brazo con un latigazo y se libera de ella.

La expresión en el rostro de la monja se asemeja mucho a un meme de Hitler que circula por internet con diferentes doblajes, aunque el tono de su cara tiende más a un morado berenjena que a un blanco ario.

—¡Marga! —ruge la monja, logrando a duras penas controlar su indignación. La vena que le atraviesa la frente está a punto de explotar—. ¡Ayuda a la señorita Montalbán a instalarse y luego enséñale el colegio, ¿de acuerdo?! Os veo a las nueve para la cena. Ya hablaremos tú y yo mañana —se despide, levantando un dedo amenazante a la altura de los ojos de Olvido.

—Claro, madre. Encantada —responde Marga, al tiempo que tira del brazo de su compañera y la introduce en la habitación.

Marga le franquea la entrada a su nueva compañera antes de que tenga tiempo de meterse en más líos y cierra la puerta tras de sí. Está temblando. Las dos chicas se miran, incapaces de pronunciar palabra. Al fin, Marga se acerca a Olvido y le ayuda a aliviar el peso de su mochila, que deja en el suelo.

—Puff… ¡Eso ha sido intenso, ¿eh?! —exclama al fin. La joven tiene una de esas sonrisas capaces de iluminar una habitación a oscuras.

Las adolescentes liberan la tensión acumulada con una carcajada contagiosa que las tiene dobladas por la cintura alrededor de cinco minutos.

—¿Prefieres la litera de arriba o la de abajo? —pregunta Marga cuando recuperan el aliento—. Yo suelo dormir arriba, pero me da lo mismo cambiar.

—Nah, la de abajo está bien. Muchas gracias.

Marga coloca la mochila de Olvido en la cama

inferior y abre de par en par las puertas del armario que se apoya en la pared opuesta de la habitación.

—Puedes colocar aquí tu ropa. Te he dejado libre la parte de la derecha y los dos cajones de abajo.

Olvido no responde, parece tener la mente en otra parte. Marga trepa de un salto a la cama superior para dejarle a su nueva compañera espacio para organizarse. La habitación se queda en silencio por primera vez. En cuanto el ruido desaparece (*el ruido de su madre diciendo adiós, el ruido del motor del coche, el ruido de la amenaza*), Olvido comienza a procesar por primera vez las emociones del día. Una oleada de calor le sube por los brazos hasta las mejillas. Siente que le arde la cara y el corazón comienza a intercalar demasiados latidos de más.

—Marga, no quiero que te asustes, pero necesito unos minutos para mí.

Mientras habla, comienza a recorrer la habitación en círculos. Lleva los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo, los codos rígidos, y agita las manos cada vez más rápido, con sacudidas fuertes, casi violentas. Camina sin despegar la mirada del suelo, a un ritmo constante, y su compañera casi puede escuchar los engranajes de su mente girando a toda velocidad. No sabe muy bien qué hacer, así que se limita a quedarse sentada en la cama con las piernas cruzadas a lo indio, y espera a que su nueva compañera se relaje. Tan solo le hacen falta dos o tres minutos para tranquilizarse y detener su frenético paseo. Va descendiendo la velocidad poco a poco hasta tumbarse boca arriba en la cama, y se evade escudriñando al detalle los muelles que soportan el colchón de la litera superior. Al cabo de unos minutos, Marga se asoma, cabeza abajo.

—¿Eso era todo? Lamento decirte que hace falta algo más que un garbeo por el cuarto para asustarme.

Marga le guiña el ojo, cómplice, y salta de la cama al suelo. Olvido sonríe, entre tímida y desconcertada.

Siempre ha tenido que ocultar sus pequeñas «manías» (las estereotipias, el balanceo que tanto le ayuda a regular el cuerpo y la mente) cuando se ve sobrepasada. En su anterior colegio intentaron sacudirle las «tonterías» a las bravas. Castigo tras castigo, aprendió a aguantar en silencio, con los puños apretados bajo la mesa, hasta que encontraba unos minutos para encerrarse en el cuarto de baño y allí, sola, donde nadie podía verla, aleteaba y sacudía las manos hasta que disminuía la ansiedad. Durante unos meses, cuando los pequeños «tics» comenzaron a hacerse cada vez más habituales, su madre se empeñó en darle una medicación prescrita por su pediatra, pero las pastillas la dejaban tan atontada que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos en clase. Así que se acabaron las medicinas, y Olvido tuvo que ingeniárselas para pasar desapercibida. Decidió, ya con doce años, intentar no sobresalir en nada; ni académicamente, ni en ningún otro aspecto. Pero al entrar en la pubertad descubrió perpleja que los cambios en su cuerpo vinieron aparejados por un exagerado interés de sus compañeros de clase hacia su persona. Incluso hombres mayores se giraban al cruzarse con ella en el paseo de La Concha. Alguno de ellos había llegado a susurrarle al oído verdaderas barbaridades. Con su larga melena pelirroja y sus ojos verdes parecía una modelo, o una joven actriz de vacaciones en San Sebastián. Le encantaba hacer deporte, por lo que era habitual verla en las pistas de tenis junto a Ondarreta, o corriendo por la playa. Olvido odiaba la atención y hacía caso omiso de piropos y halagos, pero cuando su nuevo vecino, Unai, se instaló en el piso contiguo, se sorprendió a sí misma rogándole a las diosas que aquel chico tan atractivo se fijara en ella. Y vaya si se fijó.

Aburrida, Marga interrumpe abruptamente los pensamientos de Olvido.

—¿Te apetece dar una vuelta por el jardín? Es bonito, se ve el mar.

—Claro. Vamos.

Después del paseo de rigor por las instalaciones, de saludar a unas doscientas alumnas, emocionadas con «la nueva», y tras una cena que Olvido solo puede calificar como de «infernal», las dos compañeras se dirigen de nuevo al dormitorio.

Algo cansada, Olvido se sienta en el borde de su cama y se abandona a una ausencia, con la mirada perdida en el infinito.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Marga, preocupada—. Los primeros días deben ser duros… Supongo, porque yo llevo aquí desde los seis años, así que no sabría decirte.

—No te preocupes, estoy muy bien. Mejor que bien. ¡Feliz!

—Bueno, ¡pues no sabes lo que me alegro!

Sin mediar más conversación, Olvido abre su maleta y procede a volcar todo el contenido sobre la cama. Después va haciendo montoncitos, seleccionando qué artículo o prenda de ropa debe ir en cada uno de ellos. A continuación coge su mochila, la vacía, y repite la misma operación.

—¿Cuál es ahora la rutina? —pregunta, al cabo de un rato.

—Pues… a las diez y media sonará de nuevo una campana, y eso quiere decir que ya tenemos que estar todas en nuestras habitaciones. A las once se apagan las luces de los pasillos y ya no se puede salir de la habitación, salvo para ir al baño.

—¿Las monjas van revisando las habitaciones? Una a una, quiero decir…

—No, claro que no. La madre superiora apaga la luz

desde el otro extremo del pasillo, y se marcha a dormir. Hay una monja de guardia en la habitación del fondo, pero siempre se queda dormida.

—Genial —murmura Olvido.

Marga, sentada en la silla de su escritorio, observa con curiosidad los movimientos de su nueva compañera. No da la impresión de que esté ordenando sus pertenencias para colocarlas en el armario. Más bien parece que esté haciendo una selección. Intrigada, la ve meter en la mochila —ahora vacía— un pijama, varias mudas de ropa interior, dos pares de vaqueros, unas camisetas, un jersey, una bolsita de aseo, el pasaporte y un monedero. A continuación, se quita el uniforme escolar. Lo deja tirado en el suelo de cualquier manera, y se viste de nuevo con unos vaqueros oscuros, una discreta camiseta negra y, encima, un jersey de punto fino. Por último, se enfunda una cazadora vaquera y se acerca decidida al espejo que cuelga frente al pequeño lavabo —el único elemento de aseo con que cuenta la habitación—. Saca de una bolsita algunos artículos de maquillaje y se maquilla un poco. No como si fuera a una fiesta; tan solo algo de rímel y pintalabios, aunque el resultado decididamente le hace parecer mayor.

Por último, extrae un sobre abultado de una especie de doble fondo, hábilmente camuflado en un lateral de la maleta. Tras dudar unos instantes dónde colocarlo, opta por guardarlo en el bolsillo interior de la cazadora. Marga, que hasta ese instante ha asistido atónita al comportamiento de su nueva compañera de habitación, se atreve al fin a preguntar.

—Olvido… ¿qué haces?

—Me cubrirás, ¿verdad? Solo hasta mañana. Tú no me has visto. Nos fuimos a dormir, y cuando te levantaste yo ya no estaba. No te preocupes, no te regañarán.

—Pero… —musita Marga, con los ojos abiertos de

par en par— ¿Me estás diciendo que te vas? ¿Que te fugas?

Olvido asiente con la cabeza, eufórica, sintiendo cómo la adrenalina comienza ya a fluir por sus venas.

—¡No voy a pasar aquí ni un solo día! Solo de pensar en más cenas como la de hoy se me pone la piel de gallina.

Olvido comienza a reír a carcajadas, de puro nerviosa.

—Mi madre me ha traído aquí como castigo, pero ¿sabes qué? Que ya me ha castigado bastante. Le he cogido un poco de dinero —dice, señalando el sobre que se acaba de guardar—. Tres mil euros que tenía en la mesilla de noche, la muy incauta. ¡Ja! Daría lo que fuera por ver la cara que se le va a poner cuando quiera echar mano de él. Me pregunto si es lo que le han dado por…

Olvido se muerde el labio para no terminar la frase.

Marga se pone en pie de un salto. La expresión de su rostro se ha transformado, pasando de la absoluta perplejidad a una indisimulada admiración.

—Solo necesito tu ayuda para una cosa. ¿Hay alguna zona de la valla por la que sea más fácil escapar? Creo que puedo saltar por la ventana sin problemas, no hay demasiada altura.

—Sí, hay una parte hacia el lado opuesto de la playa por la que se puede salir, todas la usamos. Si quieres te lo puedo enseñar, pero ¿qué tienes pensado? ¿Cómo lo vas a hacer?

—A las doce en punto de la noche, un tren con destino a París hace una parada de tres minutos en la estación de San Juan de Luz. Tan solo tengo que conseguir llegar hasta allí a tiempo y, *¡voilà!* ¡A París!

Marga permanece unos minutos, inmóvil, cavilando en silencio. Después se planta de un salto frente a Olvido, radiante de determinación.

—Te ayudaré. Pero con una condición…

—¿Cuál?

—Que me lleves contigo.

Olvido la mira muy seria, sopesando si la muchacha habla en serio o en broma.

—¿Tienes algo de dinero?

Marga corre hacia el armario y saca de la balda inferior una caja de zapatos.

—Mi abuela era mi única pariente, murió el año pasado. He ahorrado casi todo el dinero que me ha ido mandando desde que era pequeña. Tengo unos cuatro mil euros, más o menos.

—¿Tienes DNI, o pasaporte?

Marga hurga en un cajón de su escritorio, hasta encontrar el documento.

—Me lo hicieron el verano pasado para ir a un campamento en Suiza.

Olvido duda aún unos segundos.

—¿Estás segura?

—¡Completamente! ¿Crees que voy a desperdiciar la oportunidad de vivir una aventura como esta?

Olvido sonríe. No había planeado tener compañera de viaje, pero se da cuenta de que dos mochileras recorriendo Europa en tren suena mucho más convincente que una sola.

—¡Entonces date prisa! Coge una mochila y solo lo imprescindible, ¿de acuerdo? Ya nos buscaremos la vida cuando lleguemos a París.

Las dos chicas, desconocidas hasta unas horas antes, se abrazan con fuerza, embriagadas por el subidón de adrenalina.

—En cuanto apaguen las luces, esperamos quince minutos y saltamos por la ventana, ¿hecho?

—¡Hecho!

11 AÑOS ANTES

Miércoles, 29 de diciembre de 2004

Leire Larralde y Julen Mendiburu ya son, por desgracia, grandes conocidos del personal de la clínica de La Luz. Mientras Julen deambula por los largos pasillos, con un vaso de café en cada mano, va saludando al personal sanitario, auxiliares, e incluso a pacientes y familiares con los que ha coincidido ya más de una vez en el ala pediátrica. Del mismo modo, conoce por su nombre a casi todas las hermanas del convento de las Auxiliadoras del Sagrado Corazón que trabajan allí como voluntarias.

—¿Qué tal va Nerea? Pobrecita, no levanta cabeza…

—Estamos esperando los resultados de las pruebas, ya sabe usted cómo es esto…

—Un beso grande a Leire, luego me paso a veros.

—Gracias, hermana. Rece por nosotros.

—Lo haré, lo haré. Hay que tener fe, Julen. El Señor no nos manda nunca más de lo que podemos soportar.

Últimamente Julen empieza a poner en duda eso de que el Señor, por motivos imposibles de comprender, no se esté cebando un poco con su familia. Tras dejar a Leire con la niña y con el café calentito, se dirige a la capilla del hospital a rezar. La imagen de su pequeña, conectada a un montón de tubos con tan solo cuatro años, le desgarra el corazón. Y, además, no puede evitarlo, todo le recuerda dolorosamente que ya perdió un hijo, Ander, y que estas cosas, por mucha fe que uno le eche, por impensables o imposibles que nos puedan parecer, suceden.

Al cabo de una hora regresa a la habitación de su hija. Abre la puerta con cautela, más en un acto reflejo que otra cosa, porque la niña lleva sedada desde que ingresó. Intenta hacer memoria y apenas logra recordar una semana completa en la que no haya habido algún tipo de emergencia, o no hayan tenido que salir corriendo en mitad de la noche a la sala de urgencias por algún episodio de lo que sea. Vómitos, terribles cefaleas, convulsiones, erupciones por todo el cuerpo, fiebre alta, sangrados inexplicables… Los doctores no dan con un diagnóstico claro, y Julen siente que la vida de su hija se les escapa inexorablemente de las manos, que lo único que hacen los médicos es poner parches a cada crisis sin lograr hallar una explicación concreta a la dolencia que arrastra a su pequeña, día sí, día también, hasta aquella maldita cama de hospital. Han oído hablar de un médico muy bueno en Estados Unidos, Leire y él se están planteando pedir un crédito para viajar allí con Nerea. Cualquier cosa que arroje algo de luz sobre la maldita enfermedad que atenaza a esa niña tan preciosa y delicada.

Desde el quicio de la puerta Julen contempla a su mujer que, rodeada de médicos y enfermeras, desglosa con ellos cada informe y hace preguntas, anota la medicación y se vuelca en halagos y gratitud hacia los cuidados que recibe su hija. Cómo consigue sobrellevar cada crisis de salud con una sonrisa y esa actitud tan positiva es algo que a Julen se le escapa.

El hombre entra al fin en la habitación y se sienta en un sillón, junto a la cama de la niña. La toma de la mano. Está calentita, suave. Nota el débil latido de su corazón en la muñeca de su hija y la besa con ternura. El personal sanitario, capitaneado por el doctor Echagüe, abandona al fin la sala y les deja solos, en familia.

Leire se sienta en el borde de la cama, junto a su marido y su hija, y les contempla con el corazón henchido

de amor. Claro que ella también pasa miedo. Mucho miedo. Pero, al contrario que Julen, está convencida de que esta vez Dios no les arrancará a su hija de los brazos. Ya pasaron la prueba de fe, con Ander. Dios ya tiene junto a él a uno de sus hijos, está segura de que en sus planes no entra arrebatarles a esta niña también. Aunque no sea su hija biológica. Tal vez fuera necesario perder a Ander para que Nerea llegara a sus vidas, para que esta niña tuviera la oportunidad de crecer en una familia que la quiere, y a ellos de tener la familia con la que siempre habían soñado. Leire besa a Julen y le pide que se marche a casa, a descansar. Él no quiere separarse de su lado, pero finalmente Leire le convence argumentando que ella no trabaja, como él, y que su única obligación es estar allí, junto a su hija. Julen asiente y se marcha, agotado. Últimamente le nota más cercano, se apoya más en ella, y la mujer siente que, pese a las circunstancias, están más unidos que nunca. Leire se prepara para pasar la noche en el hospital, como tantas otras veces. Se sienta junto a la cama de la niña, acerca su bolso de costura y se pone a tejer. Cualquier cosa que la distraiga y le impida darle vueltas a la cabeza. Cualquier cosa que, al igual que le ocurre a su marido, evite que regresen a su mente las imágenes del día que perdieron a Ander. Cuánto quiso a ese pequeño, con el que tan solo compartieron unos meses de vida… Cómo amó cada uno de los pliegues de su cuerpecito, sus deditos, sus ojos claros. Leire se deja llevar por el recuerdo de aquel día y siente que poco a poco comienza a faltarle el aire. Le gustaría recordarlo mejor, comprender exactamente cómo sucedió todo. Porque lo único que recuerda es haberse quedado dormida en el sofá del salón, de madrugada, mientras le daba el biberón. *Muerte súbita,* concluyeron los especialistas. *Es más frecuente de lo que pensamos en bebés,* repitieron los médicos hasta la saciedad, hasta lograr que los padres

quedaran más o menos convencidos de la inevitabilidad de la tragedia. Leire recuerda con algo más de nitidez los días posteriores; el cariño, la atención de familiares y amigos; cómo Julen y ella fueron una piña en el dolor, cuánto amor le había demostrado su marido consolándola, sosteniéndola y mimándola durante los terribles meses posteriores. Y también después, cuando trataron infructuosamente de tener otro hijo y se enfrentaron al rosario de abortos y decepciones, hasta que una afección ginecológica grave hizo necesario practicarle una histerectomía, tras lo cual supieron que no sería posible volver a concebir de forma natural.

A Leire le reconforta pensar que las pruebas por las que han atravesado juntos Julen y ella no han hecho más que fortalecer el vínculo que les une. Se siente arropada, querida, cuidada. Y esa es, en su opinión, la mejor sensación del mundo.

En terapia

Martes, 12 de enero de 2016
20:00h

Olvido se revuelve nerviosa en la butaca. Al final no ha logrado evadir las cuatro sesiones de terapia obligatorias a las que han tenido que someterse todos los policías que, de un modo u otro, vivieron de cerca el tiroteo del instituto La Ribera. Es un trámite ineludible antes de reincorporarse a la brigada, y agradece que esta sea la última.

—¿Quieres que hoy hablemos de algo en concreto? —pregunta amablemente la terapeuta—. No tiene por qué estar relacionado con el trabajo.

—Como ya te dije, no creo mucho en estas cosas… Soy consciente de que mis compañeros y yo hemos vivido una situación extremadamente traumática, y de que aún tendrá que pasar mucho tiempo antes de que podamos volver a la normalidad. Pero también creo que, cuanto antes nos reincorporemos a nuestra rutina, más fácil nos resultará seguir adelante con nuestras vidas.

—Olvido, antes de continuar, quiero que estés tranquila. Voy a emitir un informe favorable sobre ti. Creo que eres una mujer muy fuerte y una excelente policía.

Olvido siente que todo su cuerpo se relaja, y adopta una posición más cómoda en la butaca.

—Pero, ahora que siento que te has quitado esa incertidumbre de encima, me gustaría mucho que aprovecharas esta última sesión para hablar de lo que quieras. De cualquier cosa que te preocupe. Voy a ser muy franca contigo: comprendo que no te hayas sentido cómoda viniendo a terapia y no te voy a engañar; esto es algo que no funciona para todo el mundo. Pero antes de

que te marches quiero que sepas también que yo estoy aquí para lo que necesites. Tienes mi número y sabes dónde está mi consulta, así que no importa si hoy, aquí y ahora, no te sientes con fuerzas o con ganas de hablar. Pero si alguna vez en el futuro, cuando sea, lo necesitas, ven a verme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te lo agradezco. Pero no creo que cambie de opinión. Siendo también muy sincera contigo, no creo que estas cuatro sesiones hayan marcado ninguna diferencia. No creo que ningún loquero, por muy bueno sea, pueda llegar a conocer nunca a sus pacientes, y mucho menos ayudarles. Lo siento, es mi opinión.

—Ahí te equivocas, y te lo voy a demostrar.

La inspectora lanza una mirada escéptica a la psicóloga.

—¿Crees que en estas sesiones no me has contado nada? Has hablado poco conmigo, es cierto. Has tenido mucho cuidado de mantener las distancias, has medido tus palabras y tus gestos. Has intentado controlar tu lenguaje corporal… pero lamento mucho comunicarte que no lo has conseguido. Cuando te sientes amenazada, todos los músculos de tu cuerpo se tensan, y no te permites sentarte cómodamente. Te mantienes erguida y casi inmóvil, sin apoyar la espalda en el respaldo, cosa que solo haces, brevemente, al final de la sesión. Analizas cada movimiento de mis facciones, cada inflexión en mi voz. Lo haces porque, en el fondo, no estás segura de captar bien las ironías, los dobles sentidos, ni de interpretar del todo correctamente mi lenguaje corporal, y eso te hace estar en permanente estado de alerta.

Olvido se sienta de nuevo erguida, como impulsada por un resorte interior.

—Antes de entrar en mi consulta, caminas varias vueltas alrededor de la manzana. Te he observado por la ventana, no te enfades conmigo, por favor. Para liberar la

tensión que traes acumulada agitas las manos a ambos lados de tu cuerpo, con los brazos sueltos, dando pequeñas sacudidas que has aprendido a controlar con el tiempo, y que pasan prácticamente desapercibidas. Lo haces justo antes de entrar en la sala, y cuando yo abro la puerta te detienes y me estrechas la mano con fuerza, para que no note el temblor. En la primera sesión, el pequeño zumbido del fluorescente del techo y el ruido del tráfico, que se colaba por la ventana entreabierta, te produjeron una ligera sobrecarga sensorial, que liberaste de nuevo al salir como sueles hacer, sacudiendo los brazos y poniéndote los cascos con cancelación de ruido que llevas por la calle, aunque nadie sabe que no son para escuchar música, sino para aislarte de los estímulos externos. Por eso, en las sesiones siguientes me preocupé de cerrar la ventana, apagar el fluorescente y encender solo las luces auxiliares, menos molestas.

Olvido siente que comienza a faltarle el aire, y se deja llevar ligeramente por el familiar balanceo adelante y atrás, adelante y atrás, que suele ayudarla a regularse en momentos de ansiedad. Aunque en esta ocasión siente, por primera vez en su vida, que puede hacerlo sin temor a que nadie la juzgue.

—En tu ficha policial y en tus informes médicos no veo ninguna referencia al autismo o al asperger, como se llamaba antes, por lo que intuyo que no tienes un diagnóstico «oficial», aunque sospecho que sabes desde siempre lo que te pasa, y que habrás investigado sobre ello. Si digo que creo que eres una mujer muy fuerte, es porque es evidente que has aprendido a convivir con tus dificultades sin ayuda de nadie y, créeme, hay que estar hecha de una pasta muy especial para llegar a donde tú has llegado. Eres inteligente, rápida y perspicaz. Tienes una capacidad analítica increíble, y una memoria casi fotográfica; tu atención al detalle te hace superior a

cualquiera en tu trabajo. Has trabajado con ahínco tus fortalezas y tus debilidades, pero todos somos humanos, Olvido. No somos perfectos. No somos máquinas.

A estas alturas, la inspectora no es consciente de ello, pero se ha quitado los zapatos y está sentada en el sillón, con las piernas cruzadas a lo indio. El balanceo de su cuerpo no es como otras veces… Es apenas un suave bamboleo, como un arrullo de bebé, como la sensación de estar tumbada en una hamaca atada entre dos grandes palmeras. Nunca nadie había empatizado de tal modo con sus «pequeñas crisis». Su madre solía enfadarse, regañarla o simplemente ignorarla. Sus amigos más cercanos, Víctor y Marga, procuran darle espacio y no comentar nada con ella, aunque le encantaría saber qué dicen a sus espaldas.

—Intuyo también que, durante el tiroteo, viviste algo que te impresionó tanto que aún no has sido capaz de verbalizarlo. Todos tus compañeros han narrado más o menos las mismas imágenes y sensaciones, sus relatos son similares. Pero tú no has pronunciado ni una sola palabra en relación a la masacre del instituto, pese a ser la policía que más cerca estuvo del asesino, la que llegó primero. Así que creo que tuvo que haber alguna cosa que te ha producido un bloqueo tal que ni siquiera puedes articularlo con palabras. ¿Me equivoco en algo?

Olvido tiene los ojos cerrados. El balanceo va disminuyendo. Se abraza el torso con los brazos, y percibe cómo un caudal de lágrimas comienza a descender por su rostro, cayendo sobre sus rodillas.

—Cometí un gran error. El mayor error de mi vida. Y me siento responsable.

—¿Qué clase de error?

—Algo terrible. Imperdonable.

—¿Fue algo premeditado, o fue verdaderamente un error?

—No, por supuesto que no fue premeditado. Pero se

pudo evitar. Yo debí evitarlo y no lo hice.

—¿Por qué sientes que fuiste tú quien debía evitarlo, inspectora? ¿Por qué crees que no es posible que Olvido Montalbán haya cometido un error?

—Porque mi trabajo consiste en proteger a la gente para que no les ocurra nada malo.

—Te voy a hacer una pregunta, Olvido… ¿Crees que, tal vez, este error que dices que cometiste, puede tener relación o estar conectado de alguna manera con algún error que cometiste en el pasado? ¿Algo de lo que te sientas culpable y por lo que aún no te hayas perdonado?

Olvido clava en la mujer sus ojos, anegados en lágrimas, pero es incapaz de volver a articular palabra. Un nudo del tamaño de un puño asciende desde su pecho y le bloquea la garganta. No sabe cuánto tiempo pasa así, en silencio, dejando brotar el llanto más desconsolado que recuerda. No es consciente del momento en que la psicóloga se arrodilla frente a ella y la toma de las manos, permitiéndole expulsar toda la tristeza, toda la rabia, el remordimiento, la vergüenza… Cuando quiere darse cuenta, la sesión ha terminado y se encuentra en mitad de la calle, frente al portal del elegante edificio del barrio de Salamanca donde está la consulta, reclinada sobre su moto sin saber hacia dónde tiene que ir, ni qué hora o qué día es, ni qué tiene que hacer a continuación… Por fortuna, el teléfono comienza a vibrar en el bolsillo de su abrigo, y logra sacarla del estado de inmovilidad en el que se encuentra. Ni siquiera se detiene a mirar la pantalla para averiguar quién llama.

En un gesto automático, descuelga y se lleva el móvil al oído:

—¿Desea aceptar una llamada desde el centro penitenciario Madrid Oeste? El nombre del interno es: «E-RIC-GA-RRI-DO».

Confesiones

Miércoles, 13 de enero de 2016
11.50h

—No tengo mucho tiempo, Eric. Qué es eso tan importante que quieres contarme, dime.

La inspectora Montalbán ha decidido adoptar una actitud serena y distante, a pesar de que volver a estar en presencia de aquel monstruo le pone los pelos de punta. El adolescente está sentado frente a ella en la misma cabina que ocuparon durante su anterior visita a la cárcel, pero esta vez algo en él ha cambiado. Es un cambio sutil, pero la inspectora puede percibirlo. La actitud chulesca ha dado pasado a un leve pero palpable desasosiego. Por supuesto, él trata de ocultarlo bajo una apariencia de control que, ambos lo saben, no tiene nada de natural.

—La he llamado porque no he vuelto a tener noticias suyas desde que vino a verme y, francamente, no lo entiendo. ¿Es que le da igual lo que pueda ocurrir en el juicio? —pregunta Eric.

Mientras habla, tamborilea con los dedos sobre el pequeño mostrador que tiene delante. La policía, paciente, le deja dar rienda suelta a su verborrea.

—Le aseguro que no voy de farol —continúa, brabucón—: pienso desviar toda la atención hacia usted y hacia la muerte de Sofía Torres. Si no me da alguna garantía de protección aquí dentro, como le pedí, pienso convertir el juzgado en un circo.

—¿Qué ha pasado, Eric? ¿Acaso te han hecho alguna visita a medianoche? ¿Se ha «colado» algún recluso en tu zona privada mientras dabas un paseo, y te han dado un buen susto?

Eric baja la cabeza, malhumorado, apretando la mandíbula y los puños.

—Estoy aquí por pura curiosidad. ¿Por qué me has pedido que venga sola? —pregunta la inspectora.

—¿Sabe tu compañero que has venido?

—No. Se habría empeñado en acompañarme.

—Bien. Pues verás, inspectora, te voy a ser muy sincero. —Envalentonado, el adolescente ha decidido cambiar el «usted» por el tuteo—. Estaba casi seguro de que no lograría extorsionarte con lo de Sofía. Pero el otro día, con Navarro delante, no me sentí libre de contar todo lo que sé. Pensaba guardármelo para más adelante, para después del juicio, y usarlo como herramienta para reducir mi condena. Mostrarme arrepentido y colaborador, ya sabes… Pero he pensado que, qué coño… No hay por qué esperar tanto. No le voy a dar a mi padre la oportunidad de huir. Sé que no irá a ninguna parte antes del juicio. Y estoy seguro de que intentará limpiar su nombre cuando la prensa se olvide de mí y le dejen en paz. La policía es su vida, y su ego es demasiado grande; haría cualquier cosa por volver con la cabeza bien alta. Pero eso no va a pasar. Ese cabrón va a caer, me cueste lo que me cueste. Él, y todos sus compañeros corruptos.

—Empiezo a aburrirme, Eric, y no me estás contando nada. Dame algo concreto, o no vuelvas a molestarme —replica Olvido, hastiada—. Yo no soy tu hada madrina. Y no me vengas con tu infancia terrible, ya me sé la historia. Siento muchísimo que hayas tenido una vida tan jodida, pero hay millones de personas en el mundo a las que también les ha tocado comer mucha mierda y no se lían a tiros con personas inocentes. Así que cuéntame eso tan importante o déjame en paz de una puta vez.

—Creo que el subinspector Navarro tiene, o tenía, algún tipo de negocio con mi padre.

La inspectora Montalbán siente que su corazón se

salta un latido al escuchar el nombre de su compañero en labios del muchacho, pero se las apaña para mantener el tipo sin revelar emoción alguna.

—Y estoy seguro de que no es el único —continúa el joven.

Olvido niega con la cabeza, furiosa. El hartazgo va dejando paso a la exasperación.

—No seas ridículo, Eric. Has visto demasiadas películas; en el mundo real no se puede acusar a nadie sin pruebas, y menos aún a un subinspector de policía. No, no creo nada que me puedas contar sobre Víctor Navarro, le conozco muy bien.

—Hay tres cosas con las que mi padre ha estado haciendo negocios todos estos años: la coca, la compraventa de armas y explosivos… y lo de los bebés.

Al escuchar tan graves acusaciones, Montalbán siente que la temperatura de la sala desciende veinte grados de golpe; una gota de sudor desciende por su sien, rodando hasta su cuello como a cámara lenta. Las siguientes palabras tienen la inconsistencia de un mal sueño, pero decide dejarle hablar sin interrumpirle.

—Desde que puedo recordar, han estado pasando por mi casa muchachas jóvenes. Cuando era niño tenía la impresión de que eran amigas de mis padres, o familiares lejanas… Según fui creciendo, llegué a la conclusión de que casi todas eran prostitutas, o adolescentes que no tenían dónde ir. Todas ellas llegaban a mi casa pocos días antes de dar a luz, y mi madre las alojaba en una pequeña habitación donde apenas teníamos sitio para una cama. Yo le preguntaba a mi madre por qué solían venir tantas mujeres embarazadas «a pasar unos días» con nosotros. Ella no respondía. Se limitaba a llorar en silencio, y a atender a las chicas cuando se ponían de parto. Mi madre era enfermera, ¿lo sabía? Siempre parían en casa.

Olvido no parpadea. Si hace un rato opinaba que

aquel chaval solo buscaba mofarse de ella, llegados a este punto le resulta muy difícil creer que el chico se esté inventando una historia tan elaborada y truculenta. Pero imaginarse a Víctor involucrado en algo así… Eso sí que no es capaz de procesarlo.

—Tengo pesadillas con el llanto de los bebés, los gritos de las mujeres, la angustia de mi madre… Pasados unos días, las cosas se tranquilizaban. Mi padre se mostraba más prudente ante la presencia de las chicas así que, en cierto modo, agradecía aquellos pequeños paréntesis. Al cabo de unos días, un hombre aparecía por casa. Siempre el mismo, con un fuerte acento del norte. Se llama Aitor, es todo lo que sé. Solía acompañarle casi siempre una mujer menuda, que apenas hablaba. Mi euskera no pasa del «eskerrik asko» y «agur». Mi padre sí que lo aprendió durante los años que vivimos allí, yo apenas lo chapurreo. Entonces la mujer cogía al bebé en brazos, el hombre le daba un sobre a mi padre, y desaparecían en una furgoneta blanca. Tenían que ser dos, supongo, uno para conducir, y otro para encargarse de la criatura durante el trayecto… Después, mi padre sacaba algunos billetes del sobre, se los entregaba a la joven, y ya no volvíamos a verla más. A veces lloraban y no querían soltar al bebé. Entonces sí que era horrible… horrible de verdad. Y ahí mi padre y Aitor ya no se mostraban tan pacientes con ellas.

La inspectora sigue con atención el relato, incapaz de tragar saliva.

—Un par de partos se complicaron, o al menos eso deduje yo por los gritos y la histeria de mis padres. No estoy seguro… No sé qué pasó con las mujeres ni con los bebés. Solo sé que cuando las cosas se complicaban, a mí me mandaban a dormir a casa de mi abuela. Falleció hace unos meses, no creo que la pobre tuviera ni idea de nada.

Olvido deja reposar la información. No puede creer

lo que oye, pero tampoco tiene ningún motivo para poner en duda un relato tan elaborado. ¿Qué ganaría Eric inventando una historia así?

—Pregúntale a Navarro —continúa el joven—. Los he visto juntos muchas veces, a mi padre y a él, por el barrio. Y sé que no son amigos, precisamente; me consta que no se soportan. El día que nos ayudó, el día de la paliza, tuvo que ver algo en mi casa.

La cara de perplejidad de la inspectora da a entender que no tiene conocimiento de aquel suceso.

—No te lo contó, ¿verdad? No sabes nada de aquella noche… No sé por qué me sorprende. Aquel día había una joven allí, acababa de parir… Cuando volví del hospital con mi madre, un par de días después, ya no estaban. Después ha habido algunas más.

—Eric, estás haciendo unas acusaciones muy serias… ¿Tienes pruebas de algo? ¿Algún vídeo, fotos, una grabación?

Eric niega con la cabeza, abatido.

—¡Le tenía mucho miedo! —estalla, y rompe a llorar a la vez que golpea con todas sus fuerzas el cristal de seguridad que los separa. Inmediatamente, un guardia aparece en la sala y se lo lleva esposado. Olvido reconoce a Marcos, el funcionario amigo de Víctor.

—¡Investígalo, inspectora! —son las últimas palabras que Olvido alcanza a escuchar antes de que Eric desaparezca tras una pesada puerta de acero.

El juicio

Martes, 9 de febrero de 2016

La mañana del 9 de febrero de 2016 amanece especialmente fría y gris. Olvido no ha pegado ojo en toda la noche, que se ha pasado en casa de sus amigos, sentada junto a la cuna de la pequeña Sara. Contemplarla mientras duerme es lo único que le proporciona algo de paz últimamente. Al mismo tiempo, se pregunta cómo alguien en su sano juicio puede cometer la imprudencia de traer al mundo a un ser tan frágil, exponiéndole a tanta violencia. *¿Qué clase de persona hace algo así?*

Un coche patrulla se detiene en la puerta del chalé, minutos después de amanecer. Va a llevarles a Víctor y a ella hasta la puerta del juzgado. Atraviesan Madrid en medio de un silencio sepulcral. Olvido tiene la certeza de que, en las próximas horas, su vida cambiará para siempre. Han dejado a Marga en la cocina, preparándose un café bien cargado. Ninguno de los tres ha logrado conciliar el sueño esa noche.

Debido a la enorme expectación que ha generado el caso, el juicio se retransmitirá por televisión. En las últimas semanas, el balance final de la masacre del instituto La Ribera ha subido de treinta y cuatro a treinta y seis muertos. De los cincuenta y tres heridos restantes, ocho permanecen aún hospitalizados, cinco meses después del tiroteo. La mayoría de los supervivientes sufrirán las secuelas físicas del ataque durante el resto de sus días. Las secuelas psicológicas en la comunidad son, sencillamente, imposibles de ponderar.

Las últimas semanas han constituido una modalidad particular de infierno para la inspectora. Por un lado,

había tomado la firme decisión de no ceder ante el chantaje de Eric Garrido. No movería un dedo por él, fueran cuales fueran las consecuencias. Nada de beneficios penitenciarios, no mostraría por él una compasión que el asesino había negado a sus víctimas. Así que Olvido sabe que está completamente expuesta a la versión de los hechos que Eric quiera ofrecer al jurado. Nada puede impedirle incriminarla en la muerte de Sofía. Tan solo puede rezar porque su relato aparezca ante el juez como una burda manera de desviar la atención sobre él y obstaculizar el proceso.

Por otro lado, no le ha contado nada a Víctor sobre su segunda visita a Eric en la cárcel. Ha pasado casi un mes desde aquello, y todavía no sabe qué hacer con la información y las acusaciones vertidas por Eric. Tan solo hace un par de semanas que recibió el alta médica y se incorporó de nuevo a su trabajo en la brigada, y una especie de bruma espesa envuelve todavía la oficina. Víctor, Susana, Lucas y ella se mueven por las dependencias de la BDCV como muertos vivientes, intentando concentrarse en sacar adelante los casos pendientes, con la fantasmal ausencia de Rafa Garrido impregnándolo todo. Olvido siente que, de algún modo, debe esperar a que pase el juicio para poner su mente en orden y decidir cómo actuar.

Como era de esperar, decenas de periodistas aguardan la llegada de testigos, familiares y cualquier persona relacionada con el juicio del año. La policía ha creado un pasillo vallado desde la calzada hasta la entrada principal de los juzgados. Aparte de los medios de comunicación, un grupo cada vez más numeroso de manifestantes comienza a agolparse a ambos lados de la calle, portando carteles a favor y en contra de la pena de muerte, de la cadena perpetua o de un control más estricto sobre la posesión de

armas de fuego. Algunas personas rezan, otras lloran. La mayoría grita consignas contra Eric Garrido. Conforme se acerca la hora del juicio van llegando más efectivos de policía, que tratan de mantener calmada a la muchedumbre. Todo el mundo teme un estallido de violencia. Los ánimos se van caldeando a medida que la gente, procedente de todos los barrios de Madrid, se congrega en los alrededores del juzgado clamando justicia para las víctimas, expresando su repulsa, su dolor y su rabia.

Tras unos segundos oteando el panorama, Víctor y Olvido descienden al fin del coche patrulla y se disponen a recorrer los apenas diez metros que les separan del acceso principal a los juzgados. Nada más salir del vehículo les ciega un estallido de *flashes*, pero sus compañeros de la policía de Madrid se las apañan para formar un escudo protector a su alrededor y hacerles llegar al interior del edificio en menos de un minuto. Una vez dentro, Olvido deja escapar un profundo suspiro, mezcla de alivio y del titánico esfuerzo que está realizando por esquivar un nuevo ataque de ansiedad. Respira hondo un par de veces y después, flanqueada por su compañero, dirige sus pasos hacia la sala de juicios.

Un toque ligero en el hombro la obliga a girarse apenas unos metros antes de entrar en la sala.

—Hola, Olvido.

Al identificar a las dos personas que tiene ante sí, la inspectora Montalbán palidece; siente que el aire ha dejado de circular por el lúgubre pasillo en el que se encuentran. A continuación, la madre de Sofía Torres da un paso hacia ella y la abraza con fuerza. Un abrazo largo y sentido, un abrazo cargado de agradecimiento y emoción incontenible. Y Olvido siente que le van a fallar las fuerzas y las piernas no van a lograr sostenerla erguida por mucho tiempo. Trata de devolverle el abrazo, pero los brazos le

pesan como yunques. Recuesta la cabeza sobre el hombro de la mujer y rompe a llorar. Es la primera vez que los ve desde el día de Nochebuena, cuando se cruzó de acera para evitar tener que hablar con ellos. Ni siquiera había tenido fuerzas para asistir al funeral colectivo que se había celebrado en la catedral de la Almudena, unas semanas después del tiroteo. El marido, que a duras penas contiene el dolor, sostiene su mirada con una tristeza infinita. A Olvido le impresionan sus ojos. Están tan vacíos que casi dan miedo. Es un hombre roto. Olvido sabe que no va a poder librarse de esos ojos muertos en lo que le queda de vida. *No hay nada, nada peor que perder a un hijo. No tiene ningún sentido*, es la frase que la inspectora no deja de escuchar en su cabeza de manera obsesiva, una y otra vez, dormida o despierta. *Nada peor.*

—Perdona que no hayamos ido antes a darte las gracias por tu valentía. Si no llega a ser por ti, seguro que tendríamos muchas más muertes que lamentar. Eres una mujer extraordinaria, las familias del barrio no lo vamos a olvidar jamás.

Montalbán no consigue emitir sonido alguno. El nudo en la garganta tan solo le permite corresponder al gesto de apoyo poniendo su mano sobre la de la mujer, y murmurando un casi inaudible «lo siento». Víctor la rodea con su brazo y se la lleva.

—Pronto acabará todo. Venga, aguanta un poco más. Tienes que ser fuerte.

Que sea fuerte. Fuerte ¿para qué? ¿Para seguir viviendo con esa mentira que la carcome por dentro? ¿Para ignorar toda la mierda que hay escondida bajo la alfombra? Y ni siquiera ha empezado a investigar lo que le contó Eric en su última conversación. La inspectora siente que todo lo que había de estable en su vida se le escapa de las manos, como arena de playa entre los dedos. La vida que tanto le había costado construir desde que Marga y ella escaparon,

solas, del colegio, y que al fin empezaba a dar sus frutos… *¿Existe algo así como la normalidad? ¿Acaso su vida ha sido normal alguna vez?*

Flanqueada por Navarro, la inspectora toma asiento en una de las últimas filas. Acuerdan dejar las primeras libres para los familiares de las víctimas, por respeto. Han llegado pronto, querían asegurarse de ser los primeros, y la sala aún está casi vacía. Al cabo de unos minutos, Susana Varela y Lucas Morata ocupan los asientos colindantes. Se abrazan largo rato, se toman de las manos, pero realmente no hay palabras para expresar la tensión que se vive allí dentro. Unos segundos después, el comisario Herrera y algunos altos mandos de la policía toman asiento detrás de ellos, al final de la sala.

El juzgado va llenándose poco a poco, conforme miembros de la prensa, familiares y testigos van ocupando los sitios libres. Numerosos compañeros de la policía, miembros de otras brigadas, aparecen también en señal de apoyo. Olvido permanece sentada con la espalda recta, las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en un punto indeterminado del estrado, mientras los reporteros autorizados toman cientos de instantáneas de los allí presentes. Todos los policías visten uniforme, gorra y gafas de sol, para conservar el anonimato.

La hora de comienzo del primer día de juicio está fijada a las 10.00 de la mañana. Cuando a las 10.45 ni el juez, ni los abogados de la defensa, ni el fiscal han hecho acto de aparición, los congregados en la sala comienzan a revolverse inquietos en sus asientos. Los murmullos quedos van dando paso a un ruido de fondo cada vez más intenso, y algunas personas comienzan a entrar y salir de la sala, intranquilos. Víctor consulta su reloj de pulsera, contagiado por la agitación.

—¿Qué pasa…? —pregunta Olvido.

Víctor no responde. Ni siquiera la mira a los ojos. Vuelve a consultar su reloj, una, dos, tres veces más, compulsivamente.

—Víctor… ¿Qué ocurre? ¿Es normal este retraso? —pregunta Olvido de nuevo, pasados unos minutos.

El subinspector se vuelve hacia ella. Las grandes bolsas oscuras bajo sus ojos le hacen parecer diez años mayor. En los últimos meses, el cabello de su compañero se ha cubierto de canas. El agotamiento es patente en su rostro, pero sobre este se adivina algo más. Un velo turbio, inquietante, que le cubre los ojos y se apodera de Olvido al mirarle.

—Víctor…

—No te preocupes —responde—. Seguro que todo va bien.

Al filo de las 11.00, el fiscal y los abogados hacen al fin su aparición y ocupan su puesto tras las mesas preparadas para ellos ante el estrado. Cinco minutos después, el juez entra en la sala. A indicación del alguacil, todos los presentes se ponen en pie. Cuando el juez toma asiento, el resto de los asistentes le imitan. Olvido analiza las facciones del hombre que deberá dictar la sentencia que recaerá sobre Eric Garrido, y quién sabe si también sobre ella. El aire fatigado de su rostro deja traslucir la presión que aquel caso debe estar ejerciendo sobre él, pero hay algo más en su actitud que a Olvido no acaba de encajarle. Se le ve agitado. Descolocado, incluso. Como un niño tartamudo que tuviera que leer en alto una redacción ante toda la clase, y que lucha por retrasar el momento. Durante unos interminables minutos juega con sus papeles, ordenándolos, cambiándolos de nuevo de lugar… En la sala reina el silencio más absoluto. Todos los ojos están clavados en él. Todos los presentes contienen la respiración, aguardando ansiosos a que el magistrado dé comienzo de una vez al proceso judicial. El juez se

remueve incómodo en su butaca hasta que, finalmente, alza la mirada al frente.

—Señoras y señores, lo primero de todo, disculpen la tardanza. No obstante, como les explicaré a continuación, el retraso obedece a una causa plenamente justificada.

La multitud congregada en el exterior escucha la voz del juez a través de sus dispositivos móviles, pegados a las pequeñas pantallas. Marga, sentada en el sofá del salón, acuna a su hija en sus brazos con la mirada clavada en el televisor.

El juez hace una larga pausa y, tras tomar una honda bocanada de aire, prosigue:

—Me veo en la obligación de comunicarles que hoy, a primera hora de la mañana, el cuerpo de Eric Garrido Vázquez ha sido encontrado sin vida en la celda en la que permanecía custodiado en el centro penitenciario Madrid Oeste. Aparentemente, todo apunta a un suicidio, aunque no puedo revelar aún más información. Se ha iniciado ya una investigación sobre los hechos. Debido a este inesperado acontecimiento, el juicio queda suspendido.

Tras golpear su mazo contra la madera, el juez desaparece por la misma puerta por la que había entrado tan solo unos minutos antes, custodiado por dos guardias de seguridad. El fiscal y los abogados hacen lo propio, antes de que los periodistas y reporteros allí reunidos tengan la oportunidad de arrancarles alguna declaración. Un estremecedor aullido colectivo retumba con estrépito contra los muros del juzgado. La gente se abraza, llora y grita, entre la histeria y el desconcierto. Para la mayoría de ellos, la muerte del asesino constituye, sin duda alguna, el mayor acto de justicia. Otros, sin embargo, claman ante lo que consideran una afrenta personal añadida al drama que están viviendo. Muchas familias sienten que parte de su proceso de curación debía pasar por obligar a aquel asesino a enfrentarse al dolor de las víctimas, a mirar cara

a cara a las familias, a los heridos y a los supervivientes de la masacre. La muerte de Eric les niega un mínimo resquicio de reparación. Pero lo cierto es que, en el fondo de su alma, todos saben que ninguna justicia, humana o divina, les devolverá jamás lo que Eric Garrido les arrebató la mañana del 7 de septiembre de 2015.

Olvido siente cómo Víctor toma su mano derecha entre las suyas, apretándola con fuerza.

—Se acabó —murmura.

Ella no ha reaccionado aún. Observa, paralizada, cómo algunas personas se ponen en pie de un brinco, eufóricas. Algunos policías lloran y se dan palmadas en la espalda, y ve también cómo un par de personas que no conoce corren a abrazar a los Torres quienes, a su vez, aturdidos, lloran y se abrazan con el resto de familias sin tener muy claro lo que significa ese momento.

La inspectora se gira lentamente hacia su compañero, temiendo poner en palabras el presentimiento que le nubla la mente.

—Por favor… Por favor, Víctor… Dime que no has tenido nada que ver —susurra.

Navarro la mira fijamente a los ojos, impasible. No dice nada. Simplemente se pone en pie y, sin soltar su mano, tira de ella y se dispone a abandonar la sala. El comisario Herrera, Varela y Morata salen tras ellos, formando un grupo compacto, intentando avanzar entre el barullo de gente que tapona la salida del edificio. Olvido está pálida como la luna. Las cámaras luchan por conseguir enfocarla, los fotógrafos descargan sus *flashes* sobre ellos, y entre toda aquella marabunta, la inspectora Montalbán camina en trance, dejándose llevar casi en volandas hacia la salida del edificio.

El exterior del juzgado es un caos absoluto. Los policías encargados de la seguridad en los alrededores del

edificio tratan de contener a los manifestantes y periodistas que intentan acceder al interior, al tiempo que se esfuerzan por crear un pasillo de seguridad que permita a los testigos acceder hasta los coches patrulla, que aguardan ya detenidos al borde de la acera. Los medios de comunicación de medio mundo cubren la noticia, todas las previsiones de concentración frente a los juzgados ha desbordado a las fuerzas de seguridad, que piden refuerzos por radio para contener a la multitud. Marga, llorando a lágrima viva, deja escapar toda la tensión acumulada y abraza con fuerza a su bebé cuando el televisor muestra un primer plano de su marido y su amiga abandonando el edificio.

—Por fin se acabó la pesadilla, mi amor… —musita, aliviada.

La mente de Olvido comienza a procesar poco a poco lo sucedido. Víctor y su amigo Marcos, el funcionario de prisiones. Víctor y su promesa de protegerla siempre. Víctor y su amor imposible. *¿Habrá sido capaz de llegar a tal extremo con tal de protegerla de la verdad sobre la muerte de Sofía?* Apenas ha puesto un pie en la calle cuando un rugido, que emerge como un trueno entre la multitud, le hiela la sangre en las venas.

—¡Montalbán! ¡Navarro! ¡Hijos de puta! ¿Qué le habéis hecho a mi hijo…?

Nadie se explica cómo Rafa Garrido ha logrado saltarse el cordón policial y plantarse a escasos tres metros de ellos, con un arma en la mano. No hay tiempo de reaccionar. Nadie puede hacer nada. En un acto reflejo, Víctor se gira e interpone su cuerpo entre el artificiero y la inspectora, justo a tiempo para encajar dos balas en la espalda. Olvido contempla la secuencia inmóvil, como si sus zapatos se hubieran fundido con el cemento. El cuerpo de su compañero se desploma a sus pies, como un muñeco, pero

ella no escucha nada; todo parece estar sucediendo en silencio y a cámara lenta.

Dos segundos después le llega el turno a Susana Varela cuando esta, en un acto tan impulsivo como imprudente, se arroja sobre Garrido para tratar de arrebatarle el arma. Rafa aprieta de nuevo el gatillo, y de la boca de la pistola sale disparada una bala que tan solo tiene que recorrer un metro y medio para reventar el rostro de la forense, que cae muerta al instante sobre el cuerpo malherido del subinspector Navarro. Lucas Morata lanza entonces un aullido de dolor tan desgarrador, tan salvaje, que conmociona tanto a los presentes como a los millones de espectadores que siguen las imágenes por televisión. *Eso es lo que se tarda en arrebatarle la vida a una persona. Menos de un segundo.* Marga, con su bebé en brazos, extiende la mano temblorosa hasta tocar la pantalla del televisor. *No puede ser.* Las imágenes que le devuelve la pantalla no pueden ser reales… La multitud congregada en torno a los policías exhala un agudo chillido de espanto y se apresura a tumbarse en el suelo, protegiéndose la cabeza con las manos. El comisario Herrera hace ya rato que ha logrado ponerse a salvo, refugiándose de nuevo en el interior del edificio. A continuación, medio en trance, Rafa apunta a Olvido.

Apenas han transcurrido dos minutos desde el primer disparo cuando Morata, que permanece en pie junto a la inspectora, reacciona por puro instinto. Con un movimiento rápido, se abalanza sobre Rafa para intentar derribarlo, lanzando todo el peso de su cuerpo contra la cintura de Garrido, como un jugador de rugby. A cambio, recibe un disparo en el hombro y cae herido al suelo junto los cuerpos deslavazados de sus compañeros. Llegados a este punto, Olvido se disocia de su cuerpo y su mente y durante unos segundos no tiene consciencia del espacio ni del tiempo. Le parece que hace una eternidad desde que el

juez abandonó la sala y Víctor la sacó del juzgado. A pesar de tener un arma apuntándole a la cabeza, por su cerebro atraviesan mil imágenes, mil palabras y sonidos inconexos, y siente que su mente no es capaz de encontrar el sentido a un puzle de mil piezas esparcido a su alrededor.

Con la mirada ausente, Rafa parece volver poco a poco a la realidad. Durante un par de segundos permanece allí en pie, su silueta recortada sobre las cabezas de la gente, como si acabara de tomar conciencia de lo que acaba de hacer. Se pregunta si su hijo sintió lo mismo, la misma rabia, la misma sensación imbatible de no tener nada que perder, cuando la emprendió a tiros en el instituto. Decenas de policías le apuntan mientras le gritan que tire el arma, pero él ya no escucha. Ya no ve. Tan solo Olvido, que también ha vuelto de donde quiera que estuviera su pensamiento, permanece en pie frente a él, sosteniéndole la mirada, convencida de que la siguiente bala será la que acabará con su vida. No puede evitar sentir que hay algo de paz en la escena. *Dos personas rotas, una frente a otra*, piensa. Marga, sentada en el suelo junto al televisor, abraza a su hija y cierra los ojos. Casi por telepatía, Olvido cierra también los suyos y aguarda lo inevitable. Casi lo desea. *Terminar con todo de una vez.*

Sin embargo, aunque escucha con total claridad la detonación, el impacto no llega.

Ante las cámaras de todo el planeta, Rafa Garrido se pone la pistola bajo la barbilla y se vuela la tapa de los sesos.

9 AÑOS ANTES

Viernes, 19 de enero de 2007

Julen Mendiburu abandona su domicilio sin poder intuir —¿cómo iba a hacerlo?— que aquel será el último día de su vida. De haberlo sabido, probablemente tampoco habría podido cambiar gran cosa. Aunque tal vez si el destino hubiese querido acabar con él tan solo un día antes —un accidente fortuito, un atropello mortal—, el hombre se habría ahorrado un feroz sufrimiento. Porque su último día sobre la faz de la Tierra va a resultar ser también el más terrible de todos.

La mañana transcurre como cualquier otra, distraído con su trabajo en el banco. Su horario de ocho a tres le permite ir a comer a casa todos los días, donde Leire ya tiene preparada la comida. Aquel día, como tantos otros, Julen comprueba al llegar que Nerea no ha asistido a clase.

—Ha pasado muy mala noche —le explica Leire—. Ha vomitado un montón de veces, pobrecilla… Menos mal que estoy yo para cuidarla, porque si por ti fuera… Vamos, que cae un obús en el salón y ni te enteras —refunfuña mientras pone la mesa.

Julen se acerca de puntillas a la habitación de Nerea, que tiene la puerta entreabierta. La niña dormita en la semi penumbra de la habitación, pero se espabila al sentir los pasos de su padre, y una débil sonrisa le ilumina el rostro.

—Aita… —musita, extendiendo los brazos hacia él.

Julen entra en la habitación y se sienta en el borde de la cama. La niña se incorpora y se abraza a su padre.

—¿Cómo te encuentras, *maitia*? ¿Mejor?

Aunque su rostro refleja lo contrario, Nerea quiere tranquilizarle. Ama a su padre con locura. A pesar de que la mayor parte de los cuidados médicos recaen sobre Leire, es Julen quien mejor conecta con Nerea en lo afectivo. A los dos les encanta pasar largas horas leyendo juntos, paseando por la playa o jugando al ajedrez. Pese a que sufre grandes dolores, Nerea no quiere preocuparle.

—Sí, mucho mejor, aita. Mamá me va a traer un caldito.

Leire entra en el dormitorio de la niña portando un cuenco humeante.

—Venga Julen, ve a lavarte las manos. Ahora mismo voy.

Leire se sienta entre la niña y su padre, prácticamente echando a este de la cama.

—Descansa, mi amor. A ver si mañana te encuentras mejor y puedes ir con las amigas a la tamborrada infantil, ¿vale?

—Sí, ojalá… —responde Nerea, sonriente.

Después de comer, Julen se echa una pequeña siesta, más corta de lo habitual, ya que ha quedado con los compañeros de la sociedad a las cinco y media para empezar a preparar la cena. A las doce de la noche comienza la fiesta más importante de la ciudad, la Tamborrada de San Sebastián, con el izado de la bandera en la Plaza de la Constitución. Durante la fiesta de la Tamborrada, miles de personas se congregan en las calles de la ciudad vestidas con trajes de época, divididos en dos grupos: los que tocan el tambor visten uniformes militares de diversos cuerpos de la época de Napoleón; el otro grupo, formado por cocineros y aguadoras, portan unos

barriles a modo también de instrumento de percusión. Julen y sus amigos pertenecen a este último grupo, el de los cocineros, y desde primera hora de la tarde ya andan poniéndose los trajes y ensayando los himnos y canciones tradicionales que se interpretan ese día a partir de la medianoche.

Julen es uno de los primeros en llegar, y se pone manos a la obra con los primeros preparativos del local. Siente un pinchazo de culpabilidad al pensar en Leire; le gustaría que se animara a acompañarle a la sociedad de vez en cuando, aunque sabe que, en el fondo, su esposa nunca ha sido muy amiga de este tipo de celebraciones. No obstante, ella comprende que para él son importantes y siempre le anima a participar de los eventos y a disfrutar de su cuadrilla. Apenas ha empezado a distribuir los platos y los vasos cuando sus ojos se posan sobre un montoncillo de periódicos y revistas que yacen olvidados sobre una de las largas mesas donde se sirven las comidas. Los socios suelen dejarse olvidadas este tipo de cosas a menudo. Se dispone a recogerlas y guardarlas en un cajón, cuando algo en la portada de una de ellas capta inesperadamente su atención. El titular: «¿Qué es el Síndrome de Munchausen?» no le dice nada, pero la ilustración que adorna la cubierta hace que se abalance sobre ella, impelido por un extraño hormigueo en el pecho. La imagen representa a una madre que, sentada en el borde la cama de una niña pequeña, le administra un medicamento. En una mano, la madre sostiene la cuchara que, con una enorme sonrisa en los labios, está a punto de introducir en la boca de la pequeña. Con la otra, la mujer sujeta un bote (con la supuesta medicina), en cuyo exterior han dibujado una calavera negra sobre el fondo de un triángulo amarillo. Bajo el símbolo está escrita la palabra «*poison*» (veneno). Bajo la ilustración, se lee el siguiente subtítulo: «Munchausen por poderes, una peligrosa forma

de maltrato infantil».

Julen siente que el hormigueo se convierte en opresión, y se obliga a tomar una honda bocanada de aire para aliviar este repentino ataque de ansiedad. Siguiendo un impulso, coge la revista, la enrolla formando un tubo y la oculta bajo su abrigo. Sin despedirse de nadie, abandona la sociedad y baja de dos en dos los escalones hasta salir a la calle. Una vez fuera respira hondo de nuevo un par de veces, en un vano esfuerzo por tranquilizarse. Le tiemblan las manos, y la vista se le nubla por unos instantes. Saca la revista del bolsillo interior del abrigo, aún hecha un rulo y, con ella en la mano, trata de localizar un lugar tranquilo donde sentarse a leerla. Deambula sin rumbo por la Parte Vieja hasta encontrarse frente a la puerta de la Basílica de Santa María del Coro. Decidido, sube las escaleras y se adentra en el templo. El olor a velas e incienso siempre le reconforta. Lentamente, camina por el pasillo central hasta una de las filas delanteras, y se sienta en un banco en el lateral izquierdo de la iglesia. Tras permanecer unos minutos en silencio, tratando de templar los nervios, se atreve al fin a abrir la revista y leer el artículo.

«El trastorno facticio (también llamado Síndrome de Munchausen) es un trastorno psicológico en el que una persona finge o inventa síntomas de una enfermedad para llamar la atención y recibir atención médica o simpatía. Las personas con este trastorno pueden autolesionarse o incluso causarse enfermedades graves para obtener tratamiento médico.

El trastorno debe su nombre al personaje histórico del Barón Munchausen, un aristócrata alemán conocido por sus exageradas historias sobre su vida y aventuras.

Una variante de este trastorno es el trastorno facticio impuesto a otros (o Síndrome de Munchausen por poderes). Se

trata de un trastorno psicológico en el cual un cuidador (generalmente la madre) finge o inventa síntomas de una enfermedad en un niño o persona a su cargo, con el objetivo de llamar la atención y obtener gratificación personal.

El cuidador puede manipular la salud del niño mediante la administración de medicamentos, la provocación de lesiones o la alteración de las pruebas médicas. En algunos casos, el cuidador puede incluso llegar a provocar la muerte del niño.

Se considera un caso severo de abuso infantil, ya que en el Síndrome de Munchausen por poderes el cuidador finge estar cuidando al niño enfermo y actúa como si estuviera preocupado por su bienestar, cuando en realidad está causando daño intencionalmente».

Julen levanta la mirada de la revista y la fija en el altar mayor de la iglesia. Su mente, ausente, libra una violenta batalla interna para procesar la gravedad de la información. «Muerte súbita infantil». Eso es lo que declararon los médicos cuando su hijo Ander falleció, con apenas seis meses. No hubo ninguna explicación coherente, al menos para él. Julen se arma de valor para acabar de leer el reportaje.

«El Síndrome de Munchausen por poderes puede ser difícil de detectar, ya que el cuidador puede presentar comportamientos engañosos y manipuladores. Sin embargo, algunos de los síntomas que pueden indicar que alguien padece este trastorno son:

- Historial médico extenso y poco común del niño, con síntomas que no se explican fácilmente.

- Visitas frecuentes al médico o a hospitales, con la necesidad constante de atención médica.

- El cuidador parece estar excesivamente interesado en las pruebas y procedimientos médicos, y puede intentar

manipular o influir en el personal médico.

- El cuidador presenta una actitud excesivamente preocupada por la salud del niño, pero las pruebas y procedimientos médicos no revelan ninguna causa subyacente para los síntomas.

- El niño no muestra mejoría significativa en su salud, incluso después de varios tratamientos y hospitalizaciones.

- Los síntomas o la enfermedad del niño parecen empeorar o aparecer en presencia del cuidador, y mejorar cuando está ausente.

- El cuidador puede simular los síntomas del niño, provocar lesiones o administrar medicamentos para mantener la enfermedad.

Es importante tener en cuenta que estos síntomas no son exclusivos del Síndrome de Munchausen por poderes y pueden ser causados por otras condiciones médicas o psicológicas. Si hay sospecha de que un niño está siendo víctima de este trastorno, es fundamental buscar ayuda y orientación de profesionales de la salud».

Julen relee el artículo tres veces más, antes de cerrar la revista. Ni siquiera puede creer que un trastorno mental como aquel exista. Jamás ha escuchado hablar de semejante cosa y, sin embargo, lo descrito le resulta espeluznantemente familiar.

No es capaz de precisar las horas que pasa allí sentado, meditando, haciendo cábalas, tratando con todas sus fuerzas de recabar recuerdos y evidencias que le convenzan de que la atrocidad que acaba de leer no tiene nada que ver con los problemas de salud de sus hijos. Pero siempre ha habido algo que no terminaba de encajar… Si bien acabó por aceptar que la muerte de Ander fue una tragedia, en el fondo de su alma algo le ha gritado siempre que es extremadamente mala suerte que Nerea, sin ser hija

biológica de la pareja, presente a su vez unos problemas tan graves de salud. En su mente siempre ha tenido dificultades para conciliar que ambas cosas fueran fruto del azar, aunque no hubiera ninguna razón coherente para suponer lo contrario. Cuando veía a otras familias con dos, tres, incluso cuatro hijos, disfrutando de la vida sin ninguna preocupación por afecciones graves de salud, más allá de un virus estomacal o una otitis, se preguntaba por qué la vida se había cebado así con su familia, y sus otrora fuertes cimientos religiosos comenzaban a resquebrajarse. Así que había terminado por resignarse a la fatal evidencia de que así eran las cosas, de que aquella mala fortuna no era una prueba ni un castigo del altísimo sino, simple y llanamente, una muestra de la dura infalibilidad del azar. Pero ahora, allí, sentado en aquella iglesia con la revista arrugada entre las manos, se pregunta si el azar —o, quien sabe, quizás el mismo Dios—, no habrá decidido intervenir para, de alguna forma, mandarle una señal de aviso.

Le cuesta lo indecible reunir las fuerzas para regresar a su hogar. Ya es de noche cuando sale de la iglesia. De camino, se cruza con multitud de personas que, vestidos de soldados o cocineros, comienzan a hacer repiquetear sus tambores y se dirigen en oleadas hacia el punto donde dará lugar oficialmente el comienzo de la Tamborrada. El redoble de las baquetas contra las maderas comienza a resultarle insoportable. La mera presencia de la gente, despreocupada, alegre, le resulta grotesca y completamente inapropiada. A pesar de no haber ingerido nada desde la hora de la comida, vomita el escaso contenido del estómago en una papelera de la Plaza de Gipuzkoa, a pocos metros ya de su portal. Al llegar a su casa se detiene unos minutos en el rellano, con las llaves en la mano. De repente le invade un agotamiento brutal. Se siente exhausto, como si regresara de todo un día caminando por el monte. Antes de atreverse a abrir la

puerta, un escalofrío le recorre la espalda.

¿Cómo puede un padre, un marido, enfrentarse a una sospecha tan atroz?, se pregunta.

UN MES DESPUÉS DEL JUICIO

Jueves, 10 de marzo de 2016

La inspectora Montalbán y Lucas Morata entran en la sala de reuniones, donde un hombre y dos mujeres esperan sentados alrededor de la mesa ovalada.

—Buenos días, compañeros. Bienvenidos a la BDCV. Como ya sabéis, los últimos meses han sido muy duros para nosotros. Tras la pérdida de Susana Varela y Rafael Garrido, y con el subinspector Víctor Navarro todavía recuperándose de sus heridas, el comisario Herrera y nosotros mismos hemos creído necesario incorporar nuevos perfiles a la brigada, así que espero que logremos formar un gran equipo, y que en breve volvamos a estar a pleno rendimiento —dice Olvido.

—Como aún no nos conocemos, hemos pensado que podríamos hacer una ronda de presentaciones, si os parece bien —continúa Morata.

Los nuevos miembros de la brigada proceden a detallar su experiencia previa; se muestran muy ilusionados por formar parte de una unidad de élite que, además, ha cobrado tanta fama e importancia en los últimos meses. El hombre, Julio Domínguez, tiene experiencia en secuestros y casos de desapariciones, y durante unos años también formó parte de los TEDAX. La más joven de las dos mujeres, Sonia López, está especializada en el desarrollo de perfiles psicológicos de sospechosos. La otra mujer, que ronda la cincuentena, sustituye a Susana Varela en las tareas de análisis forense. Su nombre es Mar García.

Una vez terminadas las presentaciones, Montalbán expone los casos de los que actualmente se hace cargo la brigada, y reparte las tareas. Cuando los nuevos miembros del equipo salen de la habitación, Morata y ella permanecen todavía un rato allí sentados, hombro con hombro. Resulta casi imposible pensar en recuperar algo así como la «normalidad». Después de todo lo ocurrido, *¿cómo se vuelve a empezar?* Se miran a los ojos, taciturnos. No hay palabras para describir la amargura que impregna cada rincón de la oficina.

—¿Te duele? —pregunta la inspectora, señalando al brazo de su compañero.

—Nah, solo cuando llueve —bromea él, con su habitual buen humor.

La herida de bala que recibió en el tiroteo a la puerta de los juzgados no revistió mucha gravedad, y se ha recuperado rápidamente.

—Ayer hablé por teléfono con Navarro. Le vi bien, animado —dice Morata.

—Sí, está bastante hecho a la idea —confirma la inspectora—. Fui a visitarle el domingo con Marga y la niña. Ha cogido fuerza en los brazos, se maneja bien con la silla. Está obsesionado con reincorporarse cuanto antes.

—¿Y tú crees que…?

—Confío en que pueda volver pronto, sí. Al fin y al cabo, su trabajo es básicamente informático. Pero no quiero que se apresure. Mientras tanto, me alegro de tenerte como mano derecha —añade Montalbán.

Se hace un largo silencio.

—Lo vamos a superar, inspectora —asegura el policía.

Olvido asiente con la cabeza, aunque el lenguaje corporal de ambos dejar entrever el abatimiento que todavía les asola. Sin necesidad de hablar, se funden en un

abrazo.

—No te imaginas cuánto echo de menos a Susana… ¡No hay derecho, coño! Era la mejor. La mejor compañera, la mejor policía…

—Sí que lo era, Lucas. Yo también pienso mucho en ella, todos los días… Pero tenemos que seguir. Ella lo querría así. Si estuviera aquí, ya habría traído café y donuts para animarnos a todos, ¿no crees?

Ambos esbozan una sonrisa amarga.

—Venga, vamos a ello. Aún tengo que redactar como un millón de informes atrasados.

Lucas asiente con la cabeza, se seca las lágrimas, y los dos, a la par, respiran hondo como un equipo de natación sincronizada, antes de encaminarse a sus respectivos despachos.

Olvido lleva un par de horas sentada frente a la pantalla del ordenador cuando se da cuenta de que ni siquiera ha introducido aún su usuario y contraseña. Lleva sumida en un bucle mental, mirando al vacío, desde que se ha sentado en su escritorio. Tiene demasiadas cosas en las que pensar. No deja de darle vueltas a las acusaciones que Eric vertió sobre Víctor. Y al tema de los bebés. No ha podido dejar de pensar en ello desde que le visitó en la cárcel, antes del juicio. Pero no sabe ni por dónde empezar a investigar todo aquello. Con Rafa Garrido muerto y Víctor en plena recuperación, y con todos los expedientes atrasados que arrastra la brigada, le va a resultar complicado justificar una investigación como esa. No hay pruebas, ni documentos, ni testigos. No tiene nada. Intentó sacar el tema la última vez que fue a visitarle al hospital, pero con Marga delante no le pareció conveniente. Tendrá que planificar una visita a solas, más adelante. Tampoco es que el pobre Víctor vaya a irse a ninguna parte.

A media mañana, Lucas se asoma a la puerta de su

despacho.

—Inspectora, necesito que vengas un momento, por favor. Alguien pregunta por ti. Dice que quiere hablar sobre Garrido.

Montalbán sigue a Morata hasta la zona común. Una joven delgada, vestida con vaqueros, blusa blanca y *blazer* azul marino, espera junto a la puerta de entrada. Tiene el pelo castaño, muy liso, recogido en un moño informal. Va bien maquillada, discreta, sin llamar la atención. *Funcionaria, secretaria o recepcionista*, apuesta Olvido. Le tiende la mano a la mujer.

—Buenos días, soy la inspectora Montalbán. Mi compañero me comenta que desea usted hablar conmigo. ¿De qué se trata?

—Buenos días inspectora, gracias por recibirme. —La mujer le devuelve el saludo con un tibio apretón de manos —. Me llamo Tania Crespo. ¿Podríamos hablar en privado?

Olvido dirige una mirada inquieta a su compañero.

—Claro, por supuesto. Acompáñeme.

Las dos mujeres atraviesan la sala común y entran en el despacho de la inspectora, ante la atenta mirada de Morata y la indiferencia del resto de miembros del equipo, que trabajan concentrados en sus respectivos ordenadores. Tras cerrar la puerta, Olvido toma asiento en su escritorio e invita a la mujer a acomodarse en una de las dos sillas libres al otro lado del mismo.

—Verá, no sé muy bien cómo debería actuar —se disculpa la mujer, algo nerviosa—. Cuál es el mejor cauce, quiero decir… He venido a hablar con usted porque, bueno… todos hemos seguido en la tele el caso de Eric Garrido. Cuando vi el vídeo, ese que ponían a todas horas… aquel en el que enseñaba las armas y contaba lo que pensaba hacer…

La joven comienza a temblar. Se frota las manos y

titubea a lo largo de todo el discurso. Olvido se levanta, le trae un vaso de agua de un dispensador que hay al fondo de la habitación, y se sienta en la silla libre junto a ella.

—Gracias —contesta. Tras dar un largo trago, se serena un poco—. Como le decía, cuando vi al chaval en el vídeo… le reconocí en seguida. Luego, unos días más tarde, publicaron también fotos de la madre y el padre. Ya sabe… el policía. Y luego retransmitieron lo que pasó en los juzgados… Me parecía estar viendo una película, no daba crédito a que fueran las mismas personas que…

—Disculpa, Tania ¿los conocías? —la interrumpe Olvido.

—Sí. De hecho, pasé unos días en su casa —confiesa la joven, con la voz entrecortada por los sollozos.

—Tranquila. Veo que estás muy angustiada, déjame que te pregunte algo…

La mujer asiente con la cabeza, buscando desesperadamente agarrar el cable que la inspectora parece querer tenderle.

—Cuando dices que pasaste unos días en su casa… ¿Cuándo fue eso, lo recuerdas?

—Sí, por supuesto. Del 13 al 16 de marzo de 2013.

—¿Estás absolutamente segura de las fechas, las recuerdas con exactitud? —inquiere la inspectora.

—Sí, estoy absolutamente segura.

—De acuerdo. Entonces cuéntame, Tania. ¿Pasó algo durante tu estancia allí? ¿Es eso lo que has venido a contarme?

Tania asiente con la cabeza gacha, sin presencia de ánimo para sostener la mirada de la inspectora.

—Lo que hice… sé que no está bien. De hecho, va contra la ley, pero yo en aquella época no sabía lo que hacía… Tenía diecisiete años, mis padres me habían echado de casa. Conocía de vista al «pistolero» … Perdón… Al agente Rafael Garrido, porque él tenía

fichadas a todas las putas que trabajábamos por aquella época en las calles por detrás de la Gran Vía. Ya sabe, Desengaño, Valverde, la calle del Barco… En fin, que pasó lo que tenía que pasar. Me quedé preñada de un cliente. No me di cuenta hasta que el embarazo estaba ya muy avanzado, casi no se me notaba. Había escuchado hablar a otras chicas. Me aconsejaron que contactara con el pistolero. Que él me podía ayudar.

—Ayudar ¿cómo, Tania?

—Ayudarme a tener el niño… y a darlo en adopción. Si lo hacíamos en secreto, sin pasar por un hospital, me daría mil quinientos euros.

Tania lucha por contener el llanto, trata de mantenerse serena. La inspectora intuye en ella a una mujer fuerte y curtida, a pesar de su frágil apariencia. No quiere ni pensar en las razones que la llevaron a acabar haciendo la calle con tan solo diecisiete años, ni cómo pudo sobrevivir sola, muerta de miedo, embarazada… Olvido siente que el corazón le retumba en los oídos. Lleva meses soñando con una prueba tangible, algo que respalde o eche por tierra las acusaciones de Eric sobre las mujeres que daban a luz en su casa, y al fin la tiene, ahí mismo, delante de sus ojos. Por otro lado, sabe que debe manejar esta información con cautela, especialmente ante Morata y el resto de la brigada. Tiene que andar con pies de plomo, antes de que el nombre de Víctor Navarro salga a colación. No quiere predisponer a nadie en su contra sin tener alguna evidencia sólida que le involucre o le exculpe definitivamente. Necesita hablar con él a solas, necesita conocer su versión, pero está claro que el testimonio de la mujer que tiene ante ella es la pieza vital que había estado esperando para comenzar a investigar los negocios turbios de Rafa Garrido.

—Continúa Tania, ¿qué pasó entonces?

—Ahora me parece increíble, pero en aquella época,

sola, enganchada a la heroína… El embarazo estaba demasiado avanzado como para abortar, por lo que la perspectiva de meterme mil quinientos euros en el bolsillo y no tener que hacerme cargo de un bebé solucionaba muchos de mis problemas. Así que lo hice. Parí en casa del «pistolero», con ayuda de su mujer. Llegué el día antes, cuando empezaron las contracciones, como me indicaron, y me fui el día después. La casa era muy bonita, tan distinta al cuchitril donde yo vivía… Sabía que lo que hacía no estaba bien, que no se puede regalar a un recién nacido a cambio de dinero, pero me convencí a mí misma de que le darían una buena vida, una casa acogedora como aquella, una familia de verdad… Me pareció que estaba haciendo lo correcto. El hijo del pistolero, el adolescente que luego se lio a tiros… ese también andaba por allí, le vi varias veces. La noche antes de que se llevaran a mi niño, Garrido llegó a la casa puesto hasta las trancas. Le dio una paliza de muerte a su mujer. Hubo gritos, golpes… Tuve miedo, así que me encerré en un cuarto con mi bebé, a esperar a que se calmara la cosa. El chaval, Eric, consiguió sacar a la madre de allí, y después el pistolero se debió quedar dormido. Al cabo de un rato apareció por allí otro hombre, chillando a pleno pulmón. Se enfrentó a Garrido, los escuché discutir, aunque no se pegaron. Cuando creí que ya se había marchado asomé un momento la cabeza, pero seguía ahí. Me preguntó quién era yo, y si estábamos bien. Le dije que sí y regresé a mi habitación, no quería líos.

Olvido siente que muchas piezas comienzan a encajar. En la segunda visita que hizo a Eric en prisión, este acusó a Víctor de tener algún tipo de negocio con su padre. También le situó en su casa la noche de la paliza, que muy bien podría ser la misma que la mujer estaba relatando.

—¿Tienes idea de quién era ese hombre? ¿Podrías

decirme algo de él?

Tania niega con la cabeza.

—Lo siento, tengo muy mala memoria para las caras. Solo le vi un segundo. Era un tío normal, supongo. Me imaginé que sería un vecino, o algo así.

—De acuerdo, continúa.

Olvido siente cierto alivio ante el hecho de que el relato de la chica no aclare si se trataba o no de Víctor, tal como afirmó Eric cuando habló con ella en la cárcel.

—Luego el hombre se marchó y no volví a verle más. A la mañana siguiente, temprano, llegaron a la casa un hombre alto, fuerte, y una mujer menuda. Ella esperó fuera, junto a una furgoneta blanca que habían aparcado en la calle. Pude verla a través de la puerta del jardín, que estaba entreabierta. El hombre entró en el chalé y le entregó un sobre a Garrido. Luego vino directamente a mi habitación, como si ya supiera dónde estaba, y me quitó el bebé de los brazos. Ni siquiera me dio tiempo a despedirme de él. En ese momento comprendí por primera vez la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Quise echarme atrás, sentí que se me desgarraba el alma por dentro, pero me asusté y me quedé allí callada, como una imbécil. Vi como el hombre salía de la casa y le entregaba a mi niño a la mujer que aguardaba fuera. Después se subieron en la furgoneta y desaparecieron.

Llegados a este punto del relato, Olvido siente que la habitación comienza a dar vueltas a su alrededor, y que un sudor frío le empapa la espalda de la blusa. La crónica de los hechos, hasta ahora, coincide punto por punto con todo lo que Eric le rebeló la última vez que le vio. No puede ser casualidad. El rostro de la inspectora se torna tan pálido que ahora es la mujer la que se preocupa por ella.

—Inspectora, ¿se encuentra bien?

Olvido intenta por todos los medios controlar el

ataque de ansiedad y evitar que ningún signo externo delate su estado. Tiene sus trucos. Respirar hondo tres veces. Fijar la mirada en un punto de la pared. Tratar de no balancearse.

—Creo que es una bajada de azúcar, no te preocupes. No he desayunado esta mañana. Acércame ese termo de café que hay sobre la mesa, ¿puedes?

La mujer se apresura a alcanzarle el termo, y Olvido siente que la vida le vuelve poco a poco tras dar un sorbo y concentrarse en la respiración.

—Gracias, mucho mejor. Escúchame Tania, has hecho muy bien en venir. La información que me has dado es increíblemente valiosa, así que quiero que estés tranquila. No te va a pasar nada.

La chica rompe a llorar de nuevo, deshecha por la tensión.

—Ahora tengo otra vida. Estoy limpia, trabajo de teleoperadora y comparto piso con una amiga. Seguramente sea imposible, pero me encantaría recuperar a mi hijo. O al menos, sentir que lo he intentado, ¿me comprende?

El nudo en el estómago de la inspectora Montalbán es ahora del tamaño del Cañón del Colorado.

—Por supuesto que lo entiendo, Tania —le asegura, tomándola de las manos—. A partir de ahora, este caso pasa a ser prioritario. Voy a encontrar a tu hijo, te doy mi palabra. Una cosa más… Por casualidad, no recordarás el nombre del hombre que vino a recoger a tu bebé, ¿verdad?

—Claro que sí — responde Tania—. La mujer que le acompañaba le llamó varias veces desde la puerta, impaciente. «Aitor». Se llamaba Aitor.

9 AÑOS ANTES

Sábado, 20 de enero de 2007

Nada más escuchar el giro de las llaves en la cerradura, la voz de Leire le llega nítidamente desde el interior:

—¿Eres tú, Nerea?

—No, soy yo —responde Julen—. ¿Dónde está la niña?

Julen se quita el abrigo y descubre a Leire haciendo punto, mientras se acuna en una mecedora en el salón. La televisión está encendida y muestra a la multitud que poco a poco se va congregando en la Plaza de la Constitución, a pesar de que aún quedan un par de horas para que el reloj marque las doce de la noche y la fiesta comience de manera oficial.

—Ha subido a casa de Amaia a ver una película. Esta tarde se encontraba mejor. Dice que quiere quedarse allí a dormir, pero a mí, la verdad, no me hace mucha gracia…

Julen permanece inmóvil en medio del salón, mirando a su mujer fijamente, escrutándola, sin atreverse a pronunciar palabra.

—¿Qué te pasa, *maitia*? A todo esto, ¿cómo es que no estás en la sociedad? ¿Has venido a por algo?

—Llama donde Amaia y di que se queda a dormir. Luego le subiré yo el pijama —ordena Julen, sin más explicaciones.

Refunfuñando, Leire hace lo que Julen le pide y vuelve a retomar su labor.

El hombre continúa plantado en mitad de la sala, sin moverse.

—Que conste que, teniendo el estómago como lo tiene, no me fío de lo que vaya a cenar en esa casa, pero bueno… Tú, como siempre, dándole a la niña todos los caprichos. No, si al final la mala soy yo…

Leire continúa parloteando sin prestar atención a su marido hasta que, al fin, repara en la extraña actitud de este.

—¿Te pasa algo…?

—Leire… Leire, yo… Tengo que hablar contigo. Y no sé cómo hacerlo sin perder los nervios, así que creo que lo mejor será que leas esto.

Julen le tiende a su mujer la revista.

—El artículo de la página cinco —le indica.

—Ay, hijo, ahora no tengo ganas de leer, tengo que terminar esta vuelta, hacer la cena…

—¡¡AHORA!! —brama Julen, sobresaltando a Leire.

—¿Pero se puede saber qué te pasa…?

Julen le arranca de las manos las agujas de tejer y el ovillo de lana y los arroja con rabia al extremo opuesto de la habitación.

Leire abre los ojos de par en par, sin comprender, hasta que repara en el dibujo que ilustra la portada de la revista. Julen analiza el cambio en la expresión de su rostro, como un ave rapaz al acecho de su presa. La visión de la madre que administra veneno a su hija logra al fin que Leire, con un ligero temblor en las manos, acceda a cumplir la petición de su marido. Conforme comienza a leer, los ojos de la mujer se van empañando y, poco a poco, todo su cuerpo empieza a temblar. Al principio de manera casi imperceptible. Al terminar el artículo, las sacudidas que recorren su espalda hacen que parezca que la mecedora le esté proporcionando una descarga eléctrica. Tarda varios minutos en levantar la mirada del texto. Cuando lo hace, sus aterrados ojos se encuentran con los de Julen, rotos de dolor. El cuerpo del hombre

refleja tal tensión que Leire llega a temer que vaya a agredirla.

—Estoy… creo que estoy enferma, Julen. Esto que dice aquí… yo sabía que algo me ocurría, pero no sabía que fuera un trastorno mental… Mi amor, ¡no he podido controlarlo…! Tienes que entenderlo…

Leire se debate entre el horror por haber sido descubierta y el alivio de comprender, por primera vez en su vida, que aquel impulso que domina su vida desde la adolescencia tiene un nombre, una explicación médica. Nunca ha oído hablar del Síndrome de Munchausen, pero al fin encuentra una justificación lógica a sus actos, y eso le produce un sosiego interior que la llena de paz. Si padece una enfermedad mental, aquello la excusa de toda culpa… Casi tiene ganas de gritar de alegría. Pero, al volver a enfrentarse a Julen, comprende que su marido no comparte su punto de vista ni su consuelo.

—¿Entenderlo? ¿Tengo que entender que has estado envenenando a nuestra hija para ganarte la compasión y la atención de la gente? ¿Es eso lo que me estás diciendo…?

Leire no contesta. Su mente se bloquea, al tiempo que repasa todo aquello que ha hecho a lo largo de su vida. Se ha sentido siempre tan sola… ¿Cómo podría hacerle entender a su marido aquella sensación sofocante, continua, de abandono? Cuidar de Ander, de Nerea, había sido lo único que lograba aliviarla. Los médicos y enfermeras eran las únicas personas en el mundo que se preocupaban por ella. *¿Estás bien, Leire? ¿Necesitas algo, estás cómoda? Vamos a cuidar muy bien de ti, no te preocupes por nada.* Aquellas palabras eran la única droga que conseguía paliar su melancolía.

—Te lo voy a preguntar directamente: ¿eres la responsable de la muerte de Ander? —pregunta Julen. La voz le tiembla tanto que apenas se reconoce en ella.

—No lo sé… Yo… Yo solo quería cuidar de él, que

me necesitara. Cuando estaba malito, tú te volcabas con nosotros. Nos acompañabas al médico, me consolabas. Pero cuando el niño estaba bien te ibas a trabajar, o de pintxos con la cuadrilla, y yo me quedaba aquí sola con él, sin saber qué hacer… Pero, Julen, te lo juro… yo no quería que muriera…

Los ojos de Leire se anegan en lágrimas y se arrodilla en el suelo, suplicante, hecha un nudo de dolor.

—Mi niño, mi bebé… Yo le parí, le quería tanto… A los cinco meses llevaba varias noches sin dormir, no había forma de lograr que dejase de llorar, y tú estabas de tan mal humor que comencé a darle un poquito de *zolpidem* con el biberón… Con el paso de los días, fui aumentando la cantidad. Luego dejé de dárselo por un tiempo. Hasta que una noche volvieron los llantos. Tú nunca te levantabas a consolarle, y yo estaba tan cansada aquel día que… no sé… le di un biberón con una pastilla entera y yo me tomé otra… luego me desperté aturdida de madrugada, y como no recordaba qué cantidad le había puesto creo que le di un poco más… No me acuerdo, está todo borroso… Y por la mañana… A la mañana siguiente no se despertó.

Julen se deja caer en el sofá, conmocionado. Muy lentamente, Leire se pone en pie y se sienta junto a él. Julen se aparta un poco. El mero contacto físico con su mujer le produce un rechazo visceral.

—Y luego… ¿los abortos?

—El primer aborto fue natural. No lo esperaba, también fue un disgusto terrible para mí. Al principio estaba triste, pero lo cierto es que durante aquellos días en el hospital me sentí como una reina. Todos los médicos y enfermeros fueron tan atentos… Tú me trajiste un ramo de flores, ¿te acuerdas? Vinieron mis amigas a animarme… Lograsteis que desapareciese la tristeza. Fue al regresar a casa cuando, de nuevo, se me cayó el mundo encima.

—¿Y los siguientes abortos…? —pregunta Julen, temeroso de conocer la respuesta.

—Los siguientes. Bueno… escuché a una mujer en el mercado explicar un remedio casero que podía lograr que se interrumpiera el embarazo y… ¡Perdóname Julen, por favor! ¡Estaba enajenada, no sabía lo que quería! Por un lado, deseaba darte otro hijo, sabía lo importante que era para ti formar una familia numerosa, pero por otro… En cada ingreso me cuidaban mejor, me hacían sentir el centro de atención. Cada vez que abandonaba del hospital era para mí como volver al infierno. Lo siento Julen, pero así es como me sentía…

—¿Y la operación, tu útero…?

—No sé muy bien, creo que el daño que me hice al provocarme los abortos me dejó el tejido interno irreparablemente dañado. El ginecólogo me dijo que, para evitar males mayores, lo mejor era extirparlo. Y yo accedí. Aquello supuso un ingreso más, más largo.

Julen no puede ni mirarla a la cara.

—¿Y qué me dices de Nerea? ¿Qué le estás haciendo a ella?

—¡Nada, cariño, te lo juro! —responde Leire. No sabe cuánta honestidad más será capaz de resistir su marido.

Julen se levanta de un salto y sale disparado del salón. Entra en la cocina seguido por Leire, y comienza a abrir y registrar los armarios superiores, los inferiores, hasta que finalmente se adentra en una pequeña habitación contigua que hace las veces de despensa. Dispuestos en varias baldas, los alimentos no perecederos se almacenan allí junto con la escoba, la fregona y los productos de limpieza.

—¡Basta Julen! ¡Deja eso, por favor! ¡Sal de ahí! —implora Leire, aterrada, al tiempo que intenta, sin éxito, tirar del brazo de su marido para obligarle a alejarse de

aquel lugar. Sus envites de poco sirven ante la corpulencia de Julen, que parece poseído por una fuerza sobrehumana. El hombre no tiene que rebuscar mucho. En uno de los estantes centrales, medio camuflados entre botes de conservas, halla nada más y nada menos que diez botes de raticida, tres envases de material fungicida y una caja cerrada con un candado, que se apresura a reventar con un cuchillo. Al abrir la tapa, su interior deja al descubierto un auténtico arsenal de pastillas de todo tipo: ansiolíticos, píldoras para dormir, medicamentos para la tensión, antibióticos, jeringuillas, vendas, e incluso un bisturí quirúrgico.

—¿De dónde ha salido todo esto? —brama Julen, hecho una hidra. Su incertidumbre y desconcierto iniciales se han transformado ahora en pura rabia; está absolutamente fuera de sí—. ¿Cuándo hemos tenido ratas en esta casa, Leire? ¡Nunca! ¿Y todo este material médico, de dónde ha salido? ¿Lo has robado? Ahora está todo claro. Con esto es con lo que fabricas tus «remedios tradicionales», ¿verdad? En vez de darle a Nerea lo que te recetan los médicos, tú preparas aquí tus brebajes… ¿La estás envenenando, Leire? ¡La estás envenenando! ¿Cómo ha podido ocurrir todo esto aquí, ante mis propios ojos…? Y yo muerto de preocupación… ¿El tratamiento en Nueva York? También fue una gran mentira, ¿verdad? ¡La niña volvió aún peor!

Leire sale de la cocina, abatida, y se abandona al llanto nervioso sentada en el borde de su cama. Julen le sigue hasta la habitación, dispuesto a continuar la discusión.

—Pero Leire, por Dios, ¿cómo has podido?

La mujer, ahogada por las lágrimas, apenas logra articular palabra.

—Estoy enferma… Tienes toda la razón. Yo no lo sabía, pero es cierto. Estoy enferma…—susurra, con un

hilillo de voz—. Por favor, Julen, tienes que ayudarme. Tienes que encontrar a alguien que me ayude. Yo no puedo seguir así. Por favor, ayúdame… ayúdame…

Julen sale del dormitorio y se pone a dar vueltas por la casa. Leire le escucha revolver en la habitación de Nerea. Luego le oye salir por la puerta y regresar a los pocos minutos. Intuye que ha subido a llevarle a su hija el pijama, para asegurarse de que la niña no vuelva a casa aquella noche. A su regreso parece un poco más calmado. Leire no se ha atrevido a moverse. Escucha a Julen, entrando de nuevo en la habitación de Nerea. Sale del dormitorio para ver qué hace y, desde un recodo del pasillo, ve a su marido tumbado en la cama de su hija, abrazado con fuerza a su almohada.

—Todo saldrá bien, mi niña, no te preocupes… —musita—. Ahora todo va a ir bien. Aita cuidará de ti, te lo prometo. Mamá no volverá a hacerte daño mientras yo viva.

Leire regresa a la alcoba y se tumba sobre la cama. Está demasiado agitada emocionalmente y no se ve capaz enfrentarse a aquello en ese estado. Necesita descansar, escapar de la pesadilla. Se toma un par de orfidales y se queda dormida con el murmullo del llanto de Julen de fondo. Se despierta un par de horas después, sobresaltada por los redobles de una tamborrada que se ha detenido en la plaza a interpretar el himno de San Sebastián. Otro tipo de jaleo, procedente del interior del piso, le sugiere que Julen recorre la casa abriendo cajones; va de un lado a otro, quién sabe qué estará haciendo. Leire vuelve a caer en un estado de seminconsciencia. En un momento dado de la noche, ya de madrugada, siente a su lado el cuerpo de su marido. Este, agotado, se abraza a su mujer. Le apesta el aliento a alcohol. A Leire le produce repulsión sentir el cuerpo de Julen tan cerca. Ahora no quiere sus abrazos. Ahora necesita estar sola, pensar.

—Te voy a ayudar, Leire, te lo prometo. Buscaremos al mejor especialista para ti. Mañana mismo buscaremos plaza para ingresarte, hasta que te cures. No te preocupes por nada, yo cuidaré muy bien de Nerea. Todo va a salir bien. Todo va a salir bien…

Leire finge dormir mientras su esposo la abraza y la cubre de delicados besos. Al cabo de unos minutos, Julen cae profundamente dormido, extenuado por la tensión y el alcohol.

Muy lentamente, con cuidado de no despertarle, Leire se levanta de la cama. Mira la hora en el reloj despertador de su mesilla de noche. Las 4.25 am. De puntillas, sale del dormitorio en dirección a la cocina. Descubre entonces que Julen, antes de acostarse, ha reunido todas las sustancias tóxicas, productos de limpieza, medicamentos y material potencialmente peligroso en varias cajas de cartón y las ha dejado precintadas junto a la puerta de entrada. También ha dado cuenta de una botella y media de txacolí, que descansan sobre la encimera de la cocina. Leire saca unas tijeras de un cajón de la cocina y va abriendo las cajas una por una hasta encontrar lo que está buscando. En una de sus últimas visitas al hospital se «agenció» una jeringuilla de 50cc, que tiene un tamaño bastante más grande de lo habitual. Casi parece un juguete, un utensilio de mentira. Se suelen usar en servicios de Urgencias o en las UCIs, pero ella la vio en un carrito, «abandonada» y, como había hecho tantas otras veces con el material que pensaba que podía añadir a sus «provisiones» sin que nadie lo echara de menos, se la metió en el bolso.

Julen no es el único que lee revistas médicas. A Leire también le gusta investigar determinados temas de su interés cada vez que tiene ocasión, bien sea en las publicaciones que encuentra en las consultas, o preguntando directamente a médicos y enfermeras,

fingiendo interés por su trabajo. Por eso, sabe que para acabar con la vida de una persona basta con algo tan sencillo como inyectarle una cantidad suficiente de aire en una vena. Por lo que había podido escuchar en una conversación de pasillo de hospital, un enfermero le aseguraba a otro que esa cantidad debía ser de un mínimo de 30cc de aire. El enfermero más experto tranquilizaba al novato asegurándole que no debía preocuparse si alguna vez se producía una pequeña burbujita de aire en un gotero, o al poner una inyección a un paciente. Las jeringuillas normales, las más habituales, tienen una capacidad de 10 o 20cc. Así que habría que introducir al menos dos o tres de esas jeringuillas totalmente llenas de aire, lo cual nunca podría suceder «por error». La cantidad necesaria para provocarle al paciente un paro cardíaco era muy, muy superior. Por alguna razón, Leire se quedó con aquella información en la mente. Una nunca sabe cuándo pueden resultar útiles estos conocimientos, aparentemente inocuos. Saca la jeringuilla de 50cc de su envase de plástico protector y acopla la aguja en el pivote. Seguidamente, retira el émbolo hasta el tope, y llena de aire la jeringuilla.

Extremando las precauciones para no hacer el más mínimo ruido, Leire regresa al dormitorio. Enciende la luz del cuarto de baño, para que al menos un resquicio de luz ilumine el borde inferior de la cama. Una vez allí, levanta con sigilo la manta y la sábana que cubren el cuerpo de Julen y busca el lugar perfecto para inocular la inyección mortal: entre el dedo gordo del pie y el siguiente. Un forense tendría que inspeccionar el cuerpo muy a fondo para hallar la marca del pinchazo. Muy despacio, introduce la aguja en el hueco del pie, milímetro a milímetro, asegurándose de que Julen no despierte abruptamente. Una vez logrado lo más difícil, presiona el émbolo con decisión, introduciendo la cantidad de aire

letal en el cuerpo de su marido. Este fenómeno médico se denomina «embolia gaseosa». La burbuja de aire colapsa el corazón al entrar en él, provocando una parada cardíaca. Desde que se introduce el aire hasta que llega al corazón y se produce la parada solo pasan entre diez y quince segundos. Leire retira la aguja y se sienta en el suelo, temblando de miedo, esperando el fatal desenlace. En menos de un minuto, el cuerpo de Julen comienza a convulsionar. Leire observa a su marido mientras se agita y se lleva la mano derecha al pecho. Apenas hacen falta unos segundos más para que su corazón deje de latir. Todo sucede increíblemente rápido. Antes de ser consciente de lo que ha ocurrido, Julen yace en la cama con el brazo agarrotado sobre el pecho y la cara congestionada.

Leire no lo sabe, pero, si alguien pretendiera demostrar que, efectivamente, se tratara de un asesinato, habría que buscar los restos de aire justo después de la muerte (con una resonancia o un TAC). Si no, las burbujas de aire desaparecen, y el mejor lugar para buscar la causa de la muerte sería entonces el cerebro, donde quedan restos de aire por más tiempo (unas cuarenta y ocho horas tras la muerte). Pasado ese tiempo no quedan restos del crimen que, por lo demás, pasaría fácilmente por un vulgar ataque al corazón.

Con mucha calma, Leire toma el pulso en el cuello de Julen y se asegura de que está muerto. Mira el reloj. Las 5.07 am. A continuación, se pone el pijama (ya que se había acostado vestida) y se dispone a deshacer las cajas que se agrupan frente a la puerta. Devuelve cada objeto a su ubicación original, en la despensa, pliega las cajas de cartón y las deja donde estaban, en la terraza. No obstante, deja las botellas de vino a la vista. Quizás la afición al alcohol de su marido pueda justificar el paro cardíaco, después de todo. Tras esperar unos minutos, descuelga el teléfono y marca el número de emergencias. Una nueva

tamborrada toca con estrépito bajo el balcón de su casa. Una sonrisa de alivio se dibuja en su rostro. Los médicos no lo van a tener fácil para abrirse paso a través de una ciudad colapsada.

—¿Hola? Sí, por favor, necesito una ambulancia, ¡es urgente! Creo que mi marido acaba de sufrir un infarto.

Lunes, 14 de marzo de 2016
08.30h

Apenas Olvido abre la puerta de las oficinas de la BDCV a primera hora del lunes, Lucas Morata la aborda impaciente, con un café humeante en cada mano.

—Inspectora, ¿tienes un momento para hablar en tu despacho? —dice, mientras le tiende uno de los vasos de papel.

—Claro, vamos —accede ella, algo inquieta ante la premura de su compañero.

Montalbán se ha pasado todo el fin de semana dándole vueltas a la declaración de Tania. Antes de despedirse de la mujer le rogó que no hablara del tema con nadie más, únicamente con ella. Y le da que Tania Crespo no es tonta. No confía en la policía. *¿Cómo va a hacerlo, después de que un agente con el simpático apodo de «el pistolero» le comprara a su hijo recién nacido por la miserable cantidad de mil quinientos euros?* Bastante suerte ha tenido con que haya decidido confiar en ella.

—¿Qué pasa, a qué viene esta urgencia?

—Estoy preocupado. No sé, tengo un mal presentimiento… Me gustaría que me contaras qué te dijo el otro día esa mujer, Tania Crespo. Mencionó que tenía información sobre Garrido. ¿Qué más puede haber sobre ese hombre, por Dios…? ¿Tenemos que preocuparnos por algo?

Olvido duda antes de contestar. Le revienta ocultarle información a Morata, pero necesita hablar primero con Víctor, aclarar todas las sospechas que flotan en el aire. Decide que no va a liar más la madeja compartiendo su

desasosiego. Es importante que no se precipite, pero, al mismo tiempo, sabe que va a necesitar toda la ayuda de la que pueda disponer para llegar hasta el fondo con el tema de los bebés. Eric afirmó que no era un caso aislado. Si el peor de los escenarios se confirma esta puede ser, potencialmente, la investigación más compleja a la que tenga que enfrentarse en su carrera.

—No hay que ser ingenuos, Morata. Era de esperar que, tras la muerte de Garrido, la mierda comenzara a subir a la superficie —responde Olvido—. Esa mujer, Tania Crespo, realizó unas acusaciones muy graves. Alega que Rafa podría haber estado involucrado en una red de compraventa de bebés. Sospecho de adopciones ilegales, si no algo peor.

Dicho esto, la inspectora decide omitir intencionadamente la posible presencia de Víctor en aquel episodio de violencia doméstica.

—Tengo que preguntarte esto, Lucas… ¿Tú tenías conocimiento, o algún indicio de que Rafa Garrido pudiera estar implicado en alguna actividad ilegal? Cualquier cosa, cualquier prueba que puedas aportar, nos puede ayudar a tirar del hilo.

Morata guarda silencio unos instantes y se muerde el labio inferior, como sopesando si debería hablar o no.

—¿Qué pasa, Lucas? Suéltalo, ¿hay algo que deba saber?

—No sé si te va a hacer gracia lo que tengo que contarte, pero… Creo que a lo mejor deberías preguntarle a Víctor por las partidas de póker.

La inspectora se queda de piedra al escuchar el nombre de Víctor en los labios de Lucas.

—¿A qué te refieres? —pregunta, cautelosa.

—Me refiero a que, si vamos a empezar a mirar debajo de la alfombra, a lo mejor te interesa preguntarle por las timbas de póker que se celebraban aquí cada

quince días, más o menos…

—¿Qué partidas de póker, de qué me hablas?

Morata suspira y se deja caer sobre el pequeño sillón de dos plazas que se apoya en una de las paredes del despacho, mientras da un sorbo lento a su café.

—Las organizaba Rafa. A mí nunca me invitaban, claro. Lo entiendo, no creo que a Garrido, a Herrera y a sus amigos viejunos retirados les hiciera ni pizca de gracia emborracharse un sábado noche con un maricón como yo. Ni con dos pibas como Susana y como tú, claro… Y, oye, menos mal, porque no quiero ni imaginar lo que se hablaría en aquellas timbas. Pero a Víctor, sí. A él sí que le invitaban, desde el principio. Por tu cara de asombro, supongo que nunca te lo contó, ¿no?

—No tenía ni idea.

En su fuero interno, Olvido siente un pinchazo de traición al preguntarse por qué Víctor no le ha mencionado jamás dichas reuniones. ¿Noches de póker con Garrido y el comisario Herrera? Pero si Víctor no podía pasar más de dos minutos en la misma habitación que Rafa… Le despreciaba profundamente como ser humano, tan solo le respetaba por su pericia como artificiero. Sin duda, aquello hubiera sido objeto de conversación, incluso de cotilleo entre ellos. ¿Y Marga? ¿Tendría su esposa conocimiento de aquellas partidas quincenales, o tampoco le había contado nada a ella? En cuyo caso… ¿por qué no? ¿Qué pasaba en esas reuniones que fuera tan importante ocultar? No obstante, decide que lo más prudente en estos momentos sea quitarle hierro al asunto, aunque la suma de todas las informaciones que rodean a Víctor Navarro la tenga cada vez más al borde de la neurosis. Pero no necesita a Morata poniéndola aún más nerviosa.

—Lo que hace cada uno con su tiempo libre no es de mi incumbencia, no veo por qué habría de contármelo —

argumenta Olvido.

—Yo lo único que digo es que estoy seguro de que ahí se tramaban cosas. Es obvio que Garrido estaba metido en más de un chanchullo. Así que, sintiéndolo mucho, yo ya no pongo la mano en el fuego por nadie… ni siquiera por el comisario Herrera.

Un silencio impregnado de sospechas se adueña de la habitación.

—Inspectora, lo único que te pido es que me mantengas al tanto y no me dejes fuera de esto. Ese hijo de puta mató a Susana, nuestra compañera. El resto de delitos que haya cometido al abrigo de la brigada se han convertido para mí en algo personal. Necesito que cuentes conmigo para todo lo que tenga que ver con Rafa, ¿me lo prometes?

Olvido suspira.

—No te prometo nada, Morata. Por ahora, si no te importa, prefiero hacer algunas averiguaciones por mi cuenta. Necesito confirmar si la información que me dio Tania Crespo es fiable, antes de embarcarnos en una investigación oficial. Por no decir que necesitaré luz verde por parte del comisario, en el caso de que decidamos abrir una investigación. Cuando tenga algo más firme lo compartiré contigo, estate tranquilo.

Exactamente lo opuesto a tranquila es lo que está la inspectora Montalbán cuando se sube en su moto y pone rumbo al Hospital Nacional de Parapléjicos de Toledo.

Toledo

Lunes, 14 de marzo de 2016
12.30h

—Siento no haberte contado lo de las partidas de póker —se disculpa Víctor—. Pero creí que era mejor que no lo supieras. Y Morata, ¿cómo se ha enterado?

Hace un día caluroso. Demasiado, incluso, para la época del año. La inspectora Montalbán y su compañero toman una cerveza al sol en la terraza de la cafetería del hospital. Si no fuera por la silla de ruedas, Olvido diría que vuelve a ser el mismo de siempre. Incluso le ha encontrado animado, con un brillo renovado en la mirada, que la inspectora atribuye al esfuerzo y la capacidad de superación que siempre le han caracterizado. Le tranquiliza verle así. Con silla o sin ella, su espíritu no se ha quebrado. Pero el relato de las últimas averiguaciones en torno a Rafa Garrido ha oscurecido la alegría inicial del encuentro. Cada vez teme más descubrir que Víctor esté involucrado en alguna de las actividades ilegales del «pistolero». Si hay un ápice de verdad en la implicación de su mejor amigo en el caso, necesita estar en control de toda la información para gestionarla de la manera más delicada posible. Pero lo que necesita, lo que de verdad desea, es poder demostrarse a sí misma más allá de cualquier duda razonable que su compañero, el marido de su mejor amiga, sigue siendo el mismo policía recto e intachable que ella siempre ha creído que era. Infidelidades conyugales aparte.

—Ni lo sé ni me importa, Víctor. No olvides que somos todos policías. Lo que me cuesta entender es cómo se me ha podido escapar a mí, o por qué me lo has

ocultado.

Víctor desvía la mirada hacia un punto indeterminado del horizonte.

—Necesito que me cuentes qué ocurría en aquellas timbas. Necesito confirmar si eras tú el hombre al que vio Tania Crespo aquel día en casa de Rafa.

—Probablemente fuera yo, sí. Ya te he contado lo que ocurrió. El animal de Garrido le dio una paliza de muerte a su mujer. Después de meterlos a ella y a Eric en un taxi, me presenté en su casa. Habría sido capaz de matarle, pero el llanto de un bebé me descolocó por completo. La chica parecía estar bien, tranquila. Así que le dejé allí, medio inconsciente, y me largué.

—¿Por qué no le denunciaste, Víctor?

—Me he estado haciendo la misma pregunta a diario desde la masacre del instituto… Si le hubiera denunciado… ¿Habría podido alejar a Eric y a Elvira de aquella casa…? Pero no era tan sencillo.

Víctor emite un hondo suspiro antes de continuar.

—Rafa me tenía agarrado por los cojones.

Olvido abre los ojos de par en par, expectante. Resignado, Víctor continua con su relato.

—Una noche llegué a la partida de póker un poco antes de lo previsto. Garrido y el comisario Herrera estaban enseñándole un arma automática a los otros. Al percatarse de mi presencia trataron de esconderla, pero era más que evidente que lo había visto todo. Uno de ellos, un antiguo compañero de Herrera, les estaba entregando un sobre. Vamos, que les pillé *infraganti*. Rafa, con su amabilidad habitual, me explicó que mi vida sería infinitamente más fácil si hacía la vista gorda. Más tarde, Herrera me acorraló en un rincón y me dijo que me merecía una parte, por buen chico. Y era mucho dinero, Olvido… Nos habíamos metido en la compra del chalé, y los gastos de las reformas se estaban multiplicando. Luego

Marga se quedó embarazada… Lo más sencillo para todos era coger el dinero y no crear problemas. Oír, ver y callar.

Olvido se quita las gafas de sol, a pesar de que la hipersensibilidad a la luz es para ella como un punzón que le atraviesa las pupilas. Pero necesita mirar a su compañero directamente a los ojos.

—¿Me estás diciendo que aceptaste sobornos del comisario Herrera?

Víctor sostiene por unos segundos la mirada de la inspectora; luego desvía la vista de nuevo.

—Era más sencillo que enfrentarme a ellos. Pero ahora, con Garrido muerto, se acabó. Eran él y el comisario, hasta donde yo sé, y alguno de los contactos de la época en que trabajaron juntos en el País Vasco, pero desconozco la identidad de esas personas. Te lo juro, Olvido. Todo aquello se acabó. Sé que aceptar ese dinero estuvo mal, pero te pido por favor que te olvides de ello. ¡Por mí, por Marga! Además, no hay nada que hacer, no tengo pruebas. Presencié algún intercambio más —dejaron de esconderse ante mí—, pero siempre se trataba de pequeñas cantidades, una o dos unidades cada vez. Llegué a la conclusión de que se trataba de una cuestión de coleccionismo, más bien. Ya sabes cómo son estos chiflados de las armas, y el arsenal que tenía Rafa en su casa… ¿Qué querías que hiciera? ¿Enfrentarme a mi superior, a un comisario de la Policía Nacional? Quién crees tú que habría salido perdiendo, ¿eh?

Olvido trata de gestionar toda la información sin perder la compostura y gritarle que sí, que tendría que habérselo contado a ella, por supuesto, que resulta del todo intolerable permitir que la brigada se haya usado como un chiringuito para trapichear con armas de fuego. Le dan ganas de abofetearle, de sacudirle con todas sus fuerzas. Solo pensar que su amigo, la persona en la que más ha confiado en el mundo haya sido capaz de hacer

algo así, le revuelve el estómago hasta la náusea. Y aún no ha sacado los dos temas más importantes, las razones que realmente la han llevado hoy hasta allí. Así que respira hondo y se arma de valor para hacerle las dos siguientes preguntas.

—Víctor, hay un par de asuntos que me preocupan sobremanera. Así que no me andaré con rodeos. El primero: ¿tienes conocimiento de alguna otra actividad ilegal en la que estuviera involucrado Rafa Garrido?

—Si te refieres a lo que me has contado sobre esa mujer, Tania, y lo del bebé: no, rotundamente no. Quizá solo fue aquella vez, ¿no crees?

—No, Eric insistió en que hubo varias jóvenes que pasaron por su casa a lo largo de los años. Y me dio un nombre: «Aitor». El mismo que me ha dado Tania Crespo. ¿Cómo era ella físicamente, la recuerdas? Necesito confirmar si hablamos de la misma mujer, o si la chica con la que hablaste era otra distinta. Por otro lado, haz memoria… ¿Has visto alguna vez a ese tal Aitor?

—¡Nunca, no sé nada de ese tema, te lo juro! —se defiende Navarro—. Y no recuerdo a la chica, lo siento. Yo qué sé, joven, pelo largo, aspecto de toxicómana… Estaba mucho más preocupado por no reventarle la cabeza a Garrido después de la paliza que le había dado a su mujer. Pero sí, tengo que darte la razón en algo: el hecho de que Eric te pidiera que fueras a verle a la cárcel para contártelo me hace pensar que quería sacárselo de la conciencia. Me cuesta creer que mintiera sobre las mujeres que parieron en su casa, es una historia demasiado terrible para inventársela, pero te juro que yo jamás, ni en un millón de años, hubiera imaginado algo así. Jamás se habló de ello, ni dentro ni fuera de las partidas de póker. Nunca.

—¿Te das cuenta de la situación en la que me estás poniendo? —protesta la inspectora.

—Lo sé, pero eres tú la que ha venido aquí, haciendo preguntas —recalca Navarro—. Si quieres un consejo de amigo, no sigas por ahí, olvídalo. Si el comisario está implicado, habrá gente aún más poderosa en el ajo. Seguro. Tienes todas las de perder. Por suerte Garrido está muerto, ya no nos dará problemas. Hazme caso, lo más inteligente es que te limites a hacer tu trabajo, no te metas en líos.

—¡Estoy haciendo mi trabajo, Víctor! Soy policía y le he prometido a esa mujer llegar hasta el fondo del asunto, pero antes de empezar a excavar en el fango te doy la oportunidad de que me cuentes si voy a descubrir algo turbio sobre ti.

Olvido hace un verdadero esfuerzo por mantener la calma el tiempo suficiente que le lleva formular la siguiente pregunta.

—Así que no me queda más remedio que hacerte la segunda pregunta… Llevo meses dándole vueltas; supongo que ya sabes de lo que se trata. No he sido capaz de formularla hasta ahora, porque me aterroriza la respuesta. Pero necesito la verdad. Víctor… ¿ordenaste tú el asesinato de Eric Garrido en prisión?

Víctor levanta la vista y esta vez clava en Olvido una mirada impávida. No sale ni una palabra de su boca. La inspectora duda; no sabe si su compañero se siente acorralado o ultrajado.

—La investigación ya está en marcha —agrega Montalbán—. He tenido acceso a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Aquella noche estuvieron apagadas durante treinta y cinco minutos. Según el informático, fue un apagón espontáneo. Te repito la pregunta: ¿ordenaste tú el asesinato de Eric Garrido?

—¿Llevas un micro, o qué? ¿Has venido a visitarme o a interrogarme? —ruge el policía.

La inspectora se levanta la camiseta y le muestra el

sujetador negro, deportivo. No lleva ningún dispositivo pegado al cuerpo.

Víctor esboza algo parecido a una sonrisa, entre cansado y aliviado.

—No tuve que «ordenar» nada. Supongo que lo hicieron encantados. Yo no le daría más vueltas. Una puerta que se queda abierta, una visita inesperada a medianoche. Ocurre todos los días.

—Y el apagón también, ¿no? Pura casualidad.

Víctor se encoge de hombros.

—Ya no sé cómo explicártelo. Te juré que haría cualquier cosa por ti. Que te protegería siempre. De haber sido necesario, habría hecho cualquier cosas para asegurarme de que no hablara, que no contara lo de Sofía. Pero no encontrarás nada que me relacione con su muerte.

—Voy a hablar con tu amigo Marcos.

—No te molestes; ya no trabaja allí.

—¿Le pagaste? ¿Dónde está?

—No tengo ni idea. Imagino que fuera de España. Y no, como te decía antes, no ha habido dinero de por medio. Me importan un bledo los detalles. Solo sé que habría sucedido, antes o después. El crío tenía razón, no habría sobrevivido ni una semana fuera del módulo de aislamiento.

Olvido sostiene la mirada de su compañero, y siente que la nube que acaba de ocultar el sol le deja el cuerpo destemplado. Un escalofrío de fiebre le atraviesa la médula. Ninguno de los dos se atreve a pronunciar palabra hasta que la inspectora se levanta de su silla, extenuada y, sin fuerzas siquiera para despedirse, se aleja en dirección a la salida.

—¡Olvido! —grita Navarro, antes de que se marche.

La inspectora, desganada, retrocede unos pasos para escucharle.

—Por favor, no me traiciones. Soy consciente de que

he cometido muchos errores, pero lo he hecho todo por ti, por nosotros, por Marga. No podría soportar…

Montalbán le interrumpe antes de que termine de hablar.

—¿Que no te traicione? ¿Por eso insististe tanto en cubrirme con lo de Sofía Torres? ¿Para tener algo con lo que chantajearme si descubría que habías estado aceptando dinero sucio?

—¡Claro que no!

—Ponte en mi lugar, Víctor. Siento que ya no puedo confiar en nadie, ni siquiera en ti.

—Soy yo, Olvido, tu amigo, tu compañero. Soy la misma persona de siempre.

—No, Víctor, ya no. Después de lo que me has contado, yo ya no te conozco.

9 AÑOS ANTES

Jueves, 21 de junio de 2007

—He dudado mucho sobre si era adecuado celebrar este año el cumpleaños de la niña. La muerte de Julen me parece aún tan reciente…—comenta Leire sentada en el sofá, mientras degusta un trozo de tarta de chocolate. El salón de la casa está decorado con guirnaldas, serpentinas y globos de colores.

—Es lo mejor que podías hacer, Leire, cariño —confirma su amiga Estíbaliz, dando cuenta asimismo de un buen pedazo de pastel—. La vida sigue.

La hermana Dulce, sentada junto a las dos mujeres, asiente en silencio mientras mastica su porción de tarta y da pequeños sorbos a una taza de café con leche. A pesar de que el matrimonio había finiquitado su deuda con ella hacía tiempo, a Leire le agradan sus visitas y ha tomado por costumbre continuar dándole un donativo mensual «para la congregación». En realidad, Leire intuye que ese dinero va directo al bolsillo de la religiosa, que de cuando en cuando aparece con un bolso nuevo, un bonito pañuelo de seda o deja adivinar el aroma de un perfume caro.

—Sí, estoy convencida de que él lo hubiera querido así —asiente—. Y eso que no todo fue un camino de rosas, no te creas. Ya sé que de puertas afuera podía parecer el marido perfecto, pero nuestro matrimonio tuvo muchos altibajos. Me he sentido tan sola con todos los problemas de Nerea… No puedo decir, en justicia, que Julen fuera un marido ideal. En fin… —suspira, introduciendo una estudiada pausa dramática en la conversación—. La niña

le echa mucho de menos, así que no me queda más remedio que intentar compensar su ausencia. Ahora me toca hacer de madre y de padre, imagínate…

Una decena de niños y niñas —entre primos, primas y compañeros de colegio de Nerea— corretea por la casa, jugando y bailando al ritmo de la música infantil que brota del equipo de música. Otra de las amigas de la cuadrilla de Leire se une a la conversación.

—¿Qué tal, bonita? ¿Cómo lo llevas? Siento que no hayamos charlado mucho desde el funeral… Al final, como siempre, lo urgente no deja tiempo a lo importante.

—No te preocupes. Si te digo la verdad, estos meses se me han pasado volando, entre todo el papeleo, la herencia, los médicos de Nerea…

—La veo muy bien, ¿verdad, Esti?

—Sí, lo hemos comentado antes, parece que la pobre empieza a remontar.

—Está mucho mejor —confirma Leire—. Me dio un susto muy grande tras lo de Julen. No comía nada, tuve que llevármela a urgencias un par de veces, desmayada, un susto… Y yo aquí, sola con ella… Por lo visto estaba deshidratada, pobrecita, yo creo que de tanto llorar… La estoy mimando mucho. Ahora está pasando una buena época; no se separa de mí, es tan cariñosa… Creo que está volcando en mí todo el amor que no puede darle a su padre. La adoro. Está pendiente de mí, me cuida, me busca todo el rato… Esperemos que dure, ojalá no vuelva a caer enferma.

—Ay, sí, toquemos madera —dice Estíbaliz, y las tres amigas se apresuran a tocar la mesita que tienen ante ellas.

Nerea está en su cuarto con dos amigas del colegio. Mientras cubren el suelo de peluches, muñecas, coches y construcciones de madera, una de ellas pregunta:

—Nerea, ¿ya no te vas a morir?

La niña se pone lívida ante la pregunta.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, es que me daría mucha pena que te murieras. Como siempre estás enferma… Mi madre me dijo que los niños que entran y salen tanto del hospital a veces se mueren.

—Mira que eres bruta, Lore… —contesta la otra niña —. Eso no es cierto. Además, que Nerea no ha estado «siempre» en el hospital, ¿a que no? No está «siempre» enferma. Seguro que tienes muchas fotos jugando en la playa, en el parque y esas cosas…

La pequeña, un poco mosqueada con el tema, decide comprobarlo por sí misma.

—Esperadme aquí.

Entre el barullo de la fiesta, Nerea se cuela en el dormitorio de su madre. Ha visto mil veces los álbumes de fotos que reposan en la estantería, frente a su cama, pero nunca le ha dado por hojearlos. Toma un par de ellos. En el lomo se lee: «Nerea 3/4 años» y «Nerea 5/6 años», respectivamente. A hurtadillas, se los lleva de nuevo a su cuarto para verlos con sus amigas. Lo que encuentra en su interior le pone la piel de gallina. El noventa por ciento de las fotografías la muestran tendida en la cama de un hospital, paseando por sus pasillos agarrada a un gotero, o posando con médicos y enfermeras. En prácticamente ninguna de ellas aparece su padre y, si lo hace, es con un ostensible gesto de desolación. Por contra, su madre aparece en numerosas ocasiones, mostrando una sonrisa despreocupada de oreja a oreja, abrazada al personal médico como quien posa con su cuadrilla ante el Taj Majal o el Machu Pichu en un viaje de placer. Hay tres o cuatro fotos sueltas, como había apuntado su amiga, en las que Nerea aparece paseando por La Concha, montando en el tiovivo frente al ayuntamiento o bajo las luces navideñas

del Bulevar. Incluso hay una foto de ella —pálida como la nieve— y su madre frente a la Estatua de la Libertad. Un viaje del que no recuerda apenas nada más que un intenso dolor en el vientre, acompañado de vómitos y fuertes náuseas. Pero la abrumadora mayoría de los recuerdos fotografiados por su madre tienen que ver con los momentos en los que Nerea ha estado más enferma.

—Bah, seguro que hay más álbumes por ahí… —concluye Lore, que se olvida al instante del tema y vuelve a disfrutar de los juguetes. Pero la niña ha conseguido sembrar en Nerea una pequeña semilla de desazón. Antes de devolver los álbumes a su sitio, extrae una foto suya con su padre. En ella, Julen la lleva en brazos y sonríe feliz a la cámara. Están en lo alto del Monte Igueldo en un luminoso día de verano, con la bahía de La Concha de fondo. Nerea, también sonriente, mira a su padre con devoción. Tendría unos cuatro o cinco años, pero los recuerdos de aquella tarde vuelven a su mente con todo lujo de detalles. Se da cuenta de que no se sentía así de feliz desde… desde ya ni sabe.

Poco a poco, los invitados se van marchando. Al final de la tarde tan solo quedan ya la omnipresente hermana Dulce, su prima Itziar, que tiene doce años —lo que a ojos de Nerea es prácticamente un abismo generacional— y su tía Maritxu, la madre de Itziar. Maritxu es… era… la hermana mayor de Julen, y siempre ha tenido una relación excelente con su hermano y con Leire. Las cuñadas se afanan en recoger los restos de la fiesta, mientras Nerea e Itziar charlan en un rincón del salón. La hermana Dulce desaparece por el pasillo justo en el momento de comenzar a recoger, probablemente en dirección al cuarto de baño. La prima mayor deduce, por la expresión del rostro de la pequeña, que algo le ronda la mente.

—¿Qué ocurre, Nerea? ¿No te lo has pasado bien? ¡Siete añazos ya! Lo llaman la edad de la razón.

—Sí, no es eso… Es solo que…

Nerea se muerde la lengua, temerosa de decir algo inconveniente.

—Cuéntame —le anima su prima–. Ya sabes que puedes hablar conmigo siempre que quieras. Yo quería mucho a tu padre, ¿sabes? Era mi padrino. Seguro que hoy le has echado mucho de menos, ¿verdad?

Nerea asiente con la cabeza, taciturna.

Itziar la abraza, tratando de consolarla.

—Poco a poco será más fácil de llevar, ya lo verás… Mira tu madre, qué fuerte es. Primero lo de Ander, luego tu padre…

—¿Lo de Ander?

—Lo de Ander fue un palo —reconoce Itziar, ajena a la expresión que se dibuja en el rostro de su prima—. Era tan pequeño, y fue todo tan de repente… Imagínate, ahora tendrías un hermano mayor.

—¿Un hermano? —pregunta Nerea, confusa.

Itziar se la queda mirando fijamente tratando de dilucidar si, realmente, la niña no sabe nada sobre de la existencia de Ander, o si le está gastando una broma de mal gusto. Tras unos minutos, comprende que la pequeña no finge.

—Ay, ama… espero no haber metido la pata, pero, la verdad… ¡todo el mundo sabe lo de Ander! Nunca me dijeron que fuera un secreto.

—¿Dices que… que tuve un hermano mayor que… que murió?

—Sí, ¡pero te lo han tenido que contar! Igual no te acuerdas… —razona Itziar, tratando de encontrar una explicación lógica—. Murió antes de cumplir el año. «Muerte súbita», dijeron. Así, de repente. No sé, yo era muy pequeña. Pero tiene que haber fotos de él por la casa, ¿no?

Nerea se encoge de hombros.

—En el cuarto de mis padres hay álbumes de fotos, pero solo he mirado algunos.

—¿Y no había ninguna de Ander? —se extraña Itziar, levantando un poco la voz. En ese preciso instante, Leire y su cuñada hacen acto de aparición en el salón, justo a tiempo de escuchar con total nitidez la última frase.

—Tía Leire, dice Nerea que no ha visto ninguna foto de Ander, ¿tienes alguna por ahí?

Maritxu recoge a toda velocidad su bolso y, tirando del brazo de su hija, esboza una rápida disculpa y se esfuma de la escena a la velocidad de una medallista olímpica. Ella sabe bien que la razón por la que no hay ni rastro de Ander en aquella casa es porque su hermano Julen no había logrado superar nunca la muerte de su hijo; nadie se ha atrevido a volver a mencionar el nombre del niño en su presencia. Ahora, teme que la ingenuidad de su hija haya desatado una pequeña tempestad y prefiere no ser testigo de la triste conversación que Miren está a punto de mantener con Nerea. Nada más desaparecer, la hermana Dulce regresa al salón. Leire se sienta en el sofá junto a su hija, ocupando el hueco que ha dejado Itziar.

—Verás, cariño… tu padre y yo nunca encontramos el momento adecuado para contártelo, pero sí, es cierto. Antes de que tú nacieras tuvimos un niño, Ander, que falleció repentinamente. Por eso luego, cuando llegaste tú, nos pusimos tan contentos. Llenaste nuestra casa de alegría —explica Leire, abrazando a su hija—. Para nosotros era muy doloroso recordarle, ese es el motivo por el que no hay ninguna foto suya por aquí, pero puedo enseñarte alguna que tengo guardada, si quieres.

Nerea permanece rígida en el asiento. Siempre ha sido una niña muy madura. Quizás excesivamente madura para su edad. Los descubrimientos de aquella tarde, unidos a la desgarradora ausencia de su padre, han eclipsado por completo la alegría de la celebración. Además de triste,

Nerea se siente extrañamente malhumorada. Hay algo flotando en el ambiente que le resulta insoportable. Se siente en el centro de algo turbio, de una gran mentira.

A pesar de su corta edad, Nerea percibe que la actitud de su madre en los últimos meses resulta llamativa, en el peor de los sentidos. Para empezar, apenas ha llorado tras la muerte de su padre. *Hay que ver Leire, qué mujer más fuerte,* dice todo el mundo. Pero a Nerea le habría gustado poder llorar con ella, derrumbarse, abrazarse y consolarse la una a la otra. Eso no ha sucedido. Es más, una noche en que la pequeña se encontraba realmente mal, tanto física como emocionalmente, se despertó de madrugada y rompió a llorar y a llamar a su padre por toda la casa. Gritaba *¿por qué te has ido?,* y *¡te echo tanto de menos!* Sus lamentos habrían partido el corazón de cualquier ser humano que hubiera presenciado la escena. No así el de Leire que, desconcertada ante la situación, le propinó a Nerea un rotundo bofetón.

—¡Cálmate, estás histérica! —fue todo lo que le dijo —. Vuelve a la cama ahora mismo, ¡y a dormir!

Nerea obedeció, aturdida ante la falta de empatía de su madre. Su reacción le había sorprendido tanto, era *tan* lo opuesto a lo que cabría esperar, que le costó unas horas sofocar el llanto. Una noche más, tuvo que amortiguar la pena y la rabia apretando con fuerza la cara sobre su almohada.

La hermana Dulce interviene en la conversación, sacándola abruptamente de sus recuerdos.

—Nerea, ahora que tu padre ya no está, es tu obligación cuidar de tu madre. No te imaginas los sacrificios que han hecho por ti, los dos.

—Pero… yo soy solo una niña… —responde Nerea, abrumada por la repentina carga que la monja impone sobre sus hombros.

—Lo que la hermana quiere decir es que tenemos

que cuidarnos la una a la otra —aclara Leire—. Yo siempre cuidé de tu padre, igual que hice con Ander, y ahora contigo. Siempre estaré a tu lado, mi amor.

—Mamá… Dime la verdad… ¿Por qué siempre estoy enferma? ¿Me voy a morir, como aita y como Ander? —suelta al fin Nerea, conteniendo la respiración.

—¡Pues claro que no, cariño! Madre mía, ¡pero qué cosas se te ocurren! Ay, hermana, esta niña a veces tiene cada cosa… ¿Por cierto, quiere que la acerquemos al convento? Ya está oscureciendo —espeta Leire, cambiando abrupta y conscientemente de conversación.

—No, por Dios, no te preocupes. Mi sobrino, Aitor, viene a recogerme. Ya debe estar abajo.

—Anda Nerea, vete a tu cuarto y ponte el pijama, que ya es muy tarde. Ahora te llevo un trozo de tarta y un vaso de leche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde la pequeña, arrojándose en los brazos de su madre—. Buenas noches, hermana Dulce —dice, antes de meterse en su habitación.

Tras despedir a la religiosa, Leire termina de recoger los restos del cumpleaños y se dirige a la cocina. Con una sonrisa en los labios, corta un trozo del pastel y lo pone en un plato de cartón rosa con dibujos festivos. A continuación, coge de la despensa un paquete de disolvente a medio terminar que está escondido detrás de un bote de tomate. Toma media cucharada sopera y la vierte con cuidado en el interior de un vaso, al que añade la leche, el Cola Cao y dos cucharadas de azúcar. Aguarda pacientemente frente al microondas durante un minuto a que se caliente el brebaje y, anticipando con deleite una intensa noche en urgencias, se dirige al cuarto de Nerea para asegurarse de que no deje ni una gota.

Lunes, 14 de marzo de 2016
16.00h

No ha pedido cita con el comisario. Tras abandonar el hospital de Toledo, Olvido se ha presentado directamente en su despacho. Ha conducido todo el camino hasta Madrid planeando cuidadosamente cómo plantear la cuestión, qué información revelar y cuál dejar a un lado (por el momento). Ahora sabe demasiado sobre su superior; ojalá Víctor no le hubiera contado lo de las partidas de póker y la venta de armas. En cualquier caso, decide que va a aparcar ese tema, por ahora. Coincide con su compañero en que lo más probable es que, tras la muerte de Garrido, ese «pequeño negocio» se haya ido al garete, pero no puede obviar que tiene dos testimonios que apuntan a un delito muchísimo más grave. Las acusaciones de Tania Crespo y de Eric Garrido sobre una posible red de tráfico de seres humanos guardan demasiada similitud entre ellas como para ser falsas. Así que hoy no sacará el tema de las armas… No puede permitirse el lujo de que Herrera se sienta acorralado.

El despacho de su superior huele a madera rancia y a tabaco, a pesar de la prohibición de fumar en interiores. El cenicero lleno de colillas que se alza ostentoso, desafiante, en una esquina de la mesa de roble del comisario, viene a confirmar tanto su desprecio por la ley antitabaco como el origen de la peste que impregna muebles y alfombras.

—¿A qué debo el imprevisto honor de su presencia, inspectora?

—Me temo que no se trata de una visita de cortesía, comisario. Vengo a pedirle permiso para abrir una

investigación sobre una posible actividad de trata de seres humanos en la que varios testimonios señalan a Rafael Garrido como facilitador necesario.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere con «trata de seres humanos»? ¿Prostitutas, tráfico de inmigrantes…? ¿De dónde coño ha salido esto ahora, de qué testimonios habla? —pregunta Herrera, aturdido.

—Según mis fuentes, estaríamos hablando de una actividad de compraventa de recién nacidos. Por el momento no puedo revelar la identidad de mis informantes, comisario. No, hasta que consiga reunir algunas pruebas. Pero sí puedo confirmarle que Eric Garrido ya me habló de ello en prisión y que…

—Mire, inspectora —interrumpe el comisario—. Ya sé que todo lo que rodea a Rafael Garrido sigue siendo material muy sensible, no solo para la brigada, sino para la población española en general, y para el Cuerpo Nacional de Policía en particular. ¿Tiene usted la menor idea de la cantidad de interrogatorios a los que me he visto sometido en los últimos meses? ¿Comprende usted la presión que, como su superior, he tenido que soportar?

La presión sanguínea del comisario, comprimida en la vena hinchada de su cuello, que amenaza con estallar, va subiendo por momentos.

—Lo sé, comisario, y lo entiendo. Pero, créame, no le molestaría con esto si no contara con unos indicios fiables de que…

El comisario propina un violento y repentino golpe sobre la mesa, que sobresalta a Olvido. En los años que lleva bajo su mando, nunca le había visto tan alterado.

—¡Se lo voy a decir muy claro, inspectora: el tema de Garrido se acabó! ¿Me ha entendido? ¡Se acabó! ¡No tengo ni idea de en qué tipo de actividades podría estar involucrado, pero solo me faltaba ahora que empiecen a surgir cosas nuevas! Además… ¿Bebés robados? ¿En la

actualidad? Hubo casos en la dictadura, pero ¿a quién puede beneficiar poner a funcionar el ventilador de la mierda a estas alturas?

Herrera se da cuenta de que ha elevado en exceso el tono de voz y se remueve en su silla, tratando de serenarse.

—No hay que hacer caso a cualquier pirado que venga ahora buscando un poco de notoriedad al hilo de la figura de Garrido —continúa, algo más calmado—. Por desgracia, ese apellido forma ya parte de la historia negra de este país, y seguro que nos van a salir sinvergüenzas y desaprensivos de debajo de las piedras.

—Comisario, tengo la firme sospecha de que ha habido casos mucho más recientes, tanto en Madrid como en otras ciudades, y creo que Garrido formaba parte muy activa de ello.

—¡No! No lo creo posible. Sobre todo, no veo plausible que pudiera ocultar algo así durante mucho tiempo. Necesitaría toda una red, una infraestructura… Demasiado complicado. No es como si trapicheara con… —el comisario se muerde la lengua y reacciona con rapidez—. Tal vez haya estado metido en actividades no del todo lícitas en el pasado, se lo concedo, pero todo eso se acabó. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Olvido comienza a tener la intuición de que, después de todo, puede que Herrera no sepa nada en realidad de este tema concreto. Está claro que quiere protegerse de cualquier investigación que pueda acabar levantando el polvo de debajo de la alfombra y salpicándole, pero le da la impresión de que su reacción ante el tema de los recién nacidos es de genuina sorpresa.

—Solo le pido que me dé la posibilidad de investigarlo. Si no logro encontrar nada en un par de semanas, se acabó, se lo prometo.

—Lo siento, Montalbán, la respuesta es «no». Lo que

ha ocurrido este año nos ha superado a todos, pero hay que mirar hacia delante; esto debe marcar un nuevo comienzo para la brigada. Tenemos que pasar página, no vamos a permitir que se genere más ruido en torno a los Garrido, bastante daño han hecho ya padre e hijo. No quiero arriesgarme a que Asuntos Internos desmantele la nueva brigada; tenemos un montón de casos importantes entre manos así que, inspectora, le recomiendo que se ponga con ellos o que se tome unas vacaciones. Por mi parte, puede disponer de todos los días de permiso que necesite, se lo ha ganado.

—No creo que sea necesario, comisario. En fin… gracias por atenderme.

La inspectora Montalbán y el comisario Herrera se despiden con un firme apretón de mano.

—Por cierto, si habla con Navarro, dígale que le mando un abrazo, y que confío en tenerle muy pronto de vuelta entre nosotros.

—De su parte —responde Olvido, antes de cerrar la puerta del despacho tras de sí.

Motivos

Viernes, 1 de abril de 2016

Han pasado dos semanas desde que Olvido se reunió con el comisario. Dos semanas en las que no ha sido capaz de sacar adelante ni un solo informe. No logra centrarse en nada, no puede leer, no es capaz ni de ver una película entera. Por su cabeza desfila un mosaico infinito de piezas tan aterradoras como inconexas, que la mortifican dormida o despierta. En sus pesadillas aparece un hombre alto y fuerte que le arranca un bebé de entre los brazos. Al fondo, Víctor cuenta billetes sobre una mesita baja, ajeno a todo, y los gritos desgarrados de varias jóvenes se escuchan al fondo de un pasillo interminable y oscuro, suplicando que no se lleven a sus hijos. Luego Eric Garrido se acerca a ella y le planta una pistola en la frente… Y es entonces cuando Olvido se despierta de un brinco, con el corazón al galope y cubierta de sudor y lágrimas.

La noche anterior no ha podido pegar ojo. Se la ha pasado sentada frente a la mesa del comedor tratando de organizar la información que tiene, que no es mucha.

Lo que sabe:

—Ha salido varias veces la referencia al País Vasco, y tiene un nombre: «Aitor», así que concluye que, si se decide, deberá empezar a explorar por allí.

—También sabe que Herrera y Garrido estuvieron destinados varios años en San Sebastián, por lo que seguramente ahí también haya un hilo del que empezar a tirar.

—El comisario y Rafa Garrido son cómplices en un negocio de venta de armas. Víctor también lo es, por haber

cobrado sobornos a cambio de su silencio.

—Rafael Garrido y el tal Aitor son los principales artífices en el asunto de la compraventa de bebés, actividad de la cual no parecen tener conocimiento, a priori, ni el comisario ni Víctor. Según Tania Crespo, a Aitor le acompañaba una mujer, de cuya identidad no hay dato alguno.

—Sabe que no va a tener apoyo policial así que, si decide investigar el caso, tendrá que hacerlo por su cuenta, sin presupuesto y de manera clandestina.

Lo que siente:

—Sabe que, siga adelante o no, su confianza en Víctor Navarro está completamente rota; no solo no puede contar con su ayuda, sino que, en algún momento, tendrá que declarar en su contra y revelar todo lo que sabe, amén de lo que pueda averiguar en el futuro. No obstante, no resultaría prudente hacer saltar la liebre todavía. Juega con la ventaja de que no haya ninguna investigación «oficial» en marcha, por lo que las actividades ilícitas del subinspector tendrán que esperar su turno en la lista de prioridades.

—La perspectiva de volver a San Sebastián le oprime el pecho. No ha regresado por allí ni ha vuelto a ponerse en contacto con su madre desde que se escapó con Marga del colegio de San Juan de Luz.

—Juega con la ventaja de conocer el terreno, y eso le causa cierta seguridad.

—Y, lo más importante de todo… En lo más profundo de su ser, sabe que este, y no otro, es el verdadero motivo por el que decidió hacerse policía.

PARTE 2

Dos monjas

Jueves, 2 de junio de 2016

Olvido Montalbán no tiene la culpa de que haya muerto tanta gente a su alrededor. Aunque en días como hoy, le resulta difícil no cuestionar sus decisiones.

Olvido no cree en Dios, ni en el karma, ni en ninguna de esas gilipolleces. Pero cuando se ve enfundada en un hábito de novicia, cubierta de sangre, sosteniendo a un recién nacido en una mano y una pistola humeante en la otra, digamos que su escala de convicciones se reajusta.

Olvido corre con el bebé en brazos, corre lo más rápido que puede, pero a tan solo unos metros de la comisaría de Ondarreta se vuelve para cerciorarse de que la monja que escapa con ella no se quede atrás, se desmaye o alguien trate de herirla.

—¡Corre, por lo que más quieras! ¡Ya no queda nada! —grita la inspectora.

Pero la religiosa se ha detenido en medio de la calzada, desierta a esas horas de la madrugada, y parece indecisa. Está al límite de sus fuerzas.

Olvido no puede permitirse perder un tiempo que no tienen, así que deshace sus pasos hasta llegar a ella y la agarra del brazo.

—Tengo que volver al convento. No puedo abandonar a mis hermanas… —solloza la mujer. Olvido puede leer el terror en sus ojos.

—Deja que la policía se ocupe de eso, ¡ahora lo único importante es ponernos a salvo!

—No, no puedo… Tengo que volver, alguien tiene

que protegerlas…

—¿Protegerlas? Y a ti… ¡dime! ¿¡Quién te ha protegido a ti de Aitor!?

El caserío

DOS MESES ANTES

Sábado, 2 de abril de 2016

Como suele ocurrir con los recuerdos de la infancia, ahora que lo tiene delante el edificio le parece algo más pequeño. Olvido deja la moto en una zona habilitada como aparcamiento y examina el cartel de madera tallada que da la bienvenida a los clientes: «Hotel rural Monte Jaizkibel».

Dejar Madrid sin levantar sospechas no ha sido tan sencillo como pensaba. Primero tuvo que enfrentarse a las lágrimas de Marga, y al sentimiento de culpa por volver a mentirle (una vez más). Pero parece que, finalmente, tanto ella como los miembros de la brigada se tragaron la historia del parón necesario, de las merecidas vacaciones, y ahí está ahora, de regreso a la tierra de la que salió un día, con quince años, para no volver.

La versión oficial es que ha cogido la moto, ha desconectado el móvil, y durante unos meses piensa aislarse del mundo para recomponerse tras la tragedia del instituto, para no pensar, para disfrutar. Marga le ha comprado la idea de volver a París a visitar a sus antiguas amistades, las que hicieron durante los años que vivieron allí como «fugitivas», recién escapadas del internado.

—En el fondo me das mucha envidia. Ojalá pudiera acompañarte —cedió, al fin.

Después, le ha dicho, recorrerá Francia en moto de norte a sur, y puede que cumpla también su sueño de ir a

Italia. El verdadero plan ahora es, no obstante, pasar lo más desapercibida posible e intentar recabar toda la información que pueda sobre el tema de los bebés. De alguna manera, y por retorcido que parezca, siente que se lo debe no solo a Tania Crespo, sino también a Eric Garrido.

Morata tampoco se lo ha puesto fácil. Pasar de la noche a la mañana a hacerse cargo de la brigada le ha sobrepasado, y la idea de no poder contactar con Olvido durante unos meses le ha dejado de lo más intranquilo.

—Lo harás bien, Lucas. Tampoco es que seamos neurocirujanos.

—¿Y no podrías tener el teléfono encendido, por si acaso?

—Intentaré consultar mi correo electrónico, pero te ruego que no me escribas a no ser que sea estrictamente necesario. Necesito desconectar de verdad de la brigada, lo entiendes, ¿verdad? No quiero tener que regresar a las dos semanas. Sé que puedes hacerlo.

Lucas Morata asintió con languidez, más resignado que convencido. La inspectora dudó por un instante, pero se mantuvo firme en su decisión de no involucrarle en la investigación que había decidido emprender por su cuenta. Tanto por él, como por lo que pudiera averiguar sobre las actividades de Víctor Navarro, de Rafa Garrido o del comisario Herrera, la única opción ética era asumir el riesgo y las consecuencias de sus acciones sin implicar a sus compañeros.

Olvido se arma de valor y pulsa el timbre junto al gran portón de entrada al caserío. Una mujer sonriente, con pelo corto y aspecto jovial abre la puerta y le da la bienvenida.

—¿Conoces la zona? —le pregunta, después de hacer el registro de entrada.

—Un poco —miente Olvido—. Veraneaba por aquí de pequeña. Antes esto no era un hotel, ¿verdad? Recuerdo jugar en la ladera del monte, entre los caseríos…

—Abrimos hace dos años. La reforma llevó más tiempo del que nos hubiera gustado —suspira la mujer—. Pero ha merecido la pena, ¡el negocio va viento en popa!

La dueña del hotel le tiende un mapa y le indica las principales actividades turísticas de la zona, la forma más rápida de llegar a San Sebastián y un sinfín de recomendaciones que Olvido recibe sin interrumpirla. No sabe muy bien porqué ha omitido el hecho de que conoce la región al dedillo, pero sin duda es más fácil así.

—¿Te puedo pedir un favor? —pregunta, cuando la mujer acaba de hablar.

—Claro, dime.

—Me gustaría alojarme en la habitación del primer piso, la que da al jardín delantero. Me he fijado antes de entrar y me imagino que debe tener unas vistas fabulosas.

—¡Por supuesto! Es una de las más bonitas. Voy a por la llave y te acompaño.

16 AÑOS ANTES

Sábado, 17 de junio de 2000

La joven se incorpora de un respingo en la cama. No sabe si lo que la ha arrancado tan abruptamente del sueño ha sido la primera contracción o el bramido del trueno que retumba en todo el valle, produciendo un eco estremecedor. La segunda contracción, que llega diez minutos después, confirma sus sospechas: está de parto.

Hasta el último de los rincones del caserío —en el que lleva ya tantos meses recluida— se ilumina con el resplandor del siguiente rayo. Inmediatamente después, el trueno. La tormenta se está acercando a la misma velocidad con la que se van desencadenando las contracciones, y una inesperada sensación de pánico se apodera de ella con cada sacudida. No ha dedicado demasiado tiempo a pensar en ese momento. Ahora se pregunta por qué. *¿Es que creías que no iba a llegar nunca?* Se da cuenta por primera vez de que nada le ha parecido real hasta ese preciso instante. Ni siquiera los movimientos del bebé en su interior, no demasiado distintos a una mala digestión, ni la incomodidad de su vientre abultado. De alguna forma su mente, práctica hasta rayar con lo absurdo, se las ha ingeniado para mantenerla disociada de la realidad de su estado.

Lo cierto es que ni Unai ni ella tuvieron tiempo de contarle a nadie lo del embarazo. Ni tan siquiera a los amigos de la cuadrilla, ni a un profesor. Estaban tan aturdidos por la noticia que no tenían ni idea de cómo actuar. Habían

planeado contárselo juntos a sus padres, pero no hubo tiempo. El descubrimiento lo hizo su madre una mañana en que, por descuido, entró en el cuarto de baño cuando su hija salía de la ducha. Ya estaba de cuatro meses y, aunque los amplios jerséis y sudaderas que había optado por lucir en las últimas semanas habían hecho bien su trabajo, la forma redondeada de su vientre desnudo no dejaba lugar a dudas.

—Hija, ¿no entiendes que no puedes ser madre, que tú…? —le había preguntado, aquella mañana de mediados de enero.

—Que yo, ¿qué? —cuestionó la muchacha.

—Ya lo sabes, hija, no me hagas decirlo. Tú eres… especial.

—¿Acaso crees que soy retrasada, es eso…? Dilo, mamá, ¿es eso?

La mujer retiró la mirada, el mentón tembloroso, los ojos empañados.

—No, cariño. Eres… diferente. Mucho más inteligente que los demás, no cabe duda… Pero no te imaginas lo que es cuidar de un bebé. No vas a poder con ello.

La chica había decidido poner punto final a aquella conversación antes de que se dijeran cosas que no se pudieran retirar. Se enfundó en una toalla y se encerró en su dormitorio. Una vez a solas se golpeó la cabeza con la mano, una vez, dos veces, tres. *¡Estúpida, estúpida, estúpida!* Anduvo en círculos por la habitación y después se sentó en el borde de la cama y comenzó a balancear su cuerpo, hacia delante y hacia atrás, adelante y atrás, con un movimiento suave y continuo, hasta que logró tranquilizarse y devolver a su corazón un ritmo sosegado.

Después de aquello hubo gritos. Muchos gritos. Y una reunión en casa de los padres de Unai, por supuesto. Y

acusaciones terribles por ambas partes. *La niña no tiene disciplina por falta de padre. Vuestro hijo ha abusado de la mía. Voy a poner una denuncia. ¿Qué buscas, dinero? Soluciónalo como quieras, no tenemos claro que Unai sea el padre…* Y de nada sirvió que Unai y ella lloraran, gritaran y no quisieran soltarse de la mano. Un bofetón de su padre hizo que el joven cayera al suelo, momento que la mujer aprovechó para llevarse a su hija en volandas de aquella casa. Y ya está. No les permitieron volver a verse, ni llamarse, ni escribirse. La mujer la sacó del edificio aquella misma noche, de madrugada. Condujo histérica hasta el caserío, y la joven no había vuelto a pisar San Sebastián ni a tener contacto con su vida anterior desde entonces. El teléfono fijo del piso inferior, el único de la casa, tenía un candado. Solo su amona y su madre podían hacer uso de él. *Esto es un secuestro*, se decía, pero aun así nunca perdió la esperanza de que las cosas cambiaran una vez que naciera el bebé y su madre le viera la carita a su primer nieto.

La muchacha se ha perdido en el recuerdo de aquella escena, pero la tercera contracción la devuelve de golpe a la realidad. No es consciente del gemido animal que acompaña al dolor hasta que su madre aparece en el umbral de su cuarto. Mira el reloj de la mesilla de noche: las dos y media de la madrugada. La ha despertado con sus gritos.

—¿Qué pasa, hija? ¿Ya viene?

Ella asiente con la cabeza, asustada, y se incorpora en la cama. Trata de levantarse, y rompe aguas nada más poner un pie en el suelo.

—Mamá… —gimotea—. Quiero ver a Unai. Por favor… por favor… —le suplica.

La mujer ignora las palabras de su hija y baja apresuradamente las escaleras. La joven se derrumba sobre

la cama; está temblando de miedo. Cuando su madre regresa a la habitación, acompañada de su abuela, ya se ha resignado a dar a luz sin la presencia del padre de la criatura. Se pregunta dónde estará él en ese preciso instante. Lo imagina durmiendo plácidamente en su cama, en la que tantas veces han hecho el amor, aprovechando las ausencias de sus padres… Si aspira profundamente, logra recordar con nitidez el olor de las sábanas, el de su cuerpo, el calor de Unai tendido junto a ella. ¿Volverá a verle algún día?

La llegada de la cuarta contracción interrumpe su monólogo interior. Esta vez no puede permitirse el lujo de evadirse. El dolor es real; su bebé está a punto de llegar al mundo. Tiene que concentrarse en ese momento, tiene que estar presente.

—¡Mamá, me duele mucho! ¡Vámonos al hospital! ¡Ya! —suplica.

La abuela sube corriendo desde el piso inferior, y su madre y ella intercambian unas palabras que la chica no alcanza a escuchar. Acto seguido, la anciana desciende de nuevo las escaleras apresuradamente. Está llamando por teléfono. ¿Con quién hablará a esas horas?

—¿Está pidiendo una ambulancia? —pregunta, extrañada—. Podemos ir en coche, será más rápido…

—No, hija… Me temo que no hay tiempo de ir al hospital.

—¿Cómo? —exclama, abriendo los ojos de par en par—. Mamá, ¡no voy a parir aquí!

—Estate tranquila. Tú naciste en esta casa. Igual que yo, igual que mi madre… Todo va a salir bien. Ven a la cama, vamos a prepararlo todo.

—¡NO! —grita, aterrada.

Lo cierto es que nunca han discutido el tema del parto. En todos aquellos meses, su madre no la ha llevado

ni una sola vez al ginecólogo. Ni una revisión, ni una ecografía. Nada. Se lo había sugerido en varias ocasiones, pero la mujer se había negado en redondo aduciendo que, si algo iba mal durante el embarazo, su cuerpo se lo diría. Pero lo de parir en casa es algo totalmente distinto. El dolor por las contracciones, cada vez más fuertes y frecuentes, la obliga a obedecer y a tumbarse de nuevo en la cama, sobre la que su amona ya ha extendido varias capas de toallas viejas.

Las contracciones comienzan a sucederse, cada vez con menos separación entre ellas. Sus gritos retumban en todos los rincones de la casa, cargados a partes iguales de dolor, de miedo y de rabia. En el exterior del caserío, la tormenta arrecia. Los relámpagos y los truenos parecen querer acompasarse, con su resplandor y su estruendo, al ritmo cada vez más intenso del parto.

Después de una hora interminable la joven distingue, entre el fragor de la tempestad, el sonido del motor de un coche que se acerca a la casa. Desde su cama, pegada al ventanal, logra atisbar las siluetas de dos personas que descienden del vehículo y entran apresuradamente en el caserío. El conductor es un hombre. Corpulento, de aspecto tosco. Del asiento del copiloto sale una mujer cuyos rasgos no logra discernir, ya que apenas tardan unos segundos en recorrer la distancia que separa el coche de la puerta principal. La madre de la joven, que ha pasado la mayor parte del tiempo junto a su hija tratando de tranquilizarla, corre escaleras abajo al sentir la puerta de entrada y la deja sola por unos instantes. *Por favor, Señor, no permitas que muera aquí, esta noche*, implora la muchacha para sus adentros, apelando a un Dios en el que hace mucho que dejó de creer.

Al cabo de unos minutos, la madre reaparece en la habitación acompañada por la mujer a la que la chica ha visto llegar en el coche. La expresión en el rostro de la

madre ha experimentado un cambio notable. La tensión en la mandíbula y la mueca apretada de sus labios han dado paso a una sonrisa más serena, aunque no relajada del todo.

—Vamos a ver qué tenemos aquí… —dice la mujer mientras se remanga la blusa, entonando ese soniquete de fingida despreocupación que adoptan los médicos antes de comenzar un reconocimiento. La chica lo detesta. La odia instantáneamente. *Lo que tenemos aquí es una cabeza del tamaño de una sandía intentando salir por un agujero del tamaño de una ciruela*, piensa para sus adentros. La extraña esboza una sonrisa que apenas dura una fracción de segundo. Ni siquiera se presenta, ni la mira a los ojos. Se coloca directamente a los pies de la cama y, tras despojarla de la sábana, la colcha y la empapada ropa interior, le introduce dos dedos —fríos como el hielo— en el interior de la vagina, arrancándole un aullido de dolor.

—¡Joodeeerrr!

La mujer se incorpora de un respingo, y esta vez sí que clava sus ojos gélidos, de un gris pálido y desvaído, en los de la chica.

—Señorita, no hay por qué usar ese lenguaje, ¿entendido? No es usted ni la primera ni la última mujer en alumbrar un bebé. Vamos a ver si puede comportarse y colaborar.

El tono de voz de la desconocida raspa el aire como papel de lija.

La muchacha, desconcertada ante la inesperada reprimenda, busca a su madre con la mirada.

—¿Quién es esta mujer?

—Tranquila, hija. Ha venido a ayudarte. Ha atendido muchos partos, estás en buenas manos.

La adolescente está ya tan cansada que no tiene fuerzas para replicar. La cabeza le dicta que debe ser práctica. *Esto es lo que hay. Resígnate y haz lo que te digan.*

Por lo menos hasta que nazca el bebé.

Aún pasarán cuatro horas más de dolorosas contracciones y tactos vaginales hasta que comience a sentir una imperiosa necesidad de empujar. Desde su ventana contempla el amanecer que, coincidiendo con el fin de la tormenta, llena de luz la sobria habitación y le infunde nuevos ánimos para continuar. Las idas y venidas de su madre, su abuela y la partera, se ven interrumpidas cuando anuncia, a voz en grito, que siente que la cabeza del bebé está a punto de salir. La desconocida —cuyo nombre, medita más tarde, no ha reparado en preguntar— se sitúa nuevamente a los pies de la cama y asiente con la cabeza.

—Ha llegado el momento. Quiero que empieces a empujar cuando sientas que te llega la contracción, y que pares cuando yo te lo diga, ¿de acuerdo?

Al inclinarse sobre ella, una cadena con una cruz plateada se desliza fuera del escote de la mujer. Esta, en un gesto mecánico —probablemente repetido hasta la saciedad—, toma la cruz entre sus dedos y, tras besarla, la introduce de nuevo en el interior de su blusa.

—De acuerdo —responde la joven, decidida a poner toda su atención y a concentrar las fuerzas que le quedan en la fase final del parto.

Veinte minutos más tarde, la matrona pone sobre el pecho de la muchacha el pequeño cuerpecillo que acaba de salir de su interior.

—Es una niña —anuncia. Su tono de voz no revela mayor emoción que la de un presentador dando el parte meteorológico. Por el rabillo del ojo, la joven observa cómo su madre se seca discretamente una lágrima. La voz de su *amona*, junto con el aroma de café recién hecho, sube a oleadas desde la cocina. Charla en euskera con el hombre, al que no ha llegado a ver en ningún momento.

Ambos conversan animadamente, con el eco de las noticias de la radio de fondo. Su madre abre la ventana. Al fin ha parado de llover, y el olor a tierra mojada inunda la estancia. *Petricor*. Así se llama ese olor. *Petricor, petricor, petricor*. La joven lo aspira profundamente mientras se deleita en la sonoridad de la palabra. Visualiza las letras que la forman, se evade de todo y se pierde en el intenso aroma. Por primera vez en toda la noche respira hondo, aliviada.

—Todo ha ido bien. Ya he cortado el cordón —confirma la mujer minutos después.

La chica, que flota en una nube de oxitocina, ni siquiera ha reparado en que la partera lleva un rato maniobrando en su interior para extraer los restos de placenta, que va tirando a un cubo de basura situado a los pies de la cama. La recién nacida, con la cabecita pegada al pecho de su madre, ha comenzado a buscar instintivamente el pezón. La joven madre se da cuenta y le facilita el trabajo, introduciéndolo entre los labios del bebé, que comienza a mamar de inmediato.

—Bienvenida al mundo, Nora —susurra.

Con una de esas certezas que todos tenemos de vez en cuando, siempre ha presentido que el bebé que crecía en su interior era una niña. «Nora» había sido, desde siempre, su nombre favorito. No conocía a nadie que se llamara así. Lo escuchó de pequeña, en la playa de Ondarreta, a una familia de veraneantes ingleses, y le pareció el más hermoso del mundo. Aspira el dulce olor de su coronilla. *Menuda muñeca*.

—¿Sabes que casi, casi, compartimos cumpleaños?

Durante unas horas, se siente inundada de paz. Entonces no lo sabe, pero jamás volverá a recuperar aquella sensación.

Al día siguiente, Olvido cumple quince años.

Domingo, 3 de abril de 2016

Nerea se despierta esa mañana con un dolor diferente en la parte baja del vientre. Cuando va al cuarto de baño, descubre que una espesa mancha de sangre tiñe la parte interior de sus braguitas. Lejos de asustarse, comprende en seguida que es el período, que le llega por primera vez. Casi le produce alivio porque, a sus quince años, es de las pocas chicas de su curso a las que todavía no le había bajado la regla. No es que lo aguardara con impaciencia, pero se alegra de comprobar que su cuerpo, al menos en este aspecto, funciona con algo de normalidad. Hurga en el armario donde su madre guarda algunas compresas, aunque sabe que hace años que no menstrúa. Le da un poco de vergüenza tener que leer las instrucciones para averiguar cómo colocar la compresa correctamente. Tras buscar ropa interior limpia en su armario, regresa al cuarto de baño y coloca el apósito sin ningún problema. *Pues ya está.* Nueva pantalla desbloqueada. Le da una pereza infinita pensar en contárselo a sus amigas; siempre que a alguna le llega por primera vez lo proclama a los cuatro vientos. Como si se tratase de una gran hazaña. En cierto modo, los últimos años su clase ha estado dividida entre «las mayores» (las que ya pueden quedarse embarazadas, vaya tela) y las que todavía son «unas niñas». Nerea decide que no tiene la más mínima intención de hacer partícipe a sus compañeras de semejante noticia de mierda, a menos que sea estrictamente necesario. *Pues vaya logro*. No es que sepa de ninguna de ellas que mantenga relaciones sexuales aún (*¿quizás alguna de las repetidoras…?*), pero es obvio que a partir de ese momento

comenzarán las conversaciones, cotilleos y susurros sobre métodos anticonceptivos y temas por el estilo que, de momento, no le interesan lo más mínimo. Y, lo peor de todo, a su catálogo habitual de molestias estomacales, dolores de cabeza, cuadros de vómitos y malestar general, debe añadir ahora una semanita fija al mes de calambres, dolor de ovarios, sangrado e hinchazón. *Genial.*

Nerea lleva varios meses de un humor de perros. Está agotada de estar siempre enferma, de las continuas idas y venidas a la sala de urgencias, las consultas a especialistas, las terribles y a menudo invasivas pruebas diagnósticas que nunca arrojan luz sobre la raíz de su enfermedad. Ya han descartado casi todas las enfermedades autoinmunes conocidas, no hay indicios de tumores, no presenta problemas neurológicos, pero lo cierto es que, desde que puede recordar, no ha transcurrido un mes entero en toda su vida en el que no haya sufrido algún tipo de crisis. Es consciente de que la falta de salud física está repercutiendo gravemente en su salud mental y su estabilidad emocional, y eso la tiene deprimida y preocupada. Seguir el curso escolar le resulta cada vez más complicado. Como se encuentra siempre débil, no puede practicar ningún deporte. No puede hacer planes. Cada vez que está a punto de marcharse de campamento con sus amigas o pasar una noche fuera de casa, siempre, sin excepción, sucede algo que le obliga a salir pitando a urgencias con su madre, aquejada de dolor de estómago, náuseas, vómitos, terribles cefaleas o cualquier otro síntoma. Todo ello ha contribuido a que Nerea comience a desarrollar una personalidad cada vez más huraña. La niña dulce, tímida y sensible que fue ha dado paso a una adolescente solitaria, desconfiada e irascible. Sus compañeras piensan que es una chica rara y han comenzado a colgarle el sambenito de hipocondríaca. En más de una ocasión, al regresar al instituto —tras una

semana sin poder levantarse de la cama—, los profesores la han acusado de estar exagerando los síntomas para eludir las clases. Aquello le saca de sus casillas y ya ha protagonizado varios desencuentros que han desembocado en invitaciones directas al despacho del director. Esta mañana, por tanto, no anticipa un día particularmente feliz. Le duelen los ovarios, los riñones y la cabeza. Se siente deprimida y desanimada por lo que, aun sabiendo que a su regreso le aguardan todo tipo de miradas de desaprobación, decide quedarse en casa. Su madre nunca pone objeciones. Por una vez, decide aprovecharse conscientemente de su odiosa condición de enferma crónica y se mete de nuevo en la cama, cubriéndose con las sábanas hasta la cabeza.

Leire entra en la habitación de su hija, como cada mañana.

—Arriba, dormilona…

Busca el abrazo de su hija entre las sábanas, pero no encuentra la cálida respuesta que espera.

—No voy a ir a clase, mamá. Me acaba de venir la regla. No me encuentro bien.

Leire se lleva las manos a la boca, en un gesto exageradamente teatral.

—¡Ay, mi niña! ¿Esta noche? Madre mía, cómo pasa el tiempo… ¡Ya eres una mujercita!

Nerea odia con todas sus fuerzas aquella expresión. ¿Cómo va a ser una mujer, con quince años? ¿Qué coño quiere decir eso, que ayer era una niña y hoy, de repente, se ha convertido en una señora de cuarenta…? *Qué gilipollez*.

—Mamá, no tengo ganas de nada. Déjame dormir, por favor. Apenas he pegado ojo esta noche.

—Pobrecita… ¿quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de leche, un ibuprofeno…?

—No, gracias. Sólo quiero descansar.

—Vale. Yo me iré a las diez a lo de las labores de Miren. Vuelvo sobre la una.

Leire sale de la habitación y Nerea cae en un sueño ligero. Al cabo de un rato, le despierta el sonido de la puerta al cerrarse. Su madre acaba de salir. Nerea se da cuenta de que tiene la casa para ella sola por unas horas, algo bastante inusual. Se levanta de la cama sin prisas y se da una larga ducha. Leire siempre le urge para que no tarde mucho, pero hoy se va a regalar un buen rato bajo la cascada de agua caliente. Mientras se relaja, sintiendo cómo el agua aclara lentamente el champú de su larga melena pelirroja, repasa mentalmente sus últimas incursiones hospitalarias. Cae entonces en la cuenta de que, para su sorpresa, lleva unas semanas más o menos buenas. Durante el mes de marzo ha pasado más tiempo del habitual en casa de su prima Itziar, y hasta pudo asistir a una escapada escolar de fin de semana a Bilbao. Echando la vista atrás, repara por primera vez en su vida en el detalle de que sus molestias siguen una pauta más o menos constante. En verano y en vacaciones —o lo que es lo mismo, cuando no come en el comedor del colegio—, es cuando sus ataques se hacen más frecuentes e intensos. También los fines de semana, especialmente aquellos en los que no tiene demasiados planes y no sale de casa. Lleva ya un tiempo advirtiendo que ciertas cosas que come y bebe no le sientan bien, pero no ha sido capaz de identificar aún un patrón concreto. Todo esto coincide con que Leire —aunque cree que su hija no se ha percatado— ha empezado a verse con alguien. Nerea la ha escuchado en varias ocasiones susurrar por las noches, hablando por el móvil, y está más pendiente de lo habitual de sus mensajes de WhatsApp. A Nerea no se le escapa que los mira y sonríe y, casualmente, lleva cierto tiempo animándola a quedar con sus amigas, a quedarse a dormir

en casa de Itziar, y a realizar otro tipo de actividades que no hace tanto tiempo resultaban impensables. Está de muy buen humor —cosa bastante llamativa en ella— y hasta la escucha canturrear de vez en cuando.

Nerea sale de la ducha, se seca el cuerpo y el cabello con una toalla y se sienta en el escritorio de su habitación. Saca un diario del primer cajón y abre el candado con el que lo mantiene cerrado. Desde que cumplió los diez ha adoptado la costumbre de escribir uno por año, así que en aquel cajón hay cuatro diarios completos y uno, el actual, a medio escribir. Se deja llevar por ese extraño presentimiento que le ha invadido en la ducha y, a medio camino entre el desasosiego y la curiosidad, se decide a releer el primer diario, que reza «Diario de 2012"» en su portada. Conforme avanza en su lectura, el corazón de Nerea se va acelerando. Incapaz de parar, prosigue con el diario del 2013, el del 2014, y el del 2015. Una inquietante sospecha se va instalando en su mente según traza en un folio en blanco una línea temporal con sus idas y venidas a la sala de urgencias, las desagradables pruebas diagnósticas y sus numerosos ingresos hospitalarios. Su presentimiento se va confirmando página a página. Cotejando lo que ha registrado, llega a la conclusión de que siempre ha sufrido las crisis más violentas justo después de comer o cenar en casa. También coincide con las anotaciones en las que Nerea ha incluido comentarios sobre los cambios de humor de su madre, sus ataques de melancolía, o cuando habían tenido lugar entre ellas las peores discusiones. Descubre que nunca, jamás, ha enfermado o sentido molestia alguna cuando ha salido de excursión, ni cuando se ha quedado a dormir en casa de alguna amiga, o de su prima Itziar. La comida del comedor del colegio, si bien no es ninguna *delicatessen*, tampoco suele sentarle mal. Sus peores registros, que ahora se muestran negro sobre blanco ante ella, habían tenido lugar

invariablemente durante alguna cena, en vacaciones o los fines de semana. En resumidas cuentas: cuando comía en casa. *¿Cómo es posible?* En su mente se instala entonces una duda aún más chocante: *y, si esto es así… ¿por qué yo enfermo y mi madre no?*

Nerea se levanta y sale de su habitación. Un molesto presentimiento le corroe la parte más oscura del subconsciente, pero no acaba de darle forma. Entonces se le ocurre una idea genial: quizá su madre utilice para cocinar algún condimento específico, algún aditamento o ingrediente muy concreto que a ella le produce una violenta reacción alérgica. Si es así, tan solo tiene que pensar e investigar un poco hasta dar con ello y entonces, tal vez… ¡eureka! Todos sus males desaparecerán. A tenor de todas las pruebas que le han hecho a lo largo de su vida ya sabe que no es celíaca, ni alérgica a la lactosa, ni al huevo, ni a los frutos secos o a los alimentos más comunes. Así que tiene que ser algo más difícil de identificar, pero, casi con total seguridad, debe tratarse de un ingrediente que su madre use habitualmente en sus platos y que no sea tan frecuente fuera de su casa. Esta conclusión arroja sobre ella un brillante rayo de esperanza y, con esa idea en mente y la adrenalina fluyendo por sus venas, se dirige a la cocina y va abriendo uno por uno los armarios que cuelgan de la pared. Analiza con detenimiento los condimentos, aceites y alimentos más comunes, sin encontrar en ellos nada fuera de lo común. Nada que no haya visto mil veces en cualquier casa, en cualquier otra cocina. Inspecciona la nevera. Tampoco. Se dirige por último a la pequeña habitación —más bien un armario empotrado en un rincón— que hace las veces de despensa, donde su madre guarda las latas de conserva, los alimentos no perecederos y los artículos de limpieza. Nada parece llamarle la atención de un primer vistazo, hasta que la ilustración de un roedor —asomándose desde un paquete

que descansa semioculto tras un bote de tomate frito— despierta su curiosidad lo suficiente como para acercarse a investigar más de cerca. Nerea retira la primera fila de latas de conserva y descubre, ocultas bajo un paño de cocina, una cantidad inusualmente numerosa de cajas de raticida. Aquello le extraña por varios motivos. Primero, porque nunca en su vida ha visto una rata o un ratón (a no ser en televisión), ni a su madre preocupada por el tema, o aplicando el producto en ningún momento. Y, segundo, porque todo el material de limpieza, desinfectantes e insecticidas se encuentra agrupado y ordenado en el estante central de la alacena. No tiene ningún sentido guardar el raticida ahí, junto con los comestibles, en lugar de ponerlo en el estante de arriba, o abajo del todo. Además, ¿por qué acumula su madre tantas cajas? ¿Y por qué las mantiene medio escondidas bajo un paño de cocina? Un pensamiento atroz penetra en la mente de Nerea con el impacto de la bala de un francotirador. *No. No, no, imposible…* Nerea sacude la cabeza con violencia, tratando de librarse de aquella impensable blasfemia. ¿Cómo va su madre a…? Se le nublan los ojos y, por un instante, siente que le fallan las piernas. Siguiendo un impulso, se encamina a la habitación de Leire. Nerea no entra jamás en ella. Le resulta imposible, porque cada vez que pasa junto a la puerta entreabierta de aquel dormitorio no puede evitar evocar el recuerdo de su padre. Le parece que todavía puede verle allí tumbado, en pijama, leyendo un libro antes de dormir. Cuando era pequeña, Nerea solía entrar a darle un abrazo justo antes de irse a la cama. Se tumbaba a su lado y se quedaba un rato acurrucada junto al calor de su pecho, hasta que Leire la echaba y la obligaba a volver a su habitación.

Consulta su reloj. Aún falta un buen rato hasta que su madre regrese de la clase de costura. A veces Nerea desearía que tuviera un trabajo que la mantuviera

entretenida y fuera de casa más a menudo, pero Leire no necesita trabajar para vivir. Total, el piso está ya pagado, y con la pensión de viudedad y las pequeñas herencias familiares que ha ido recibiendo con los años le llega de sobra para mantenerlas las dos. Ahora lleva unos meses apuntada a un taller de labores en la mercería de una tal Miren, en el Antiguo, y se la ve encantada. Un par de mañanas a la semana, mientras Nerea está en el instituto, Leire pasa unas horas acompañada de un grupo de mujeres de su edad con las que —imagina Nerea— se distrae cosiendo y charlando. Entre eso y el «amante secreto» se la ve de mejor humor y, curiosamente, los problemas de salud de Nerea han mejorado considerablemente.

Con el corazón en la garganta, la muchacha abre la puerta del dormitorio de su madre decidida a continuar sus pesquisas. A pesar de saber que está sola en casa, se mueve de puntillas y con cautela, evitando hacer el más mínimo ruido, siempre atenta a la puerta de entrada. Se acerca a la pequeña estantería en la que descansan los álbumes de fotos y se sienta en el suelo a hojearlos. No había vuelto a hacerlo desde su séptimo cumpleaños, el día en que cayó en la cuenta de que había dormido más noches de su corta vida en hospitales que en su propia cama. El mismo día en el que tuvo noticia por primera vez de la fugaz existencia de su hermano Ander. Como suele ocurrir, el volumen de fotos ha ido decreciendo con el paso de los años. Desde la muerte de Julen, Leire apenas ha añadido una decena de fotos nuevas. Una vez más, Nerea aparece en ellas rodeada de médicos, forzando una débil sonrisa para la cámara de su madre. Coloca de nuevo los álbumes en su sitio y, con la adrenalina propia de un ladrón a punto de abrir una caja fuerte en plena noche, se decide a husmear en la vieja cómoda de madera tallada de su madre. Esta está compuesta por tres cajones grandes y pesados. Nerea jamás ha sentido ni la más mínima

tentación de cotillear en su interior. Supone que contendrá su aburrida ropa interior, tal vez collares, abalorios, calcetines… Probablemente pijamas, jerséis y ropa de abrigo en los cajones inferiores. Objetos cotidianos y carentes de interés. Pero hoy algo le dice que es posible que ese mueble rústico y antiguo guarde algún secreto importante. Por unos instantes, Nerea se debate entre el deseo de destapar los más oscuros secretos de su madre y el intenso anhelo de que aquella cómoda no contenga absolutamente nada reseñable. Finalmente, se arma de valor y abre el primer cajón. Tal como esperaba, un muestrario perfectamente ordenado de bragas, sujetadores y medias de nylon descansa en su interior, pulcramente dispuesto en varias filas. A la derecha, encuentra una pequeña cajita de madera con torpes dibujos de alegres colores en la tapa; un trabajo escolar hecho por ella el día de la madre, muchos años atrás. En su interior hay dos pares de pendientes de perlas, una pulsera de plata y la alianza de bodas de Julen. Nerea la saca y se la pone en el dedo. Le queda enorme, pero el recuerdo de la piel de su padre, que ha rozado aquel metal durante tantos años, le arranca un par de lágrimas de nostalgia. Vuelve a dejar todo como estaba y se dispone a inspeccionar el segundo cajón. Varios camisones de tela ligera ocupan la parte superior. Sin embargo, algo llama al instante la atención de Nerea. Bajo las formas de las telas se aprecia claramente un bulto con esquinas cuadradas. Nerea saca el objeto de la cómoda y lo pone sobre la cama. Se trata de una caja de zapatos bastante grande. Por el tamaño, podría haber contenido originalmente un par de botas altas. Sin perder un segundo, levanta la tapa de cartón. Lo que descubre a continuación le deja sin aliento por unos instantes. Bajo un embrollo de jeringuillas, vendas, pastillas, material médico y mascarillas quirúrgicas, descansa el ejemplar de una antigua revista médica. La

portada muestra la imagen de una niña sentada en una cama. Una mujer, que parece representar a la madre de la pequeña, le administra una cucharada extraída de un bote de veneno. El título del reportaje reza: «¿Qué es el Síndrome de Munchausen?». Tras leerlo de principio a fin, conteniendo la respiración, Nerea corre al baño a vomitar.

16 AÑOS ANTES

Domingo, 18 de junio de 2000

«Querido Unai:

Hoy cumplo quince años. Si hace doce meses alguien me hubiera dicho que lo celebraría así, acunando a esta preciosa bebé en mis brazos, habría pensado que me tomaban el pelo. Ayer hubo momentos en los que creí de verdad que iba a morir. Que íbamos a morir las dos, la niña y yo. Nunca le perdonaré a mi madre que no me llevara al hospital a parir con todas las garantías de seguridad para Nora y para mí… Le he puesto ese nombre: «Nora». Espero que te guste. Las dos estamos felices, aquí, pegadas la una a la otra. No quiero soltarla por nada del mundo, aunque tengo que intentar dormir un poco. Creo que dentro de un ratito la dejaré en esta especie de cuna que me ha traído mi amona. En realidad, no es más que un cesto de la ropa con un montón de toallas y una mantita, pero la niña es tan pequeña que todavía le sobra sitio para estirar las piernas… Ay, Unai, es tan bonita… Tiene mucho pelo, pelirrojo, como yo, pero esos ojos azules, sin duda, son los tuyos. La mujer que me ayudó en el parto dijo que al cabo de los días se le irán oscureciendo. Ojalá que no, porque los tiene preciosos, y un poco achinados, como tú cuando te ríes. La boca es una mezcla de la sonrisa de los dos. Tiene los labios pequeños y gorditos, como si estuviera haciendo pucheros todo el rato. Pero no. Casi no llora. Tiene una cara de buena que no puede con ella. El lóbulo de la oreja derecha lo tiene un poco chuchurrío, como partido por la mitad. Y un antojo en el bracito derecho en forma de lágrima, parecido al que tengo yo en el muslo… ya sabes cuál.

Mi madre está especialmente antipática y fría conmigo. Cada vez que sube a verme se echa a llorar, pero no dice ni una palabra. No me ha felicitado por mi cumpleaños —yo creo que no sabe ni en qué día vive—, y todavía no ha querido coger a la niña en brazos. Entiendo que esté decepcionada conmigo; al fin y al cabo, ha ocurrido lo que todas las madres del mundo temen: que su hija adolescente se quede preñada. ¡Pero Nora no tiene la culpa de nada! Confío en que con el paso de los días se vaya ablandando. Yo llevo desde ayer sin dormir, abrazándola, dándola de mamar; no puedo dejar de mirarla… Después de la paliza del parto y todo el miedo que pasé, hoy me siento un poco como si flotara. Como si una suave droga comenzara a hacerme efecto. Jamás pensé que fuera a sentirme así, es increíble. Te mando mucho amor, estés donde estés. Como muy tarde, dentro de tres años seremos mayores de edad. Y entonces nada ni nadie podrá impedir que estemos juntos, que reunamos a nuestra familia y que vivamos nuestra vida. Juntos. Mientras eso sucede, yo cuidaré de nuestra hija, te lo prometo. Te quiero, hoy un poco más, si eso es posible».

Olvido termina su carta mental —la única forma que tiene de «comunicarse» con el padre de su hija— y se dispone a dejar a la pequeña en el improvisado moisés. El parto ha sido natural y relativamente sencillo, sin desgarros ni complicaciones. No obstante, el cuerpo de la adolescente aún acusa el sobresfuerzo de la noche anterior, y le cuesta un buen rato incorporarse en la cama y acostar a la niña en su cuna. Con mucha cautela, se decide a levantarse y dar los primeros pasos por la habitación. Tiene la vejiga a punto de reventar así que, muy despacito, se dirige al baño. Al sentir los pasos en el piso superior, su madre sube las escaleras al galope.

—Hija, ¿qué haces levantada?

—Nada, mamá… tengo que hacer pis.

La mujer se queda observándola —más bien la traspasa con la mirada; esa mirada muerta que a Olvido le pone los pelos de punta— sin decir nada.

—No te preocupes. Puedo yo sola.

La madre se gira y vuelve a bajar las escaleras. Olvido piensa que lo normal en cualquier abuela primeriza sería que se quedara vigilando a la recién nacida durante los minutos que ella pasa en el baño, o que la acompañara, por si necesitara ayuda con las heridas del parto. Pero no. Como si la cosa no fuera con ella, retrocede sobre sus pasos y desaparece por donde ha venido. La rabia que, ya de por sí, se ha ido instalando en Olvido a lo largo de todo el embarazo, se está convirtiendo en un muro infranqueable entre las dos. Se pregunta si su madre siente lo mismo hacia ella. *¿También me odia con esta intensidad?* A pesar del nudo en el estómago, no se permite abandonarse al llanto. En cuanto termina, regresa a su habitación y cierra la puerta. Antes de volver a meterse en la cama da un pequeño paseo por el dormitorio. Nora duerme plácidamente, como una muñeca. Olvido se acuerda de la cámara Polaroid que le regalaron sus amigas justo un año antes, el día que cumplió los catorce. Es una de las pocas cosas que pudo llevarse consigo el día que, apresuradamente, su madre le ordenó que hiciera una bolsa de equipaje y le comunicó que se pasaría el resto del embarazo en el caserío, lejos de los rumores y murmuraciones de la gente de Donosti. Como si la noticia no fuese a correr como la pólvora. Aunque quién sabe. Quizás no. Tal vez su madre había conseguido atajar cualquier «filtración» gracias a su rápida actuación.

Comprende el enfado de su madre, su frustración, pero le duele que, casi veinticuatro horas después el nacimiento de Nora, su tozudo caparazón no haya comenzado a resquebrajarse todavía. *Habrá que darle un poquito más de*

tiempo, le susurra Olvido a su pequeña, que en ese momento abre los ojos y agita las manitas ante su cara. Enternecida, Olvido saca un par de instantáneas de la pequeña con su Polaroid. Después la coge de nuevo en brazos y se dirige al ventanal para mostrarle a su bebé la belleza del paisaje. *Eso azul que ves al fondo es el mar. Dentro de poco te llevaré. Te va a encantar…* Olvido alarga el brazo todo lo que puede y toma una foto de las dos, con el paisaje de fondo. Cuando la imagen termina de revelarse, una nube de emoción le calienta el pecho. Su primera foto con su hija, el día de su cumpleaños, cuando Nora tan solo tiene unas horas de vida. A pesar de la ausencia incontestable de Unai, siente que ha captado el momento más feliz de su existencia.

La pequeña comienza a llorar débilmente.

—¿Tienes hambre, mi amor?

Tras guardar de nuevo la cámara en el armario, decide llevarse las instantáneas consigo. Las mete debajo de la almohada para volver a mirarlas más tarde, y se recuesta en la cama para dar de mamar a la niña. Una vez que ha terminado la acuna entre sus brazos, con la cabecita apoyada sobre su hombro, y le da unas palmaditas en la espalda hasta que escucha un pequeño eructo, tal y como le enseñó la matrona el día anterior. También le había dado unas someras instrucciones sobre cómo cambiar un pañal y cómo bañarla y cuidar del cordón umbilical hasta que se desprendiera del todo. Olvido trató de prestar la máxima atención a las indicaciones, y está orgullosa de habérselas apañado tan bien ella sola durante las primeras horas.

Ha comenzado a ponerse el sol, y una oleada de cansancio le recorre el cuerpo. Tal y como le han aconsejado, decide dormir un rato, aprovechar los momentos en que la niña también duerme para descansar. Acomoda a Nora con delicadeza en el capazo y la tapa con

la mantita que, intuye, debe haber pertenecido a su *amona*. Repasa las fotos una vez más y vuelve a guardarlas bajo la almohada antes de caer profundamente dormida.

No siente los pasos de su madre cuando sube las escaleras, ni cuando toma a la niña entre sus brazos… No es testigo de cómo, tras acunar a su nieta durante más de una hora, rompe a llorar desconsoladamente.

La fiesta

Domingo, 3 de abril de 2016

—¡Sorpresaaaa!

Al subinspector Navarro casi le da un infarto cuando atraviesa el portón de entrada al jardín de su casa y descubre a medio centenar de amigos y familiares gritando al unísono. Marga sonríe, paga el taxi adaptado que les ha traído desde Toledo y empuja la silla de ruedas hacia el centro del corro que se ha formado para recibir al subinspector. Una gran pancarta con el mensaje «Bienvenido» cuelga de lado a lado de la fachada principal. Víctor descubre conmovido que, en su ausencia, alguien ha habilitado una rampa para salvar los tres escalones de la entrada.

—Han sido tu padre y tus hermanos. Y ya verás lo que han hecho en el resto de la casa. Vas a alucinar —le susurra Marga al oído.

Víctor está tan sobrepasado por la emoción que solo atina a dar las gracias a todos los presentes, que se van acercando uno a uno a saludarle. Lucas Morata espera, cerveza en mano, a que llegue su turno para aproximarse a su compañero.

—Me alegra tenerte de vuelta, Navarro —dice, inclinándose sobre la silla de ruedas para darle un abrazo.

—Gracias, Morata. ¿Qué tal estás? ¿Muchas novedades por la brigada?

—¡Nada de trabajo esta noche! —interrumpe Marga, poniendo un botellín en la mano a su marido—. Ya tendréis tiempo de poneros al día cuando se reincorpore. Y quiero que se lo tome con calma, ¿me oyes, Lucas?

Marga besa a su marido y desaparece de nuevo entre

los invitados.

—¡Lo que diga la jefa! —ríe Morata.

—Por cierto, no he visto a Olvido todavía. ¿No ha llegado aún? —pregunta Víctor, estirando el cuello para tratar de encontrarla entre la gente.

—La inspectora está de vacaciones, ¿no lo sabías? El comisario le sugirió que se tomara un descanso, y parece que al final le ha hecho caso. Me ha dejado al mando hasta que vuelva. Bueno, o hasta tu regreso…

—Ah… Vaya, no, no sabía… —contesta Víctor, sorprendido.

La fiesta dura hasta bien entrada la noche. Cuando al fin se quedan solos, Víctor aparca la silla de ruedas junto a la tumbona donde descansa su mujer, con la pequeña Sara dormida en sus brazos. Marga sonríe y, con cuidado de no despertarla, pone a la niña en brazos de su padre. Víctor la recuesta sobre su pecho y le acaricia la espalda con ternura.

—Qué pequeña es. Y qué bonita.

Marga no responde. Simplemente suspira, disfrutando de la paz de la escena.

—¿Por qué no me habías contado que Olvido se ha marchado de vacaciones?

—Pensé que lo sabías, ¿no has hablado con ella?

—La última vez que vino a visitarme al hospital fue hace casi un mes. No hemos vuelto a hablar después de eso.

—¿No? ¿Y eso? ¿Habéis discutido?

—Algo así. Pero no entiendo que se haya ido sin decírmelo.

—Bueno, me lo dijo a mí. Pasó a despedirse antes de marcharse.

—¿Y te contó a dónde iba?

—Tenía en mente hacer una ruta por Francia y

visitar a nuestros conocidos en París. Pero creo que lo que realmente busca es estar sola, recuperarse, pensar… Me pidió que le diera un poco de espacio para desconectar por un tiempo de todo. Hasta ha apagado el móvil.

Víctor se queda pensativo.

—¿Ocurre algo?

—No. Es extraño en ella, nada más. Solo espero que esté bien, que no haga ninguna tontería…

—¿Y por qué no iba a estar bien? Víctor, no me asustes…

—No, por nada. Seguro que no hay nada de lo que preocuparse. Me voy a acostar, estoy cansado. Intentaré localizarla mañana.

—No lo hagas —responde Marga—. Déjala tranquila.

El tono de voz de la mujer, incluso su lenguaje corporal, han cambiado de repente. El subinspector comprende que no ha sido un consejo. Ha sido una orden. La firmeza de Marga sorprende a su marido.

—Tienes que asumirlo de una vez, Víctor.

—¿Asumir qué, de qué estás hablando?

—Asumir que lo vuestro ha terminado.

Un llanto lejano

16 AÑOS ANTES

Miércoles, 21 de junio de 2000

Un llanto quedo, lejano, despierta a Olvido al amanecer. Exhausta por la falta de sueño de los últimos días, extiende su brazo derecho sobre la cuna en la que ha dejado a Nora unas horas antes, tras darle el pecho, en un intento de consolarla con el tacto de su piel. Tantea a oscuras el borde del improvisado moisés, y adentra su mano entre las sábanas. Le sorprende no sentir la placentera caricia de la suave manta con la que la ha cubierto, ni el calor del cuerpecito de la pequeña. Palpa unos centímetros más allá, sin alcanzar a tocar a la niña. Inquieta, enciende al fin la lamparilla de noche y el corazón le da un vuelco en el pecho.

La cuna está vacía.

Escucha nuevamente el llanto débil de la pequeña, acompañado de pasos acelerados y murmullos en el piso de abajo. A continuación, la puerta de entrada del caserío se abre y vuelve a cerrarse con un ligero portazo. Fuera, el rugido del motor de un coche que arranca la sobresalta de nuevo. Olvido abre la ventana y saca medio cuerpo fuera para averiguar qué está sucediendo. Se trata del mismo vehículo en el que, un par de días atrás, había llegado la mujer que la ayudó en el parto: una especie de furgoneta blanca, parecida a la que usa el panadero que va haciendo el reparto de pueblo en pueblo. Desde la ventana del piso superior puede distinguir al volante la silueta del hombre fornido, el mismo conductor de la otra vez. La mujer que ayudó a traer a Nora al mundo aprieta el paso y se dispone

a ocupar el asiento del copiloto. Olvido contempla paralizada la escena, sin lograr descifrarla. La cruz plateada que cuelga del cuello de la mujer —por alguna razón, Olvido tiene grabada esa imagen—, emite un destello sobre su pecho. Lleva también algo extraño cubriéndole la cabeza, algo que no puede distinguir con claridad en la semioscuridad del alba, alumbrada tan solo por el farol que cuelga sobre la puerta principal de la casa. ¿Un pañuelo? ¿Una especie de capucha? No tiene tiempo de reparar en los detalles, algo que lamentará muchas veces en el futuro. Tampoco es fácil precisarlo desde aquella distancia. Pero cualquier información visual relevante palidece ante el hecho más aterrador de todos: aquella mujer —de eso Olvido está bien segura—, porta en sus brazos a su pequeña, cuyo llanto ha dejado de ser audible. La bebé va envuelta en su mantita rosa, y Olvido distingue claramente una de sus manitas, que sobresale por fuera. La mueve, parece incómoda, y finalmente acaba por apretar los deditos en un puño, como resistiéndose a salir del calor del hogar a la fría madrugada. Olvido abre la ventana y grita a pleno pulmón:

—¡Eh! ¿Qué hace usted con mi hija? ¿Adónde se la lleva?

La mujer se vuelve hacia ella sobresaltada, elevando la vista hacia el piso superior. Por un instante, su mirada se cruza con la de Olvido. En un acto reflejo, encoge su cuerpo como un escudo protector sobre la niña, se mete en el coche y este arranca a toda velocidad sin darle apenas tiempo de cerrar la puerta. Desesperada, Olvido corre escaleras abajo. Encuentra a su madre de pie junto a la puerta de entrada, cerrada tras de sí. La expresión desencajada de su rostro le hace presagiar lo peor. Apenas reconoce ya en aquella mujer a la madre que la ha criado, la que la ha consolado durante su infancia, la persona en la que ha confiado y a la que ha amado por encima de

todas las cosas. Aquella no es su madre. Es otra persona.

—¡Mamá! Mamá, ¿qué ocurre? ¿Qué está pasando? ¡Son las seis de la mañana! ¿A qué ha venido esa mujer, dónde se llevan a Nora?

—Hija, ven conmigo… Me temo que tengo malas noticias. Muy malas.

Olvido se sienta, desconfiada, en una de las sillas del comedor.

—¿Qué pasa, mamá? ¡Me estás asustando!

La mujer se sienta en la silla contigua y, por primera vez en muchos meses, toma las manos de su hija entre la suyas, en un gesto de amor.

—Verás, cariño… Hace un par de horas entré en tu habitación. Estaba preocupada por la niña, porque hacía ya bastante tiempo desde la última toma, y no es normal que no hubiera vuelto a pedir de comer… Tú estabas dormida. Debes estar tan cansada… —dice, mientras estira la mano para acariciar el rostro de su hija.

Olvido esquiva la caricia con un gesto arisco.

—Mamá… —susurra, tratando de utilizar un tono de voz sereno—. ¿Dónde está Nora?

—Se llama «muerte súbita». Se desconoce el porqué, pero algunos bebés aparentemente sanos mueren al poco de nacer.

—No, mamá. ¡No me mientas! Me he despertado porque he escuchado llorar a Nora. ¡La niña estaba perfectamente!

Olvido niega con la cabeza mientras lucha, sin éxito, por mantener la calma y hallar alguna explicación plausible a todo aquel sinsentido.

—Cariño, sé que es muy duro… La *amona* y yo hemos pensado que era preferible que no vieras así al bebé. Lo hemos organizado todo rápidamente para que se llevaran el cuerpecito. Así solo tendrás un bonito recuerdo de ella.

Olvido se pone en pie y trata de salir corriendo de la casa, pero su madre la intercepta antes de que llegue a la puerta.

—Tienes que tranquilizarte, Olvido. Lo superarás, yo te ayudaré, mi amor… Mamá está aquí, contigo.

—¡Suéltame! ¡Te digo que Nora está viva! ¡La he visto por la ventana! ¡Lloraba y movía la manita, esa mujer se la ha llevado! ¿¡Por qué me haces esto!?

La tensión es tan grande que Olvido presiente —no presiente, sabe con certeza— lo que está a punto de ocurrir. Aún habrán de transcurrir muchos años antes de que una especialista le ayude a ponerle nombre a lo que le pasa, pero la sensación es siempre la misma, desde que tiene uso de razón. De pronto, todos los sonidos de la casa y del exterior se superponen, se elevan al mismo nivel y Olvido es incapaz de discriminar la voz de su madre del zumbido de la lámpara del techo, del siseo del viento entre los muros de la casa o del eco de su propio llanto. Las luces le resultan insoportables, el brillo de la estancia le destroza las retinas; de repente todo es demasiado intenso como para procesarlo y Olvido sufre un colapso. Es, en realidad, una sobrecarga sensorial, agudizada por la emocional. Su reacción es siempre la misma, la única posible para sobrellevar el tormento. Se hace un ovillo en el suelo, con la espalda apoyada en un rincón. Se tapa los oídos con los manos, cierra los ojos con fuerza y comienza a balancearse adelante y atrás, adelante y atrás. Ese movimiento le relaja, pero pasan muchos minutos, más de media hora, hasta que consigue regularse. Su madre sabe por experiencia que no hay nada que ella pueda hacer para ayudarla. Tan solo esperar a que pase.

Cuando la crisis remite, Olvido se pone en pie. Con la fiereza de un animal herido, se abalanza sobre la mujer y

comienza a golpearla violentamente en el pecho. La madre se protege poniendo los brazos en cruz ante sí, pero uno de los golpes va a parar a su ojo derecho. Olvido no se detiene. Está tan cegada por la ira que su abuela tiene que intervenir. Haciendo gala de una fuerza inusitada, sujeta a su nieta por detrás y logra separarlas.

—¡Devuélveme a mi niña mamá, por favor, por favor! Te lo ruego… —implora Olvido, cambiando radicalmente el tono.

La rabia da paso a la desesperación. Olvido se arrodilla en el suelo con las manos en expresión de súplica y se agarra con fuerza a las piernas de su madre, que permanece rígida en el sitio, con las lágrimas rodando por sus mejillas, pero sin pronunciar ni una palabra.

—Haré lo que me pidas, sacaré las mejores notas, no te volveré a dar ni un problema, ¡lo juro! Pero, por favor, no me quites a mi niña…

El llanto de Olvido es tan desesperado que ni su madre ni su abuela se atreven siquiera a tocarla. Se limitan a dejarla llorar, allí, tendida sobre el suelo hasta que, exhausta, se incorpora de nuevo lentamente, con los ojos hinchados de dolor. La mujer la ayuda a levantarse y la abraza contra su pecho. Olvido se abandona, incapaz de oponer resistencia, con los brazos lacios a ambos costados del cuerpo. El ojo derecho de la madre ha comenzado a hincharse ostensiblemente.

—¿Lo ves, cariño? ¿Ves lo que te decía? —dice, acariciando la larga melena de su hija—. ¿Cómo ibas a cuidar de un bebé…? Sé que sabes que tengo razón. Te perdono por los golpes. Yo también estoy destrozada por lo de Nora, pero creo que esto es lo mejor que podía pasar…

Muy lentamente, haciendo acopio de fuerzas, Olvido se separa de ella. Con pasos muy pequeños, como si hubiera

envejecido cincuenta años de golpe, comienza a subir las escaleras en dirección al piso superior.

—Descansa, cariño. Ahora te subo algo de comer.

—No, gracias. Prefiero estar sola.

Domingo, 3 de abril de 2016

En la cafetería de la calle Matía —en pleno barrio del Antiguo— donde Olvido hace tiempo tomando un café, se escucha de fondo el runrún de una tertulia televisiva. Una mujer de aspecto inquietantemente perfecto —híbrido de *coach, influencer* y *vendehumo*— anima a la entrevistada de turno a «salir de su zona de confort».

La inspectora Montalbán ríe para sus adentros.

Zona de confort, dice. Si yo tuviera una «zona de confort» no me iban a sacar de allí ni los antidisturbios.

Sobre la mesa descansa un sencillo móvil de prepago que acaba de comprar. Engulle el café de un trago; no ha pegado ojo en toda la noche. Ha comprendido tarde que la idea de intentar conciliar el sueño en la misma habitación donde dio a luz a su hija quizás no haya sido la mejor del mundo, después de todo. Esta noche se alojará en un hotel en Donosti, pero tiene que ponerse las pilas y buscar un alojamiento asequible para al menos un par de meses. Aunque «asequible» y «San Sebastián» no sean sinónimos, precisamente.

Haciendo cuentas, le impresiona constatar que hayan pasado ya alrededor de quince años desde la última vez que vio a su madre. Fue el día que la internó en el colegio, en San Juan de Luz. Después de eso, nada. Contacto cero. La mujer no parece haber intentado buscarla, ni tratar de averiguar qué fue de ella. Durante los años que pasó en París con Marga, sobreviviendo con trabajillos de *aupair*, de camarera, de dependienta en una tienda de *souvenirs*, siempre supuso que la Interpol la tendría fichada como

«menor desaparecida»; incluso imaginaba a menudo que alguien la reconocería por una foto, y que su madre aparecería de repente algún día y le suplicaría que volviera a casa, gritando a los cuatro vientos cuánto la echaba de menos, y jurando a quien quisiera escucharla que no había pasado ni un día en que no soñara con reparar todo el daño causado. Esa escena, por supuesto, nunca tuvo lugar más que en su imaginación. Años después, cuando se hizo policía, indagó un poco y comprobó que no… Ni una denuncia por desaparición, ni una orden de búsqueda… Nada. La vida había continuado tranquilamente sin ella. Al igual que Marga, ella tampoco tenía a nadie en el mundo que la echara de menos.

Ahora, sentada junto al ventanal de la cafetería, vigila la tienda de enfrente, «El costurero de Miren», a la espera de que den las ocho de la tarde y su madre se decida a cerrar, para poder abordarla sin interrupciones. Por fin, Olvido ve salir a la última clienta. Se levanta de la mesa y paga el café. Le tiemblan tanto las manos que las monedas se le escurren entre los dedos y ruedan por todo el local.

—Disculpa… —se excusa apurada ante la camarera.

—Tranquila, no pasa nada —responde la chica, con una sonrisa tan sincera que a la inspectora casi le dan ganas de abrazarla. Al contrario de lo que suele ser habitual en ella, hoy daría lo que fuera por unos gramos de apoyo moral.

Ahora tan solo tiene que cruzar la calle, pero aquellos nueve o diez pasos se le antojan a Olvido más cuesta arriba que la subida al Urgull. Al fin, se acerca al escaparate y se detiene frente a la puerta justo en el instante en que su madre se dispone a dar la vuelta al cartel que dice «Abierto» para mostrar el mensaje de «Cerrado». Olvido, que viste unos sencillos vaqueros azules y un jersey negro de cuello alto, se quita las grandes gafas

de sol y la gorra que recoge su melena pelirroja, dejando que el cabello descanse despeinado sobre sus hombros. *Se acabó el incógnito.*

Miren la reconoce de inmediato.

Olvido ha imaginado aquella escena mil veces en su mente. Desde que tomó la decisión de ir a verla, no ha transcurrido ni una sola noche en la que la secuencia no se reprodujera como una película en su cabeza. Con ligeras variaciones, siempre sucedía más o menos lo mismo: Miren temblaba de emoción al verla, la abrazaba mientras la cubría de besos y le preguntaba dónde había estado todo ese tiempo, y si se encontraba bien. Las lágrimas cubrían su rostro y se deshacía en perdones, en lamentos, rendida a la intensidad del reencuentro.

Pero el momento que está viviendo Olvido dista mucho de esa fantasía pueril. Para comenzar, es ella quien siente que le fallan las piernas ante la mera visión de su madre. Miren abre la puerta muy despacio, casi con incredulidad, y al hacerlo pone al descubierto una abultada barriga que, sin dejar espacio para la duda, revela un avanzado estado de gestación. Olvido se queda muda.

—¿Olvido…?

—Hola, mamá —saluda, con un hilo de voz—. ¿Puedo pasar?

El timbre de una voz infantil se aproxima cabalgando desde el fondo de la tienda, al compás de unos pequeños zapatos.

—¿Quién es, mami?

Olvido tiene que cubrirse la boca con la mano para mitigar la impresión. Un niño pequeño, de unos tres o cuatro años, se asoma tímidamente a la puerta. Sin atreverse a mostrarse del todo, se refugia tras las faldas de Miren.

—Vuelve adentro, Iker —susurra Miren, empleando

un tono de voz mucho más dulce que el que empaña los recuerdos de Olvido.

El pequeño obedece y se pierde de nuevo en el interior de la tienda.

—Pasa —dice, haciéndose a un lado para franquear el paso a su hija.

Las campanillas que anuncian la llegada de cada nuevo cliente repiquetean sobre sus cabezas emitiendo un sonido tan familiar que a Olvido le da un vuelco el corazón. Demasiados estímulos en tan breve espacio de tiempo. Con el alma en un puño, se adentra en el local.

Miren le hace un gesto para que la acompañe a la trastienda, a la que se accede por una puerta situada al final del mostrador. Aún están a medio camino cuando las campanillas tintinean de nuevo y el pequeño Iker corre a lanzarse en los brazos del hombre que acaba de hacer acto de aparición.

—¡Aita! —grita.

El hombre, de unos cuarenta años, abraza al niño y lo alza en volandas, cubriéndole de besos. Miren, incómoda, le indica a Olvido que la espere en la penumbra del fondo de la tienda y se acerca al desconocido con paso presto. El hombre la besa en los labios con ternura y acaricia su vientre. Miren susurra algunas palabras en voz baja y el hombre escudriña a Olvido sin disimulo, logrando a duras penas ocultar su curiosidad y su asombro, aunque no hace ningún amago de acercase a ella y presentarse. Tras besarla de nuevo fugazmente, el hombre sale de la tienda y se lleva consigo al pequeño.

—Vamos a la parte de atrás —le indica Miren.

Olvido sigue a su madre, tratando de procesar toda la información que, sin palabras, acababa de recibir. Madre e hija se sientan frente a frente en una mesa cubierta de telas, hilos y botones, que es donde Miren imparte sus clases de labores a las clientas. La luz del

atardecer se cuela por un gran ventanal junto a la mesa, cubriendo la estancia de tonos anaranjados. Una vez sentadas permanecen las dos allí, inmóviles, mirándose a los ojos. Ninguna se atreve a romper el hielo.

—¿Estás de paso, o has vuelto a Donosti? —pregunta al fin Miren.

—De paso. Vivo en París —miente Olvido. Ha elaborado un pequeño guion de mentiras creíbles, en caso de que a su madre le dé por preguntar, aunque el motivo de su visita no sea, ni de lejos, satisfacer su curiosidad. Ha decidido proporcionarle la información mínima para no levantar sospechas sobre su verdadera profesión y hasta dónde tiene intención de investigar, con o sin su ayuda.

—¿Has estado allí todos estos años? Es un destino lógico, debí haberlo imaginado.

Olvido asiente con la cabeza y dirige una mirada melancólica a su alrededor. La tienda apenas ha cambiado. Sigue conservando el mismo aire cálido y un poco caótico que tan acogedor le resultaba en su infancia, cuando pasaba las tardes haciendo los deberes sobre esa misma mesa. Le resulta difícil aceptar que haga ya tantos años desde que estuvo allí por última vez. *Es curioso cómo nunca sabemos cuándo algo cotidiano se va a convertir en impensable*.

—¿A qué te dedicas, si puedo preguntar?

—Soy maestra. Doy clases de español —miente, de nuevo. Quizás sería más fácil impresionarla mostrándole la placa, o la pistola. Pero lo último que quiere es que, nada más salir de allí, Miren ponga sobre aviso a todos los implicados en la desaparición de su hija. Va a presionarla, pero no puede ponerla nerviosa.

—Bueno… pues tú dirás.

Olvido la mira a los ojos, descolocada.

—¿Necesitas algo? ¿Dinero?

La inspectora escudriña la expresión hierática su

madre, sin salir de su asombro.

—¿De verdad crees que he venido a pedirte dinero?

—No sé qué otra cosa puedes querer de mí después de quince años, la verdad… Me imagino que te habrás enterado de que la amona falleció y de que vendí el caserío, ¿no? Si vienes a por tu parte de la herencia, que sepas que me lo dejó todo a mí, así que no hay mucho que rascar.

Olvido aprieta los puños por debajo de la mesa para no gritar.

Se le pasa por la cabeza que aquel encuentro debería ser un momento emotivo. De reparación, incluso. Aunque Olvido sepa que lo sucedido entre ellas no tiene reparación posible. Pero tanta frialdad le resulta insoportable. Casi impostada.

—He pasado por el caserío, sé que ahora es un hotel —contesta, tan calmada como puede—. No tenía ni idea de lo de la amona. Lo siento mucho. Pero, respondiendo a tu pregunta —Olvido esboza una amarga sonrisa—: no, no busco dinero, ni he venido a hablar de herencias. He venido por… —a Olvido le está costando mucho más de lo que imaginaba pronunciar en voz alta el nombre de Nora —. He venido porque necesito saber qué ocurrió realmente con mi hija.

Miren se levanta de la mesa airada, como si la conversación hubiera tomado un rumbo que no le interesara en absoluto.

—Olvido, por favor, no me digas que sigues dándole vueltas a aquello. Tu hija murió a los dos días de nacer, ya lo sabes. Espero que no hayas venido a verme solo por eso…

Olvido salta de la silla, encendida de rabia. Ya no puede seguir fingiendo que se trate de una simple visita de cortesía.

—¡Por supuesto que he venido por eso! ¿O piensas

que he venido a verte a ti?

—Pues si eso es así, no tenemos nada más de qué hablar. Y ahora, si me perdonas, tengo que cerrar la tienda.

Olvido da un paso hacia adelante y toma a su madre con fuerza del brazo, para retenerla.

—Te lo advierto, mamá. Ya no soy una niña. Me ha costado mucho reunir el valor para venir a verte y no me voy a marchar sin respuestas, así que, por favor, no me lo pongas más difícil. Escucha… Sé que tú crees que lo hiciste por mi bien, pero nada ni nadie logrará convencerme de que Nora no estaba viva cuando se la llevaron. Entonces no pude entenderlo, pero con el tiempo llegué a la conclusión de que se la entregaste a esa mujer para que la diera en adopción. ¿Quién era? Una monja, ¿verdad? La ropa sobria, el crucifijo… Lo que llevaba en la cabeza al día siguiente… desde la ventana parecía un pañuelo, pero creo que podía ser una toca, ¿verdad? ¡Llevo años pensando en aquella noche e intentando encajar todas las piezas del puzle!

—Hija, por favor… ¡Olvídate ya del tema!

Un pinchazo en su interior hace que Miren se doble sobre sí misma. Olvido la ayuda a sentarse de nuevo en la silla. Un tenso silencio se instala entre las dos. Miren se acaricia el vientre con delicadeza. Al cabo de unos minutos la inspectora es testigo de cómo a su madre, la mujer de hielo, se le empañan los ojos y su resistencia inicial va dando paso, poco a poco, a la aceptación de que ha llegado el momento de sacudirse esa angustia que lleva quince años presionándole el pecho.

—Lo siento mucho, hija… Hice lo que consideré mejor para ti.

Miren exhala un suspiro tan profundo que a Olvido se le corta la respiración. Está comenzando a quebrarse. Por fin.

—Pero entiendo que necesites respuestas. Yo solo puedo darte algunas… Supongo que ha llegado la hora de contarte la verdad sobre ti, sobre tu padre, sobre Nora…

Escuchar por primera vez a su madre pronunciar el nombre de Nora le produce a Olvido un temblor en el alma.

—Te escucho.

Vergüenza

Domingo, 3 de abril de 2016

—Nunca te conté la verdad sobre tu padre. Me daba tanta vergüenza… Pero ya tienes edad para entenderlo. Lo cierto es que no me quedé viuda, ni heredé el piso de tu padre al morir, como te conté, como hice creer a todo el mundo. La verdad es que yo también fui madre adolescente, igual que tú. También te tuve muy joven, poco después de cumplir los dieciséis.

Olvido trata de procesar la información. Aquella revelación hace que las cosas vayan cobrando algo de sentido.

—Soy bastante más joven de lo que crees. Tengo cuarenta y cinco años —dice mientras se acaricia la barriga—. De madre adolescente he pasado a ser madre «añosa», ya ves… Ironías de la vida.

Olvido asiente pausadamente con la cabeza, invitando a Miren a continuar su relato.

—A esa edad yo aún vivía en el caserío con los *aitonas* y estudiaba en Hondarribia. Una de mis primas vivía en San Sebastián, y su cuadrilla y la mía solían coincidir en las fiestas del pueblo, en la Semana Grande de Donosti, en las verbenas de verano de los alrededores… Según fuimos creciendo, los dos grupos nos juntábamos a menudo para ir a la playa, al cine, en fin, a lo que surgiera. Tu padre estaba en la cuadrilla de los de Donosti. Él era mayor, me sacaba tres años, y pertenecía… es decir, *pertenece*… a una de las familias más conocidas de San Sebastián. Tienen mucho dinero y mucho poder en esta ciudad.

Miren hace una pausa, abrumada por los recuerdos.

—Hija, yo no sabía nada sobre sexo, no tenía ni idea de cómo se quedaba una embarazada… Nadie me había explicado nada. Lo único que me importaba era que estaba locamente enamorada de aquel chico mayor tan guapo, tan popular, y me parecía increíble que él también se hubiese fijado en mí. Cuando no nos veíamos, me escribía unas cartas preciosas. Nos enamoramos. Al cumplir los dieciocho años sus padres le regalaron un coche, y quedábamos a escondidas. Y allí, en su coche… pues eso, que yo no sabía, que entonces no había medios… y me quedé embarazada. Con quince años, igual que tú.

Yo ni siquiera fui consciente de que lo estaba. Fue mi madre la que se dio cuenta, y me obligó a confesarle quién era el padre. Aquella misma tarde, mis *aitas* me encerraron en el caserío y se fueron a San Sebastián. Regresaron por la noche, con un humor de perros. Me comunicaron que la familia había decidido que no quería saber nada del bebé, y que les habían dado una buena cantidad de dinero a cambio de nuestro silencio. Ellos, que no habían visto tantos billetes juntos en su vida, los cogieron y se marcharon. Me convencieron de que no intentara ponerme en contacto con tu padre, ya que él era mayor de edad y yo una menor, y podía meterle en un lío muy grande. Me dijeron que podía acabar en la cárcel por mi culpa. Como yo estaba loca por él, decidí que no haría nada que le perjudicara, convencida de que antes o después vendría a buscarme. Esperé y esperé. Pasé días mirando por la ventana de mi dormitorio, pero nunca vino a por mí.

Tú naciste en la misma habitación que Nora. Cuando me recuperé del parto, mis padres me llevaron al colegio interna, a San Juan de Luz, para que terminara mis estudios y asimilara poco a poco todo lo que había ocurrido. Tus abuelos paternos corrieron con los gastos del colegio y, mientras yo estudiaba, mis padres se hicieron cargo de ti. Pasaste tus primeros años de vida con ellos, en

el caserío de Jaizkibel. A mí el colegio me ayudó mucho. Las monjas me hicieron comprender que no había obrado con cabeza, que había sido tonta e imprudente y, sinceramente, hallé mucho consuelo en sus consejos y en la religión. Barajé la idea de entregarte en adopción, pero cuando volvía a casa algunos fines de semana, o en vacaciones… Al verte, mi voluntad se resquebrajaba. Pasar tanto tiempo contigo fue lo que me impidió hacerlo. Por eso, hija, fue por lo que tuve claro que debíamos despedirnos de Nora lo antes posible. Antes de que no hubiera vuelta atrás. Y no fue una decisión sencilla, créeme.

—Pero mamá, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Tú, que también eres madre, que llevas ahora mismo una vida en tu interior… ¿No eres capaz de comprender la magnitud de mi pérdida?

—Estaba convencida de que lo superarías. Pensé que te estaba poniendo en bandeja la oportunidad de vivir tu vida sin cargar tan joven con una responsabilidad así. No te imaginas lo traumático que fue para mí. Cuando terminé el colegio y volví a casa no tenía nada. Nada. Ya era mayor de edad, y mis padres me dijeron que tenía que empezar a ganarme la vida. No sabía qué hacer. Seguía locamente enamorada de tu padre, y tenía clarísimo que no quería pasar el resto de mi vida deslomándome en el caserío. Así que una tarde te cogí en brazos y me planté en casa de tu padre, exigiendo que me dejaran verle. Me recibió su padre, tu abuelo. Me hizo pasar a aquella mansión, que yo nunca había pisado, me explicó que tu padre estaba estudiando en el extranjero y me pidió, con mucha cortesía, que dejara de molestar a su familia. Yo amenacé con montar un escándalo. Le dije que lograría que todo San Sebastián supiera que su hijo se había aprovechado de una menor de edad, y que la había abandonado tras dejarla embarazada. Creí que así

conseguiría que me dejaran ver a tu padre, que le convencerían para hacerse cargo de sus obligaciones y volveríamos a estar juntos… Qué sé yo. Realmente sentía que tu padre debía responsabilizarse de nosotras, así que le dije que no tenía a dónde ir, ni nada que perder, y que no me movería de allí sin una solución. Tu abuelo se lo pensó unos instantes. Después, abandonó la habitación y nos dejó solas a las dos durante una media hora. Cuando volvió, me tendió unas llaves.

—Este es el trato —dijo—. Te ofrezco un piso, a estrenar, frente a la playa de Ondarreta. Creo que te gustará. Iba a ser para mi hijo, pero cuando termine la carrera y empiece a trabajar tendrá dinero de sobra para comprarse uno donde le plazca. Considéralo un regalo para mi nieta. Te voy a dar también una cantidad de dinero suficiente como para que puedas estudiar, emprender un negocio o encaminar tu vida como mejor te parezca. A cambio, me vas a firmar un papel en el que declaras que renuncias a cualquier futura reclamación por tu parte a esta familia, incluidas visitas, pruebas de paternidad, herencias, beneficios económicos, etc. Tu hija no llevará nuestro apellido, y nunca sabrá quién es su padre. Por nuestra parte, Andoni —ese es el nombre de tu padre, Olvido—, pensará siempre que la niña murió en el parto y que tú no has querido saber nada de él. Ahora está muy centrado en sus estudios, y así es como deben ser las cosas.

—¿Qué podía hacer yo? Acepté. Tomé el dinero y la casa. Lo único que se me daba bien eran las labores que había aprendido con las monjas. Tejer, el ganchillo, el punto de cruz… Así que monté la mercería y conté a mis nuevas amistades que me había quedado viuda tras un breve matrimonio. Me inventé que había estado viviendo en Vitoria unos años y que, al enviudar, había decidido regresar a San Sebastián. Todo el barrio creyó la historia a

pies juntillas, y así ha sido desde entonces.

—Mamá, con toda sinceridad… —interrumpe Olvido, irritada— a estas alturas de la vida me importa una mierda quién es mi padre, su familia, o el dinero que tengan. Lamento mucho que tuvieras que pasar por todo aquello, pero precisamente por eso no entiendo que me hayas hecho sufrir a mí el mismo calvario. ¿Cómo has podido…?

—Hija mía, tienes que creerme. Quizás me equivoqué, pero mi intención era buena. Pensaba de todo corazón que sería lo mejor para ti. ¿Sabes qué sentí cuando me avisaron del colegio, diciendo que te habías fugado? Al principio me entró el pánico, por supuesto, pero al cabo de unos días se apoderó de mí una inmensa sensación de alivio. De paz. Aplaudí tu decisión de alejarte de aquí para vivir tu vida y superarlo a tu manera.

—Estaba convencida de que pondrías una denuncia, aunque solo fuese por el dinero que me llevé.

—Ese dinero, *maitia*, fue el que me pagaron a cambio de entregar a la niña. Por eso no lo denuncié. El dinero era tuyo. Era lo justo. Confié en que te ayudara a empezar una vida nueva y a superar el… «bache», por llamarlo de alguna manera.

—¿Quién te ayudo, mamá? ¿Quién te dio ese dinero? ¡Dímelo y te dejaré en paz!

—No puedo, Olvido. De verdad, no podría aunque quisiera… Supongo que eran conocidos de tu ai…

Miren se muerde la lengua y se tapa la boca con una mano. Ha estado a punto de irse de la lengua.

—¿Qué ibas a decir, *ama*…? Conocidos de mi *aita*, eso es lo que ibas a decir, ¿verdad? O sea, que mi padre sí que sabe de mi existencia, después de todo… ¿Sigues en contacto con él? ¿Te ayudó a deshacerte de Nora, te dio él el dinero?

—¡No insistas más, Olvido, te lo ruego! Ya no vas a

conseguir nada, tienes que superarlo y seguir con tu vida, no queda otra. Cuanto antes lo asumas, mejor para todos, ¿es que no lo ves?

—¿Crees de verdad que algo así se supera? ¿Cómo voy a olvidar que, durante nueve meses, llevé en mi interior a esa criatura? Que la parí, que la tuve entre mis brazos, que he pasado quince años preguntándome dónde estará, si su familia la quiere, si la cuida, si es feliz… Si sabe siquiera que existo y que la quiero, que nunca la habría abandonado…

—Lo siento, hija. El único consejo que puedo darte es que mires hacia adelante. Aunque nunca me perdones, tienes que seguir viviendo. De todas maneras, ¿qué se puede hacer ya? Entregué a la niña, firmé todos los papeles en tu nombre y la adopción se legalizó hace años. Ni siquiera sé dónde fue a parar. Puse como requisito que no me dijeran quién iba a adoptar al bebé, y que la familia prometiera no intentar ponerse en contacto con nosotras. La niña puede estar en Donosti o en la Patagonia… Imposible saberlo ya.

—Estoy convencida de que tiene que haber alguien que lo sepa. Dime al menos con quién estuviste en contacto. ¿Quién era la mujer que se la llevó? Sé que era una religiosa, dime dónde puedo encontrarla.

Miren baja la mirada al suelo, negando con la cabeza.

—Lo siento *maitia*, no puedo. Lo que hice es ilegal, y no puedo arriesgarme a ir a la cárcel. Entiéndelo… tengo una nueva familia en la que pensar.

Los ojos de Olvido se cubren de lágrimas. Lágrimas de pena y de rabia. Ha estado conteniéndolas demasiado tiempo, demasiados años.

—¿Y yo que soy? ¿Tu «antigua familia»? ¿Un mal recuerdo que incluso hace juego con mi nombre?

—¡Claro que no, Olvido! Eres mi hija. Siempre serás

mi hija. ¡Te quiero más que a nada en el mundo! Siempre te querré, aunque tú no lo creas. Pero sé que es muy difícil que me perdones, y hace tiempo que lo asumí. Acepté que no ibas a volver y comencé una nueva vida.

Olvido se pone en pie y se dirige a la salida.

—En ese caso, te deseo mucha suerte con tus hijos. Cuídalos, si es que sabes lo que significa eso.

—¡Olvido, espera! —exclama Miren, corriendo tras ella—. Me ha hecho mucha ilusión verte hoy. Estás tan mayor, tan guapa… Dime que me llamarás de vez en cuando… Que me escribirás, aunque solo sea un par de palabras para que sepa que estás bien…

Miren hace amago de acariciar un mechón de cabello de su hija, pero Olvido aparta la cara, rota de dolor.

—Dame algo entonces, una prueba de buena fe. Algún sitio donde empezar a buscar. Intentaré no implicarte.

Miren baja la mirada de nuevo y niega con la cabeza. De sus labios no sale ni una palabra.

—Este es mi número de móvil —dice Olvido mientras lo anota en una hoja de papel—. Si quieres ayudarme, llámame. Pero si no vas a mover un dedo para decirme dónde encontrar a mi hija, esta será la última imagen que tengas de mí. Dentro de unos días regresaré a París y no volverás a verme jamás.

Cerrando tras de sí la puerta de la tienda, Olvido sale corriendo por la calle Matía y no se detiene hasta llegar a Ondarreta.

Una vez en la playa, se quita los zapatos y se deleita unos minutos con el suave masaje de la arena bajo sus pies. Lleva quince años sin ver el mar. Se sienta junto a la orilla como cuando era niña, con las piernas cruzadas a lo indio, y contempla las últimas luces de la tarde, justo antes de que el sol se oculte tras la isla de Santa Clara. Pierde la noción del tiempo, pensando, llorando, recriminándose el

haberse expuesto a tanto dolor para, como ella ya anticipaba, no sacar nada en claro. Al fin se hace de noche y, aunque intuye que no pegará ojo, decide regresar al hotel. Se ha dado el pequeño capricho de reservar una habitación con vistas a la bahía en el exclusivo Hotel Londres; algo con lo que ha soñado muchas veces desde su adolescencia. La marea está baja, así que cruza a pie el Pico del Loro y continúa caminando despacio por la orilla de la playa de La Concha. Una suave brisa le acaricia la piel, y el olor a salitre la traslada a aquellos años despreocupados y felices. Esos que se desvanecieron sin avisar. En su recorrido se cruza con algunas parejas que pasean por la playa abrazados, enamorados, ajenos a cualquier drama. A lo lejos avista a un hombre que hace *footing* bordeando la orilla. Viste pantalones cortos, una camiseta y zapatillas de deporte. Se esfuerza por mantener un buen ritmo; parece estar disfrutando de ese rato de soledad elegida. *Otra alma solitaria*, piensa Olvido. La oscuridad le impide discernir sus facciones hasta que ambos se encuentran a apenas un metro el uno del otro. La expresión sobrecogida de su rostro se refleja como un espejo en los ojos del hombre y, casi al mismo tiempo, ambas sonrisas se sincronizan, incrédulas.

—¿Olvido…? ¿Eres tú? ¿Eres tú de verdad? —pregunta él, con la respiración entrecortada por la carrera y la sorpresa.

La dulzura de aquella voz, los rasgos tan amados de su cara, esa sonrisa cálida y franca transportan a Olvido fuera de su cuerpo. El hombre roza los dedos de su mano, como si temiera que al tocarla se deshiciera un hechizo. Así es como se ve a sí misma cuando, al cabo de unos segundos, acierta finalmente a pronunciar una única palabra, saboreando cada sílaba:

—Unai…

Estás aquí

Domingo, 3 de abril de 2016

— Olvido…

Sin darle tiempo a reaccionar, Unai se funde en un abrazo con ella. Olvido cierra los ojos y acomoda su barbilla en el hombro de él. Siente la piel de su mejilla contra la suya. Sus brazos, fuertes, la aprietan contra su pecho. Hace siglos que nadie la abraza así. Podría quedarse dormida, o morirse en aquel preciso instante, y lo haría feliz.

—¿Dónde has estado…? —murmura Unai en su oído, con tanta delicadeza que sus palabras se confunden con el rumor de las olas.

Olvido separa un poco su cuerpo. Necesita mirarle a los ojos. Confirmar que no es un sueño. Recorre su rostro con la punta de los dedos, reconociendo sus cejas, sus pómulos, su barba de dos días, los pliegues de su cuello. Le acaricia el pelo, mientras él reposa las manos en sus caderas, con ternura.

—Estás aquí… —solloza Olvido.

Unai le seca las lágrimas con sus dedos.

—Sí, amor. Aquí estoy.

Hotel Londres

Lunes, 4 de abril de 2016

Ninguno de los dos recuerda cómo han llegado hasta el hotel. Apenas han intercambiado un par de palabras, tan solo besos y más besos, todo el camino por la playa, por el paseo de La Concha, en el ascensor; el delirio del encuentro con el cuerpo del otro les ha apremiado a desnudarse, a poseerse, a compartirse con la pasión desgarrada de los años perdidos. Se han devorado como si creyeran posible recuperar en unas horas todo el tiempo que les arrebataron.

Con las primeras luces del amanecer, llega la calma. El ventanal de la habitación del Hotel Londres les devuelve la silueta de la bahía, con un monte a cada lado y la isla de Santa Clara en el centro. Un par de barcos fondeados junto a ella se mecen al ritmo suave de las olas, que acarician la arena de la playa en su sosegado ir y venir, como en un cuadro de Hopper. Olvido descansa su cabeza sobre el pecho de Unai, que acaricia su larga melena desordenada.

—Siempre he recordado tu pelo rojo. Me preguntaba si nuestro bebé lo habría heredado.

—Nora tiene mi pelo y tus ojos.

Unai da un respingo en la cama y se yergue, como impulsado por un resorte.

—¿Tiene? ¿Qué quieres decir? ¿Está viva… nuestra hija está viva?

Olvido se incorpora junto a él, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

—¿Qué es lo que te han contado, Unai? —le pregunta. Se siente capaz de abordar el tema con

serenidad; con él, sí. Es el padre de Nora. Trata de infundir calma en su antiguo amor tomando una mano entre las suyas.

—Muy poco. Cuando pasó todo… después de que tu madre te sacara de casa aquel día, la última vez que nos vimos, nadie quiso contarme nada. Por más que supliqué, se negaron a decirme adónde te habían llevado. Mi madre no paraba de llorar, y mi padre estaba hecho una furia. Al cabo de una semana de gritos, llantos y discusiones, me metió en un autobús y me mandó a Madrid, a casa de mis tíos. Terminé allí mis estudios, y me matriculé en Periodismo. No volví a pisar Donosti hasta que, una vez licenciado, regresé para hacer unas prácticas en el Diario de Gipuzkoa. Finalmente me ofrecieron un puesto como redactor y me quedé. Llevo aquí desde entonces.

Unai hace una pausa, tratando de ordenar los recuerdos.

—Desde aquello corté toda relación con mis padres, como te puedes imaginar. Lo primero que hice a mi vuelta fue ir a ver a tu madre, a la tienda.

—¿Lograste hablar con ella? —pregunta Olvido, expectante.

—Hablar es un eufemismo… Me hizo pasar a la trastienda y me contó una historia que, no sé… Para mí no tenía ni pies ni cabeza. Me dijo que la niña falleció a los pocos días de nacer, y que después te mandó a un colegio interna; que te escapaste, y que no tenía ni idea de tu paradero desde entonces. No me creí ni una palabra, pero después de insistir —fui a visitarla un montón de veces— comprendí que no iba a cambiar su versión. Pregunté a antiguos amigos y conocidos, y para todos era un misterio… Nadie había vuelto a verte por San Sebastián. Obviamente, no le conté a nadie lo del embarazo. No quería generar más rumores absurdos y producir un efecto de bola de nieve por toda la ciudad. Todas las personas

con las que hablé coincidían en la versión de la huida del internado. Pero a partir de ahí, nada. Fue como si se te hubiese tragado la tierra.

—Lo siento, Unai. Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso.

—Cuéntame entonces, ¿qué ocurrió de verdad? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Olvido toma aire y comienza el relato del cautiverio y el parto, de cómo le arrebataron a la niña, de su fuga a París y su amistad con Marga, de los años sobreviviendo con pequeños trabajos y su posterior traslado a Madrid.

—Una vez allí compaginamos los estudios con el trabajo. Las dos conseguimos sacar el graduado escolar y decidimos qué rumbo dar a nuestras vidas. Marga se hizo profesora, y yo policía.

Unai abre los ojos de par en par.

—¿Policía?

Olvido asiente y sonríe, divertida ante el asombro de Unai.

—Dirijo la Brigada de Desaparecidos y Crímenes Violentos.

—Un momento… ¿Eso no es…? ¿No ha llevado esa brigada lo del tiroteo en el instituto de Madrid? ¡Hemos escrito ríos de tinta sobre el tema!

—Así es —confirma Olvido, con la mirada empañada.

—A la prensa nos resultó imposible conseguir la identidad de los agentes que participaron en la operación. Bien hecho. Siempre he estado en contra de publicar esa información; me alegro de que hayáis conseguido mantener a raya a los medios.

Un pesado silencio amenaza con enfriar la calidez del encuentro. Unai acerca su cuerpo al de Olvido y se recuestan de nuevo en la cama, entrelazados.

—A raíz de la masacre han salido a la luz varios

testimonios que apuntan a una red de personas que se dedica a traficar con recién nacidos. He tratado de organizar una operación desde Madrid, pero me han denegado los recursos. Intuyo que hay mucha gente importante interesada en enterrar el tema, así que he venido a investigar por mi cuenta. Nadie sabe que estoy aquí.

Olvido se levanta de la cama y coge su bolso, que reposa sobre una butaca. Extrae de él su cartera, y se acurruca de nuevo entre las sábanas, junto a Unai.

—¿Qué tienes ahí?

Olvido saca entonces la vieja polaroid, la que casi le hace perder la cordura cuando le puso la pistola en la cabeza a aquel joven que intentó atracarla. Se la tiende a Unai, que en seguida comprende.

—Nora… —musita, mientras acaricia el nombre escrito bajo la fotografía—. Ay, Olvido, es preciosa… Y tú, mírate, estás radiante…

Unai permanece largo rato mirando la fotografía, profundamente conmovido.

—Cómo te he echado de menos, *maitia*… —dice, al fin—. Desde que desapareciste te he buscado inconscientemente en todas partes: al pasear por la Parte Vieja, al entrar en cualquier local, en el cine, en la playa… Nunca perdí la esperanza de que algún día volvieras y te pusieras en contacto conmigo. Siempre he tenido esa cicatriz, ese dolor de no haber estado a tu lado cuando nació nuestra hija, de no haberle visto la carita… ¿Tienes alguna pista de lo que pudo pasar?

Olvido se encoge de hombros y suspira.

—Tan solo pequeños indicios. Ayer fui a visitar a mi madre —revela, abatida—. Después de presionarla me confesó que la niña no murió, como quiso hacernos creer… La entregó en adopción, la vendió por tres mil euros. ¿Te lo puedes creer?

Unai cierra los ojos y baja la cabeza, horrorizado.

—Yo siempre he mantenido que estaba viva cuando se la llevaron; siempre. Y ahora hay detalles que me hacen sospechar de que puede tratarse de las mismas personas que ha denunciado una mujer, Tania Crespo, en Madrid. Implica a un antiguo miembro de mi brigada y habla de un hombre alto, «Aitor», y una mujer. Describe que se la llevaron en un vehículo blanco. Igual que a Nora. Por lo poco que me contó mi madre, creo además que mi padre biológico podría estar involucrado, así que lo primero que tengo que hacer es descubrir su identidad e indagar sobre él y su entorno.

—¿Y por qué has esperado hasta ahora, Olvido? ¿Por qué no lo investigaste antes?

—Lo intenté, créeme. Pero cada vez que me decidía a indagar casos de desapariciones de menores me topaba con historias tan terribles que me paralizaba. No te imaginas lo que es capaz de hacer la gente por dinero, Unai. Bebés asesinados para vender sus órganos, prostitución infantil… El horror más absoluto. Los archivos centrales de la Policía Nacional son un puto vertedero de almas. Era más sencillo pensar que Nora está feliz, sana, con una familia que la cuida, incluso aunque sea una fantasía, que descubrir algún día que habían hecho con ella barbaridades… No me sentía capaz de hablar de ello con nadie. Ni siquiera Marga, que es mi mejor amiga, sabe que tengo una hija. Pero ahora ya son tantas casualidades que es como si el destino me las estuviera poniendo en la palma de la mano y me gritara el camino a seguir para encontrarla. Esta vez no he sido capaz de mirar hacia otro lado. No voy a parar hasta saber qué ocurrió con Nora, ni con el hijo de Tania Crespo, ni con el resto de niños y niñas a los que separaron de sus madres.

—¿Habrías sido policía si no te hubiera pasado esto?

—pregunta Unai, pasados unos minutos.

—Probablemente no —razona ella—. Creo que habría preferido un trabajo más solitario y menos estresante.

Los dos esbozan una tibia sonrisa, por primera vez en mucho tiempo.

—¿Me buscaste? —inquiere Unai, tímidamente.

—No, no lo hice —confiesa Olvido, afligida—. No podía enfrentarme a ti y decirte que no había sido capaz de evitar que me quitaran a nuestra hija. Me moría de vergüenza y de culpa.

—Amor… —musita Unai, acariciando su rostro—. No tienes absolutamente nada de lo que avergonzarte, ni mucho menos por lo que sentirte culpable. Ya no estás sola. Ahora estamos juntos en esto, ¿de acuerdo? Considéralo como otra de esas ayudas inesperadas del destino. Piénsalo bien, ¿puede haber un equipo mejor? No somos solo dos padres con la motivación más fuerte del mundo, sino una policía y un periodista, nada menos… No vamos a parar hasta encontrar a Nora, te lo prometo.

—Me da miedo, Unai. No quiero que te conviertas en otra persona a la que tenga que olvidar.

Unai la besa. Un beso largo, cargado de pasión y de promesas.

—Tú y yo nunca lo hemos tenido fácil, ¿verdad? —suspira Olvido.

—Igual ya va siendo hora de que tengamos un poco de suerte.

Regreso a la brigada

Miércoles, 6 de abril de 2016

—¿Ya estás aquí? ¿Tan pronto? —pregunta Morata, desconcertado, al ver aparecer a Víctor en las oficinas de la brigada. Desde la central han previsto su regreso y han adaptado un poco el espacio para que el subinspector se maneje cómodamente por las dependencias con su silla de ruedas, pero no esperaban su reincorporación hasta al menos un par de semanas más tarde.

—No aguanto más en casa, tengo que trabajar —responde Navarro, estrechándole la mano.

—Bienvenido, pues. Ven, te presento a los nuevos.

Una vez hechas las presentaciones de rigor, Víctor se encamina hacia la sala de reuniones y le hace un gesto a Lucas para que le siga. Una vez dentro, cierran la puerta para aislarse del resto del equipo.

—Morata, estoy preocupado por la inspectora Montalbán. ¿Has tenido noticias suyas?

—No, nada desde que se fue. Me dejó bien claro que no la molestara por tonterías, ya sabes cómo es. Estoy tratando de capitanear el barco lo mejor que puedo, y yo diría que no se me…

—No es propio de ella desaparecer así, y mucho menos cortar el contacto con Marga —le interrumpe Navarro—. Hay algo que no me huele bien en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Olvido vino a verme al hospital unas semanas antes de marcharse. Me estuvo hablando de una mujer, Tania Crespo. ¿Te suena?

—Sí, me acuerdo de ella. Dijo que tenía información sobre Garrido. La inspectora charló con ella en su

despacho, y después me contó que había realizado unas acusaciones muy graves sobre Rafa, algo relacionado con una red de tráfico de bebés.

—¿Algo más?

—Me consta que la inspectora solicitó permiso a Herrera para una investigación sobre el tema.

—¿Y?

—El viejo se negó en redondo. Alegó que no quería ni oír hablar de Rafa Garrido. Le recomendó que se tomara unas vacaciones, y a los pocos días Montalbán me comunicó que había decidido alejarse un tiempo para descansar.

—Estoy preocupado, Lucas. La conozco. No me cuadra que lo haya dejado estar así, sin más.

—¿Crees que puede estar investigando por su cuenta?

—Si lo está haciendo, no sabe dónde se mete. Garrido estaba hasta el cuello de mierda, se relacionaba con gente muy peligrosa. No me haría ni puta gracia que estuviera escarbando ella sola, sin ayuda de nadie, en los estercoleros por donde se movía.

—Tal vez esté realmente de vacaciones y no quiera que la molestemos…

—Si consigo contactar con ella y que me confirme que está tomando daiquiris bajo una palmera, la dejaré en paz.

Víctor sale de la sala de reuniones y se mete en el despacho de Olvido. Tras colocar la silla junto al escritorio, enciende su ordenador.

—Navarro, no creo que debas…

—Cierra la puerta al salir, por favor —ordena Víctor.

No le lleva ni diez minutos acceder al PC de su compañera (por algo es el *hacker* de la brigada). Busca entre los archivos y no tarda en dar con una carpeta llamada "Tania Crespo". En ella encuentra no solo la

declaración del día que la mujer se presentó en las oficinas de la BDCV, sino toda una batería de documentos de Word donde la inspectora ha ido anotando comentarios, enlaces a noticias sobre muertes sospechosas de neonatos, adopciones ilegales, detenciones, juicios en los años setenta y ochenta por casos similares, y un sinfín de averiguaciones más. Es evidente que le ha estado dedicando mucho tiempo al caso.

Aparece en varias ocasiones una referencia al nombre de «Aitor». Olvido ya lo mencionó cuando fue a visitarle al hospital, pero sin un apellido, al menos, no tiene nada. Víctor continúa analizando las carpetas del ordenador de la inspectora. Pasa horas antes de que descubra una que reza: «Personal». Está protegida con contraseña. Navarro tarda menos de cinco minutos en acceder a su contenido. Dentro hay más capturas de pantalla de casos de bebés desaparecidos «misteriosamente» en la provincia de Gipuzkoa. Los casos datan de un abanico de tiempo que abarca desde los años cincuenta a los noventa. Pero el mayor hallazgo reside en una subcarpeta sin nombre, que esconde la información más sensible de todas. En ella, el subinspector encuentra varias fotos escaneadas, descoloridas, en formato polaroid. En una se ve a un bebé en una cuna, cubierto por una mantita rosa. Probablemente, una niña. Víctor no puede evitar pensar en su propia hija, y una gota de sudor frío le resbala por la frente. En otra, una joven sostiene en brazos a la recién nacida. Debajo, escrito en rotulador negro, se lee un nombre: «Nora». Víctor reconoce en seguida en la fotografía a una Olvido adolescente.

—Así que es un tema personal… Que Dios nos ayude, inspectora.

Jueves, 7 de abril de 2016 (mañana)

No puede ser tan fácil, piensa Olvido. Pero sí. Como diría el maestro Sabina —a cuyas perlas de sabiduría tantas veces recurre la inspectora—, *cuando menos te lo esperas el diablo va y se pone de tu parte*: resulta que Miren no ha cambiado la cerradura de la casa en todos estos años. Por otro lado, ¿por qué habría de hacerlo? Así que se alegra de haber conservado todo este tiempo su viejo juego de llaves, el que le dio su madre con doce años, *por si acaso*.

El hogar donde transcurrió su infancia no ha cambiado gran cosa. Los horarios de Miren en la tienda tampoco, por lo que ha resultado sencillísimo elegir un momento, a media mañana, una hora a la que presupone que su pareja estará trabajando y su hijo en el colegio. Olvido recorre las instancias acatando la disciplina auto impuesta de no ceder ni por un instante a la melancolía. Tan solo el imponente ventanal del salón, que se asoma orgulloso a la playa de Ondarreta, merece ser digno de una excepción. Se regala un momento de nostalgia junto a él para disfrutar de la vista que la acompañó desde que le alcanza la memoria. *No hiciste un mal negocio, después de todo*, le concede a su madre. Tratando de no hacer el menor ruido —no tiene ni idea de si los vecinos siguen siendo los mismos de entonces y, desde luego, no le interesa nada cruzarse con antiguos conocidos—, se encamina directamente al dormitorio de su madre. Si existe algún documento que pueda resultar de valor para su investigación, sin duda tiene que estar allí.

Olvido se detiene un segundo en el quicio de la puerta, indecisa. Sabe que cuando traspase ese umbral, la

información oculta tras él —si es que hay alguna— puede suponer la respuesta a muchas preguntas y, al mismo tiempo, algo imposible de asimilar. Este pensamiento le produce un vértigo insoportable, hasta el punto de tener que asirse a los laterales del marco de la puerta con ambas manos para que no le flojeen las piernas.

Consulta el reloj y comprende que no tiene tiempo que perder, así que toma aire y se lanza a la tarea como quien se zambulle de cabeza en una piscina aun sabiendo que el agua estará helada. Simplemente, hay que hacerlo. Se arrodilla junto a la cama y mira debajo del somier. No encuentra más que una maraña de pelusas, un calcetín desparejado y un *click* de Playmobil. Registra después los cajones de la cómoda, pero no encuentra más que ropa y un pequeño joyero con piezas de escaso valor. A continuación, abre el armario empotrado —la caja fuerte por antonomasia que esconde los secretos familiares de todos los hogares del mundo—, y no tarda ni un par de minutos en adivinar un montoncillo de carpetas apiladas en una balda que se alza sobre su cabeza, medio cubiertas por un par de colchas de patchwork, cuidadosamente dobladas, y algunas sábanas. Olvido arrima la silla que descansa en una esquina de la habitación haciendo las veces de perchero secundario y se encarama a ella. En efecto, sobre el estante encuentra no solo un par de archivadores, sino también una antigua caja de galletas de lata y un pequeño álbum de fotos. Según va bajándolo todo, lo deposita sobre la cama y hojea por encima el contenido de la documentación. No tiene tiempo para separar el contenido importante de la paja, así que decide llevárselo todo y consultarlo con calma junto a Unai. Levanta la tapa de la caja de galletas y descubre en su interior un fajo de cartas, atadas con un lazo azul. Movida por la curiosidad comienza a deshacer el lazo, y a punto está de abrir el primer sobre cuando escucha el

inconfundible sonido metálico de una llave introduciéndose en la cerradura de entrada.

Mierda, mierda, mierda.

Olvido mete rápidamente los archivadores, el álbum y la caja de galletas en la mochila vacía que ha traído a tal efecto, y se oculta tras la puerta del dormitorio, con la espalda pegada a la pared y conteniendo la respiración. Agudiza el oído y logra distinguir la conversación queda de dos personas, un hombre y una mujer. Después, el hombre ríe y emite un sonido similar a un «shhhh», seguido de otra risilla nerviosa. La inspectora comprende al instante lo que sucede, y sale de la habitación decidida, sin preocuparse en absoluto por pasar desapercibida.

Efectivamente, tal como sospechaba, al asomarse al salón encuentra al marido —o lo que quiera que sea— de Miren con los pantalones por los tobillos y en cariñosa actitud con una mujer ligera de ropa que, tal como imaginaba, resulta no ser su madre.

—Tranquilo, amigo —exclama Olvido, divertida.

El hombre y la mujer pegan un brinco, sobresaltados, y se apresuran a cubrir sus cuerpos semidesnudos.

—Puedes seguir a lo tuyo. Si tú no me has visto, yo tampoco te he visto a ti —dice, guiñándole un ojo antes de salir.

Jueves, 7 de abril de 2016 (tarde)

— Desde luego, no se puede decir que mi madre tenga suerte con los hombres.

Unai y Olvido ríen, sentados sobre la cama del pequeño estudio en el que vive Unai, en el barrio de Gros. A regañadientes, Olvido ha accedido a alojarse allí mientras dure la investigación, aunque ha hecho mucho hincapié en tomar todas las medidas de seguridad necesarias para que nadie los vea juntos por el momento. No se perdonaría poner en peligro la vida de Unai, pero los argumentos del padre de Nora son irrebatibles: tiene todo el derecho del mundo a implicarse en la búsqueda de su hija, están juntos en esto.

Olvido siente, no obstante, que debe hacer el hercúleo esfuerzo de separar la magia y la emoción del reencuentro con su antiguo amor del verdadero objetivo que la ha llevado hasta allí, que es recabar información sobre el paradero de Nora y detener a todas las personas implicadas en una red que —cada vez lo tiene más claro— seguramente sea también la responsable de la desaparición del hijo de Tania Crespo y solo Dios sabe cuántas criaturas más.

—¿Qué tienes por ahora?

—Aquí no hay nada. Son todo informes médicos de tu madre, del pequeño Iker, y alguno tuyo también, además de papeles de colegios, tu certificado de nacimiento y el del niño, pero nada sobre Nora.

—Veamos si hay algo en las cartas.

Olvido abre la caja de latón y extrae el fajo de sobres. Hay al menos unas cincuenta cartas. Le da la mitad

a Unai, y se recuesta sobre la cama para leer su parte. Al cabo de unos minutos ya han recopilado mucha más información de la que esperaban.

—Esta es la correspondencia entre mi padre y mi madre, durante su noviazgo y los años posteriores a mi nacimiento. Su nombre es Andoni Echagüe, parece ser que es médico. ¿Te suena?

—Ya lo creo. Es pediatra, muy conocido en Donosti. Su familia tiene mucho, mucho dinero, y multitud de contactos en esta ciudad. Pertenecen a la élite donostiarra, por así decirlo.

—La dirección en el remite debe ser la de la casa de sus padres, ya tenemos algo. Miraconcha.

Unai deja escapar un silbido de admiración. Es la zona más cara por metro cuadrado de toda España. Olvido coge entonces el álbum de fotos y comienza a revisar su contenido. La inspectora reconoce inmediatamente en aquellas fotos antiguas y algo descoloridas por el tiempo a su madre, Miren, y a sí misma, de pequeña. Algunas instantáneas le traen recuerdos fugaces de su infancia, pero otras no cree haberlas visto nunca. Al fin, se detiene en una fotografía que le corta de cuajo la respiración. La saca del álbum para contemplarla con más detalle y entonces sí, está segura. En la foto aparece ella a la edad de cinco o seis años. Acaba de desbloquear un recuerdo al que jamás había vuelto a acceder, al menos conscientemente, pero que siente con toda seguridad que es auténtico. Tan real como si lo estuviera reviviendo de nuevo, más de veinte años después.

—¡Me acuerdo de este día! —exclama la inspectora —. Algunas tardes, muy de tanto en tanto, mi madre me ponía mi mejor vestido, me peinaba y me rociaba de colonia. Cogíamos el autobús hasta el bulevar y me llevaba a la cafetería del María Cristina. Nos sentábamos en una mesa del fondo, alejadas de la entrada, y esperábamos a

que llegara «el amigo de mamá». Para mí era un señor, sin más, que siempre me traía una piruleta y un cuento y me preguntaba qué tal en el colegio. Luego me pedían un chocolate con churros y yo lo devoraba mientras leía y hacía caso omiso a su conversación «de mayores». Me había olvidado por completo de ese hombre. Ahora lo veo claro: ese hombre era mi padre.

Unai observa detenidamente la foto. Debió ser tomada por Miren, y en ella se ve a la pequeña Olvido en el lujoso hotel, sonriendo con el rostro lleno de churretes de chocolate, y a su lado un hombre que esboza una incómoda media sonrisa frente a la cámara.

—No podría jurarlo, pero creo que sí, puede ser Andoni Echagüe de joven. Le he visto varias veces en actos políticos y culturales que he cubierto para el periódico. Vamos, que todo el mundo sabe quién es. No me extraña que quisieran ocultar el escándalo del embarazo, aquello debió caer como una bomba en la familia.

—Y aún más habida cuenta de que mi madre era una total desconocida, menor de edad, cuya familia vivía en un caserío perdido en el monte…

Unai abre su ordenador portátil y teclea rápidamente en Google: «Andoni Echagüe San Sebastián»

Al instante aparecen varias entradas conteniendo su nombre, acompañadas de fotografías que muestran su apariencia actual.

—Aquí le tienes: doctor Andoni Echagüe, pediatra. Trabaja en la clínica de La Luz.

—¿Dónde está eso?

—En el Antiguo, no muy lejos de la tienda de tu madre. Es una clínica privada, bastante exclusiva. Está justo al lado del convento de las Hermanas Auxiliadoras del Sagrado Corazón, que trabajan allí como voluntarias.

—¿Es una maternidad? ¿Una maternidad llevada por monjas?

Unai asiente con la cabeza.

—Una maternidad y hospital infantil para familias pijas.

Olvido se pone en pie y coge su bolso.

—Ponte la gorra y las gafas de sol. Vamos a darnos un garbeo por el Antiguo.

Desde cuándo

Sábado, 9 de abril de 2016

—Sigo pensando que aún es muy pronto para que hayas vuelto al trabajo, Víctor. No hace ni una semana que saliste del hospital. Nosotras también te necesitamos, ¿sabes?

En casa del subinspector Navarro la tensión se puede cortar con un cuchillo desde la noche de la fiesta de bienvenida. La pareja no ha vuelto a pronunciar en voz alta el nombre de Olvido; Víctor tiene demasiado miedo de preguntar cómo ha averiguado Marga lo de su aventura o, lo que resulta aún más inquietante, por qué actúa como si no hubiese pasado nada.

—¿Quieres hablar del tema? —resopla Marga al fin, después de acostar al bebé y recoger los restos de la cena.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta Víctor, cabizbajo.

—Lo importante no es desde cuándo. Lo importante es que me expliques por qué. Por qué ella y no otra. Por qué, justamente, mi mejor amiga. Mi única amiga.

—No es por echar balones fuera, pero ¿soy yo el único culpable? ¿Has tenido esta conversación con ella?

—Ahora estoy hablando contigo, con mi marido. Creo que hay una cosa que no entiendes, Víctor: los amores van y vienen, pero Olvido es mi familia, mi hermana. Ya hablaré con ella cuando llegue el momento. No digo que no me haya dolido, pero a ella puedo perdonarla porque sé que nunca me haría daño intencionadamente.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Porque sabía que se iba a acabar, antes o después, y no puedo permitirme el lujo de perder a las únicas personas que tengo en el mundo. Sois mi familia. Haría falta mucho más que un par de revolcones para echar por tierra todo eso. Os quiero en mi vida a los dos, os necesito, y si eso significa pasar por alto que habéis echado un par de polvos, pues que así sea. Pero también te digo que, si me pones en la posición de elegir entre tú y ella, no tengo ninguna duda. Yo sé que Olvido no está enamorada de ti. Tengo la absoluta certeza de que, si así fuera, me lo habría dicho. Ella nunca me heriría conscientemente, estoy convencida de que lo que ha hecho la mortifica, no hace falta ni que me lo diga. Así que lo único que puedo pensar es que…

—¿Qué?

—Mira Víctor, Olvido es una mujer muy fuerte, pero tiene una herida profunda con el abandono. Creo que supiste ver su vulnerabilidad y te aprovechaste de ella, porque está sola y es emocionalmente inestable. Confía en ti, eres de los pocos hombres en los que puede apoyarse. Pasáis muchas horas juntos, compartís un trabajo muy intenso y supongo que es imposible no caer en la tentación de unos abrazos, de un poco de piel, cuando nadie más te ha demostrado afecto en tantos años. Pero de ahí al amor hay un trecho.

—No creo que nadie pueda aprovecharse de Olvido, Marga. Pero tienes razón, no puedo ni voy a eludir mi parte de culpa. Si sirve de algo, aunque quizás solo contribuya a empeorar las cosas, debo decir que para mí no ha sido solo sexo. Siento algo muy profundo por ella, al igual que por ti. Os quiero a las dos, lo creas o no. Y me está destrozando por dentro porque no tengo ni puta idea de cómo gestionarlo.

Marga deja escapar un suspiro y a continuación

acaricia el rostro de Víctor, compasiva.

—Te creo. Y no te culpo por ello. Mira, yo tampoco estoy muy segura de si me convence el modelo de familia tradicional, de toda la vida… Y sí, entiendo que se puede amar a dos personas al mismo tiempo. Yo misma creo que siempre he sentido por Olvido algo que va más allá de la amistad… Pero tienes que entender que esta situación no puede continuar. Lo que quiero decir es que no voy a tolerar más mentiras. No quiero que te vayas, creo que formamos un buen equipo y que podemos ser una familia maravillosa para Sara. Te quiero. Y quiero que mi hija crezca en un entorno feliz y tranquilo, ¿lo entiendes? Quiero que tenga lo que yo siempre deseé… Pero necesito saber que estás a bordo con nosotras al cien por cien.

—Puedes confiar en mí, mi amor, te lo prometo. Lo de Olvido se acabó. Supongo que va a formar siempre parte de nuestra familia, pero lo nuestro terminó. De hecho, fue ella quien lo cortó hace tiempo, y te aseguro que fue muy tajante al respecto. Encontraremos la manera de que funcione, te juro que no habrá más engaños.

La repentina vibración del teléfono móvil de Víctor sobre la mesa del comedor interrumpe abruptamente la conversación de la pareja. El nombre de Lucas Morata aparece en la pantalla. Víctor duda.

—Cógelo, anda —dice Marga.

Víctor coge el teléfono y empuja su silla de ruedas hasta el jardín para fumar un cigarrillo y charlar con su compañero. La conversación dura menos de cinco minutos, pero aún permanece un rato más en el exterior, apurando el pitillo y dejando que el aire frío de la noche le aclare las ideas. Finalmente, vuelve al interior de la casa.

—¿Qué quería a estas horas? —pregunta Marga.

—Está inquieto por Olvido. Yo también.

—¿Por qué, qué pasa?

—Creemos que no está de vacaciones. Lucas y yo tenemos la corazonada de que se ha embarcado en una investigación por su cuenta, y temo que sea capaz de ponerse en peligro o hacer alguna locura. Ya sabes cómo es, no tiene miedo a nada, y cuando se le mete algo en la cabeza…

Víctor pone al corriente a su esposa de los últimos acontecimientos: la visita que Olvido le hizo en el hospital, cuando le habló de Tania Crespo y su bebé; lo que ha averiguado indagando en su ordenador, y sus sospechas de que detrás de todo ello se oculte una potente motivación personal. El subinspector coge de nuevo el móvil y le muestra a Marga una captura de las polaroids que ha encontrado en el ordenador de su jefa.

—Es Olvido, sin duda —reconoce Marga—. Está exactamente igual que el día que la conocí, en el colegio.

El rostro de Marga es toda una mueca de amarga sorpresa.

—Así que eso es lo que ocurrió. Un embarazo. Eso es lo que su madre intentó ocultar enviándola al internado. Esto es lo que Olvido nunca ha sido capaz de contarme. Debieron separarla de la niña, qué horror…

—Eso es lo que sospecho. No he querido compartirlo aún con Morata, no sé qué hacer con esta información, pero me da que Olvido ha dedicado mucho tiempo a investigar, y puede que haya encontrado alguna pista a raíz de las declaraciones de Eric Garrido y Tania Crespo.

—¿Y por qué no habría de investigar por los canales oficiales?

—Por lo visto lo intentó, pero según Morata el comisario Herrera se niega en redondo a autorizar nada que pueda remover aún más el fango generado por los Garrido, padre e hijo. Está absolutamente decidido a enterrar ese apellido en las profundidades de la historia negra de la Policía… Imagínate el circo si algo acaba

salpicándole a él, o a la brigada. Sería el fin de su carrera, un auténtico escándalo. Tiene todo el sentido del mundo que no quiera arriesgarse, ya no le queda nada para cobrar su jubilación y largarse a tomar el sol a alguna playa de Alicante.

Marga duda antes de realizar la pregunta que le ronda por la cabeza desde hace un rato:

—Y tú… ¿Crees que el comisario puede estar implicado? Garrido y él tienen un largo pasado en común, ¿no es cierto?

Víctor asiente con la cabeza, incapaz de revelar todo lo que sabe de primera mano, lo que ha visto con sus propios ojos en las timbas de póker, los trapicheos en los que él mismo se ha visto indirectamente implicado. No cree que la noche de hoy sea capaz de sostener una confesión de ese calibre sin que el cerebro de Marga explote y se desparrame por toda la habitación.

—Herrera y Garrido trabajaron juntos en Donosti muchos años, en colaboración con la Ertzaintza. Creo que Olvido ha ido atando cabos; no me extrañaría nada que anduviera por allí y no en París, como te hizo creer. Haz memoria, Marga. ¿Olvido mencionó alguna vez a un tal «Aitor»?

Marga trata de recordar.

—No, no me suena de nada. Siempre ha sido muy hermética respecto a su pasado, solo me ha contado pequeñas pinceladas. Sé que no conoció a su padre. Que su madre se llama Miren, y tiene una mercería en San Sebastián. Vivían cerca de la playa de Ondarreta. No sabría decirte si «Montalbán» es el apellido del padre o de la madre, no sé en qué momento despareció él de la escena. También mencionó alguna vez a un noviete, Unai. Habló varias veces de él, estoy segura del nombre, pero ignoro el apellido. Si salía en la conversación, era siempre de pasada.

—Entonces, por lo que sabemos hasta el momento, Olvido tuvo una hija, «Nora», la que aparece con ella en la foto con el nombre escrito debajo. Es plausible, ¿no?

—Sí, por supuesto. Todo encaja —coincide Marga.

—Desconocemos si la dio en adopción de manera voluntaria —continúa Víctor—, pero el hecho de que haya guardado el secreto y las fotos de la niña junto a la información recabada sobre bebés robados me hace sospechar que, casi con total seguridad, se la arrebataron.

Marga asiente, pensativa.

—Es eso, Víctor. No me cabe duda. Olvido está en una misión, y le va a importar una mierda su seguridad o tener que enfrentarse al Ku Klux Klan si hace falta… No va a parar hasta que la encuentre.

—Entonces tengo que contactar con ella como sea.

Miércoles, 20 de abril de 2016

Montar un dispositivo de vigilancia y seguimiento no es tan sencillo cuando no dispones de los medios de la Policía Nacional para respaldarte, así que Unai y Olvido han tenido que recurrir al ingenio y a un par de visitas a la web del espía para organizarse.

Pese a llevar más de veinte años sin verse, Olvido sabe que no puede arriesgarse a que su padre la reconozca. Toda precaución es poca, no puede estar segura de que Miren no siga en contacto con él y le haya alertado de su reciente visita a la tienda, así que ha recaído en Unai la tarea de acercarse lo máximo posible al pediatra. El periodista lleva un par de semanas merodeando por la clínica, mientras Olvido estudia los alrededores del convento sacando fotografías, tratando de captar conversaciones al vuelo e intentando registrar cualquier actividad sospechosa.

En sus seguimientos diarios no han detectado nada fuera de lo normal. El doctor sale todos los días a la misma hora de su portal en la calle Urbieta y desayuna en una cafetería cercana. Media hora después su secretaria le recoge en su coche y ponen rumbo a la clínica. Lo más efectivo para sus pesquisas ha resultado ser la pequeña cámara oculta que Unai logró colocar en la salita de espera de la consulta de Echagüe, camuflada en un ficus de plástico que nadie se va a molestar en regar. Gracias a ella y a unas tediosas horas de visionado, en un par de semanas han descubierto algunas cosas que intuyen van a resultar de gran ayuda.

—Vaya, vaya —sonríe Unai—. Así que el buen

doctor tiene un *affair* con su secretaria…

—Este hombre es tan tópico que aburre. Pero gracias, papi, tu bragueta floja nos va a venir de lujo en esta ocasión —bromea Olvido.

El pediatra pasa la mañana entre pacientes y los besos furtivos que dedica a su amante cuando la sala de espera está vacía. En ocasiones, la secretaria/recepcionista entra en la consulta, y lo que ocurre en su interior cuando cierran la puerta deja a Olvido y a Unai poco espacio para la imaginación.

Al contrario de lo que cabría esperar, la inspectora no ha sentido ni un ápice de emoción al procesar la información relativa a su padre. Para ella no es más que un completo desconocido, un donante de esperma, a lo sumo. No lo siente como nada suyo. Tan solo lamenta no poder acercarse más a él para contemplarlo de cerca, tal vez desafiar su mirada, contemplar su reacción, si es que hay alguna. Pero ha decidido no arriesgarse a confrontarle, al menos de momento.

—Cada vez estoy más convencida de que la mujer que se llevó a Nora era una monja. Tengo un leve recuerdo de ella, pero estoy casi segura de que si vuelvo a ver su rostro seré capaz de reconocerla. Creo que hoy entraré en la clínica.

La pareja decide la estrategia del día mientras terminan de desayunar en el pequeño apartamento de Unai.

—De acuerdo —accede él—. Pero prométeme que vas a tener mucho cuidado. Tampoco podemos descartar que el tal Aitor aparezca en escena en cualquier momento. Tenemos que estar muy atentos a ese nombre.

Olvido le besa y entra en el baño. Recoge su melena pelirroja en un moño apretado y se coloca una peluca morena, con un sencillo corte *bob* y flequillo ladeado. A continuación, se pone las gafas de pasta negra que han

adquirido en internet, y activa a través del móvil la pequeña cámara situada en el puente de la montura, entre los ojos. Parece mentira que un invento tan sencillo sea tan potente y logre pasar tan desapercibido.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Impresionante. No creo que nadie te reconozca. De todas formas, si te cruzas con tu madre, ponte la capucha. Por si acaso.

—Tranquilo, tendré cuidado. Tenemos que dar con la monja cuanto antes. Voy a ver qué averiguo, encárgate tú de los expedientes. Nos vemos en casa esta noche.

La pareja se besa y cada uno sale por separado de la casa.

Unai no puede descuidar su trabajo en el periódico, así que pone rumbo a la redacción mientras que Olvido coge su moto y se planta frente a la clínica de La Luz. El edificio que la alberga presenta una fachada clásica por fuera, con grandes arcos de piedra blanca sobre los ventanales y columnas flanqueando la puerta de entrada, y con todas las comodidades de un centro sanitario remodelado y moderno por dentro. Olvido deambula por los pasillos, pasando desapercibida entre el ir y venir de médicos, pacientes y personal sanitario. De cuando en cuando se cruza con alguna religiosa que empuja una silla de ruedas, charla con familiares en la puerta de las habitaciones o transporta material sanitario de un lado a otro. No parecen ser muchas en comparación con el número de profesionales seglares, lo cual provoca cierto alivio en Olvido. *Cuanto menos donde buscar, mejor.* A la inspectora le parece que todas las monjas son iguales; los mismos rasgos austeros, la misma mirada entregada, miembros disciplinados de un pequeñísimo ejército de hormigas uniformadas. Algunas llevan un sencillo hábito gris, y otras una falda de tela gruesa, camisa blanca y jersey o

chaqueta gris de punto. Salvo contadas excepciones, casi todas se cubren la cabeza con una toca, y todas visten el mismo estilo de medias tupidas y sobrios zapatos negros.

Mientras observa detenidamente los rostros de cada una de ellas, Olvido trata de hacer memoria. La mujer que la atendió en el parto vestía de igual manera, ya no le queda ninguna duda de que debía pertenecer a la misma congregación. En cuanto a la edad, por aquel entonces no debía tener menos de sesenta años. Con cierto margen de error, deduce que ahora, si sigue viva, rondará los setenta y cinco. Recuerda sus ojos claros, también grises, fríos, gastados. Se concentra. Las facciones se van aclarando en su mente. *Vamos, Olvido, ¿qué más? Piensa, piensa.*

Entonces la ve.

Al doblar una esquina, la inspectora se encuentra al principio de uno de los largos pasillos que conforman el ala donde se ubican las consultas externas de pediatría. Olvido continúa con su paseo aleatorio tratando de pasar inadvertida, cuando siente una profunda sensación de *déjà vu*. Una mujer camina hacia ella, con paso lento, casi arrastrando los pies. La inspectora detecta en esos andares a una mujer cansada, atropellada por los años, pero al tiempo hay algo en ella que denota que no aún no ha perdido del todo la energía de antaño. Viste falda gris, camisa blanca, chaqueta gris de punto, toca, como las otras. Sin embargo, un toque de coquetería la diferencia del resto. Un discreto pañuelo de seda azul celeste con florecillas blancas cuelga delicadamente sobre su pecho. Hay algo tremendamente familiar en esos andares. Olvido continúa acercándose a ella despacio, apretando los puños para regularse. Cada vez la tiene más cerca, pero aún no está segura. *Joder, hace tantos años…* Olvido se maldice una vez más por no haber aplicado entonces todos sus sentidos a memorizar cada detalle de aquellos días en el caserío. Y de repente sucede. Un gesto aparentemente

nimio logra que a Olvido se le hiele la sangre en las venas. Casi al llegar a la altura de la inspectora, la monja realiza un movimiento automático, rápido, medio inconsciente. El mismo que la Olvido adolescente sí ha conseguido mantener intacto entre los recuerdos de aquel día.

La religiosa baja levemente la mirada mientras, con su mano derecha, toma la cruz plateada que lleva colgada al cuello.

Olvido no parpadea.

Se lleva el crucifijo a los labios.

Olvido no respira.

Como si estuviera reconstruyendo la escena solo para sus ojos, lo besa y lo introduce dentro de la camisa, en contacto con la piel de su pecho.

Olvido tiene que realizar un esfuerzo monumental por no detenerse en seco y agarrar a la monja del brazo.

El corazón le late en las sienes, en las muñecas, en el pecho. *Ahora no puedo permitirme un ataque de pánico*, se dice. No sabe de dónde saca las fuerzas, porque hay unos segundos en ese pasillo que permanecerán por siempre borrosos en su memoria. Lo único que recuerda es que, por alguna especie de confabulación milagrosa, la solución acude en su ayuda en forma de potente chute de dopamina liberado por sus neuronas, y experimenta algo así como una explosión de euforia. La tiene. La ha encontrado. Ahora no puede perderla.

Fortalecida por el subidón, deja pasar un par de segundos y se asegura de que nadie se percate de su repentino cambio de sentido. Olvido camina ahora detrás de la religiosa, deshaciendo el recorrido por el pasillo, hasta que la monja se detiene frente a la puerta de una sala de espera. Solo entonces Olvido repara en la pequeña libreta negra que la mujer sostiene en su mano derecha. Parece cara, de piel, y tiene el tamaño de una agenda

corriente de oficina. La mujer abre la libreta y consulta algo. Cuando parece encontrar lo que busca, se interna de la sala de espera, y Olvido entra detrás de ella. Reconoce al instante la mesa que sirve de recepción y mesa de trabajo a la secretaria y amante de Echagüe, así como las modernas butacas coloridas de la salita que tantas veces ha contemplado con letal aburrimiento en las recientes horas de espionaje. La inspectora se sienta junto al ficus artificial y no puede reprimir una sonrisa al localizar la pequeña cámara oculta entre la arena. En la sala aguardan a ser llamados una mujer que amamanta a un bebé de pocos meses y una madre con una hija ya adolescente.

La monja intercambia unas palabras con la secretaria, y esta le indica que puede pasar a la consulta. Olvido decide sentarse, y coge una revista mientras reza por lo bajo para que la recepcionista no repare en su presencia y le pregunte si tiene cita. Como por intervención divina, el teléfono suena y la secretaria se embarca en una intensa conversación con la que parece ser su madre, y con la que debate un problema —por el tono cualquiera diría que se trata de una cuestión de vida o muerte— relativo la inminente boda de su hermana.

La madre y la adolescente que esperan sentadas junto a ella se encuentran también enfrascadas en una charla que parece mantenerlas aisladas de lo que acontece a su alrededor.

—No me gusta nada este pelo tan negro que te has puesto, ni esta forma de vestir, con las medias rotas… Pareces salida de una película de Tim Burton —dice la madre.

—No tienes ni idea mamá, soy gótica. Me visto como me siento. Y voy a hacerme un piercing en la nariz, que lo sepas —contesta la hija.

—Por encima de mi cadáver, te vas a hacer un piercing.

Olvido tiene que apretar los labios para disimular una risilla.

Al cabo de unos minutos la monja abandona la consulta, seguida por Echagüe. Es la primera vez que Olvido le ve en persona, dejando a un lado los vídeos. Sabe de sobra que es él, pero cualquier conato de duda se disipa al tenerle delante. Reconoce con toda certeza al «amigo» de Miren, el que le regalaba chucherías y las invitaba a merendar en el María Cristina. Su padre se despide de la monja con un cariñoso beso en la mejilla, dejando patente lo que ya intuía: que la relación entre ellos no es circunstancial, sino que es estrecha y viene de lejos.

Sin reparar en ella, el médico hace pasar a su consulta a la joven madre y al bebé.

—Leire, Nerea, vosotras pasáis después —dice, antes de cerrar la puerta tras de sí.

La monja se dirige a la salida, repasando despistada las anotaciones de su cuadernillo, cuando la madre de la adolescente se levanta de improviso y cruza la sala para interceptarla.

—¡Hermana! ¿No nos ha visto?

—Ay, Leire hija, perdona… Iba pensando en mis cosas, qué despiste…

—¿Qué tal está? Hace tiempo que no la vemos.

—Bueno, pues como siempre, cada día un poco más torpe, pero intentando seguir cumpliendo con la voluntad del Señor. Perdóname, querida, pero no puedo entretenerme mucho. Hace rato que debería estar en el convento.

—Claro, claro, no la retengo. Solo quería saludarla, me alegro mucho de haberla visto.

—Agur, Nerea, bonita.

La adolescente le devuelve un saludo desganado en

forma de media sonrisa.

—Agur, hermana.

Esta es su oportunidad.

—Disculpa… —pregunta la inspectora—. La hermana que acaba de salir… ¿podrías recordarme su nombre…? Lo tengo en la punta de la lengua, pero…

—¿La hermana Dulce? —pregunta Leire.

—¡Sí, eso! La hermana Dulce —responde Olvido, simulando un gesto de alivio.

Justo en ese momento Echagüe despide a la joven con su bebé y llama en alto, interrumpiendo la conversación entre Leire y Olvido:

—¿Leire?, ¿Nerea? Pasad, pasad…

La adolescente se pone en pie y entra en la consulta seguida por su madre, que se vuelve un instante hacia la inspectora antes de entrar.

—¿Querías algo más? —pregunta Leire.

— No, no era nada, tranquila…

Olvido hace un gesto despreocupado con la mano para quitarle importancia al asunto, y madre e hija entran en la consulta. La inspectora decide desaparecer antes de que la secretaria finalice su conversación telefónica, aunque parece que la cosa todavía va para largo.

Olvido no ha reparado en la adolescente de rostro melancólico, ni ha tenido ocasión de fijarse en su lóbulo derecho, partido, cubierto por su larga melena negra. No obstante, abandona la sala con el corazón encogido, cavilando qué enfermedad será la que atenaza los enormes ojos azules de la muchacha, que parecen tremendamente cansados para una chica tan joven.

En el periódico

Miércoles, 20 de abril de 2016

Mientras, en la redacción del Diario de Gipuzkoa Unai no logra concentrarse en las notas de sociedad y otras noticias irrelevantes que debe sacar adelante para la edición del fin de semana. Lleva un tiempo dándole vueltas a la idea de tomarse unos días libres para poder ayudar a Olvido sin interrupciones. Al fin se decide y entra en el despacho de la editora jefa.

—No es el mejor momento del año, Unai, pero si se trata de un problema personal o algo grave, adelante. No puedo decirte que no —accede Edurne, comprensiva.

—Lo cierto es que es un tema bastante delicado. Es personal, pero, como periodista, creo que al mismo tiempo se trata de una historia potencialmente importante no solo para mí, sino para toda la ciudad. Incluso para el periódico… De confirmarse lo que… Puede que haya mucha gente… Podría ser un bombazo.

Unai divaga, deja frases a medias. No está seguro de si es prudente compartir lo que sabe, pero por otro lado…

—A decir verdad, me gustaría saber tu opinión —continúa—. ¿Tienes un momento para charlar?

—¿Ahora?

—Si puedes, sí, cuanto antes.

La editora le escudriña desde el otro lado del escritorio, entre sorprendida e intrigada. Finalmente, teclea algo y pliega la pantalla del portátil.

—Tienes toda mi atención. ¿De qué se trata?

Unai hace un breve resumen del caso. Omite intencionadamente los nombres reales de Olvido, Nora,

Tania Crespo, Miren o Echagüe, pero no oculta la referencia directa a Eric y Rafael Garrido, y su posible implicación en la red.

—Lamento no poder revelar la identidad de mi informante. Necesito protegerla a toda costa, pero creo que debes saber que a los dos nos mueve una motivación personal porque se trata de la madre de mi hija. Y a nosotros también nos la robaron al nacer.

Edurne evalúa la relevancia de la información y coincide con Unai. Aquello es un bombazo.

—Si lo que dices es verdad, estoy de acuerdo con tu «informante» en que lo más probable es que haya gente muy importante metida en el ajo. ¿Habéis hablado con la policía de aquí, con la gente que pudiera haber estado en contacto o colaborado de alguna manera con Garrido y Herrera cuando estuvieron destinados en San Sebastián?

—Lo hemos valorado y desechado. Mi pareja opina que es demasiado peligroso. Ella también es policía, se juega mucho; nadie sabe lo que está haciendo. Creemos que para que los negocios sucios de Rafael Garrido siguieran adelante durante todos estos años, ha tenido que contar necesariamente con la ayuda de policías y ertzainas. No podemos permitirnos el lujo de levantar sospechas.

—¿Tenéis ya algo sólido?

Unai le cuenta que están realizando discretos seguimientos y tratando de recabar evidencias. Cuentan con información fiable, como la declaración de Tania Crespo, pero necesitan pruebas, nombres, más testimonios.

—Muy bien, te diré lo que vamos a hacer: nada de vacaciones, deja lo que tuvieras entre manos y ponte con esto a tiempo completo. Solo una cosa: no hables con nadie del tema, solo conmigo, ¿de acuerdo?

—¿Puedo preguntar por qué?

Edurne duda un momento. Antes de contestar, rodea

el escritorio y se sienta junto a Unai. Su tono de voz cambia ostensiblemente. Lo que va a compartir con él, prefiere susurrárselo al oído.

—Según me lo ibas contando, mi cabeza ha empezado a girar a toda velocidad. He visto casos sospechosos a mi alrededor en los últimos años, pero siempre me he hecho la loca. Matrimonios que, tras años intentando una adopción internacional, aparecían a los pocos meses con un bebé donostiarra, o bilbaíno, o madrileño… Siempre me ha parecido muy raro, y cuando he intentado preguntar por el proceso de adopción, todo han sido respuestas vagas o evasivas. Llámalo instinto periodístico, pero no he logrado nunca quitarme la mosca de detrás de la oreja. Y ahora, con toda esta información que me traes, tengo claro que algo pasa. No puedo seguir mirando hacia otro lado, como hasta ahora. Y tienes razón, si lo hacemos bien, esto puede ser el reportaje del año.

De repente, Unai abre los ojos de par en par y clava la mirada en Iñaki Zabarreta, el director del periódico, que en ese preciso momento pasa por delante del despacho acristalado donde se encuentran y les saluda con la mano. Edurne le devuelve el saludo, exagerando una amplia sonrisa.

—¿No creerás que Iñaki…? –pregunta Unai.

—Conforme has empezado a contarme, no he podido dejar de pensar en él. ¿Qué tiempo tiene su bebé? No creo que llegue a los dos años. Y sé, porque lo ha contado un millón de veces, que fue una adopción nacional. Recogieron a la niña en Madrid. Fue todo rapidísimo, nadie sabía nada, y de un día para otro estaban presentando a la criatura a propios y extraños. A mí siempre me ha parecido un tanto, no sé… inquietante, cuanto menos. Estoy muy al loro del tema de las adopciones porque mi hermano y su mujer no pueden

tener hijos. Hemos hablado muchísimo de ello y me han dicho siempre que la adopción nacional de un bebé es prácticamente imposible. Las opciones suben si se plantearan acoger a un niño más mayor, o a un adolescente, pero recién nacidos… Siguiendo los cauces «legales», las probabilidades son escasas.

A Unai se le ponen los pelos de punta.

—Gracias por la confianza, Edurne. Te iré contando lo que vayamos averiguando.

—Perfecto. Intentaré ayudarte desde aquí, pero somos solo tú y yo, recuerda. No me fío de nadie más para esto, y no quiero que nos despidan a los dos.

El periodista deja las instalaciones del periódico sintiéndose una mezcla explosiva entre Bob Woodward y Jessica Fletcher. Se mete en su coche y consulta la hora. *Las ocho de la tarde. Perfecto*. La secretaria de Echagüe suele salir de la clínica hacia las ocho y media. Llega a tiempo para aparcar casi en la puerta, y se cruza con el pediatra cuando este sale del edificio. Siendo jueves, lo más probable es que se disponga a apurar unos zuritos en el Ganbara antes de volver a casa.

Unai sube de dos en dos los escalones que conducen a la primera planta, y se dirige a la consulta que tan bien conoce. Tal como ha calculado, encuentra a Marta —así se llama la mujer— terminando de recoger su escritorio y a punto de apagar el ordenador.

—No lo apagues todavía, por favor.

El pasillo está a oscuras y ya no hay monjas ni pacientes pululando por la zona, así que la mujer se inquieta al ver a Unai en el quicio de la puerta, bloqueando la salida.

—Tengo que irme ya, lo siento. Si desea pedir cita con el doctor Echagüe, llame mañana a partir de las nueve —dice, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Solo necesito que me des una cosa y me iré.

—¿Qué quieres, dinero? Aquí no hay nada, no cobramos en efectivo. Lo tramitan todo las sociedades médicas.

—No, no es dinero lo que busco.

Unai saca un *pendrive* del bolsillo de su pantalón y se lo tiende.

—Necesito que me copies aquí los informes de todos los pacientes del doctor. Toda la información que tengas, fichas personales, familiares, pruebas médicas, todo.

—No puedo hacer eso, es ilegal.

Unai se acerca a ella con el teléfono móvil en la mano. Marta le mira indignada. El chico no parece peligroso, tiene más pinta de *hipster* trasnochado que de delincuente. No sé imagina qué puede querer aquel hombre de ella, hasta que tiene la pantalla de Unai frente a sus ojos. El teléfono reproduce un vídeo donde se concatenan imágenes suyas con el doctor. Besándose en la sala de espera, encerrándose en la consulta, más un añadido especial del día anterior, cuando la parejita aprovechó la hora de comer para pasar un ratito de esparcimiento en un discreto hotel a las afueras de la ciudad. La mujer fulmina al periodista con la mirada.

—Puta rata —murmura, indignada.

—Intentaré que no te salpique lo que estoy investigando, pero necesito que colabores. Si no estás implicada no te pasará nada, te lo prometo. No me agrada tener que recurrir al chantaje, pero no he encontrado otra manera de hacerlo. Lo siento, de verdad —se disculpa Unai. A decir verdad, se siente como una rata, pero se cuida mucho de confesar que sería incapaz de difundir esas imágenes.

—No quiero meterme en líos —dice Marta, mientras accede de mala gana a pasar la información del ordenador

al *pendrive*.

—Entonces te recomiendo que sigas mi consejo: ve pensando en buscar trabajo en otro sitio.

Los expedientes

Viernes, 22 de abril de 2016

Son las tres de la madrugada cuando Unai y Olvido terminan de analizar y clasificar los expedientes que han *sustraído* del ordenador de la clínica. Los archivos suministrados por la secretaria del doctor están pulcramente ordenados en carpetas que, a su vez, contienen un número similar de subcarpetas. Las carpetas aparecen ordenadas alfabéticamente por el nombre del/la paciente (apellido, nombre) y su fecha de nacimiento (día/mes/año), y en su interior se organiza la documentación (de más antigua a más reciente) incluyendo fichas con el seguimiento del embarazo, informe de parto, primeros reconocimientos médicos, cartilla de vacunación y otras pruebas diagnósticas realizadas a lo largo de los años. Van abriendo archivos al azar para hacerse una idea de lo que contienen, hasta que tropiezan con el fichero más útil de todos. Al organizar los archivos por tipo, encuentran un documento solitario con la prometedora extensión «.xls». Efectivamente, al abrirlo encuentran una detallada tabla de Excel con los nombres de todos los pacientes (*bendita Marta, no se puede decir que no sea una administrativa eficiente*…) en la cual es posible realizar búsquedas por criterios.

Las primeras entradas de la tabla, si la ordenan por fechas, se remontan a 1995, año en el que, deducen, el doctor Echagüe comenzó a pasar consulta en la clínica de La Luz.

—Busca directamente por «adopción» —propone Unai.

Olvido teclea, impaciente.

Y allí está. A la primera.

Ante sus ojos, el programa despliega un largo listado de pacientes cuya fecha de nacimiento está comprendida entre el 1 de enero de 1995 y el 22 de abril de 2016.

Bingo.

—No me puedo creer que haya tantos —dice Unai.

—A juzgar por lo que vemos aquí, yo diría que el número de pacientes adoptados que acuden a la consulta de Echagüe desafía cualquier estadística.

—Ochenta y cuatro en total. Desde 1995, son alrededor de cuatro adopciones por año —comenta Unai, exhalando un silbido.

—Nora nació el 17 de junio de 2000 —dice Olvido, mientras teclea la fecha en el buscador.

0 coincidencias.

—Amplía un poco la búsqueda —sugiere Unai.

Olvido teclea un rango entre el uno y el treinta de junio de 2000.

2 coincidencias.

Los latidos de corazón de la pareja se sincronizan.

El primer resultado pertenece a un tal Arkaitz Arrobarrena, nacido el 12 de junio de 2000.

El segundo arroja un nombre femenino: «Nerea Mendiburu». Fecha de nacimiento: 21 de junio de 2000.

—21 de junio —susurra Olvido. Está lívida —. Ese fue el día que se llevaron a Nora.

Con la función respiratoria relegada a un dignísimo segundo plano, la inspectora hace clic sobre el nombre de la niña, y una escueta ficha con la información básica de la paciente se despliega en primer plano, ante la mirada ansiosa de la pareja:

Nombre: Nerea Mendiburu Larralde
Fecha de nacimiento: 21 de junio de 2000
Lugar: Clínica de La Luz, Donostia

Nombre del padre: Julen Mendiburu

Nombre de la madre: Leire Larralde

Dirección: Plaza de Gipuzkoa, 7 - 5ºC, Donostia

Más abajo, un campo de texto con la etiqueta genérica de «observaciones» consigna el dato: «Adopción vía H.D».

—Puede ser ella —declara Olvido, sin atreverse a mover un músculo.

—Busca ahora su expediente —le pide Unai.

Olvido sale del archivo de Excel y ordena alfabéticamente las carpetas. Le tiemblan tanto las manos que no puede continuar. Unai toma el relevo y se hace con el ratón y el teclado. Hace un barrido rápido hasta llegar a la «M»

—«Mendiburu Larralde, Nerea», aquí está.

La pareja suspira y se toma de la mano antes de continuar.

—¿Preparada? —pregunta Unai.

Olvido asiente con la cabeza, y él hace clic sobre el nombre de la paciente que, de confirmarse sus sospechas, podría ser su hija.

Lo que descubren al abrir la carpeta les deja absolutamente sobrepasados. A diferencia de otros perfiles que han ido cotilleando al azar, el expediente de Nerea contiene una cantidad abrumadora de documentación médica. Comienzan a revisar los archivos uno por uno, incapaces de dar crédito al elevadísimo reporte de ingresos hospitalarios, tratamientos y pruebas médicas consignados en su interior. Es evidente que la salud de la niña es, cuanto menos, delicada. En algunos informes se adjuntan fotografías que ilustran en detalle erupciones cutáneas, cicatrices, etc, pero no encuentran ninguna instantánea de cuerpo entero o que muestre el rostro íntegro de la

pequeña. La pareja va repasando los archivos en silencio, leyendo despacio, sin hablar. Hasta que, de repente, Olvido salta:

—¡Unai! ¡Amplía esa foto, por favor!

El hombre obedece. Se trata de un detalle de la zona inferior derecha del rostro de la pequeña, a la edad de tres años. Olvido reconoce al instante la pequeña malformación en el lóbulo de la oreja y rompe a llorar.

Ya no hay ninguna duda.

Es ella.

Viernes, 22 de abril de 2016

Olvido no quiere lanzar las campanas al vuelo todavía, pero está casi segura de que esa niña, Nerea, tiene que ser su hija. *Su Nora.*

Unai y ella no han pegado ojo en toda la noche. Han tratado de elaborar una lista con todas las evidencias que podrían demostrar que se trata de Nora. El grupo sanguíneo, A+, es compatible con ambos. Está, por supuesto, la fotografía del lóbulo de la oreja derecha. No han podido encontrar ninguna donde se vea la mancha de nacimiento en forma de lágrima que tiene en el brazo, pero sí han captado retazos de su pelo, pelirrojo, como el de Olvido, y una foto recortada en la que se intuyen parcialmente los mismos ojos azules que tenía al nacer. Los ojos de Unai.

Saben que deben intentar ser cautos. Aunque todo apunte en la misma dirección, nada es seguro sin una prueba de ADN, pero no pueden evitar emocionarse. Para bien o para mal, tienen que averiguar si Nerea Mendiburu es en realidad Nora.

La pareja se debate entre la felicidad de saber que, de ser ella, su hija sigue con vida —y, por suerte, no se la han llevado a vivir a otra provincia (o, peor aún, a otro país)—, y la angustia y la preocupación por su estado de salud.

A lo largo de la madrugada han organizado también los expedientes del resto de casos de adopción, y han encontrado un patrón diferencial. Más o menos en el ochenta por ciento de los documentos figuran las siglas

H.D. En el veinte por ciento restantes, sencillamente no pone nada. Olvido no tarda mucho en llegar a la conclusión que las siglas H.D. deben corresponder al nombre de la mujer que atendió el parto de los bebés e hizo de intermediaria entre las familias biológicas y las de adopción.

—Vía H.D… Gestionado por la Hermana Dulce, ¿no crees?

Unai asiente con la cabeza.

—Puede que el otro veinte por ciento sean adopciones legales.

—Es posible, sí —coincide la inspectora.

—Otra similitud entre los casos de la monja: en los expedientes de las supuestas adopciones legales, los informes incluyen datos detallados relativos al transcurso del embarazo y el parto, como ecografías y otras pruebas relacionadas con el estado de salud de la madre y el feto. En los casos de adopción irregular —es decir, los marcados con las siglas H.D.— no existe información al respecto, y los informes de parto contienen datos prácticamente calcados: parto natural (sin más detalles), peso, medida del recién nacido, y poco más. Todo cuadra con embarazos como el tuyo o el de Tania Crespo, sin seguimiento médico —concluye Unai.

Apoyándose en los datos extraídos del expediente de Nerea, deciden realizar una búsqueda en internet. El nombre de la niña no arroja ningún resultado, ninguna noticia o fotografía relacionada con su nombre. Al probar con Julen Mendiburu, averiguan que el hombre falleció en enero de 2007 y consiguen descargar una imagen suya, relacionada con el obituario. A continuación, teclean el nombre de Leire Larralde. Apenas unas líneas la relacionan con otra esquela, que esta vez señala a un hijo fallecido en 1993: Ander Mendiburu Larralde. No hay fotografías ni de ella ni de la pareja.

—Está claro que no tienen redes sociales. O al menos no con su nombre de pila —observa el periodista.

—Esperaba no tener que recurrir a ello, pero creo que nos vendría bien un poco de ayuda externa —dice Olvido—. Voy a escribir a Morata. No me hace gracia involucrarle, a ver si consigo que averigüe todo lo que pueda sobre la pareja sin darle muchas explicaciones. Lo mismo hay suerte y encontramos algo en los archivos de la policía.

Olvido abre su cuenta de correo personal de Gmail, que no ha consultado desde que salió de Madrid. Con lo que no contaba la inspectora es con los catorce mensajes sin leer que le ha enviado Víctor Navarro en ese tiempo.

—Mierda.

—¿Qué ocurre? —pregunta Unai.

—Es Víctor —. Olvido ya le ha puesto al corriente sobre las sospechas que recaen sobre su compañero—. Tengo un montón de mensajes suyos.

El asunto de todos los correos es similar, con ligeras variaciones que van del «Ponte en contacto conmigo, es importante», al «Necesito hablar contigo, ¡llámame!».

Olvido pondera sus opciones.

—Tengo que llamar. Puede que le haya ocurrido algo a Marga, o a la niña.

La inspectora coge su teléfono de prepago, el único que ha utilizado desde que llegó a Donosti, a sabiendas de que no podrán rastrear la llamada sin una autorización expresa. El teléfono es lo suficientemente sencillo como para no incluir entre sus prestaciones la opción de «localización».

En las oficinas de la brigada, Víctor Navarro y Lucas Morata finalizan la reunión diaria con el equipo, cuando el móvil del primero vibra en su bolsillo. La pantalla le

devuelve el texto: "usuario desconocido". Navarro hace un gesto con la mano a sus compañeros para que le dejen solo.

—Víctor, soy yo —dice la inspectora, por todo saludo.

—¡Por fin! ¿Dónde estás? ¡Llevo días intentando localizarte!

—De viaje, ya lo sabes. Llamo porque acabo de ver tus emails. ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que estoy muerto de preocupación, Olvido. No me trago el rollo de las vacaciones, te conozco. Dime que no te has puesto a investigar por tu cuenta. Júramelo.

Olvido hace una pausa.

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi tiempo libre. ¿Eso era todo? —protesta la inspectora.

—Olvido, por favor, recapacita. Garrido se relacionaba con gente muy peligrosa. Yo ya estoy de regreso en la brigada. Vuelve, y entre todos pensamos una estrategia. ¿No te das cuenta de que esto te viene muy grande?

Morata regresa a la sala y Víctor pone el teléfono encima de la mesa y activa el altavoz.

—Inspectora, soy Morata. Navarro tiene razón. No busques al tal Aitor tú sola. Si tenía negocios con Garrido, podría ser un tipo peligroso. ¿Y si va armado? Puede que, ahora que no está Rafa, ande alerta por si alguien le sigue la pista. Déjalo, vuelve a casa y buscamos el modo de montar una operación como Dios manda, con personal, con recursos…

—Espera, Morata… ¿De dónde has sacado tú el nombre de Aitor? Yo no he compartido esa información contigo… ¿Por qué estáis tan interesados en el caso, de repente?

El tono de voz de la inspectora comienza a dar un poco de miedo.

—Estás en Donosti, ¿verdad? —pregunta Víctor, esquivando la cuestión.

Se produce un silencio al otro lado de la línea.

—Creo que esto va más allá de Tania Crespo… —continúa Navarro—. Es personal, ¿verdad? Es por Nora.

El nombre de su hija retumba en la cabeza de Olvido como una pelota contra la pared de un frontón.

—¿Y tú cómo sabes…? —susurra, incrédula—. ¿Qué cojones sabes tú de Nora? ¿Me has estado investigando, Víctor?

El recelo de la inspectora va dejando paso a la cólera.

—¡Es la segunda vez que te metes en mi vida privada! ¡Te lo advierto, deja de acosarme, o te juro que esta vez iré a por ti sin contemplaciones!

—¡He tenido que hacerlo, no me has dejado otra opción! —responde Víctor, con la voz temblando de impotencia.

—¡Si tienes miedo de que descubra más cosas sobre ti, o sobre el resto de la brigada, no deberías haberte metido en negocios turbios! Lo siento, pero voy a continuar, caiga quien caiga.

Lucas Morata lanza al subinspector la misma mirada que arrojaría un niño atrapado en una discusión entre sus padres.

—Has hecho un buen trabajo ocultándote —concede Navarro, que hace un esfuerzo consciente por modular su tono de voz para mostrarse más calmado—. Solo has cometido un error: pagaste con tu tarjeta de crédito una noche en el Hotel Londres. Tan solo quiero que me confirmes una cosa… ¿Sigues en San Sebastián?

Olvido cuelga el teléfono y lo apaga.

—¿A qué se refería con «negocios turbios»? —pregunta Morata, al cabo de lo que considera un tiempo prudencial.

Navarro deja escapar un suspiro de incomodidad.

—En el pasado hice cosas de las que no estoy orgulloso, pero ya no importa. No fue para tanto, créeme. Nada comparado con el lío en el que se está metiendo.

—Está en San Sebastián —concluye Lucas—. Tenemos que encontrar a ese Aitor antes de que la encuentre a ella.

Seguimiento

Sábado, 23 de abril de 2016

—Así que tu jefa te ha dado permiso para investigar… No sé si me hace gracia que sepa que estamos tras la pista de nuestra hija —dice Olvido—. ¿Confías en ella? No podemos permitirnos el lujo de despertar sospechas.

—No pienso publicar nada hasta que tengamos pruebas sólidas —responde Unai—. Y no hace falta utilizar los nombres reales. Pero creo que, si se confirman nuestras sospechas, estamos ante un escándalo de proporciones monumentales. Es una gran noticia, y la gente tiene derecho a saber la verdad.

Olvido tiene sus reservas acerca de la libertad de prensa, en concreto sobre los obstáculos que los periodistas suponen a veces para las investigaciones policiales, pero se lo calla.

—Es ahí, ese portal —anuncia Unai, deteniendo el coche unos metros antes del mismo.

—Ojalá supiéramos qué aspecto tienen.

—Bueno, solo hay que estar atentos a una madre alrededor de los cincuenta años y una adolescente pelirroja. No creo que haya tantas personas en el bloque que respondan a esa descripción.

La pareja ha decidido apostarse frente al supuesto domicilio de Leire Larralde, confiando en que aún continúen viviendo en la dirección que figura en el informe médico. Necesitan verla, materializar al fantasma que ha sido su hija durante los últimos quince años de sus vidas. Apagar el borboteo constante de la duda en su cerebro.

—No vamos a perder el tiempo a lo tonto. Entraré a ver si figuran sus nombres en el buzón —dice Olvido, saliendo del coche.

Unai la observa. El portal está cerrado, por lo que la inspectora tiene que esperar unos minutos fingiendo hablar por teléfono, hasta que un vecino sale y ella aprovecha para colarse. A los pocos segundos regresa, con expresión triunfante.

—Confirmado, siguen viviendo aquí, piso 5ºC. Aparca el coche, estaremos mejor en la cafetería de enfrente —dice Olvido, señalando el ventanal del local al otro lado de la calle.

La mañana del sábado transcurre entre cafés, vistazos furtivos y ligeros infartos de miocardio cada vez que un vecino entra o sale del edificio. Mientras matan el tiempo, repasan la información recabada hasta el momento.

—El hijo de Tania Crespo nació el 15 de marzo de 2013. Siguiendo con el patrón de las adopciones, podría coincidir con un niño que fue adoptado aquí el 17 de marzo de ese año, es decir, dos días después —dice Olvido.

—El tiempo justo para viajar con el bebé desde Madrid y organizar la entrega con la familia de adopción.

—¿Te imaginas esos viajes? Todas esas horas llevando a un recién nacido de una ciudad a otra, tanto tiempo para reflexionar sobre lo que estaban haciendo… Gestionando el robo, la entrega, el pago. Como si se tratara de una simple mercancía.

—La motivación de Aitor es clara, el dinero. Pero estoy convencido de que esa mujer piensa que obedece algún plan divino. La Iglesia como siempre, por encima del bien y del mal, decidiendo lo que es pecado y lo que no…

—… si una madre es digna de cuidar a su propio hijo, o si estaría mejor en el seno de una familia más acorde a sus creencias…

Olvido suspira, hastiada.

Unai se anima a hacer una confidencia:

—He encontrado la ficha de la hija de mi director, Iñaki Zabarreta. Edurne y yo teníamos sospechas sobre él.

Olvido abre los ojos de par en par.

—No me habías comentado nada. ¿Estás seguro? ¿Lleva las siglas H.D.?

Unai asiente con la cabeza.

—Confiaba en que no fuera cierto. Esto es gordo, Olvido. Esto es muy gordo.

En ese preciso momento, la puerta del portal se abre y Leire y Nerea salen de él.

—Unai, ¡mira! —susurra Olvido, nerviosa— ¿Son ellas?

—No lo sé. La niña tiene el pelo negro, pero por las edades…

—¡Corre, vamos!

La pareja abandona la cafetería a la carrera, y comienzan a seguir a madre e hija a una distancia prudencial. Unai va grabando con su móvil. Necesitan acercarse lo máximo posible sin alertarlas, necesitan una fotografía nítida en la que reconocer a su hija. La oportunidad perfecta surge cuando ambas se detienen junto a la parada del autobús. La pareja de improvisados detectives se sitúa justo a su lado, y entonces Olvido se da cuenta. ¡Las conoce! Son la madre y la hija que coincidieron con ella en la consulta de Echagüe. La mujer le había facilitado el nombre de la hermana Dulce, y la chica… ¿Cómo fue…? Sí, la chica discutía con su madre. A ella no le había gustado que se tiñera el pelo. La adolescente viste de negro de la cabeza a los pies, salvo por unas medias de rayas gruesas, grises y negras. «Soy gótica», había dicho, y Olvido había sonreído. Escruta el rostro de la joven desde el parapeto que suponen sus oscuras gafas de sol. Entonces se fija por primera vez en

sus ojos. Tan azules como el mar que baña las playas de la cuidad. Exactamente iguales que los de Unai. Entonces llega el gesto, tan inesperado como decisivo. Nerea agarra una goma de pelo que lleva a modo de pulsera, alza los brazos y se recoge la melena en una coleta. Cuando la ata con la goma, deja al descubierto el lóbulo imperfecto de la oreja derecha. La inspectora presiente que el archiconocido temblor que la ataca en situaciones de máximo estrés está a punto de manifestarse, así que aprieta los puños con fuerza y se concentra en los detalles. Apenas puede creer que se encuentre a menos de veinte centímetros de la que podría ser su hija. Unai aprovecha el momento de espera, y estira el brazo todo lo que puede para fingir que toma un *selfie* junto a Olvido, que simula como puede una sonrisa. En realidad, el encuadre incluye también a Nerea y a Leire, que charlan entre ellas totalmente ajenas a la maniobra del periodista.

—Lo tengo —susurra Unai en el oído de la inspectora.

Pero Olvido no es capaz de moverse, ni tan siquiera de respirar. Teme que cualquier movimiento brusco la saque del hechizo y la despierte. Lo único que quiere es extender la mano y tocarla y, aunque lo intenta, no logra contenerse. Justo cuando llega el autobús y Nerea y Leire se aproximan a la puerta delantera del vehículo, la inspectora estira los dedos y roza por una fracción de segundo la piel de la mano de la chica. Nerea apenas lo percibe o, si lo hace, no le da importancia alguna, porque sube al autobús seguida de su madre y toma asiento en una de las filas del fondo.

Unai duda.

—¿Subimos?

La duda se disipa cuando comprende que Olvido está sufriendo un ataque de pánico en toda regla. Las puertas del autobús se cierran, y éste se aleja de la parada, con

Nerea en su interior.

—Tranquila, *maitia*, tranquila… Ven, vamos a sentarnos.

Unai rodea su cintura y la lleva, medio en trance, hasta uno de los bancos que rodean el estanque de la plaza. Asustado, observa sin atreverse a intervenir los movimientos rítmicos que parecen ayudarla a regularse, adelante y atrás, adelante y atrás.

—Respira hondo, mi amor. Así, muy bien… Ya la tenemos, cariño. La hemos encontrado.

La Parte Vieja

Domingo, 24 de abril de 2016

Olvido no se ha permitido aún el capricho de dar un paseo por la Parte Vieja, de tomar un pintxo o un zurito. Su sombra no ha oscurecido aún la escalinata del Buen Pastor ni los arcos de la Plaza de la Constitución, porque teme encontrarse con algún viejo conocido o, peor aún, con su madre y su nueva familia. Por eso, cuando Unai la anima a reunirse con él en un bar de la calle 31 de agosto (la única calle que no se quemó en el incendio de la ciudad, hace doscientos años), se dice que ya está bien de tonterías. Tiene tanto derecho como cualquier donostiarra a disfrutar de su ciudad, y si tiene que afrontar algún encuentro inesperado, ya verá cómo cruza ese puente cuando llegue a él.

El Gandarias sigue ofreciendo las mejores gildas de San Sebastián. Olvido las saborea sentada junto a Unai en una mesa al fondo del local (que una cosa es la libertad, y otra la temeridad), regadas con un vino blanco y unos cuantos besos. Están celebrando haber encontrado a su hija —porque su corazón ya no alberga la menor duda de que se trata de ella— y planeando los siguientes pasos a seguir.

—Los informes médicos no son suficiente. En alguna parte tiene que haber un registro detallado con fechas exactas, el nombre de las madres biológicas, las cantidades abonadas… Estoy convencida de que alguien ha tenido que llevar la cuenta de todos esos datos —dice Olvido.

—Me juego lo que quieras a que la monja se ocupa de eso. ¿Dónde va a estar la información más segura que en un convento? —contesta Unai, que ya va algo

achispado.

—Tenemos que pensar en la manera de entrar. Ya se nos ocurrirá algo. Ay, enséñame la foto otra vez…

Unai saca su teléfono del bolsillo y muestra a tamaño completo el *selfie* que se hicieron el día anterior. Olvido pellizca la pantalla para aumentar el rostro de la adolescente.

—¿Crees que estará bien? Parece desnutrida. Fíjate qué ojeras, y la vi muy delgada —comenta la inspectora.

—A juzgar por su historial, es posible que arrastre problemas de salud. En cualquier caso, la iremos vigilando hasta que podamos acercarnos legalmente a ella. Confiemos en que todo esté bien —responde Unai.

—Y después… ¿Qué pasará después, Unai? Nunca me había planteado qué ocurriría si algún día la encontraba.

—Poco a poco, Olvido. Aún nos queda un largo camino por recorrer. Lo primero es hallar el modo de demostrar que Aitor y la hermana Dulce se la llevaron, y conseguir relacionarles de algún modo con Echagüe, con Miren, con Julen y Leire… No va a ser fácil conseguir que su madre acceda voluntariamente a las pruebas de ADN.

—Su madre soy yo —replica Olvido, tajante.

—Ya me has entendido… Tenemos que manejar bien la situación. En el peor de los casos, cuando Nerea sea mayor de edad podrá decidir por sí misma si quiere saber la verdad.

—No podré esperar tanto, Unai… No creo que pueda.

—Tenemos que hacer ruido. Que aparezcan más familias, más casos. Creo que el grupo de Facebook del que me habló Edurne, mi jefa, puede ser un buen comienzo.

—¿Has descubierto algo?

—Por lo que he podido averiguar hasta ahora, parece

ser que una mujer de Bilbao comenzó a preguntar en la red social. Quería dar a conocer su caso: ella denuncia que hace cinco años le hicieron creer que su bebé había nacido muerto, pero no le dejaron ver el cuerpo después del parto ni le dieron explicaciones convincentes sobre el fallecimiento. Puso una denuncia, pero la investigación no prosperó y el caso se cerró, así que comenzó a indagar por su cuenta. Creó el grupo en Facebook y ahora mismo son casi treinta personas en el foro. Personas que denuncian haber perdido a sus bebés en circunstancias poco claras. He contactado con ella, nos reuniremos la próxima semana en Bilbao.

—Puede que no se trate de la misma red, pero habrá que investigarlo a fondo, ver cuál ha sido el modus operandi en cada uno de los casos y analizar las similitudes y diferencias. Pero me apuesto lo que quieras a que es el mismo perro con distinto collar. Una red de médicos, monjas y Aitores que se reparten el negocio entre ellos.

—Con enlaces como Rafael Garrido en distintas ciudades. Procuradores, gente que consiga convencer a las chicas, o algo peor…

—Que las incite a gestar los bebés para venderlos. Sí, ya lo había pensado.

La conversación se ve interrumpida por el teléfono de Unai. Olvido le observa con cariño mientras le escucha conversar con un amigo de la redacción.

—Era Markel, que están tomando algo aquí al lado. ¿Te apetece que nos pasemos? Y así les conoces.

—No tengo fuerzas para socializar, amor, ha sido un fin de semana intenso. Pero oye, pásate tú y disfruta. Yo me voy dando un paseo, nos vemos luego en casa, ¿vale?

La pareja se despide con un beso en la puerta del bar, y Olvido pone rumbo al barrio de Gros. Los efluvios del vino se le han subido ligeramente a la cabeza y camina

relajada, con la mente ligera, por primera vez en mucho, mucho tiempo. La iluminación cálida de las calles empedradas le trae recuerdos felices de su infancia, quizás la promesa de un futuro menos amargo de lo que imaginaba. Ha llovido, y los destellos dorados sobre el pavimento le recuerdan al camino de baldosas amarillas del mago de Oz. Siempre ha odiado un poco esa película, pero le gustaba aquel sendero; representaba la parte verdaderamente mágica de la historia: la esperanza.

La inspectora va sumida en esa ensoñación cuando unas risas masculinas cargadas de notas etílicas la sacan de su ensimismamiento. Levanta la mirada. A unos doscientos metros por delante de ella, un grupo de hombres maduros abandona tambaleándose una de las muchas sociedades gastronómicas que se reparten por la ciudad. Desacelera el paso, no le apetece ponerse a la altura de ese grupo de borrachos. De pronto, algo llama su atención. No algo, una voz. Agudiza la vista y confirma que su sentido del oído no la engaña. Se trata del comisario Herrera, que va cosiendo a eses la callejuela, y tiene que agarrarse de otro hombre, más o menos de sus mismas hechuras, para no caer al suelo.

—¡Aitoooorrr…! —se oye, a lo lejos—. ¿Dónde estás, hombre? —grita el comisario.

Sus voces hacen eco en toda la calle, pero aún más en el pecho de Olvido, a la que se le ha pasado el puntillo de golpe. Instintivamente siente que debe ponerse a cubierto. Si el comisario la ve, será el fin del incógnito.

La inspectora Montalbán siente que vuelve a ser la inspectora Montalbán, con todos los sentidos alerta, metida hasta el cuello en una misión de alto riesgo. Se recuerda que debe ser prudente, que no cuenta con los compañeros de la brigada para respaldarla, pero no puede obviar que se encuentra más cerca que nunca de conocer la identidad del famoso Aitor, la pieza clave que falta en el

engranaje. Por eso, desafiando a la suerte y obviando todo lo aprendido en sus años de carrera, se decide a seguir al grupo.

Olvido está decidida a identificar a Aitor como sea. Sabe que una de las cuatro espaldas que acompañan a Herrera en su paseo nocturno es la suya, solo tiene que averiguar cuál, y seguirle hasta conseguir ver su rostro. Piensa que sería también muy productivo para la investigación lograr identificar al resto de la manada, y se maldice por la decisión de dejar su smartphone en Madrid. Afina la mirada. *No, no puede ser.* Pero sí. *Es.* Uno de los hombres, el que recoge el peso tambaleante del comisario Herrera, es su propio padre. El carismático y omnipresente doctor Echagüe. En el fondo no sabe por qué se sorprende. De repente se acuerda de algo. Busca en su bolso bandolera y encuentra las gafas, las que compró con Unai en la web del espía, y que llevan una cámara incorporada en la montura. Ya tuvo ocasión de comprobar su efectividad cuando grabó a la hermana Dulce en la clínica, el día que la identificó. Una vez activado el dispositivo se da cuenta de que, en los escasos veinte segundos que ha tardado en ponérselas, dos de los hombres que acompañaban a Herrera han desaparecido. Parece que la cuadrilla se va desintegrando poco a poco, conforme sus componentes se van despidiendo del resto para dirigirse a sus respectivos hogares. Olvido confía en que, a pesar de las condiciones lumínicas, la cámara oculta haya logrado captar alguna imagen fiable que pueda analizar más tarde en el ordenador de Unai. Tras recorrer unos metros ya solo queda el comisario, que se aproxima tambaleándose a una parada de taxis y se pierde en dirección a algún hotel alejado del centro. La inspectora se siente frustrada. No ha actuado con suficiente rapidez, lo que reafirma su postura: si quiere sacar adelante esta investigación prácticamente sola no puede permitirse el lujo de relajarse, ni siquiera un

minuto.

Con el bajón de la adrenalina secándole las venas, encamina sus pasos hacia el apartamento de Unai. Al menos, medita, espera poder extraer alguna imagen de utilidad de la grabación.

Décimas de segundo después la inspectora comprende, por segunda vez en la noche, que bajar la guardia nunca es buena idea. No lo ve venir, pero lo escucha con total nitidez. Unos pasos apresurados a su espalda. Un ligero cambio en el viento. Una ínfima variación en la sensación térmica. Y ya lo tiene encima. O, mejor dicho, a su espalda. En esta ocasión las lecciones de Krav Maga funcionan algo mejor que la última vez que la atacaron. Esta vez no lleva una caja de donuts, sino el puño cerrado, preparado para atizar como un martillo la sien de Aitor, que rebota contra la pared del edificio, aturdido por el golpe.

Cuando el hombre, preso de rabia y humillación, se abalanza de nuevo sobre ella, experimenta el nada delicado rodillazo en los huevos que le propina la inspectora, y que nada tiene que ver con las caricias que las prostitutas orientales que frecuenta suelen procurar a tan delicada parte de su anatomía. Aun así, la inspectora Montalbán no tiene más remedio que aceptar que su adversario la aventaja en altura, masa muscular y, como acaba de comprobar, también en posesión de armas blancas. Concretamente, un cuchillo de caza que parece tener más dientes que un cocodrilo egipcio. El hombre percibe el destello de pánico en los ojos de la inspectora y aprovecha ese segundo de debilidad para incorporarse y asir el brazo de su oponente antes de que ésta consiga escapar. Con un giro rápido de muñeca, de pronto las tornas han cambiado y ahora es Olvido la que se encuentra de cara a la pared con un mastodonte oprimiendo su cuerpo contra el ladrillo, y el cuchillo de carnicero

acariciándole la garganta. *Esta situación de mierda ya la he vivido*, piensa Olvido. Solo que ahora no es un yonqui delgaducho quien amenaza con rajarla. Es un monstruo capaz de robar niños y solo Dios sabe cuántas cosas más.

—Escúchame bien, inspectora —susurra el hombre en su oído—. No tengo ningunas ganas de matar a una policía, así que te aconsejo que no me des motivos…

—Eres Aitor, ¿verdad?

El hombre aprieta ligeramente el cuchillo sobre la piel de Olvido. Está tan afilado que siente que mil agujas le rasgan la delicada piel del cuello al mismo tiempo, y nota cómo el pequeño reguero de líquido viscoso desciende por su brazo y cae al suelo, tiñendo las baldosas de gotas bermejas.

—¿Cómo sabes quién soy, si puedo preguntar?

Olvido duda unos instantes antes de responder.

—¿Y cómo sabes tú quién soy yo? —le devuelve la pregunta.

—Digamos que te estás metiendo con la gente equivocada —responde Aitor—. Digamos que me han encargado que te dé un pequeño aviso: deja de hacer preguntas, deja de rondar la clínica, de hablar con las monjas, de robar expedientes y de indagar en asuntos que no te interesan. Rafa Garrido ya no está. Por el bien de todos, es el momento de dejarlo estar, ¿te ha quedado claro?

Olvido no mueve ni un músculo.

—Vaya, inspectora, parece que ahora no eres tan valiente… Confío en que nuestros caminos no se vuelvan a cruzar.

Aitor la suelta y se aleja de ella a paso rápido.

Olvido se deja caer en el suelo, temblando de miedo y de rabia.

—No cuentes con ello, hijo de puta.

Infiltrada

Lunes, 25 de abril de 2016

Unai hace muecas de dolor mientras aplica un algodón empapado en alcohol sobre la herida. Teme hacerle daño, y la mera visión de la sangre le produce aprensión. Es un ligero corte sobre la clavícula, pero dejará cicatriz. El cuchillo de Aitor traspasó la blusa y la piel de Olvido como si fuera papel de fumar. El hombre había calibrado bien la presión y no se había excedido. Fue solo un aviso, ambos son conscientes de que podría haber sido mucho peor.

—¿Seguro que no quieres ir al hospital?

Olvido niega con la cabeza.

—Cúramelo tú. No necesito puntos.

—Puto animal —reniega Unai.

—Al menos ya sabemos qué aspecto tiene.

Después de aplicar un apósito, la pareja analiza la grabación obtenida de la cámara oculta.

—Ese de ahí es Herrera —señala Olvido con el dedo —, el de la izquierda es Echagüe, y el hombre alto a su derecha es Aitor.

—Reconozco a otro de los hombres de la cuadrilla. Es un político de la oposición, trabaja en el Ayuntamiento —dice Unai.

La pelea entre Aitor y Olvido ha quedado grabada, así que logran hacer una captura de pantalla donde se muestra nítidamente el rostro de Aitor.

—Al menos tenemos una prueba de la agresión, por si queremos usarla en algún momento —añade.

—Pero no tenemos nada, Unai, nada. Nada que se pueda usar en un juicio, o que justifique abrir una investigación, aquí o en Madrid. Necesitamos algo más

sólido. Solo se me ocurre una idea —replica Olvido.

—¿Qué has pensado?

—Es arriesgado, pero creo que es la única opción.

Unai la escucha, expectante.

—Voy a infiltrarme en el convento.

Unai la mira con cara de *tú estás loca*.

—Puedo hacerlo, no sería la primera vez —afirma la inspectora—. Pasé seis meses infiltrada en una secta en Valencia, hace un par de años. Ven, ayúdame.

Unai la sigue sin atreverse a replicar. Ante su atónita mirada, Olvido coge unas tijeras afiladas de la cocina, y hace un gesto para que la acompañe de nuevo al cuarto de baño. La inspectora se detiene junto al lavabo. Toma una honda bocanada de aire y, sin mediar palabra, agarra un enorme mechón de su larga melena pelirroja y lo corta prácticamente de raíz.

—¡Olvido, para! —grita Unai, asustado.

Pero ya no hay vuelta atrás. Olvido se planta decidida frente al espejo y continúa cortando mechones hasta que el suelo queda cubierto de largas hebras rojizas, y su cabeza parece el resultado de una pelea de gallos. Unai, resignado, se ha sentado sobre la tapa del wáter a contemplar la hecatombe. A continuación, la inspectora coge el bote de agua oxigenada, se inclina sobre el lavabo, y vierte el contenido sobre los cuatro pelos que le quedan. Al cabo de unos minutos, parece la Barbie averiada.

—Ay, Olvido… —suspira Unai.

—Es solo pelo, volverá a crecer —contesta ella, estoica, mientras una lágrima distraída resbala por su mejilla y rueda por su mentón hasta el cuello.

Unai se levanta, le seca la lágrima con la mano y la abraza por la espalda.

—Creo que nuca he querido tanto a nadie como te quiero a ti en estos momentos —dice, mientras ambos contemplan su reflejo en el espejo.

El convento

Martes, 26 de abril de 2016

Cuando la pareja aparca su coche a unos metros de la puerta del convento, son las doce y media de la noche. Está oscuro y llueve a cántaros.

—No pierdas de vista a Nora —le ha rogado Olvido.

—Te lo prometo —le ha dicho Unai, justo antes de besarla.

La inspectora ha salido del coche y, sin volver la vista atrás, ha caminado despacio bajo la lluvia. Cuando ha llegado a la puerta del convento estaba completamente empapada.

Confía en su disfraz: el pelo desastrado, unas lentillas marrones para ocultar sus ojos verdes, otras gafas, falsas, más sencillas. Las cejas depiladas, el maquillaje corrido y unas profundas ojeras (también fruto del maquillaje) subrayando su mirada de perro apaleado. Una biblia y un rosario en la maleta. Y una historia completamente inventada.

Cuando llama al timbre, ensaya lo que dirá a continuación. Huye de un padre abusivo. *Por favor, hermana, no tengo a dónde ir.*

Una monja abre la puerta.

Unai contempla la escena en la distancia, antes de arrancar el coche y desaparecer.

La inspectora agradece que el hecho juegue a su favor, pero casi no da crédito a la candidez de las monjas. *Yo podría ser cualquiera.* De hecho, *soy* cualquiera. Está claro que la escasez de vocaciones ha hecho estragos en las órdenes religiosas. *Supongo que cualquier incorporación es*

bienvenida.

Durante los primeros días, se convierte en la gran novedad del convento. Teme que las monjas hagan correr la voz por la clínica, les pide discreción, para que su hipotético padre no la encuentre y trate de disuadirla. Él nunca ha entendido su fe, dice. Desprecia su vocación.

Voy a ir al infierno, piensa.

Una monja le trae un hábito de novicia, blanco, limpio, nuevecito, y una sencilla cruz de madera para el cuello.

Al infierno de cabeza.

Las hermanas que se ocupan de la cocina le preguntan por sus platos preferidos, y le dejan cajas de dulces caseros en su sencilla habitación.

Y Satanás me sentará a la mesa entre Walter White y Tony Soprano, y estaré rodeada de curas pederastas y cantantes de Eurovisión…

Las monjas le preguntan, se preocupan, y ella añade detalles a su truculenta historia inventada.

Y puede que mis padres anden también por allí.

La hermana Dulce es, como sospechaba, la superiora del convento. Su misión es hacerse inseparable de la monja, ganarse su confianza y conseguir que se vaya de la lengua. La tarea resulta pan comido.

La mujer se muestra encantada con el nuevo fichaje, y no pierde la ocasión de acaparar la atención de su «protegida».

—Hija mía, no te imaginas lo feliz que me hace tenerte aquí —dice, agarrándola del brazo mientras pasean por el claustro que rodea el tranquilo jardín interior—. Pensé que me moriría sin ver a una nueva generación de hermanas tomar el relevo de la casa. ¿Cómo dijiste que te llamabas, querida…?

Olvido ha descubierto que la monja, que rondará los

ochenta años, presenta importantes lagunas en la memoria reciente y signos evidentes de demencia senil.

—Susana, madre. Soy la hermana Susana —responde Olvido. Fue el primer nombre que le vino a la cabeza cuando le preguntaron, la noche que llegó al convento. No se le escapa la ironía. Si pudiera contárselo, su desaparecida compañera se troncharía de risa con la historia.

—Eso, hermana… Discúlpame, mi memoria ya no es la que era…

—Pero creo que exagera usted, madre. Sí que hay hermanas jóvenes en la congregación.

Olvido ha reparado en al menos dos o tres monjas que, a su juicio, no parecen rebasar la treintena.

—Bueno, pero, ya sabes…—dice la hermana, susurrando—. No son de aquí.

A lo que se refiere es a que las monjas más jóvenes —que en su mayoría pasan de la cuarentena— provienen de África o de Latinoamérica. En resumidas cuentas, que no son vascas. *O sea, que además de delincuente, xenófoba*, piensa Olvido. Para no liarla, tiene que morderse la lengua muy fuerte.

Al cabo de una semana, cuando las religiosas ya se han acostumbrado a su presencia, Olvido insiste en ser de ayuda para la congregación.

—Asígneme alguna tarea, madre —le sugiere a la hermana Dulce—. Me encantaría acompañarla y observar la maravillosa labor que realiza en la clínica. ¿Le importa si me convierto en su aprendiz? Quiero aprenderlo todo. *Todo* —subraya Olvido, fingiendo un entusiasmo digno de una estatuilla de la Academia.

—Será un placer, hermana Susana. ¡Qué ilusión me hace, tienes una actitud tan entregada! Esta misma tarde comenzaremos tu formación.

Martes, 3 de mayo de 2016

Pues dicho y hecho. Esa misma tarde, Olvido acompaña en un discreto segundo plano a la hermana Dulce, mientras va tomando nota mental de sus movimientos (a quién visita, con quién habla). Tiene que disimular una sonrisa embobada cuando descubre a Unai, que deambula tratando de pasar desapercibido por los pasillos de la clínica. Obedeciendo a un gesto del periodista, se disculpa con la monja.

—Madre, voy un momento al servicio. Vuelvo en seguida.

—Tranquila hija. Te espero en la consulta del doctor Echagüe. Es la 122, al final del pasillo —le indica, y pone rumbo hacia allá.

Olvido traga saliva antes de meterse en el WC de señoras, donde Unai la espera oculto dentro de una de las cabinas. Cuando se encierra con él, la pareja se devora a besos.

—¿Te parece muy perverso si te digo que este hábito tuyo me está poniendo muchísimo? —pregunta Unai, entre risas.

Olvido tiene que contenerse para no dejar escapar una carcajada, al tiempo que trata de reprimir el impulso de despojarse de toda la ropa y cometer un pecado mortal con su amado allí mismo.

—Estate quieto, que nos van a pillar —susurra—. ¿Me has traído eso?

Unai saca de su pequeña mochila un smartphone y un cargador.

—Ya lo tienes configurado, no te lo olvides de

ponerlo en silencio. Tiene cámara y grabadora, no como tu patatófono de antes… Esto sí que es toda una unidad del espía.

—Gracias, amor. Tenías razón, me registraron la maleta al entrar. No sospecharán que me haya hecho con un teléfono. ¡Me voy! Estaré atenta al WhatsApp.

Olvido sale corriendo del servicio de señoras y se apresura a reunirse con la hermana Dulce. Antes de entrar en la consulta, pone en funcionamiento la grabadora y esconde el móvil en uno de los prácticos bolsillos laterales del hábito.

Sabe que no tiene por qué preocuparse. Es prácticamente imposible que ese hombre reconozca en ella a la niña de seis años que vio por última vez en el María Cristina. Aun así, Olvido es consciente de que este encuentro reviste una cierta notoriedad en su vida. *Si mi terapeuta pudiera verme ahora, estaría tomando notas y comiendo palomitas,* piensa justo antes de llamar con los nudillos para anunciar su presencia.

La secretaria ha debido salir antes o tomarse el día libre, porque no hay rastro de ella en la consulta. Olvido recuerda las palabras de Aitor: *«deja de rondar la clínica, de hablar con las monjas, de robar expedientes…».* ¿Se habrá «chivado» la amante de Echagüe del robo de expedientes? *Por supuesto que sí.* Y después, siguiendo el consejo de Unai, habrá puesto tierra de por medio. Y Echagüe se lo habrá comentado a Aitor, y ahora ambos están en alerta. *En el fondo no importa,* piensa Olvido. *No tienen ni la más remota idea de quién soy, ni hasta dónde estoy dispuesta a llegar*.

Cuando entra en la consulta, encuentra al doctor sentado tras un elegante escritorio de caoba, y a la hermana Dulce frente a él, en una cómoda butaca.

—Aquí estás, querida —saluda la monja al verla

aparecer.

Andoni Echagüe, su padre, el excelso pediatra, se levanta presto y se aproxima a ella. Sin darle tiempo a reaccionar, le planta un beso en la mejilla.

—Bienvenida, joven. Estoy seguro de que vas a ser muy feliz con las hermanas. ¡Espero verte mucho por aquí! —dice, jovial.

—Muchas gracias, doctor. Yo también lo espero. Estoy deseando empezar.

La charla dura apenas diez minutos más, el tiempo imprescindible para que la monja le ponga al día de los últimos achaques de las hermanas de la congregación, y que el médico intercambie con ella algunos remedios para los mismos. Mientras conversan, Olvido mantiene la mirada fija en el hombre. Le asquean sus gestos, detesta sus chascarrillos, aborrece su tono de voz. Ata cabos. Los expedientes médicos prueban, sin ningún lugar a dudas, que Echagüe es cómplice de la hermana Dulce. Es seguramente en esa clínica, en su propia consulta, donde se producen los intercambios. Para evitar preguntas incómodas, él es el pediatra que se ocupa de todos esos niños y niñas, por supuesto. Un pensamiento nuevo se cuela por una grieta y arroja luz sobre una flamante cadena de certezas: Miren, aconsejada por el pediatra, avisó a la hermana Dulce para que la atendiera en el parto; la monja y Aitor se llevaron a Nora y se la entregaron a Echagüe, quien a su vez formalizó los documentos médicos y de adopción, y vendió a su hija a Leire y a Julen. Por lo tanto, cada vez que la atiende, el buen doctor *sabe* que Nerea es, en realidad, su propia nieta. Tiene que saberlo. Porque tuvo que ser él quien le sugirió a su madre, a Miren, la «solución» al problema. Miren le había asegurado que no quiso saber a dónde iba la niña, pero Andoni Echagüe… El muy cabrón lo ha sabido siempre.

Olvido tiene ganas de gritar. Las dos personas que le destrozaron la vida están ahí, sentadas junto a ella, charlando animadamente de la mar y de los peces. Como si no supieran lo que han hecho. Peor aún: como si no hubieran hecho nada. La inspectora siente el impulso de acabar con ellos allí mismo. Se imagina a sí misma saltando de su asiento, con el hábito al viento al más puro estilo Matrix, y clavándole a su padre en la garganta una de las valiosas estilográficas que descansan sobre su mesa. A continuación, como en la mejor película de terror, completaría su venganza arrojándose sobre la monja y la apuñalándola en el pecho con el abrecartas de plata que también ha llamado su atención desde hace un rato.

En lugar de ceder ante esa fantasía sangrienta, la inspectora opta por respirar hondo y expirar, despacio, en tres tiempos.

—Hermana, es tarde. Creo que deberíamos irnos ya —dice, cuando siente que no va a poder cultivar por mucho más tiempo el modo zen.

La monja y ella se despiden del médico y abandonan la clínica. Apenas acaban de cerrar tras de sí la puerta del convento, cuando el timbre de la puerta repiquetea con un soniquete de carrillón. Olvido, que apenas ha recorrido unos metros, deshace sus pasos y abre el portón. Los latidos del corazón, las respiraciones zen y cualquier atisbo de serenidad salen disparados como un dibujo animado en el preciso instante en que descubre a Nerea en el quicio de la puerta.

—Hola —dice la adolescente. Su rostro es la viva imagen del cansancio y la desgana—. ¿Eres nueva?

Olvido asiente con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Vengo a ver a la hermana Dulce. Mi madre le manda un regalo —explica, señalando la bolsa de papel

que lleva en la mano.

—¡Nerea, bonita! —exclama la monja, que se encuentra a tan solo unos pasos de la puerta—. Pasa, cariño, pasa.

La muchacha cruza el umbral. Sus movimientos son lentos, camina arrastrando los pies, con la fatiga propia de una anciana, y se agarra del brazo de la monja, en un gesto cariñoso.

Olvido cierra la puerta y las sigue, aún en estado de conmoción. *Demasiadas emociones para una sola tarde*, piensa. *Decididamente, tengo que volver a terapia un día de estos*.

Está comenzando a anochecer, pero la temperatura es agradable. Nerea y la hermana Dulce se encaminan hacia el jardín y se sientan en un banco de madera. Olvido asiente ante el gesto de invitación de la monja y se sienta junto a ellas. Unos segundos antes, al girarse para cerrar la puerta, ha puesto el móvil a grabar. Intuye que no se volverá a presentar una ocasión como esa, aunque es consciente de que cualquier grabación que realice sin el consentimiento expreso de todos los involucrados no tiene validez ninguna. *Pero aun así, siempre podrá utilizarla a su favor para forzar una declaración.*

—Tu madre siempre tan detallista —alaba la religiosa, mientras desenvuelve el regalo—. No se olvida nunca de mi cumpleaños.

—Quería venir ella, pero está con migrañas.

—Bueno, pues dale las gracias de mi parte. Rezaré para que se ponga buena pronto. Hija, ¿qué tal estás? Te veo muy delgada.

Olvido aprovecha la ocasión para intervenir.

—¿Has estado enferma? —pregunta la inspectora, tímidamente.

—Siempre estoy enferma —le explica Nerea, resignada—. ¿Verdad, hermana? Cuando no es una cosa es

otra.

—Paciencia, hija mía. Dios no nos da nunca más de lo que podemos soportar. ¿Y qué tal tu padre, cómo se encuentra?

—Mi padre falleció, hermana, ¿recuerda? —comenta Nerea, sin darle mayor importancia. Parece evidente que ya está acostumbrada a sus pequeños lapsus.

—Ay, hija, qué cabeza… A ver…

La monja abre entonces su inseparable libreta y consulta algo en ella.

—Uy, sí, aquí lo tengo apuntado, en tu ficha… Discúlpame… Ya sabes, me hago mayor.

—No pasa nada, hermana.

Llegados a este momento, Olvido ha desconectado de la conversación porque no puede creer que acabe de darse de narices, sin pretenderlo, con la prueba definitiva. Sabía que su corazonada era cierta, que la religiosa debía ser, con toda probabilidad, quien llevara la contabilidad y el registro de las adopciones. ¿Pero cómo no se había fijado antes en la libreta? La monja la lleva consigo a todas partes, no se desprende de ella ni a sol ni a sombra.

—Mira, aquí está, ¿ves? Tu fecha de nacimiento, dónde te traje al mundo, dónde te recogimos, el día de la adopción…

—¿Cómo dice, hermana…? —pregunta Nerea, confundida. Esta vez, la expresión de su rostro sí denota desconcierto. Su cuerpo, antes laxo y desmadejado, ahora se ha tensado como una cuerda de violín.

—Sí, mira, aquí lo tienes… Los donativos, lo de tu padre… Así la memoria no me juega malas pasadas. Una página por cada niño que hemos ayudado desde la congregación.

Sin reparar ni por un momento en lo que está haciendo, la monja pone la agenda en manos de Nerea, abierta de par en par. Olvido está sentada junto a ella,

rígida como una cariátide de la Acrópolis. Tiene que hacer verdaderos esfuerzos por no arrancársela de las manos y salir corriendo con ella. Parece evidente que Nerea… Nora… acaba de descubrir que es adoptada. Olvido casi puede sentir los engranajes del cerebro de su hija, encadenando hipótesis y conclusiones a la velocidad de un caballo de carreras. La hermana Dulce, por su parte, parece dar por hecho que la joven estaba al tanto de la situación, o quizás su demencia hace que no sea consciente de su metedura de pata. Con mucho cuidado, muy despacito, Olvido le quita la libreta de las manos a Nerea, que continúa perdida en su propia bruma mental, y se hace al fin por ella.

—¿No lo sabías? —susurra, sin que la monja llegue a escucharla.

Nerea no contesta, pero sus ojos se clavan en ella y le confirman lo evidente; que no, no lo sabía, y que va a necesitar un instante —o dos— para procesarlo.

Olvido la toma de la mano y la aprieta entre las suyas. Ojalá pudiera decirle «no te preocupes, mi amor, estoy aquí. Todo va a salir bien». La monja parece estar sumida en otra de sus ausencias. Por lo que ha observado Olvido, este tipo de episodios afectan a la superiora cada vez más a menudo. La mujer se levanta del banco, como si hubiera olvidado qué está haciendo allí, y deambula por el jardín, desorientada.

Nerea también se pone en pie, abstraída en sus propios pensamientos, y se dirige a la puerta.

—Bueno, creo… creo que me voy.

Olvido la acompaña a la salida. Aún sostiene la libreta en sus manos.

—Me mola mucho —dice Nerea distraída, antes de salir—. Tu pelo —señala con el dedo—. Mola.

Olvido esboza una sonrisa.

Antes de cerrar la puerta, la inspectora percibe a la

hermana Dulce por el rabillo del ojo, acercándose de nuevo. Su mente ha regresado de donde quiera que estuviese. Al llegar a su altura, la monja recupera la agenda tomándola de sus manos con una maniobra suave.

—Recuerdos a Aitor —musita Nerea, aún en trance, antes de desaparecer.

Olvido palidece. *¿Nerea conoce a ese matón?*

—¿Quién es Aitor? —pregunta, tras cerrar la puerta.

—Ah, es mi sobrino, ya le conocerás. Me ayuda con algunas tareas. Viene mucho por aquí.

Hambre

Jueves, 12 de mayo de 2016

Una semana más tarde, Olvido y Unai charlan escondidos en un armario de suministros de la clínica.

—No hay manera, no se separa de la maldita agenda. Por las noches cierra su cuarto con llave. Tengo que encontrar el momento, porque cuando me haga con ella ya no podré volver a poner un pie en el convento; se dará cuenta en seguida de que le falta.

—Se me ha ocurrido que puedo solicitar hacerle una entrevista. Ya sabes, para poder usar la grabadora «legalmente», y ver si se le escapa algo.

—No es mala idea. Pero creo que nuestra mejor baza es hacernos con la libreta. Está todo ahí, de su puño y letra, con esa caligrafía horrible de colegio de monjas.

—Olvido —dice Unai, cabizbajo—. Estoy muy preocupado por Nora. La veo salir de su casa todos los días, y cada vez tiene peor aspecto. No sé qué hacer.

Olvido respira hondo.

—Debe estar pasando unos días muy duros. ¿Crees que habrá hablado con Leire sobre la adopción? Tenías que haber visto su cara, Unai. La pobre no tenía ni idea.

—No lo sé. Voy a intentar acercarme a ella. Algo se me ocurrirá. No estaría de más ir allanando el terreno, por si ocurre algo inesperado y la noticia bomba salta de repente.

La pareja se despide y Unai pone rumbo al instituto de Nerea.

Lo que sus padres biológicos ignoran es que aquella misma mañana, a la hora del desayuno, la tercera guerra

mundial explotaba en el salón de Leire Larralde.

—¡Ya está bien, Nerea, tienes que comer algo!

—¡Que me dejes en paz, mamá, que no tengo hambre!

Los gritos se suceden como los truenos en una tormenta. Desde que Nerea descubrió la revista con el espeluznante artículo sobre el Munchausen, ya no le queda la menor duda de que su madre la castiga aleatoriamente con dosis controladas de sustancias tóxicas en las comidas.

Para confirmar sus recelos tuvo que hacer la prueba; no le quedaba otro remedio si quería refutar o corroborar para siempre la pavorosa teoría del envenenamiento. Tan solo un par de semanas antes había surgido la ocasión para comprobarlo. Nerea llevaba varias semanas bien, pero la sospecha no la abandonaba. Intentaba por todos los medios no comer ni beber nada en su casa, aunque las veces en que no había podido evitarlo no había ocurrido nada. Nerea lo achacó al buen humor del que su madre parecía hacer gala últimamente. Cada vez veía más claro que su nuevo novio había logrado distraer momentáneamente la atención asfixiante sobre ella, pero la adolescente intuía que solo hacía falta un mal día, un tropiezo en el camino, para que el infierno volviera a reinar en su hogar.

La prueba de fuego no tardó en llegar. Una tarde, Nerea hacía los deberes en su habitación cuando la puerta de entrada se abrió bruscamente y se cerró de un portazo. La joven escuchó, sin atreverse a salir de su cuarto, los pasos inquietos de su madre por la casa, su llanto, sus lamentos. Había discutido con el hombre con el que se estaba viendo, y Nerea comprendió, aterrorizada, que iba a ser ella quien pagara las consecuencias. Permaneció en su dormitorio, fingiendo estudiar, durante las dos horas en que Leire recorría frenética el pasillo, se encerraba en el baño y, finalmente, comenzaba a trastear con los utensilios

de cocina. A la hora de la cena, un escalofrío recorrió la espalda de la joven.

—¡Nerea, a cenar!

Podría haber puesto cualquier excusa. Cuando se asomó al comedor, la mesa estaba dispuesta y un plato humeante de sopa de verduras la esperaba en su sitio. Nerea se armó de valor. Para bien o para mal, tenía que descubrir si esa cena, contra todo pronóstico, anunciaba el preludio de una noche anodina y en calma o si, por el contrario, supondría otra agónica visita a urgencias con lavado de estómago incluido. Para su desgracia, la segunda opción fue la elegida por Leire.

Desde aquel ingreso, Nerea había tomado la decisión de que, si iba a morir, lo haría de hambre, pero no intoxicada. Si su madre había decidido acabar con ella, lo haría luchando, sacándola de sus casillas. Cuando aquella mañana se desencadenó la locura a la hora del desayuno, Nerea llevaba semanas sin probar un bocado en casa. Para sobrevivir, aunque fuera a duras penas, robaba dinero del monedero de Leire y lo único que ingería en todo el día era un bocadillo o un bollo a media mañana, en la cantina del instituto.

—¡Nerea, no te lo vuelvo a repetir! ¡Siéntate y tómate el desayuno!

Nerea sale de su habitación con la mochila y se dirige directamente a la puerta. Pero Leire, que ya se temía la maniobra, es lo suficientemente rápida como para interponer su cuerpo entre la adolescente y la puerta de salida.

—De aquí no sales sin comer algo.

Sacando fuerzas de no sabe bien dónde, Nerea le propina tal empujón a su madre que la tira al suelo. Leire la examina, atónita. No es capaz de entender la súbita rebeldía de su hija. Su niña, que siempre ha sido tan

delicada, tan cariñosa. ¿Cuándo empezó a mostrar semejante hostilidad hacia ella?

—No te reconozco, hija. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Quieres saber qué me pasa…? En serio, «mamá» —dice Nerea, entrecomillando la última palabra en el aire —. ¿De verdad quieres saberlo?

Leire se levanta despacio. No quiere ni imaginarlo, pero cree haber reconocido algo en los ojos de su hija. La misma mirada que trajo Julen aquel día. El mismo odio. El mismo pánico en sus pupilas azules.

—La semana pasada fui a ver la hermana Dulce, como me pediste. ¿Cuándo tenías pensado decirme que soy adoptada?

El corazón de Leire se salta unos cuantos latidos. La confesión es grave, pero no es para tanto.

—Hija…

No le da tiempo a esbozar ninguna explicación, porque Nerea sale de la casa dejando tras de sí el eco de un portazo que hace temblar las paredes.

Cuando sale del instituto aquella mañana, Unai la observa, como todos los días, oculto tras los árboles del parque de enfrente. Esta vez decide no perderla de vista hasta su casa, por si se presenta la ocasión de acercarse a ella. La desagradable sensación de estar comportándose como un acosador de menores hace que le rechinen los dientes, pero no tiene más remedio que protegerla. Se dice a sí mismo que es preferible compararse con un agente secreto en una misión a vida o muerte, y se relaja un poco. La joven se despide de un par de amigas y echa a caminar sola, aunque hoy no dirige los pasos hacia la plaza de Gipuzkoa, donde tiene su domicilio. Unai no lo sabe, pero después de la pelea de aquella mañana Nerea está dispuesta a volver a casa de madrugada, o incluso a pasar

la noche al raso, con tal de evitar enfrentarse de nuevo a su madre.

Unai la sigue hasta el parque de Cristina Enea, al otro lado del Urumea. Cruza el puente de Mundaiz y se interna tras ella en una zona densamente arbolada. En más de una ocasión, la muchacha se detiene a tomar aliento unos minutos, incluso aunque el paseo no reviste ningún tipo de dificultad o desnivel. Unai comprende que no es la temperatura ni el terreno lo que complican el avance de su hija. Es su extrema debilidad la que hace que la chica camine penosamente, más como una anciana que como la adolescente de quince años que es. De repente, Nerea parece no poder más y se apoya en un árbol, junto al camino. A esa hora del día apenas hay nadie en el parque, por lo que Unai agradece inmensamente haberla seguido en el momento en que la joven se desploma y cae al suelo, desmayada. Unai corre hacia ella y la incorpora un poco. Le toma el pulso y comprueba su respiración. Afortunadamente, no se trata más que de un desvanecimiento. Saca una botella de agua de su mochila y la pone en los labios de Nerea, que parece estar recuperando el conocimiento. Al sentir el líquido en los labios, la joven bebe con fruición, como si llevara meses sin hacerlo.

—Ven —dice Unai, mientras la ayuda a incorporarse —. Vamos a sentarnos en ese banco.

Nerea obedece, sin fuerzas.

—Toma, come algo.

Unai le tiende una bolsa de plástico transparente con un sándwich de jamón y queso y un plátano, que Nerea devora sin pronunciar palabra.

Pobrecita, está muerta de hambre, piensa Unai. Su desazón se alivia un poco cuando comprueba cómo un tono rosado vuelve a teñir las mejillas de su hija.

—Gracias —dice al fin la chica.

—No hay de qué —contesta Unai, con una sonrisa.

El periodista sabe que es la ocasión perfecta para indagar un poco en la situación de Nerea.

—¿No has desayunado? —pregunta.

Nerea niega con la cabeza, avergonzada.

—Me llamo Unai —se presenta al fin—. Soy periodista —dice, y le tiende su tarjeta—. Trabajo en el Diario de Gipuzkoa.

—Ah. Mi madre lo compra a veces —responde Nerea, tomando la tarjeta.

—¿Sabes qué? —continúa—. Hace poco hice un reportaje sobre los trastornos alimenticios en adolescentes. ¿Crees que es eso lo que te ha ocurrido hace un momento?

Nerea niega de nuevo con la cabeza.

—No. A mí me gusta comer… Es solo que… Bueno, digamos que hay ciertos alimentos que no me sientan bien.

—Ah, ya entiendo. ¿Eres celiaca, tal vez?

—No sé, algo así, supongo —responde la joven, encogiéndose de hombros.

—Oye, no quiero parecer un tío raro, pero no me voy a quedar tranquilo si no te veo llegar a casa sana y salva. ¿Te parece bien si te acompaño?

Nerea duda por un momento.

—O, si lo prefieres, deja que te invite a un café aquí al lado, en la Tabakalera. Son solo unos metros. Así me aseguro de que te sube la tensión y te pido un taxi para que te lleve a casa, ¿qué me dices?

La joven asiente con la cabeza y padre e hija comparten su primer paseo juntos hasta el centro cultural. Durante el trayecto, Nerea va ganando confianza y se muestra algo más comunicativa.

—Me encanta la Tabakalera. Siempre tienen exposiciones alucinantes. Como la de Vivian Maier, ¿la viste? —pregunta.

—Impresionante, ¿verdad? ¿Sabes que murió sin ser

consciente de ser una de las mejores fotógrafas del mundo? —responde Unai.

Nerea asiente. Una chispa de ilusión le ilumina la mirada.

—Descubrieron cajas y cajas de negativos en una de las casas en las que vivió. Ni siquiera revelaba los carretes —afirma la joven, entusiasmada con la conversación—. Qué pena, ¿verdad? Morirte sin saber lo buena que eres… Me impresionó mucho su historia.

—Quizás sí lo sabía —dice Unai, guiñando un ojo—. Tal vez no le interesaba compartir su afición con el resto del mundo. Intuyo que era feliz en su propio universo privado, haciendo lo que le gustaba: tomar fotografías sin la presión de tener que impresionar a nadie, únicamente por placer.

Nerea le escucha con interés, mientras toman asiento en la cafetería.

—Prefiero una Coca Cola, si no te importa. Nunca he tomado café.

—Claro, perdona. Yo empecé con el vicio a los catorce años, ¡haces muy bien!

Las dos horas que pasan charlando de arte, periodismo y literatura transcurren en un suspiro. Unai se emociona al descubrir los intereses de su hija. Bajo esa apariencia lánguida y mortecina descubre a una joven inteligente, bastante madura para su edad, y con una conversación interesante y culta. El hombre tiene que realizar un ímprobo esfuerzo para no delatarse a sí mismo, para no extender la mano y acariciarle el rostro. *Si supieras cuánto amor te aguarda*, piensa en silencio. Cuando Nerea expresa que es hora de regresar a casa, Unai, cumpliendo su palabra, la acompaña a una parada de taxi. Antes de irse, le da un billete de veinte euros.

—Para el trayecto y unos pintxos —dice, antes de

despedirse.

Nerea sonríe y se aleja en el vehículo. Parece feliz.

Sábado, 14 de mayo de 2016

Cuando llegó a casa la tarde del jueves, Leire ya estaba acostada y Nerea no se sintió con fuerzas para forzar la conversación sobre la adopción.

El viernes, al volver del instituto, se encontró la casa vacía. Al cabo de unos minutos, su madre adoptiva hizo acto de aparición. Venía de la calle, contenta, silbando feliz, cargando con unas bolsas llenas de telas y patrones. *Nada como una visita a la tienda de Miren, la del Antiguo, para darle un meneo a la tarjeta de crédito y recargar pilas,* se dijo Nerea.

—Toma —le dijo la mujer, tendiéndole su monedero —. Baja al Ogi Berri y trae una tortilla de patatas, anda. Vamos a hacer las paces.

Nerea no pudo resistirse. Si solo pudiera comer una cosa el resto de su vida, sería la tortilla de patatas del Ogi Berri de la Plaza de Gipuzkoa, un manjar digno de los mismísimos dioses. La adolescente bajó los escalones de dos en dos y ambas disfrutaron de una comida tranquila y sin sobresaltos. No haber perdido de vista la tortilla en ningún momento contribuyó en gran parte a que Nerea disfrutara confiada de la aparente tregua.

No fue hasta antes de dormir que su madre se decidió a abordar el tema de la adopción. Cuando estaba ya metida en la cama, Leire se aventuró al fin a agarrar por la trompa al gran elefante rosa que descansaba plácidamente en la habitación, esperando paciente a que alguien reparara en su presencia.

—Siento no habértelo contado antes, mi amor. Nunca me parecía el momento adecuado —se excusó.

—¿Sabes algo de mis padres biológicos? —preguntó Nerea.

—No. Tu madre era una adolescente soltera. No podía hacerse cargo de ti y te abandonó en la puerta del convento —mintió Leire. Se le da tan bien adulterar la verdad que se ha convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. O tal vez ya no es capaz de distinguir la realidad de la ficción. Quizás sea cierto eso de que una mentira repetida mil veces se acaba convirtiendo en verdad. Y más si la única testigo de esa mentira eres tú.

Nerea desconfía. Siente que ya no puede creerse ni una palabra de las que salen por aquella boca. Esa mujer debería quererla, se supone que debería cuidar de ella, pero la cruda realidad es que le ha ocultado su verdadero origen durante quince años y, para más inri, no ha cejado en su intento de hacerla enfermar desde que era un bebé. Por otro lado, ha leído como mil veces el artículo de la revista y ha investigado en internet; comprende que lo que padece Leire es un trastorno mental. *Quizás no es del todo consciente del daño, o tal vez piense que es capaz de controlarlo*, se dice. Pero ¿cómo va a sobrevivir ella a semejante amenaza? A decir verdad, se pregunta cómo ha llegado con vida hasta su decimoquinto cumpleaños. Si lo piensa bien, es casi un milagro.

Tras ese pensamiento aparece una nueva duda, tan atroz, que entiende por qué su inconsciente no ha sido capaz de afrontarla hasta estar preparada para ello. Su hermano Ander. Su padre. Ambos fallecieron de improvisto, estando perfectamente sanos. Un escalofrío le recorre la columna vertebral, y se hace un ovillo entre las sábanas. A pesar de la tensión, en pocos minutos cae en un sueño profundo y reconfortante. Nerea ha bajado la guardia; no se puede vivir en permanente estado alerta. En el fondo sabe que es un error, porque te confías, y no ves la trampa.

La adolescente despierta la mañana del sábado en una cama de hospital, entubada y rodeada de cables y monitores. Tarda un rato en comprender dónde está. Esta vez no tiene consciencia de haber perdido el conocimiento, no ha sentido dolor alguno, no ha sido un cólico lo que la ha despertado en mitad de la noche.

Escucha, entre brumas, las conversaciones de los médicos. *Una bajada brutal de azúcar. ¿Le ha pasado antes? ¿Se pone insulina?*

Una imagen nebulosa se cuela entre sus recuerdos. Leire, que entra en su habitación de madrugada. Una jeringuilla fina, un ligero pinchazo.

Ha debido darle algo para dormirla, ahora está convencida. Se le ha escapado algo, el vaso de Coca Cola en la cena, probablemente. *Aunque podría ser cualquier cosa, hasta la pasta de dientes, vete tú a saber…* Fue tocar la almohada y perder el sentido; eso no es normal en ella, que tarda horas en conciliar el sueño. Esta vez el veneno no estaba en la comida. Le ha inyectado algo. La insulina, si no eres diabético, provoca que los niveles de azúcar desciendan a niveles peligrosos. Lo vieron juntas en Netflix, un documental de esos de *true crime* que tanto le gustan a Leire. Está claro que tomó nota.

Cuando consigue abrir los ojos, lo primero que vislumbra es un primerísimo primer plano de su madre. Nerea no sabría decir si su expresión es alegre o triste. Alterada, sería la palabra correcta.

—Nerea hija, qué susto, por Dios… Esta mañana no te despertabas. He tenido que llamar a una ambulancia.

Nerea cierra los ojos y se abandona de nuevo al sueño. No quiere saber nada del mundo. *Ojalá acabara todo de una vez*, piensa.

Leire abandona la habitación y se reúne con un par de enfermeras en el pasillo. Se conocen desde hace años, se toma un café con ellas en la sala de enfermeras mientras aguarda los resultados de las pruebas.

Olvido no tenía pensado pasar por la clínica aquella mañana, pero la hermana Dulce le ha encargado que acompañe a la hermana Soledad, una oronda religiosa de nacionalidad colombiana, a repartir unos folletos anunciando la venta especial de dulces que tendrá lugar al día siguiente en la puerta del convento. Se reparten la tarea, y es entonces cuando la inspectora repara en la presencia de Leire, que ríe con ganas ante alguna broma de las sanitarias. Un mal presentimiento se apodera de ella, y recorre el pasillo con la mirada. Se encuentra en el área pediátrica. Quizás Nerea sea un poco mayor para ser atendida en el ala infantil, pero sospecha que Leire está dispuesta a estirar los cuidados y desvelos de Andoni Echagüe hasta que no quede más remedio que transferir a su hija a un nuevo médico de familia.

Con la excusa de dejar los folletos, la inspectora va entrando en todas las habitaciones hasta dar por fin con la de Nerea. Cuando la ve allí tendida, tan pálida e indefensa, a punto está de derrumbarse. Temblando, saca el móvil de su escondite y manda un mensaje a Unai. A continuación, toma una foto de la niña y se la envía también.

—Enseguida estoy ahí —responde él.

Olvido sale de la habitación tan solo un par de minutos antes de que Leire regrese junto a su hija. Decide esperar a Unai en la puerta de la clínica, donde es interceptada por la hermana Soledad, que camina cansada, balanceando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Ya he terminado —anuncia la monja—. Voy a ayudar a la hermana Violeta con la comida.

—Estupendo —responde Olvido—. Yo iré en seguida.

En cuanto termine de repartir los folletos que me quedan —se excusa.

Unai aparece al cabo de diez minutos.

—¿Dónde está?

—Habitación 111. Tienes que distraer a Leire un momento, o lo hago yo.

Olvido saca un tubo de plástico de la manga de su hábito.

—Para el ADN. Solo hay que frotarlo en la cara interna del carrillo y volver a meterlo en el tubo.

—Vamos —dice Unai.

La pareja sube apresuradamente las escaleras y se cruza con Leire, que baja los escalones hablando por el teléfono móvil. Aliviados, comprueban que la mujer ni siquiera repara en su presencia, y la siguen con la mirada hasta que la ven entrar en la cafetería.

—Tenemos unos minutos —suspira Olvido, más calmada.

Es la hora de comer y casi todos los familiares de los pacientes se hallan en la cafetería, por lo que el pasillo está relativamente tranquilo. Mientras Unai hace guardia frente a la puerta, la inspectora entra decidida en la habitación y extrae la muestra de ADN. Por unos instantes, Nerea parece despertar de su sueño.

—¿Quién eres? —pregunta—. Oooh, ya me acuerdo… Me encanta tu pelo.

La muchacha hace un amago de estirar la mano para tocarlo, pero las fuerzas no le alcanzan y se queda a medio camino.

—Todo va a salir bien, mi amor, te lo prometo. Aguanta un poco más. Solo un poco más —susurra Olvido, acariciando el rostro de la niña.

Nerea cierra los ojos y sonríe.

—Solo un poco más… —repite la joven, acunada por los efectos de las drogas.

Olvido se inclina sobre ella y la besa en la frente. Un beso dulce y lleno de promesas.

Te juro que volveré a por ti, y esta vez será para siempre.

Olvido le entrega a Unai el tubo con la muestra.

—Tenemos que enviar también una tuya y una mía.

La inspectora roba un par de tubitos de un carro descuidado y se meten en el servicio, donde extraen sendas muestras, una de cada uno.

—Mándalo todo a esta dirección en Suiza —dice Olvido, mientras le envía la información por WhatsApp—. El doctor Hans Müller colabora en ocasiones con nosotros, de manera extraoficial. Es de confianza. Yo me ocupo del pago.

—De acuerdo. ¿Cómo está Nora, cómo la has visto?

—No lo sé, no tengo ni idea —responde Olvido, devastada—. Parece sedada.

—Vale, vuelve al convento, yo me quedo por aquí. Intentaré averiguar lo que pueda. Hablamos esta noche.

La pareja se besa y Olvido abandona la clínica descorazonada, aunque la presencia de Unai, sin duda, le ayuda a afrontar la crisis con entereza. *Somos un gran equipo*, se recuerda. *El puto mejor equipo del mundo*.

Domingo, 15 de mayo de 2016

El cambio de turno de los sanitarios es el mejor momento para que Unai se deslice inadvertido por los pasillos. Se ha pasado el sábado vigilando la puerta de la habitación 111, pero Leire no se ha despegado de la niña en toda la noche. Cuando la mujer empieza a detectar movimiento fuera, sale a charlar con el personal. Parece conocer a todo el mundo. Ríe, bromea, se abraza con ellos… Se mueve por allí como Pedro por su casa. Unos minutos más tarde vuelve a entrar en la habitación y sale con el bolso colgado del hombro. Unai se asegura de que se dirige a la cafetería para la cena y aprovecha el lapso de tiempo para colarse en la habitación de Nerea. Para su sorpresa, la chica está despierta e incorporada en la cama.

—¡Unai! —exclama, sorprendida.

—¡Anda! ¿Pero qué haces tú aquí? —responde él, fingiendo asombro—. ¿No es la habitación 211?

—Noo —ríe Nerea—. Me temo que te has equivocado. Es la 111.

—Aaah, ya decía yo. Entonces voy un piso más arriba, ¡qué despiste! Vengo a visitar a una amiga que acaba de dar a luz. Pero bueno, y tú, ¿qué haces aquí?

Nerea encoge los hombros.

—Una bajada de azúcar, por lo visto.

A Unai no se le escapa el turbio instante en que los ojos de la adolescente se opacan de angustia, y una mirada de terror le desfigura el rostro.

—¿Has visto… has visto a mi madre? —pregunta. La voz de la chica no disimula un leve temblor.

—Mmm… No conozco a tu madre, Nerea. No había

nadie en el pasillo. Puede que esté en la cafetería, ¿quieres que vaya a buscarla?

—¡NO! —grita la chica, extendiendo los brazos hacia él.

Unai se aproxima lentamente a la cama, levantando las manos en son de paz.

—Tranquila, tranquila… ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

Nerea rompe a llorar.

—No me creerías si te lo contara…

Unai se acerca un poco más, recortando la distancia hasta situarse a su lado.

—Soy periodista. No te imaginas las cosas que he visto; me creería cualquier cosa. ¿Qué te ocurre? Pareces asustada.

El llanto de Nerea se intensifica, el hipo no la deja hablar.

—¿Has oído hablar alguna vez del Síndrome de Munchausen? —susurra la joven, tan bajito, que Unai tiene que inclinarse un poco para escucharla.

—No, nunca. ¿Qué es, una enfermedad? ¿Es eso lo que tienes? —responde Unai, extrañado.

—Yo no. Mi madre.

Nerea escruta el rostro del periodista antes de seguir hablando. Al fin y al cabo, apenas se conocen. Pero le da igual si piensa que está loca. *Puede que esta sea mi única oportunidad de pedir ayuda.*

—Creo que… estoy segura de que intenta envenenarme. ¡Por favor, ayúdame! —aunque querría gritar, las palabras brotan de su garganta como un tenue murmullo. Le aterroriza pensar que su madre pueda entrar en cualquier momento. Tampoco está segura de que Leire no tenga algún cómplice entre los médicos. No puede fiarse de nadie, pero ese hombre ya la ayudó una vez… Tiene pinta de buena persona.

Unai realiza una búsqueda rápida en su teléfono móvil. Encuentra un artículo reciente de una revista médica que parece fiable y lo lee en diagonal. Según avanza, siente que un enorme alicate le comprime la caja torácica. ¿Será eso posible? *¿Es esa aberración la verdadera causa de los cientos de informes médicos y la mala salud de la niña?*

—Nerea, escúchame atentamente. Ahora no puedo explicártelo, pero necesito que confíes en mí. Estoy aquí para ayudarte, ¿de acuerdo? —confiesa Unai.

La expresión suplicante de Nerea ha dado paso a la sorpresa más absoluta.

—Dime la verdad… ¿Crees que corres peligro en tu casa? —le pregunta.

Nerea asiente enérgicamente con la cabeza.

Unai emite un hondo suspiro. Aquello es tan inesperado, tan fuera de toda lógica… Tiene que improvisar, *a la mierda el plan*.

—Ok, entonces, esto es lo que haremos. Vamos a intentar prolongar tu estancia en el hospital lo máximo posible, ¿de acuerdo? Cuando creas que están a punto de darte el alta, haz lo que sea: vomita, exagera los síntomas, di que te duele mucho algo. Lo que sea, ¿vale? No te voy a dejar sola, te lo prometo. Estaré siempre por aquí cerca, pero necesito un poco de tiempo para pensar cómo sacarte de aquí.

—¿Quién eres, Unai? —pregunta la adolescente, cogiéndole de la manga del jersey.

Unai traga saliva. Ojalá pudiera contárselo todo, ahí mismo, ahora mismo.

—Lo único que puedo decirte es que estoy investigando varios casos de adopciones ilegales.

A Nerea se le ilumina la cara.

—Yo… yo soy adoptada. Me enteré hace poco.

—Lo sé. Lo sabemos.

—¿Qué quieres decir? ¿quién más lo sabe?

—¿Has visto a una religiosa con el pelo un poco…?

—¡Sí! ¡La monja del pelo raro, es guay!

Unai se lleva un dedo a los labios, suplicando silencio.

—Ella también está aquí para ayudarte, pero no podemos descubrir su tapadera, ¿de acuerdo?

Nerea asiente, esta vez emocionada. Una tenue esperanza le caldea el ánimo.

—Ahora tengo que irme. No le digas nada a tu madre, ni a los médicos, a nadie. Pasaré a verte de nuevo en cuanto pueda. Aguanta, preciosa. Tú solo aguanta un poco más.

Unai abandona el hospital, preso de un ataque de ansiedad. Ahora comprende el parecido con un infarto. Camina a pasos agigantados hasta estar lo suficientemente lejos de la maldita clínica. Odia aquel edificio y todo lo que representa. Si pudiera le prendería fuego, pero eso no resolvería la situación de su hija, así que decide aplacar sus instintos pirómanos y enviar un mensaje a Olvido explicándole todo lo que ha ocurrido. Probablemente la inspectora no tenga ocasión de acceder a su teléfono hasta la noche. Así que decide irse a su casa, tranquilizarse y pensar. Tiene que pensar.

Para su sorpresa, Olvido responde a los pocos minutos.

—Me dan ganas de llevármela y acabar con todo —escribe Unai, atacado—. No podemos permitir que esa loca se la vuelva a llevar.

—Unai, igual tenemos que valorar si denunciar el caso a la Ertzaintza.

—Entonces se la llevarán los servicios sociales. ¡Tardaremos meses, si no años! Antes me la llevo yo, Olvido.

—Eso sería secuestro. Retención ilegal, como mínimo. Tenemos que mantener la cabeza fría.

—Me da igual si me meten en la cárcel. Tú intenta hacerte con la dichosa libreta. Pero no pienso permitir que la vida de nuestra hija corra peligro. Si hace falta, la saco del país.

El costurero de Miren

Lunes, 30 de mayo de 2016

—¿Me vas a decir dónde demonios estás? —grita Marga al otro lado del teléfono.

El subinspector Navarro y Lucas Morata aparcan su coche en la calle Matía, dejando medio cuerpo subido a la acera. Manías de policías.

—«El costurero de Miren», aquí es —susurra Morata, sacando las llaves del contacto.

—Habéis ido a buscarla, ¿no? ¿Por qué no puedes dejarla en paz, Víctor? Olvido sabe cuidar de sí misma —protesta Marga.

—Le hemos dado tiempo más que suficiente para volver. No ha dado señales de vida desde que hablamos por teléfono, y de eso hace ya más de un mes. Lo siento, Marga, no puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo se mete en la boca del lobo. Si le pasa algo no me lo perdonaría nunca, y tú tampoco —contesta Víctor, y cuelga el teléfono dejando a su mujer con la palabra en la boca.

Lucas abre el maletero del coche y despliega la silla de ruedas sobre la acera. Víctor abre la puerta del copiloto y pasa ágilmente del asiento del coche a la silla.

La campanilla que cuelga sobre la puerta del comercio tintinea cuando Morata la abre para permitir el paso a la silla de Navarro.

—¡Está cerrado! —se escucha desde la trastienda.

Los policías siguen el sonido de la voz hasta el fondo de la tienda, donde encuentran a Miren, que sostiene a un recién nacido entre sus brazos y le da el pecho

arrullándole con el vaivén de la mecedora. La mujer se sobresalta al descubrir a los dos hombres y aparta bruscamente el pezón de la boca del niño para cubrirse, lo que provoca la iracunda protesta del bebé.

—¿Qué quieren, no me han oído? La tienda está cerrada —dice, mientras se pone en pie y continúa acunando al bebé en un infructuoso intento porque deje de llorar.

Víctor le enseña la placa, y hace un gesto a Morata para que haga lo mismo.

—¿Miren Montalbán?

La mujer asiente con la cabeza, alarmada.

—Soy el subinspector Víctor Navarro, de la Brigada de Desaparecidos y Crímenes Violentos. Este es mi compañero, Lucas Morata. Estamos intentando dar con el paradero de la inspectora Olvido Montalbán. ¿Se ha puesto en contacto con usted?

Miren observa a los dos hombres con los ojos como platos.

—¿Cómo ha dicho? ¿Inspectora…?

—Comprendo —Víctor hace una pausa para calibrar la reacción de la mujer. Parece de sincera sorpresa—. ¿No sabía usted que su hija está al mando de la BDCV?

Miren palidece. Tiene que volver a sentarse. Deja al niño en su cochecito y le pone un chupete, lo que parece calmarle un poco.

—Estuvo aquí hace un par de meses —titubea—. Hablamos. Bueno, discutimos, más bien. No he vuelto a saber nada de ella. Me dijo que estaba viviendo en París.

Los policías se miran entre ellos. Miren comprende que en lo que le ha contado Olvido no hay ni una palabra de verdad.

—¿No ha vuelto a verla desde entonces?

Miren niega con la cabeza. Los policías le dan unos segundos. Es evidente que la mujer está tratando de

ordenar la información de la que dispone, y conciliarla con lo que acaba de descubrir sobre su hija.

—Verá, Miren. No quiero que se asuste —dice Víctor, adoptando un tono conciliador. Se acerca un poco a ella con la silla de ruedas, lo suficiente como para permanecer frente a frente—, pero lo cierto es que debemos encontrarla a la mayor brevedad posible. Tenemos razones para creer que su vida corre un grave peligro.

Miren se lleva la mano al pecho, impresionada.

—No sé cómo ayudarle, inspector.

—Subinspector —le corrige Víctor—. Subinspector Navarro.

—No tengo ni idea de dónde puede estar —declara la mujer.

—Creemos que tal vez se encuentre por la zona investigando la desaparición de su hija.

Víctor saca un papel doblado del bolsillo y se lo muestra a Miren. La mujer echa a temblar al ver, por primera vez en su vida, la copia de la Polaroid que Navarro descargó del ordenador de su compañera.

—¿Reconoce a la joven de la foto?

Miren asiente.

—Es mi hija, Olvido.

—¿Y el bebé?

—Mi nieta, Nora.

—¿Dónde está su nieta en la actualidad, Miren?

La mujer baja la mirada y juguetea nerviosa con un pliegue de su falda. No es capaz de mirar a los policías a los ojos.

—Lo ignoro.

—De acuerdo, no lo sabe. Escuche… Sé que nada de esto es sencillo. Pero permítame que le recuerde, una vez más, que estamos aquí porque tememos que algo grave haya podido ocurrirle a la inspectora. Si colabora usted con nosotros, no le pasará nada.

Miren levanta entonces la mirada, acobardada. Comprende que aquella no es una simple visita de cortesía.

—Pero si dispone usted de alguna información que nos ayude a encontrarla y no colabora con nosotros, estaremos en disposición de acusarla de obstruir una investigación policial. Amén de todo lo que acabemos descubriendo sobre la desaparición de su nieta, y le aseguro que está usted tratando con una de las unidades de élite del país. No sé si me he explicado bien.

Miren aprieta los labios.

Esta mujer es dura. Desde luego, Olvido tiene a quién parecerse, piensa Víctor.

—Se lo voy a poner más fácil. ¿Conoce a un hombre llamado Aitor?

Miren le sostiene la mirada, desafiante.

—Sabemos que es un hombre peligroso —interviene Morata por primera vez—. Así que, créanos… Le conviene hablar con nosotros antes de que se inquiete y sea él el que venga a hablar con usted. Porque algo me dice que la comunicación oral no es su fuerte.

Al fin, la mujer se derrumba.

—¿Me prometen que van a proteger a mi hija? —suplica.

—Es nuestra única preocupación —asegura Navarro.

—Está bien, les contaré lo que sé. Aitor, el doctor Andoni Echagüe y la hermana Dulce Nombre de María. Esos son los tres nombres que deben investigar si quieren averiguar qué ocurrió con Nora. Les diré todo lo que sé si me prometen dejarme al margen. Tengo una nueva familia que me necesita. No puedo…

—Cuéntenos lo que sabe. La escuchamos —interviene de nuevo Morata.

Los policías abandonan la tienda pasada la

medianoche.

—Vamos a buscar un sitio donde descansar —sugiere Víctor—. Con la información que nos ha dado ya tenemos por dónde empezar.

—Lo siento por ella —añade Morata—. No creo que sea consciente de que va a pasar el resto de su vida entre rejas.

La celda

Miércoles, 1 de junio de 2016

Olvido ha pasado las dos peores semanas de su vida, entre la preocupación constante por el estado de salud de Nora y la imposibilidad física de hacerse con la maldita libreta. La hermana Dulce, en un giro inesperado de los acontecimientos, le comunicó en el último momento que se marchaba diez días a una convención nacional de la congregación en Madrid, y fue muy rotunda en su negativa a dejarse acompañar.

—Prefiero que te quedes aquí, querida. Me tranquiliza muchísimo saber que estás al frente del convento en mi ausencia. No sabes cuánto confío en ti.

Obviamente, la libreta viajó con ella, así que Olvido no ha tenido más remedio que continuar con las rutinas de su vida en el convento. Al fin ha terminado el dichoso congreso, y Olvido aguarda impaciente el regreso de la monja. En contraprestación por la angustiosa espera, ha tenido todo el tiempo del mundo para explorar el edificio de arriba a abajo, charlar con el resto de las religiosas, y trazar el plan definitivo para hacerse con la agenda esa misma noche. Ya no puede prolongar más la charada y, además, a Nerea le está resultando cada vez más complicado estirar las excusas para permanecer ingresada en la clínica. Leire ha expresado en más de una ocasión su deseo de llevársela a casa, pero la joven se las ha arreglado hasta ahora, con la ayuda de Unai, para engañar a los médicos.

Cuando Olvido vuelve de la clínica, como cada tarde, el corazón le da un vuelco al descubrir una furgoneta

blanca aparcada en la puerta. No la había visto antes, pero en seguida comprende que la furgoneta, casi con total seguridad, debe ser de Aitor. Es plausible que, puesto que su tía regresa hoy de Madrid, haya ido a recogerla al aeropuerto de Hondarribia. Se trata de un vehículo viejo, destartalado; no debe tener menos de quince años. *Probablemente*, se dice la inspectora, *sea el mismo en el que se llevaron a mi hija*. El mismo que describieron Eric Garrido y Tania Crespo.

La presencia de la furgoneta no solo confirma el regreso de la monja. Olvido asume con un pinchazo en el estómago que también Aitor está dentro del convento. Aún recuerda su primer y único encuentro, y se dice que no sería buena idea volver a cruzarse con él, a pesar de su disfraz. Así que empuja la puerta con infinito cuidado y se desliza al interior del edificio sin hacer el menor ruido. Al pasar por delante de la puerta de la cocina, entreabierta, escucha la voz grave del hombre, imposible de disfrazar entre la miríada de voces femeninas que pueblan la casa. Activando el modo ninja, Olvido logra llegar a su celda sin cruzarse con ninguna de las religiosas, que han acudido como abejas a un panal a recibir a la superiora y escuchar las anécdotas de su viaje.

Olvido se recuesta en su cama, vuelta contra la pared. Tal como era de esperar, a los pocos minutos la hermana Soledad llama con los nudillos, y abre la puerta de par en par sin esperar respuesta. Todas las celdas del convento permanecen abiertas excepto la de la superiora, que es la única que cuenta con cerradura y su propia llave.

—¡Hermana Susana, estás aquí! ¿Por qué no vienes a recibir a la hermana Dulce? Ha preguntado por ti. Quiere que conozcas a su sobrino.

Olvido no se mueve.

—Lo siento hermana; por favor, discúlpame ante ellos —se excusa, fingiendo no ser capaz de emitir más

que un débil hilillo de voz—. Me temo que no me encuentro muy bien. Tengo unas migrañas terribles.

Ni Meryl Streep.

—Oh, vaya, ¡cuánto lo siento! Descansa entonces. En un rato vengo y te traigo algo de comer y un analgésico.

Antes de irse, la monja baja la persiana de la habitación para reducir la cantidad de luz, y la cubre amorosamente con la colcha.

—Así, mejor.

Al fin se marcha. Olvido confía en que la hermana Dulce no se aventurará a molestarla.

Al cabo de un par de horas, la inspectora escucha el sonido de un motor. Se asoma a la ventana; la furgoneta se aleja. Ya es casi la hora de acostarse. Sin perder un segundo, se levanta y pone rumbo a la cocina. Tiene que poner en marcha la primera parte del plan. Coge un vaso pequeño de agua y regresa a su habitación. Una vez allí, extrae tres comprimidos de Lorazepam de un blíster que ha robado en la clínica. Con ayuda de una cucharilla, espachurra las pastillas sobre la mesa hasta reducirlas a un montón de polvillo blanco. Acto seguido echa la droga en el vaso y remueve el líquido hasta asegurarse de que se ha disuelto por completo.

La hermana Violeta, encargada de la cocina, suele dejar antes de acostarse un vasito de agua en la mesilla de noche de la superiora. Hoy, Olvido aguarda el momento perfecto para interceptarla por el pasillo.

—Hermana Violeta, deja que te ayude —dice, tomando el vaso agua de sus manos, sin más preámbulos —. Voy a dar las buenas noches a la hermana Dulce, aún no he tenido ocasión de saludarla.

—Ah, perfecto —responde la monja—. Muchas gracias, me ahorras el viaje. Que descanses, hermana.

— Igualmente, buenas noches.

Olvido aguarda unos minutos, hasta cerciorarse de que la cocinera se pierde por el largo pasillo. Entonces corre hacia su celda, donde da el cambiazo a los vasos de agua.

Las monjas ya están recogidas, incluso se cuela algún ronquido por los muros del convento, cuando la inspectora pone rumbo al dormitorio de la superiora. Como esperaba, su luz está todavía encendida.

—Buenas noches, hermana Dulce —saluda la inspectora, asomando prudentemente la cabeza—. ¿Se puede? Vengo a darle las buenas noches y a traerle su vaso de agua.

—¡Pasa, pasa, hermana! —responde la monja, que ya está a punto de meterse en la cama.

Olvido no había entrado nunca en la celda de la religiosa. Se trata de una estancia sencilla, muy similar al resto, aunque un par de elementos la distinguen de las demás. En primer lugar, llama la atención el escritorio, mucho más grande y recio, aunque la silla que descansa junto a él es igual a la de todas, una sencilla y rústica silla de enea. Pero lo que verdaderamente destaca como una rosa en mitad del desierto es una preciosa cuna de madera, situada entre la cama y la pared de piedra encalada.

La hermana Dulce repara en la expresión del rostro de Olvido y esboza una sonrisa.

—No imaginas cuántos pequeñines han pasado por aquí —le explica—. Gracias al Señor, nunca hemos tardado demasiado tiempo en encontrar una familia adecuada para ellos.

La inspectora desvía la mirada de la cuna, haciendo un esfuerzo por disimular el horror. Se dice que, si hubiera encontrado un nido de serpientes, la impresión no habría sido tan fuerte. Antes de despedirse, realiza un escaneo rápido de la habitación. La libreta negra descansa sobre el

escritorio. Sin ánimo de entretenerse, coloca el vaso de agua sobre la mesilla de noche y se despide.

—Buenas noches, hermana. Descanse, han debido ser unos días muy ajetreados. Mañana me cuenta.

Olvido sale de la celda, y no se ha alejado ni tres pasos cuando escucha el sonido inconfundible de la llave rascando la cerradura.

Un escondite

Miércoles, 1 de junio de 2016

A última hora de la tarde, como todos los días de las últimas dos semanas, Unai se encamina a la habitación de Nerea para comprobar su estado de salud, aprovechando el rato en que Leire suele bajar a cenar. Pero hoy siente un vuelco en el estómago. La habitación 111 está vacía. Sale rápidamente al pasillo y se dirige al puesto de enfermeras.

—Hola, buenas tardes. Venía a visitar a Nerea Mendiburu, en la habitación 111, pero…

—Ah, sí, acaban de darle el alta hace unos minutos. Su madre se la ha llevado a casa.

Unai baja corriendo las escaleras de la clínica, y alcanza a ver, por los pelos, a madre e hija introduciéndose en un taxi. En el último instante, Nerea hace contacto ocular con Unai y le devuelve una mirada derrotada.

Unai sube a su coche y sigue al taxi hasta la Plaza de Gipuzkoa. Es evidente que no puede presentarse en el domicilio de Leire y llevarse a la adolescente a la fuerza. Abatido, se sienta en un banco del parque que ocupa el centro de la plaza, junto al estanque de los patos. Está comenzando a anochecer. Lo único que puede hacer es irse a casa, descansar, y velar desde la distancia porque su hija pase una noche tranquila.

—Ay, qué alegría da volver a casa, ¿verdad? —canturrea Leire, según entran por la puerta.

Nerea no responde. La idea de regresar al infierno le resulta particularmente difícil de celebrar. Al final, se dice, la promesa de Unai no ha servido de nada. No ha

conseguido impedir que su madre la arrastre de nuevo allí, ni tan siquiera ha logrado tener una conversación con la monja del pelo raro, porque su madre no la ha dejado sola más que unos minutos al día.

—¿Tienes hambre? —pregunta Leire.

Esa es, sin duda, la pregunta más terrorífica a la que debe enfrentarse. Pues claro que tiene, está a punto de desfallecer. Apenas ha comido un par de galletas y una manzana en todo el día. Nerea duda de todo lo que no haya podido comprar ella misma en una tienda, o cuyo origen desconozca. También le cuesta conciliar el sueño, pues sabe que por las noches tampoco está segura. Así que a su regreso del hospital se siente hambrienta, frustrada, débil y asustada.

—No, gracias, mamá. Creo que voy a irme a dormir, si no te importa. Estoy muy cansada.

—Claro. Que duermas bien, mi amor —dice Leire—. Mañana será otro día.

Nerea se encierra en su cuarto y se derrumba sobre la cama con la ropa puesta. El agotamiento la ayuda a caer en un sueño ligero del que se despierta, agitada, pasada la medianoche. Escanea su cuerpo en busca de algún síntoma. Por fortuna, todo parece en orden. El pequeño rato de descanso parece haberle espabilado un poco. Entorna la puerta de su habitación y afina el oído. La casa está en calma. Se acerca de puntillas al dormitorio de su madre, y comprueba que duerme a pierna suelta. Las noches de hospital no se descansa mucho, así que Nerea se relaja pensando que, probablemente, esta noche su madre dormirá a pierna suelta. Una caja abierta de Orfidal en su mesilla de noche es toda la confirmación que necesita.

Nerea regresa a su dormitorio y saca una mochila del armario. Mete en ella un pantalón, dos camisetas, un jersey y algo de ropa interior. Guarda también sus diarios,

en los que tantos años lleva apuntando su día a día, y el teléfono móvil. No necesita nada más. Recorre a tientas el pasillo y sale de la casa sin hacer ruido.

Es la una de la madrugada. Las calles del centro de Donosti nunca le habían parecido tan tranquilas. Todo en ellas le transmite una sensación casi irreal de serenidad. A pesar de la debilidad, que a duras penas le permite cargar con la ligera mochila, consigue llegar hasta su rincón preferido de la ciudad. Pasa por delante del Ayuntamiento y se apoya en la barandilla blanca del paseo de La Concha, desde donde contempla la curva de la bahía, con las luces de las farolas iluminando el camino como en una postal, describiendo una curva perfecta hasta la playa de Ondarreta. *Esta es la vista más bonita del mundo*, se dice.

El cansancio extremo vuelve a hacer mella en la adolescente, que se arrastra hasta un banco cercano. Decidida, saca de la mochila su teléfono móvil y extrae del bolsillo trasero de su pantalón vaquero la tarjeta de visita que guarda desde hace unos meses. Marca el número y aguarda con paciencia los tonos —uno, dos, tres— hasta que una somnolienta voz familiar responde al otro lado de la línea.

—¿Unai? ¿Puedes venir a buscarme, por favor? No pienso regresar a esa casa. Antes, me ahogo en el mar.

El robo

Jueves, 2 de junio de 2016
02.00 a.m.

Olvido se pregunta cuánto tiempo será razonable aguardar para estar segura de que la monja se ha quedado inconsciente. A las dos de la mañana decide no esperar más y sale de su celda, caminando de puntillas.

La segunda parte del plan le preocupa más que la primera. Sobre todo, temía no ser capaz de desbloquear la cerradura de la superiora, hasta que la bendita inocencia de una de las hermanas le hizo partícipe, una tarde que trabajaba junto a ella en el huerto, de la existencia de una llave maestra que se guarda en el cobertizo de las herramientas, para una situación de emergencia. Con ella en el bolsillo del hábito, ahora la inspectora solo debe preocuparse de entrar en la celda sin ser vista, hacerse con la libreta, y escapar del convento antes de que amanezca.

Guiada por la luz del móvil, Olvido logra llegar a la habitación sin tropezar con ningún mueble ni despertar a las religiosas. Introduce la llave en la cerradura, y exhala un hondo suspiro de alivio al comprobar que entra hasta el fondo sin la menor dificultad. Muy lentamente, la inspectora hace girar la llave una, dos veces, controlando con el giro de muñeca el ruido metálico hasta que el marco de la puerta cede. Ya está dentro. Comprueba que la hermana Dulce duerme profundamente, con el cuerpo ladeado hacia la cuna. El vaso de agua está completamente vacío. Otro suspiro. *Diosas, gracias por los pequeños favores,* musita. Decidida, Olvido se dirige al escritorio. Ya solo resta coger la libreta y salir pitando de allí. Se ve tan cerca

de la calle, que apenas puede creerlo cuando la linterna del móvil ilumina la superficie de la mesa, y el haz de luz le devuelve una superficie lisa y completamente vacía.

¡Mierda, Dulce…! ¿Dónde coño la has escondido? Parece que la cosa no va a ser tan sencilla como entrar y salir. Como no hay tiempo que perder, Olvido se abalanza sobre el escritorio y va abriendo con cautela cada uno de los cuatro cajones que, afortunadamente, carecen de cierre de seguridad. Revuelve el contenido procurando no hacer ruido: en los dos primeros no encuentra más que estampas de la Virgen, una Biblia, un rosario, un cuaderno pautado sin usar y un misal; los otros dos contienen artículos de papelería variados, tales como folios en blanco con el membrete del convento, sobres, sellos, unas tijeras, una barra de pegamento, lápices y bolígrafos… Lo más llamativo quizá sea una pluma estilográfica Montblanc que debe costar más que un mes de alquiler, probablemente el regalo de algún devoto agradecido.

Piensa, Olvido, no hay muchos sitios donde pueda haberla escondido. Tampoco es que sea Lara Croft.

Se decide a registrar el armario de madera antigua, que cruje como el parqué de la consulta de un médico. Los goznes de las puertas claman literalmente al cielo por unas gotas de tres en uno, así que la inspectora opta por el clásico tirón, como con la cera depilatoria: rápido, con un movimiento seco. Indoloro e insonoro. Abre las dos puertas de par en par e ilumina el interior con la linterna. Tan solo encuentra dos hábitos colgados en sendas perchas, dos faldas grises, dos camisas blancas, dos de todo. En una balda superior hay un juego de sábanas y una almohada de repuesto. Olvido coge la silla de enea y se sube encima para registrar el armario a fondo. Nada.

Cada minuto que pasa es un minuto en el que alguna de las diecisiete hermanas que viven en la casa puede encontrar un motivo para salir al lavabo, para coger algo

de la cocina o sentir la urgencia de acudir rezar a la capilla si se desvelan.

Se tumba en el suelo y hace un barrido con el foco de luz por debajo de la cama. Solo encuentra un orinal *(por todos los santos, qué asco)*, y las pantuflas de la monja.

Es al incorporarse cuando, al fin, la ve. La libreta descansa sobre la mesilla de noche, justo debajo del vaso de agua. Beber y dar un último repaso a la agenda probablemente formen parte de la rutina de la hermana Dulce, antes de apagar la luz y conciliar el sueño por las noches.

Con mucho tiento (solo le falta que se le caiga el vaso y la monja se despierte justo ahora), Olvido coge la agenda y vuelve a dejar el vaso vacío en su lugar. No puede evitar echar un vistazo, necesita confirmar que ahí va a encontrar todo lo que necesita. El día que la tuvo entre sus manos apenas sí pudo captar un par de líneas de reojo, y en los informes médicos que robaron de la consulta de Echagüe no hay alusión alguna a los padres biológicos ni a los pagos, solo los datos médicos y burocráticos estrictamente necesarios para justificar el proceso de adopción de la forma más somera. Olvido está a punto de llorar depura felicidad. Va pasando las páginas al azar, ratificando que está todo absolutamente detallado del puño y letra de la religiosa, anotado con su inconfundible caligrafía picuda de colegio de monjas. Tal como les había explicado: una hoja, un registro. El cuaderno de tapas de piel desgrana el relato cronológico del robo de recién nacidos desde 1995, coincidiendo aparentemente con los expedientes que tienen Unai y ella tienen en su poder y que, según sus pesquisas, concuerdan con la actividad del doctor Echagüe en la clínica. Aquello, junto con las correspondientes pruebas de ADN a las familias, es todo lo que necesitará un juez para esclarecer la barbaridad de los hechos. A falta de cotejarlos uno por

uno con los informes de la clínica, a simple vista parece que coinciden en número, puesto que hay alrededor de ochenta páginas escritas, quizá alguna más. Presa de la curiosidad, realiza una búsqueda muy concreta. En seguida la encuentra. La hoja de registro de su hija se ve más o menos así:

Fecha de nacimiento: 17 de junio de 2000

Lugar de nacimiento: Caserío familiar (Hondarribia)

Fecha de entrega: 21 de junio de 2000 (Recogida: Aitor y H.D.)

Nombre de la madre biológica: Olvido Montalbán

Hija de: Miren Montalbán y (padre desconocido)

Edad de la madre biológica: 15 años

Fecha de nacimiento de la madre biológica: 18 de junio de 1985

Pago: 3000€ (abonados a: Miren Montalbán)

Fecha de abono: 22 de junio de 2000

Nombre del recién nacido: Nerea Mendiburu Larralde

Fecha de adopción: 21 de junio de 2000 (vía H.D.)

Nombre del padre: Julen Mendiburu (Fallecido el 20.01.2007)

Nombre de la madre: Leire Larralde

Lugar de nacimiento: Clínica de La Luz, Donostia.

(Con la intermediación del Dr. Echagüe y Jesucristo Nuestro Señor)

Donativo: 9.000€

Primera entrega: 3.000€ (21 de junio de 2000)

Comisión Aitor: 1500€

Comisión doctor Echagüe: 1500€

Comisión Rafael Garrido: 1500€

Comisión H.D.: 1500€

Pago fraccionado: 6.000€

Colecta en domicilio familiar: Plaza Gipuzkoa, 7 - 5ºC, Donostia

Citas: el 21 de cada mes.

En Donostia, bajo la gracia de Dios, a 21 de junio de 2000.

Y debajo, por increíble que parezca, la rúbrica de la monja en primer plano y Technicolor. Tal es la impunidad con la que se ha sentido siempre, que a la monja no le preocupa en absoluto consignar en un documento como aquel los movimientos más importantes de la red. De ahí también la obsesión de la superiora por no perder de vista su agenda contable.

Realiza otra búsqueda rápida y localiza el registro de Tania Crespo y de su hijo.

Constata que hay más médicos y, a vuela pluma, contabiliza al menos tres ciudades implicadas: Madrid, Bilbao y San Sebastián, aunque no descarta que un examen más detallado revele información sobre otras localizaciones y personas implicadas.

La hermana Dulce balbucea algo, cambia de postura y se voltea hacia la mesilla de noche, sin abandonar su sueño profundo. Olvido estima que ya es hora de salir de allí. Ya tiene lo que necesitaba, así que se gira con mucho cuidado hacia la puerta de la celda, que queda a su espalda, y a punto está de escapársele un alarido cuando

descubre a la hermana Violeta, una de las monjas encargadas de la cocina, detenida en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, bloqueando la salida.

—¿Qué haces, Susana? —susurra la mujer, prescindiendo ostensiblemente del título de «hermana».

La inspectora está pálida como la luna. No puede creer que la hayan pillado.

—Verás, hermana Violeta… No es lo que parece.

Olvido es consciente de que *«No es lo que parece»* es la frase más absurda que uno puede decir cuando le pillan haciendo algo que resulta que sí es lo que parece.

—Ilumíname, pues. ¿Qué andas buscando en la celda de la hermana Dulce a estas horas de la madrugada? Y, más concretamente… ¿Por qué llevas su cuaderno en la mano?

—Hermana, sé lo que estás pensando, pero, de verdad… necesito que me des un voto de confianza. Ahora mismo no puedo explicártelo, pero más adelante…

—Ven, hablemos en la cocina —dice la monja, arrebatándole la libreta de las manos.

Jueves, 2 de junio de 2016
03.00 a.m.

—Verás, hermana Violeta… El contenido de esa agenda…

—No te molestes. Sé perfectamente lo que contiene.

La inspectora y la monja están sentadas frente a frente en la pequeña mesa de la cocina. La religiosa aferra con fuerza la libreta. No parece dispuesta a deshacerse de ella en un futuro cercano.

—Desde el primer día, sospeché que te traías algo entre manos. Primero pensé: «tal vez sea una actriz, que busca vivir la experiencia de incógnito para después interpretar la vida de una monja». Una película, una serie… Me pareció divertido esperar a ver cómo te las arreglabas. Pero te estuve observando y no me pareció que prestaras mucha atención a los detalles de la vida en la congregación. Así que deduje que solo podías ser policía.

—Vaya, hermana… No nos vendría mal una mente tan observadora en la brigada —confirma la policía.

A Montalbán no le queda más remedio que sincerarse con ella, y hace un resumen grosso modo de las circunstancias que la han conducido a la situación en la que se encuentran. Conforme avanza en su relato —la matanza en el instituto, las confesiones de Eric Garrido y Tania Crespo, la pérdida de su propia hija, quince años atrás—, la congoja se hace patente en el rostro de la religiosa.

—Espero que ahora todo tenga más sentido para ti, hermana.

La monja se aferra al libro como si fuera un lingote

de oro.

—Inspectora, no sabes cómo lamento todo lo sucedido. No tenía ni idea, nunca me detuve a pensar en las ramificaciones de…

La mujer tiene que parar un momento para tomar aire. Observa fijamente el crucifijo colgado en la pared y medita. Los ojos se le empañan, pero no se permite ceder al llanto.

—Hay demasiada gente implicada. Familias muy importantes en esta ciudad, gracias a cuyos donativos podemos sufragar los gastos del convento. Estoy hablando de políticos, de títulos nobiliarios, y no solo en Gipuzkoa… Pasa mucha gente por aquí, intuyo que la red abarca muchas familias en muchas provincias. He pasado mucho miedo, inspectora. A veces la situación se vuelve violenta y entonces…

La monja tiene que realizar una nueva pausa. Eleva la cabeza al cielo, como pidiendo a Dios que le dé ánimos para continuar. Olvido no se atreve a intervenir, y deja que la mujer se tome su tiempo.

—Para sobrellevarlo he adoptado por cerrar los ojos e intentar saber lo menos posible. Rezo, y Dios me da fuerzas. A veces cuido de los bebés que llegan, y entonces creo que es verdaderamente Su Voluntad que yo les atienda. Les doy el biberón, les cambio los pañales, pero no hago preguntas. No quiero saber nada de dinero. Sobre todo, no quiero saber nada cuando llega…

—¿Aitor? —apunta Montalbán.

La monja asiente con la cabeza.

—Tal vez el Señor te haya enviado para poner fin a esta locura —reconsidera—. Pero me pones en una situación muy difícil con respecto a mis hermanas. Si todo esto se hace público, pagarán justos por pecadores. No todas las monjas saben lo que la hermana Dulce y Aitor se traen entre manos. La mayoría cree de verdad en el relato

de la caridad y en la obra que hacemos aquí acogiendo a niños abandonados y procurándoles una buena familia cristiana.

—Y tú, ¿desde cuándo lo sabes?

La conversación se trunca bruscamente por la irrupción en la cocina de la hermana Soledad. Somnolienta, se planta en mitad de la cocina, y una expresión avergonzada se dibuja en su rostro cuando una enorme cantidad de agua se desprende de golpe de los bajos de su hábito y deja un enorme charco a sus pies. Olvido tarda unos segundos en comprender. La hermana Violeta se pone en pie de un salto y agarra amorosamente del brazo a la monja.

—Tranquila. Ya llega. Sabes cómo hacerlo, vamos a tu celda —le dice, calmándola—. Hermana Susana, por favor, calienta un poco de agua y trae toallas a la celda de la hermana. Y procura no despertar a la casa.

Son las tres y media de la madrugada, y la inspectora permanece en pie en medio de la cocina, completamente paralizada. *No es posible.* Había reparado en el físico redondeado de la hermana Soledad, en su andar dificultoso y cansado, pero en ningún momento se le había pasado por la imaginación achacarlo a un embarazo. *¿Pero en qué cabeza cabe…?* El hábito holgado ha hecho un buen trabajo disimulando su abultado vientre. Aquello desafía todos los límites de la cordura.

Cuando llega a la celda con el agua caliente y las toallas, se encuentra a la futura madre tumbada sobre la cama con los ojos cerrados, las piernas abiertas y el hábito remangado hasta la cintura. La cabeza del bebé ya corona, el parto avanza deprisa.

—Hermana, no tengas miedo —dice la inspectora—. Estamos aquí para ayudarte.

—No te apures, querida. Este es el tercer hijo que me manda el Señor.

Olvido no puede esconder una mueca de espanto. El tercero… En apenas un par de empujones, y sin emitir apenas un gemido, la religiosa ha alumbrado a un niño, aparentemente sano. La hermana Violeta corta hábilmente el cordón umbilical y, tras limpiar al recién nacido, lo coloca en el pecho de la monja. El bebé empieza a mamar diligentemente.

—Pero ¿cómo…?

—Piensa, inspectora. ¿Quién es el único hombre que entra en esta casa? —responde Violeta.

Olvido tiene que taparse la boca con las dos manos para no dejar escapar un grito de cólera, mientras la improvisada matrona se afana en la atención a la parturienta y el recién nacido. La inspectora se inclina junto a la cabecera de la cama.

—Hermana Soledad… ¿Es eso cierto? ¿Ha sido Aitor?

—La hermana Dulce dice que es un enviado del Señor —musita la monja. Su voz transmite una sosegada resignación—. La voluntad del Altísimo obra a través de él. Yo solo soy una sierva de Dios. Sería bonito si alguna vez me dejaran quedarme con alguno; lo criaríamos aquí, en el convento… —sueña despierta la monja, arrullada por las endorfinas y la oxitocina del parto—. Pero Aitor siempre se los lleva… Quizás sea un pecado de avaricia por mi parte… Hay familias que los necesitan más que yo. Es un regalo que Dios les hace a través de mi cuerpo. Doy gracias a la Virgen por haberme elegido —concluye, santiguándose.

Olvido se incorpora, atónita. Su cerebro está experimentando serios problemas para procesar la magnitud de lo que está viviendo.

—¿A ti también…? —pregunta la inspectora, dirigiéndose a la hermana Violeta.

—El año que llegué aquí, Aitor me visitó en varias

ocasiones, sí —reconoce la monja—. Yo he tenido más suerte. El Señor me ha protegido no permitiendo un embarazo, y hace tiempo que dejó de molestarme. El resto de las hermanas no están ya en edad de concebir, así que…

—Pero, hermanas… ¿No os dais cuenta de que estamos hablando de violaciones?

—Es la voluntad del Señor —responde la hermana Soledad.

—¡No, hermana, por supuesto que no! ¿Pero cómo va a ser esta barbarie la voluntad de Dios? ¡Esto no es más que la voluntad de una red de delincuentes que piensan únicamente en su propio beneficio!

La ansiedad de la inspectora Montalbán se ha transformado en una furia desatada.

—Hermana, ¿puedes andar? —pregunta.

—Creo que sí.

—Violeta, dame al bebé y ayuda a la hermana Soledad a incorporarse —ordena la inspectora.

Las religiosas, acostumbradas a obedecer, siguen dócilmente las instrucciones de Olvido.

Las tres mujeres abandonan la celda y avanzan por el largo pasillo en dirección a la salida.

—Vamos a llevaros al Hospital Universitario, no a la clínica de La Luz. A esta mujer tiene que verla un médico, van a atenderla como Dios manda.

Como Dios manda, repite Olvido para sus adentros. Qué ironía.

—Hermana Violeta, sal a la calle y busca un taxi, que venga hasta aquí a recogernos.

La monja sale corriendo calle abajo, dejando la puerta abierta.

—Se acabó… —murmura la inspectora en el oído del recién nacido que sostiene en sus brazos —. Esta violencia se acaba aquí y ahora.

—Mucho me temo que no, inspectora —exclama una voz masculina, a su espalda.

La huida

Jueves, 2 de junio de 2016
04.30 a.m.

Olvido se gira, aterrada, y su mirada se encuentra con los ojos animales de Aitor. El hombre empuña en su mano derecha el por desgracia ya conocido cuchillo de cazador cuyo filo tuvo oportunidad de acariciar unas semanas atrás.

—Volved adentro —ordena.

La inspectora se interpone como escudo humano entre Aitor y la monja, mientras sostiene al bebé con firmeza. En su interior, reza para que la hermana Violeta no tarde mucho en aparecer con el taxista o, si ha sido valiente, con un coche de la Ertzaintza.

De repente, unos pasos acelerados retumban en el exterior del convento, marcando un eco rítmico en el silencio de la madrugada. La inspectora Montalbán no da crédito a lo que ve cuando descubre que no se trata de la hermana Violeta, sino que son los familiares rostros de sus compañeros de la brigada los que cruzan el umbral de entrada al convento.

El primero en llegar es Lucas Morata, que entra corriendo, sin resuello, seguido a los pocos segundos de Víctor Navarro, que hace girar las ruedas de su silla con toda la potencia que le permiten los brazos.

—¡Víctor! —exclama Olvido. A pesar de las dudas que todavía recaen sobre él, nunca en su vida ha estado tan contenta de verle.

—¡Olvido! Gracias a Dios… Pero ¿qué está pasando aquí? —pregunta el subinspector, recorriendo con la mirada el grupo humano que tiene delante.

—¿Cómo habéis…? —balbucea la inspectora, aturdida—.

—Morata pensó que sería buena idea sacarte del convento de madrugada, sin hacer un numerito —espeta el subinspector, sin darle tiempo a terminar la frase.

—¿Y cómo habéis sabido dónde estaba?

—Lucas te siguió ayer por la tarde, te vio salir de la clínica.

—A decir verdad, he tenido algo de ayuda —le corrige Morata, dando un paso al frente—. Tranquilo, Víctor, ya está. Lo tenemos todo bajo control. ¿Verdad, Aitor? —dice mientras, situándose junto al matón, saca una pistola de la parte trasera del pantalón y apunta con ella a la inspectora.

Los rostros de Navarro y Montalbán son una oda a la estupefacción cuando descubren el vínculo entre los dos.

—Mecagüenmivida… —es la lírica reflexión con la que el subinspector Navarro acompaña al descubrimiento.

—No es posible, Morata —musita Olvido—. ¿Tú?

—No me hace ninguna gracia verme implicado en esto, inspectora, te lo aseguro. Mi negocio con Aitor y Garrido fueron siempre las drogas. Viniendo como vengo de la UDYCO, creí que no tardarías en atar cabos… El tema de las adopciones siempre me pareció demasiado sucio, nunca quise implicarme en ello.

—Lucas me avisó de que andabas tras la pista de los bebés —añade Aitor—. Así que me envió una foto tuya cuando averiguó que estabas en Donosti, husmeando. No tardé en averiguar que estaban pasando cosas raras… Echagüe me advirtió del robo de los expedientes. Y a los pocos días te vi en la Parte Vieja.

—Le pedí que te diera un aviso —explica Morata—. Pensé que, si conseguía asustarte, entrarías en razón y volverías a Madrid. Lo cual, como puedes comprender, nos habría ahorrado a todos una situación tan delicada como

la que nos traemos entre manos.

—¿Cómo supisteis que estaba en el convento? —pregunta Olvido, de nuevo.

—No lo supe hasta ayer —le aclara Aitor—, cuando mi tía me contó, de camino desde el aeropuerto, todo sobre la nueva monja. La vi muy ilusionada, pero ya sabes, está un poco gagá… El asunto me olió mal, así que decidí llamar a mi amigo Morata y venir juntos a investigarlo.

—¡Maldito hijo de puta! —grita Navarro—. Me has traído hasta aquí solo para asegurarte de poder continuar tu negocio con Aitor…

—Te lo advertí, Montalbán —se defiende Lucas, ignorando el cabreo del subinspector—. Si te hubieras quedado en Madrid me habría resultado mucho más sencillo obstruir la investigación para que no descubrieras mi relación con él. Ahora no sé qué vamos a hacer, francamente. Me temo que solo me queda una opción.

Lucas Morata apunta a Olvido con el arma, pero no tiene tiempo de reaccionar cuando Navarro, ciego de ira, carga contra él arrollándole con la silla de ruedas y consigue hacerle perder el equilibrio. La pistola cae a sus pies. Víctor la recoge y se la lanza a la inspectora, que la atrapa con la mano libre, haciendo malabarismos para no dejar caer al bebé. Mientras Navarro y Morata forcejean —y Lucas comprueba en sus propias carnes que ha subestimado la capacidad física de su compañero—, Aitor se abalanza sobre la inspectora, que siente el filo del cuchillo clavándosele justo por debajo de la caja torácica, en el lado izquierdo del vientre. Esta vez no ha sido un rasguño. La reacción de Olvido es tan automática como su aullido de dolor. Según Aitor extrae el cuchillo para apuñalarla de nuevo, la inspectora libera el seguro del arma y le apunta a la cara. Al hombre no le da tiempo a procesar su último segundo sobre la faz de la Tierra. Una bala le revienta el rostro dejándolo reducido a un montón

nauseabundo de carne picada.

El disparo y los gritos alertan al resto de monjas, que salen en desbandada de sus celdas. La inspectora tiene el tiempo justo para observar a Morata salir corriendo y alejarse a toda velocidad, calle abajo. Dispara, pero no le alcanza. Evalúa entonces la situación. Víctor está paralizado, literal y metafóricamente; la hermana Soledad se está desangrando; el cuerpo sin vida de Aitor yace en el umbral de la puerta del convento y, en medio del caos, las monjas gritan y corretean de un lado a otro llamando a la madre superiora.

—No os molestéis —murmura Olvido—. Va a dormir hasta el fin de semana. Vamos hermana, tenemos que poneros a salvo a ti y a tu bebé —dice, animando a la recién parida a acompañarla.

—¡Olvido, por favor, deja que te ayude! —grita Navarro, que corre tras ellas hasta que unas empinadas escaleras le hacen imposible acompañarlas en su huida.

La hermana Soledad apenas tiene fuerzas para caminar. Se arrastra penosamente mientras su hábito continúa tiñéndose de sangre. La inspectora sabe que no llegarán a pie al hospital. De repente, un cartel a apenas doscientos pasos hace que se le ilumine el rostro.

Olvido corre con el bebé en brazos, corre lo más rápido que puede, pero a tan solo unos metros de la comisaría de Ondarreta se vuelve para cerciorarse de que la hermana Soledad no se quede atrás, se desmaye o alguien trate de herirla.

—¡Corre, por lo que más quieras! ¡Ya no queda nada! —grita la inspectora.

Pero la monja se ha detenido en medio de la calzada, desierta a esas horas de la madrugada, y parece indecisa. Está al límite de sus fuerzas.

Olvido no puede permitirse perder un tiempo que no

tienen, así que deshace sus pasos hasta llegar a ella y la agarra del brazo.

—Tengo que volver al convento. No puedo abandonar a mis hermanas… —solloza la mujer. Olvido puede leer el terror en sus ojos.

—Deja que la policía se ocupe de eso, ¡ahora lo único importante es ponernos a salvo!

—No, no puedo… Tengo que volver, alguien tiene que protegerlas…

—¿Protegerlas? Y a ti… ¡dime! ¿¡Quién te ha protegido a ti de Aitor!?

UN AÑO DESPUÉS

Sábado, 17 de junio de 2017

—¡Shhh, silencio, que empieza! —grita Nora, tratando de imponer orden sobre el revuelo que agita la ya de por sí desordenada casa. A pesar de llevar una semana instalados en su nuevo hogar, la familia aún no ha terminado de desembalar y deshacer cajas, que se apilan aquí y allá en un caos semi controlado de columnas de cartón y papel de burbujas.

La adolescente se acomoda de un salto en el sofá, haciéndose un hueco entre Olvido y Unai, que picotean unas patatas y restos de tarta de cumpleaños sobre una mesa baja. Dieciséis velas cubiertas de restos de chocolate y nata se esparcen sobre el mantel de cuadros. Restos de serpentinas, tiras destrozadas de papel de regalo y globos de colores cubren también el suelo del salón. Olvido apura nerviosa un botellín de cerveza, mientras Unai pasa un brazo sobre los hombros de su hija y acaricia con ternura la nuca de la inspectora. El periodista contempla a Nora y reflexiona: es maravilloso constatar cómo la joven ha recuperado, en menos de un año, su salud y su energía. El cambio es tan llamativo que resulta casi imposible reconocer en ella a la adolescente que, tan solo unos meses atrás, se arrastraba agarrada a un gotero por los pasillos de un hospital. En este tiempo ha cogido peso, sus eternas ojeras han desaparecido, practica deporte y se ha integrado a las mil maravillas en el instituto La Ribera, que también comienza a reponerse del trauma, poco a poco. Su otrora melena negra ha recuperado su pelirrojo original, y ahora luce un corte *pixie* similar al de Olvido, a la que idolatra, y de la que no se despega ni a sol ni a

sombra. Bueno, ni de ella ni de él, y menos aún desde que el juez corroboró la paternidad de la pareja y los tres se trasladaron a Madrid para empezar una nueva vida en familia.

Víctor Navarro regresa de la cocina empujando su silla de ruedas, cargando sobre sus rodillas una bandeja repleta de refrescos y bolsas de *snacks*.

—A ver, hacedme sitio —pide.

Olvido y Nora hacen hueco en la mesita y ayudan a Víctor a colocar las viandas.

—¡Marga, corre, que empieza ya! —grita Nora, nerviosa, mientras coge el mando a distancia de la tele y sube el volumen.

—¡Ya estamos aquí, con el pañal limpio y preparadas! —anuncia Marga entrando en el salón. Camina detrás de la pequeña Sara, que entra correteando en el salón.

Nora se levanta de un salto y coge a la niña en brazos.

—Ay, ven conmigo, muñeca —dice, y vuelve a ocupar su lugar en el sofá, con la criatura sentada en su regazo.

Marga se sienta en una butaca al lado de Olvido. Las amigas se toman de la mano y sonríen, felices, nerviosas. Víctor coloca su silla de ruedas junto a Marga y la pareja se besa con ternura. Las emociones, aún a flor de piel, sobrevuelan la habitación conforme el grupo se acomoda alrededor del televisor.

—Buenas noches, bienvenidos a esta edición especial de «Noventa Minutos» —anuncia la periodista estrella de la cadena—. Esta noche, como les venimos anunciando toda la semana, intentaremos hacer un resumen del «caso Nora», como lo ha bautizado la prensa. Para ello, contamos con la presencia en el plató de uno de los protagonistas indiscutibles del año, el periodista Unai

Aguirresarobe, que nos guiará paso a paso por la odisea que ha supuesto todo el proceso de investigación, recolección de pruebas, detenciones, juicios y demás elementos de la historia que ha mantenido al país en vilo durante casi dos años.

El público presente en el estudio estalla en aplausos en el momento en que el periodista hace su aparición y ocupa su asiento en una cómoda butaca a la izquierda de la pantalla. En casa de Unai y Olvido se reproducen los aplausos, acompañados de silbidos y otros gritos de admiración. Nora se abraza a su padre, con la mirada empañada, sin despegar los ojos del televisor.

—En primer lugar, Unai, felicidades por el próximo lanzamiento de tu novela «Un verano invencible», que sale a la venta en unos días. Dinos, ¿qué podemos esperar encontrar en ella?

La presentadora saca una edición del libro de debajo de la mesa y lo coloca en un pequeño atril. La cámara realiza un primer plano de la cubierta, y en el salón de la inspectora y el periodista se repiten los aplausos de celebración. Un ejemplar del libro descansa también sobre la mesita de café de la familia.

—Muchas gracias, Laura, por invitarme a estar hoy aquí. Antes de empezar, si me lo permites, quiero mandar un fuerte abrazo a Edurne Idiazábal, mi editora jefa en el Diario de Gipuzkoa, que me apoyó desde el principio, se partió el pecho por mí y se lo jugó todo para llegar hasta el fondo de esta investigación; y también un agradecimiento muy especial a la agente de la Ertzaintza Ainhoa Gorbea, que tomó las riendas del caso allí, en San Sebastián, y que la pobre no sabía lo que se le venía encima cuando aquellas dos monjas irrumpieron en su comisaría, hace justo un año. También ha sido muy valiente y tenaz, le debemos mucho.

—Vaya nuestro reconocimiento también para ellas,

claro que sí —añade la periodista.

—Bueno pues, respondiendo a tu pregunta, todo comienza, como bien sabes, con el terrible episodio del tiroteo en el instituto La Ribera.

Una gran pantalla detrás de los periodistas va reproduciendo imágenes y vídeos de archivo de los informativos de aquellos días. Unai va desgranando el relato de lo que sucedió después: las visitas de la inspectora a Eric Garrido en prisión, su misteriosa muerte, el tiroteo a las puertas del juzgado, la sorprendente denuncia de Tania Crespo y la decisión final de la inspectora de trasladarse a San Sebastián para investigar por su cuenta la supuesta red de compraventa de bebés.

—Para preservar el anonimato de la inspectora, tanto en el libro como aquí la llamaremos inspectora Z —interviene la presentadora.

—Así es, Laura, gracias. Los nombres de todos los agentes de policía han sido cambiados, a excepción de aquellos cuya identidad se hizo pública a lo largo del proceso judicial, como es obvio.

Tras una charla de alrededor de una hora, la periodista aborda el tramo final de la entrevista.

—Háblanos ahora de la resolución del caso. ¿Cuál es la situación actual de todas estas personas de las que nos has hablado, y de las que de una manera u otra se han visto involucradas en el «caso Nora»?

—Intentaré hacer un breve resumen, aunque son tantas que… Creo que lo mejor será empezar por la cronología de los hechos desde la noche en que la inspectora Z consigue escapar del convento con la hermana Soledad y su bebé recién nacido.

La presentadora le anima a continuar su relato con un gesto afirmativo.

—Como probablemente ya saben todos los espectadores, esa noche se desencadenan una sucesión de

detenciones en las que van cayendo, uno a uno, los principales partícipes en la red de adopciones ilegales. En primer lugar, la agente Gorbea acompaña a la inspectora Z y a la hermana Soledad y su hijo recién nacido al Hospital Universitario de Donosti, donde la inspectora, gravemente herida, entra inmediatamente a quirófano, por lo que en esos momentos la declaración de la religiosa es clave para la rápida actuación de la Ertzaintza. Cuando la monja explica lo sucedido en las horas previas, la agente Gorbea envía varias unidades al convento, donde reina el caos. Tras identificar el cuerpo de Aitor Lejarregi, se procede al levantamiento del cuerpo y al interrogatorio de las religiosas, que culmina con la detención de la hermana Dulce Nombre de María. Lamentablemente, nunca llegaremos a escuchar el testimonio de la religiosa, que en esos momentos sufre un avanzado proceso de demencia senil, y que fallece a los pocos meses, cuando se encontraba en libertad condicional a la espera de juicio.

La pantalla del plató muestra el momento de la detención de la hermana Dulce, que sale esposada del convento al filo del amanecer, minutos después de que el cuerpo de Aitor sea introducido en una ambulancia, cubierto por una bolsa mortuoria de plástico azul.

—Hay un elemento crucial en esta crónica, algo así como el «*macguffin*» de la historia, que es la famosa libreta negra de la madre superiora, ¿no es así? —interrumpe la periodista.

—Bueno, me temo que en esta historia la libreta es algo más que un «*macguffin*» que, como sabes, en la literatura y en el cine puede ser solo una excusa, un recurso que al final no tiene mayor relevancia en la trama. En nuestro caso, la famosa agenda tiene una importancia vital, porque contiene la información clave y detallada de la que el juez ha tirado para localizar a todos los niños y niñas desaparecidos y poder relacionar a las familias

biológicas con las de adopción, realizar las pruebas de ADN, etc.

—¿Y cómo llegó finalmente la libreta a manos de la policía? Porque, por lo que se sabe hasta ahora, la inspectora Z tuvo que abandonar el convento apresuradamente aquella noche, y no tuvo ocasión de hacerse con ella.

—Aquí es donde al fin la suerte, o la providencia, quién sabe, parece ponerse de nuestra parte, y de la de todas las familias afectadas. Lo cierto es que no solo aquella libreta, sino un total de tres cuadernos fueron entregados de forma anónima a la mañana siguiente en la comisaría de Ondarreta —revela Unai—. Gracias a ellas hemos sabido que la actividad de la hermana Dulce se remonta a sus primeros años en el convento, en los 70 y 80, por lo que la magnitud de la operación es enorme.

—¿Tu teoría?

Unai sonríe.

—Quiero creer en la mano misericordiosa de la hermana V, llamémosla así, que colgó los hábitos y abandonó la vida religiosa unos meses después. Si nos estás viendo, V, te doy las gracias en nombre de todas las personas a las que has ayudado. Te debemos mucho.

—Violeta —suspira Olvido, emocionada.

Nora sonríe, y aprieta la mano de su madre.

—¿Qué hay del resto de personas implicadas? Leire Larralde, Miren Montalbán, el doctor Echagüe…

—En cuanto la inspectora Z fue capaz de declarar, después de la operación a vida o muerte en la que, afortunadamente, solo hubo que extirparle el bazo, se procedió a la detención de varias personas relacionadas con la trama —explica Unai.

La gran pantalla continúa reproduciendo extractos de las imágenes que los informativos han ido difundiendo a lo largo de todo el año. Un primer plano de Miren esposada,

saliendo de un furgón policial para entrar en los juzgados se encadena con otros planos similares de Leire, el comisario Herrera o el doctor Echagüe durante sus detenciones y respectivos procesos judiciales.

—Leire Larralde fue condenada por los delitos derivados de su enfermedad mental —continúa narrando el periodista—, así como por la adopción ilegal de Nora. Ahora mismo está ingresada en el hospital psiquiátrico penitenciario de Alicante, uno de los dos de estas características que hay en España, ya que en el juicio se le otorgó la eximente completa por anomalía psíquica. Una valoración más completa ha dictaminado también un perfil de esquizofrenia paranoide, lo que unido al diagnóstico de Síndrome de Munchausen por poderes no la hace apta para cumplir condena en una cárcel normal. En cuanto a Miren Montalbán, cumple condena actualmente en la Prisión Provincial de Martutene.

—Se lo deben de estar pasando en grande haciendo punto en la cárcel —dice Olvido, dando otro sorbo a la cerveza.

—El resto de los detenidos cumple condenas acordes a los delitos cometidos; tanto el doctor Andoni Echagüe, como el antiguo director del Diario de Gipuzkoa, Iñaki Zabarreta, o el comisario Herrera, supervisor directo de la BDCV, que ha sido condenado por una actividad de venta ilegal de armas de fuego, amén de, por supuesto, un delito grave de obstrucción a la justicia, al haber puesto trabas a la investigación de la inspectora.

—¿Se han producido más detenciones desde entonces? —pregunta la periodista.

—A día de hoy, continúa la operación dedicada a identificar a las familias biológicas de todos los niños y niñas cuyos nombres aparecen en las libretas, así como a procesar a los implicados en la red de compraventa de los más de doscientos recién nacidos registrados en las

anotaciones de la hermana Dulce—responde Unai.

—Ha saltado también a la palestra el nombre de otro antiguo miembro de la BDCV, Lucas Morata. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre él?

—El caso de este policía es, a mi juicio, uno de los más lamentables dentro de la Policía Nacional. Como sabrás, Laura, Morata huyó tras descubrirse su implicación en una actividad de venta de drogas que también incluía, cómo no, a Aitor Lejarregi y al omnipresente Rafael Garrido. Tras un par de semanas en busca y captura, el policía se entregó al fin en una comisaría de Biarritz. Su confesión ha sido uno de los momentos más impactantes no solo de mi carrera profesional, sino de mi vida.

—Por si alguno de nuestros espectadores no lo saben, el expolicía concedió hace unos meses una entrevista en exclusiva a Unai Aguirresarobe, de la que reproducimos un extracto a continuación.

Las luces del plató se atenúan, y sobre la gran pantalla aparece la silueta a contraluz de Lucas Morata, cuyo rostro permanece oscurecido, y cuya voz se reproduce distorsionada.

—No estoy orgulloso de lo que hice. No voy a intentar excusarme; lo único que puedo alegar en mi defensa es que, una vez que entré en el juego, me resultó imposible salir. Por un lado, era mucho dinero, muy fácil de conseguir. Con tanta droga incautada, nadie repara en un kilo más o un kilo menos, no sé si me explico… Es demasiado sencillo, y la tentación demasiado grande. Luego, empiezas a relacionarte con gente peligrosa. Estoy hablando de traficantes a los que no les va a temblar el pulso a la hora de pegarte un tiro y abandonarte en un vertedero.

—Entiendo —ataja Unai—. Pero, aparte del tema de las drogas, hay otra grave acusación que pende sobre ti. ¿Quieres hacer alguna declaración sobre la muerte en

prisión de Eric Garrido?

—Ya he hablado ante el juez, así que no voy a dar demasiados detalles. Pero sí, confieso que fui yo quien ordenó su asesinato en la cárcel. Quiero que esto quede claro para que desaparezca toda sombra de duda acerca de la implicación del compañero sobre el que han recaído todas las sospechas hasta ahora. Después del daño que he causado, creo que es lo mínimo que puedo hacer. Fui yo, con la ayuda de un par de funcionarios y un grupo de presos, quien lo organizó todo. Temía que Eric estuviera reservándose para el juicio información que pudiera perjudicarnos a mí o a cualquier otro miembro de la brigada, incluido el comisario Herrera —del que tenía mis sospechas—, y no me resultó difícil llevar a cabo el plan.

—¿Te arrepientes? —pregunta Unai.

El silencio del policía resulta más elocuente que ninguna respuesta.

Olvido y Víctor intercambian una mirada silenciosa.

—Para finalizar, Unai. «Un verano invencible» —dice la periodista, sosteniendo de nuevo la novela entre sus manos—. Dinos, ¿qué significa el título del libro?

—«Un verano invencible» es una frase extraída de «El verano», un ensayo de Albert Camus que cito al principio del libro. Para mí, ese verano invencible hace referencia a la fuerza interior que todos llevamos dentro y que hace que nunca dejemos de luchar. Incluso en el invierno más duro, confiamos en la promesa de un verano. Está dedicado a mi hija, Nora, y al amor de mi vida, la inspectora Z, que son las mujeres más fuertes que conozco.

Tanto el público del plató como y el pequeño grupo congregado en el salón, estallan de nuevo en aplausos.

Cuando el programa ha terminado, Olvido sale a fumar un cigarrillo al coqueto jardín de su nueva casa. Víctor se asoma a una de las puertas correderas.

—¿Te importa si me uno?

Olvido sonríe y le hace un gesto con la mano para que se acerque. La inspectora está sentada en una silla de mimbre. Ha anochecido, y una cadeneta de lucecillas blancas ilumina la zona de descanso. Víctor bloquea el freno de la silla junto a ella y enciende un pitillo.

—Me alegro de que te entregaras y confesaras la verdad —dice Olvido, mirándole a los ojos.

—Yo también. Casi tanto como de que la condena haya sido lo suficientemente baja como para no entrar en prisión —responde, esbozando una sonrisa de alivio—. También tú has sido muy valiente.

—No hubiera podido seguir viviendo con el peso de la muerte de Sofía Torres sobre mis hombros. Necesitaba empezar mi nueva vida haciendo borrón y cuenta nueva, si es que eso es posible.

—Después de todo lo vivido, era obvio que el fiscal no iba a pedir otra cosa más allá de homicidio por imprudencia profesional. Es un riesgo que corremos todos los policías, aunque claro, nunca se sabe cómo lo va a valorar un jurado. Con todo lo que ha pasado, ningún juez se habría arriesgado a imponerte pena de cárcel.

—Bueno, ha ido por los pelos. El fiscal podía pedir de uno a cuatro años. Al final fueron dos, con privación de volver a empuñar un arma en los próximos cuatro.

Nora sale al jardín.

—Mamá, me voy a dormir, estoy muerta. Buenas noches, Víctor —dice, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, preciosa —responde el policía.

—Ahora subo —añade Olvido, guiñándole un ojo a su hija.

Tras despedir a sus amigos, la inspectora y el periodista entran de nuevo en su casa, que se ha quedado

en silencio. La pareja se abraza, de pie en medio del salón. Hay tanto que decir que no hay palabras suficientes. Ni hacen falta. Se besan y se quedan así, entrelazados, durante un rato.

—Voy a subir a ver a Nora —susurra Olvido.

—Te espero en la cama —responde Unai—. Ya recogeremos mañana.

Olvido asiente y sube despacio las escaleras. Se detiene en el umbral de la puerta de la habitación de su hija, que está de espaldas a ella, colgando su ropa en el armario.

La habitación de Nora, murmura la inspectora. *Quién me lo iba a decir*.

Golpea la puerta con los nudillos y Nora la invita a entrar. La adolescente se sienta en la cama, y Olvido a su lado.

—Te he traído una cosa —dice, tendiendo un sobre blanco a la joven.

—No hacía falta, ¡ya me habéis hecho un montón de regalos! —responde Nora, mientras extrae el contenido del sobre.

La emoción de madre e hija se vuelve incontenible cuando la joven sostiene en sus manos la Polaroid que Olvido ha conservado todos estos años. La original, con el nombre «Nora», escrito de su puño y letra, y la fecha, «17 de junio de 2000», justo debajo. La muchacha la oprime contra su pecho y cierra los ojos, saboreando el momento.

—¿Para mí? —pregunta, conmovida.

—Para ti para siempre —sonríe Olvido.

Madre e hija se funden en un abrazo que podría no terminar nunca.

—¡Ya son las doce! —exclama Nora, segundos después—.
¡Feliz cumpleaños, mamá! ¡Mañana habrá que hacer otra

fiesta!

—Mi amor… —responde la inspectora, radiante, acariciando la mejilla de su hija—. Desde que te encontré, todos los días son fiesta.

AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a mi tío, **Julio Álvarez**, que falleció el 15 de septiembre de 2023, dejándonos a todos un roto importante en el corazón. Recuerdo a menudo nuestras conversaciones y tus recomendaciones sobre libros: «Sobrina, ¿has leído esto?» «¿Cómo avanza la novela?» Aún me parece estar oyendo tu voz... y eso me hace feliz, porque sé que no te has ido del todo. Espero que, estés donde estés, haya una biblioteca estupenda con sillones mulliditos, luces cálidas y unas cerves fresquitas donde puedas ponerte al tanto de las novedades literarias. Te echamos muchísimo de menos.

Esta novela llega una pandemia, cuatro años, un divorcio y dos mudanzas después de la primera **(«Será mejor que no lo cuentes»)**, y también, igual que aquella, lo hace envuelta en un halo terapéutico. Creo firmemente que la imaginación y el acto creativo es lo único que nos salva de la locura. Sin Sara Mesa, Sally Rooney, Annie Ernaux, Juan Gómez-Jurado, Pierre Lemaitre o Miguel Barrero, por citar a algunos de los autores que más me han acompañado en los últimos tiempos, no sé cómo hubiera sobrevivido a estos años tan locos.

Quiero agradecerles con todo mi corazón a **mis padres** su apoyo, su entusiasmo, y la ilusión con la que celebran todas mis ideas, por excéntricas que parezcan. Gracias por acogernos a Jon, a Max y a mí en un momento en el que la luz al final del túnel se percibía lejana. No podré pagaros nunca vuestra generosidad, así que espero al menos lograr entreteneros un poco con mis historias.

Gracias también a **mi hermana Mar**, por su apoyo, su

sonrisa, por saber cuándo necesito un abrazo y cuándo es mejor dejarme sola haciendo el bicho bola. Te quiero mucho, neni.

Gracias a mi familia elegida, **los Bichines**, a los que pido perdón desde aquí por la distancia. Gracias por permitirme el espacio para el silencio, para sanar. Todavía estoy en ello. Os pienso mucho, siempre.

Un agradecimiento muy, muy especial a todas las personas que, sin conocerme de nada, han leído mi primera novela. Continúo emocionada por la acogida que ha tenido y sigue teniendo. Mil gracias a todos y todas las que os habéis tomado un momento para corregir un gazapo (¡uno muy gordo, ups!), dejar una reseña (4,5 estrellas sobre 5 en Kobo y en Amazon, todavía no me lo creo), y hacer circular el boca a boca para lograr que una autora autopublicada y con un presupuesto igual a cero euros consiga llegar a tantos hogares. No os podéis imaginar lo que vuestro apoyo significa para mí.

Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi hijo, **Jon**. Eres mi luz, mi corazón, el motor de mi vida. Iría a donde fuera por ti.

SOBRE LA AUTORA

Paula Benás es el seudónimo de una escritora —madrileña de nacimiento y donostiarra de adopción— que decidió lanzarse a publicar su primera novela cuando estaba a punto de cumplir los 45.
¡Y ya van dos!

El nombre, Paula, es un homenaje al libro homónimo que Isabel Allende escribió en honor a su hija. El apellido, Benás, responde al nombre en patués de un pequeño y precioso pueblo del Pirineo aragonés (Benasque), al que le unen lazos familiares y de amistad, además de grandes recuerdos de su niñez y adolescencia.

Madre de un niño con autismo, Paula dedica mucho (mucho) tiempo a leer e investigar sobre el tema, así como a concienciar a la sociedad sobre la realidad de este trastorno, desmontando los falsos mitos que lo rodean. Su frase preferida:

"El autismo no es un error de procesamiento, es un sistema operativo distinto".

Pero, cuando necesita evadirse, se dedica a escribir y leer historias de todos los géneros, especialmente novela negra, policiaca y de suspense. Licenciada en Comunicación Audiovisual (se define más como cinéfila que como lectora empedernida), actualmente trabaja como Correctora Editorial, Diseñadora Gráfica e Ilustradora. Cuando los astros se alinean, dedica su tiempo libre a viajar y a fotografiar todo lo que se pone ante el objetivo de su cámara.

Y siempre tiene ganas de volver a Nueva York.

ÍNDICE

Dos monjas
PARTE 1
La brigada
Una caja de donuts
El erizo
Paradise
La maldita cena
Animales
El impulso
Dulce
El eco de un disparo
Ráfagas
Todo va a estar bien
Errores
El pistolero
Eso es lo que diremos
En el pediatra
El vídeo
Timba de póker
Nochebuena
La llamada
El internado
En prisión
El tren de las doce
Muerte súbita
En terapia
Confesiones
El juicio
Tamborrada
Solo cuando llueve
50 cc
Cuenta conmigo
Toledo
Fotografías
Herrera
Motivos
PARTE 2
Dos monjas
El caserío
Petricor
Enferma

Eso azul es el mar
La fiesta
Un llanto lejano
Campanilllas
Vergüenza
Estás aquí
Hotel Londres
Regreso a la brigada
Cartas
Chocolate con churros
Desde cuándo
La cruz
En el periódico
Los expedientes
Negocios turbios
Seguimiento
La Parte Vieja
Infiltrada
El convento
Adoptada
Hambre
Entre brumas
Aguanta
El costurero de Miren
La celda
Un escondite
El robo
Gritos ahogados
La huida
UN AÑO DESPUÉS
Un verano invencible
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
ÍNDICE